

LOS GUARDIANES EN
EL MUSEO DE LOS
LADRONES

LIAN TANNER

Traducción de Jaime Valero Martínez



EL MUSEO DE COZ

Historia oculta

En aquellos tiempos, el museo tenía cuatro guardianes: Herro Dan, Olga Ciavolga, Sinew y el joven Flemo. En circunstancias normales, se habrían bastado para mantener a salvo el museo y sus secretos. Pero aquellas no eran unas circunstancias normales.

Se avecinaba un conflicto. Las señales eran inconfundibles. Los guardianes no sabían de dónde procedía, ni cuándo dejaría caer su golpe. Pero era evidente que no sería fácil detenerlo.

Sirviéndose de sus habilidades para el mimetismo, Sinew partió en busca de un niño al que poder entrenar como guardián adicional. Seis de aquellos niños a los que investigó resultaron no ser aptos. La séptima (de acuerdo con su registro oficial) era terca y desobediente. Ya había cargado tres veces con las cadenas del castigo, y el año apenas acababa de empezar.

Aquella era la niña que acabaría por convertirse en la quinta guardiana. La niña que cambiaría el destino tanto del museo como de la ciudad.



EL DÍA DE LA SEPARACIÓN



Goldie Roth odiaba las cadenas de castigo. No había nada que odiara más... salvo quizás a los tutores sagrados. Con las muñecas aprisionadas por unos aparatosos grilletes de latón, y con el peso de las cadenas sobre sus hombros, se quedó mirando al suelo empedrado con expresión huraña.

Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. La tutora Ilusa le soltaría alguna cita. Alguna estupidez extraída del *Libro de los Siete*. Era probable que el tutor Confort citara también otra frase, y los dos pondrían cara de sentirse muy satisfechos consigo mismos.

Sí, llegó el momento. La tutora Ilusa pegó un tirón de las cadenas de castigo para asegurarse de que estuvieran bien amarradas; después levantó un dedo regordete.

—Un niño impaciente —dijo—, es un niño imprudente.

—¡Un niño imprudente —dijo el tutor Confort, con las manos unidas en un gesto piadoso—, pone en peligro a la gente!

«Lo único que he hecho ha sido intentar ir un poco más deprisa», pensó Goldie. Pero no dijo nada. No quería meterse en más problemas. Aquel día, no. Cualquiera día menos ese...

Miró de reojo a sus compañeros de clase. Júbilo, Ciruela, Gloria y Brío hacían lo posible para no mirar a Goldie, con la esperanza de que el lío en el que se había metido no les salpicara. La única que la miraba era Favor, con gesto serio, mientras juntaba y separaba las manos con los gestos y aspavientos propios de las señas secretas del lenguaje dactilar.

A ojos de los tutores sagrados, lo más probable es que Favor pareciera estar toqueteando los hilos de su babi, o retorciendo los eslabones de su cadenita de custodia plateada. Pero para Goldie, el mensaje era claro como el agua. *No te preocupes. Ya falta poco.*

Goldie trató de sonreír, pero el peso de las cadenas de castigo parecía haber mitigado su alegría. «Se supone que hoy debería ser un gran día», suspiró exasperada. «¡Y mira cómo estoy!».

—¿Has puesto mala cara? —dijo la tutora Ilusa—. ¿Me has puesto mala cara, Golden?

—No, tutora —murmuró Goldie.

—Sí que ha puesto mala cara, camarada —dijo el tutor Confort. Hacía una mañana calurosa, así que se había apartado la gruesa toga negra de los hombros y se estaba enjugando la frente—. ¡Lo he visto perfectamente!

—Puede que las cadenas de latón no sean suficiente —dijo la tutora Ilusa—. Veamos, ¿qué podemos hacer para que se le meta esta lección en la mollera?

Entonces se fijó en el pajarillo esmaltado de color azul que Goldie llevaba prendido de la parte delantera de su babi.

—¿De dónde has sacado ese broche?

A Goldie le pegó un vuelco el corazón.

—Me lo dio mamá —murmuró.

—¡Más alto! No te oigo.

—Me lo dio mamá. Era de la tía Elogia.

—¿La que desapareció hace unos años?

—Sí, tutora.

—¿Desapareció? —dijo el tutor Confort, enarcando una ceja.

—Elogia Koch se esfumó —dijo la tutora Ilusa con aspereza— el día después de su separación. Al parecer era una temeraria, igual que su sobrina aquí presente. Sin una cadena de custodia para protegerla, lo más probable es que cayera en uno de los canales y se ahogara. O quizá la secuestraran unos comerciantes de esclavos que la condujeron a una vida de penurias y desesperación.

Volvió a mirar a Goldie.

—¿Este broche significa mucho para ti y para tu familia?

—Sí, tutora —murmuró Goldie.

—Y supongo que piensas en tu temeraria tía cuando lo llevas...

—Sí..., es decir, ¡no, tutora! ¡Nunca!

—No me lo creo. Tu primera respuesta es la que cuenta. No deberías llevar una baratija como esa. Supone un mal ejemplo.

—¡Pero...!

La tutora Ilusa pegó un tirón a las cadenas de castigo. *Clanc, clanc, clanc*, resonaron. Goldie se tragó su réplica. Cualquier otro día habría protestado, sin importar las consecuencias. Pero aquel día, no.
¡Cualquier día menos ese!

La tutora Ilusa se apresuró a desprender el broche azul y se lo guardó en el bolsillo de la toga. Goldie se quedó mirando cómo el halagüeño pajarillo desaparecía en la oscuridad.

—Y ahora —dijo la tutora Ilusa—, debemos proseguir nuestro camino —torció los labios en una sonrisa sarcástica—. Sería una lástima llegar tarde a esta ceremonia tan importante, ¿verdad? La Protectora Suprema se sentiría muuuy decepcionada.

Comenzó a atravesar la plaza de la Desolación, mientras Goldie avanzaba a trompicones a su lado. *Clanc, clanc, clanc*. Los demás niños caminaban a la zaga del tutor Confort, con las cadenas de custodia amarradas a su cinturón de cuero. Todos se quedaron mirando a Goldie al pasar junto a ella, pero apartaron rápidamente la mirada, como si tuviera una enfermedad.

La gente estaba acostumbrada a ver niños encadenados, claro. Todos los niños de la ciudad de Alhaja llevaban una cadena de custodia en la muñeca izquierda desde el momento en que aprendían a caminar hasta el Día de la Separación. Siempre que estaban fuera de casa, la cadena de custodia los mantenía unidos a sus padres o a uno de los tutores sagrados. Por la noche, los encadenaban al cabecero de la cama, para que nadie pudiera irrumpir en su casa y llevárselos mientras sus padres estaban durmiendo.

Pero las cadenas de castigo eran diferentes. Las cadenas de castigo iban sujetas a ambas muñecas. Eran mucho más pesadas que las cadenas de custodia plateadas, y emitían unos humillantes ruidos metálicos para que todo el mundo supiera que habías contrariado a los tutores sagrados. Lo cual era algo muy peligroso...

Cuando se aproximaban al Gran Canal, Goldie oyó unos murmullos que procedían de algún punto por delante de ellos. El tutor Confort se detuvo y ladeó la cabeza.

—¿Qué es eso? ¿Nos aguarda algún peligro, camarada?

La tutora Ilusa acortó aún más la distancia de las cadenas de castigo y llevó a Goldie a rastras a través del estrecho callejón hasta la siguiente esquina. Goldie apretó los dientes y trató de no pensar en el broche azul.

—No hay peligro —gritó la tutora Ilusa—. No es más que una muchedumbre.

El tutor Confort escoltó al resto de la clase hasta la esquina y allí se quedaron mirando al gentío que caminaba a través del bulevar que discurría junto al Gran Canal.

—¿Adónde van? —dijo el tutor Confort—. Los mercados no abren hasta mañana.

—Supongo que irán al Gran Auditorio —dijo la tutora Ilusa. Después alzó la voz—. Para presenciar esta ceremonia de separación. ¡Esta herejía!

Varios transeúntes se dieron la vuelta para comprobar quién había hablado. Cuando vieron a los tutores sagrados, parecieron acobardarse, como si la simple visión de las togas negras y los sombreros cuadrados a juego les infundiera pavor.

Goldie sintió una oleada de ira. Odiaba la forma en que los tutores hacían actuar a todo el mundo como si fueran más pequeños de lo que en realidad eran. Movi6 las manos para que Favor pudiera verlas.

Mañana voy a ir a cazar un iracán , le indicó con gestos. Un iracán hambriento. Lo meteré en un saco y se lo traeré a la tutora Ilusa. «Oh, tutora sagrada, aquí te traigo un regalo para agradecerte estos años de cariñosos cuidados. ¡Por favor, ábrelo con precaución! ».

El rostro de Favor se mantuvo inmutable, pero sus ojos delataban que se estaba riendo por dentro.

No funcionará , suspiró. El iracán se morirá de miedo cuando vea lo fea que es la tutora Ilusa.

—No sé en qué estará pensando la Protectora Suprema —murmuró el tutor Confort mientras contemplaba a la multitud—. ¡Reducir la edad de separación de los dieciséis a los doce años! ¡Si tuviera sentido común, la habría incrementado! A los dieciocho. ¡O a los veinte!

—La Protectora es una necia. Cree que la ciudad es más segura que antes. Piensa que es el momento de un cambio —dijo la tutora Ilusa. El tutor Confort y ella se quedaron mirándose y soltaron un bufido despectivo. Después echaron a andar hacia la muchedumbre, arrastrando a los niños consigo.

La gente se apresuró a abrirles paso, y en poco tiempo se encontraron caminando por un amplio espacio abierto. Era como si, pensaba Goldie, hubieran dibujado una línea en torno a ellos que nadie se atrevía a cruzar.

—Míralos —refunfuñó la tutora Ilusa—. Nos evitan como si fuéramos perros. ¡No saben la suerte que tienen, al contar con nosotros para proteger a sus hijos!

—Quizá deberíamos recordárselo, camarada.

La tutora Ilusa asintió, pensativa.

—Es posible —después alzó la voz—. Cualquiera con dos dedos de frente, camarada, se daría cuenta de que la Protectora está cometiendo un grave error al reducir la edad de separación. ¿No te parece?

—Así es, camarada. Un error muy grave.

—Alhaja es tan peligrosa como siempre. Lo único que asegura la seguridad de los niños es la vigilancia de los tutores sagrados. ¡Si suprimimos esa vigilancia, iremos de cabeza a los malos tiempos de antaño! ¿Es que todo el mundo ha olvidado lo terribles que fueron esos tiempos? ¿Se han olvidado de los ahogamientos? ¿De las enfermedades?

—La fiebre púrpura —dijo el tutor Confort, estremeciéndose de una forma exagerada—. Las heridas supurantes. ¡La peste!

Las personas que estaban lo suficientemente cerca como para escucharlos se miraron entre sí con inquietud.

—¿Se han olvidado de los comerciantes de esclavos? —dijo la tutora Ilusa.

¿Te has olvidado del broche? , susurró una vocecilla en la conciencia de Goldie.

Goldie se quedó ojiplática. Llevaba toda su vida oyendo esa voz, como un susurro procedente de algún rincón de su ser. A veces la metía en problemas; a veces la sacaba de ellos. Nunca le había hablado de ella a nadie, ni siquiera a mamá y a papá. Ni siquiera a Favor.

No te lo va a devolver , susurró la voz. *Y nunca volverás a estar tan cerca de ella* .

Goldie bajó la mirada hacia el punto donde su mano derecha estaba presionada contra la toga de la tutora Ilusa. «Uy, uy», pensó, y negó con la cabeza para sus adentros. Aquel era sin duda uno de esos momentos en los que la voz la metería en problemas. ¡Imagina cómo se pondría la tutora Ilusa si descubriera que el broche ha desaparecido!

Pensará que lo ha perdido , susurró la vocecilla. *Y además, hoy es el Día de la Separación* .

¡El Día de la Separación! ¡El día en que Goldie se libraría de la cadena de custodia plateada para siempre! De ahora en adelante podría caminar sola por las calles, sin tener que estar atada a uno de los tutores sagrados. Era como el comienzo de una nueva vida.

Quizá la vocecilla tuviera razón...

El tutor Confort se inclinó hacia la tutora Ilusa.

—Tengo informaciones fiables —dijo en voz alta— de que hay navíos de comerciantes de esclavos en el horizonte, ¡esperando a que bajemos la guardia! La gaviota descarriada, La vieja bruja y el infame Capitán Roop. ¿Qué puede hacer un niño de doce años contra monstruos como esos, eh?

Un hombre que estaba situado en el borde del círculo invisible murmuró:

—Los Siete Dioses nos protegen —y a continuación batió los dedos. Goldie también batió los dedos, por si acaso.

Los Siete Dioses de Alhaja no eran deidades bondadosas. Eran violentos e impredecibles (con la excepción de Zouk el Calvo, cuyo principal problema era su peculiar sentido del humor). Adorarlos era una cuestión peliaguda. No podías ignorarlos, porque a los dioses no les gusta que los ignoren. Pero invocarlos para pedirles ayuda era arriesgado. Si estaban de mal humor eran capaces de hacer llover bolas de fuego, cuando lo que les habías pedido en realidad era que hiciera buen tiempo para que madurasen los mangos.

Así que, como la mayoría de la gente, Goldie los invocaba cuando se encontraba en apuros. Pero al mismo tiempo batía los dedos, lo cual quería decir: «¡No os preocupéis por mí! ¡Por favor, id a ayudar a otro!».

Desde luego, en ese momento no tenía la menor intención de que el Gran Fetiche y sus inmortales camaradas centraran su interés en ella. Tampoco quería que nadie más se fijara en ella. Por suerte, todos los que formaban parte de aquella multitud que avanzaba con paso lento iban mirando al frente, tratando de pasar desapercibidos para que los tutores sagrados no arremetieran contra ellos. Nadie la estaba mirando.

Goldie pensó en el pajarillo azul, perdido en la oscuridad de la toga de la tutora Ilusa. Pensó en su tía Elogia. ¡La temeraria tía Elogia! Inspiró profundamente. Levantó el brazo para que los grilletes de la cadena de castigo se deslizaran tan arriba como fuera posible, de forma que no

hicieran ruido ni le entorpecieran los movimientos. Después metió la mano en el bolsillo de la tutora Ilusa.

Siempre se le había dado bien moverse con sigilo. Comenzó a palpar en la oscuridad de una forma tan silenciosa como la caída de una hoja. Las traicioneras cadenas no emitieron ningún sonido. La tutora Ilusa avanzaba con paso firme a su lado, con el ceño fruncido.

Goldie sintió el tacto de unas alas desplegadas.

Y de repente tuvo la sensación de que alguien la estaba observando. Dejó la mano inmóvil, todavía en el interior de la toga negra. Con toda la inocencia posible, miró a su alrededor. No parecía que nadie la estuviera observando. No era más que una muchedumbre asustada, normal y corriente. Salvo... salvo por un punto concreto por el que sus ojos parecían pasar de largo...

Fíjate bien , susurró la vocecilla de su conciencia.

Goldie se fijó bien. Atisbó una sombra que no parecía pertenecer a ninguna de las personas que había a su alrededor. Por alguna razón, resultaba difícil mantener la mirada fija en ella. Era como si la luz... pasara a través de ella, como si fuera algo tan insignificante que no valiera la pena detenerse en ello.

Fíjate bien .

Y entonces Goldie lo vio. Era un hombre alto y espigado que llevaba una anticuada casaca negra con las mangas demasiado cortas para sus largos brazos, de forma que sus muñecas quedaban expuestas. Caminaba al paso del pequeño grupo de niños y tutores, y la estaba observando detenidamente.

Cuando se dio cuenta de que Goldie le estaba mirando, puso cara de sorpresa. Se agachó detrás de otro hombre y desapareció entre la multitud.

Goldie recuperó la fortaleza en sus dedos. Los cerró en torno al pajarillo azul y lo sacó de la toga de la tutora Ilusa. Le pareció que el ave batió las alas en su mano, como si le estuviera dando las gracias por liberarlo.

A pesar del peso de las cadenas de castigo, Goldie sintió una oleada de entusiasmo en su interior. Era el Día de la Separación. En el plazo de una hora, ella también sería libre.

LA PROTECTORA SUPREMA



La tutora Ilusa mantuvo sujeta a Goldie con las cadenas de castigo hasta que llegaron al exterior del Gran Auditorio. Cuando al fin se las quitó, Goldie suspiró aliviada. «Ya solo me queda la cadena de custodia. ¡Y en breve habrá desaparecido también!».

Mamá y papá esperaban en el interior del auditorio junto al resto de los padres. La tutora Ilusa y el tutor Confort desabrocharon las cadenas de custodia de sus cinturones y les entregaron a los niños sin mediar palabra. Los padres fijaron las cadenas a sus propios cinturones.

Mientras caminaban hacia el escenario, mamá le susurró a Goldie al oído:

—¿Es cierto, cariño? ¿Te ha puesto las cadenas de castigo el día de tu separación? ¡No me lo puedo creer! ¡No tiene sentimientos!

—Calla —le susurró papá—. Ya sabes que tienen el oído muy aguzado.

Ahora que estaban lejos de los tutores sagrados, los compañeros de clase de Goldie empezaron a comportarse con normalidad. Detrás de Goldie, Herro Oster refunfuñó:

—¡No te pongas a dar saltitos, Júbilo! ¡Has estado a punto de tirarme al suelo!

—Lo siento, papá —dijo Jubi, risueño, que no parecía sentirlo en absoluto.

—Imagino que os a... alegrará su separación —dijo el papá de Favor, Herro Berg, que tenía una ligera tartamudez—. Es un fa... fastidio cuando llegan a esta edad, ¿no os parece?

—No sé cómo podría soportar cuatro años más así —dijo Herro Oster, aunque su tono de voz no sonó muy convincente—. Tengo cardenales por todo el cuerpo porque no para de menear los brazos y las piernas. Bendita sea la Protectora por reducir la edad de separación.

—Sí, bendita sea, bendita sea —murmuraron los demás padres. Pero todos estaban pálidos, y Goldie pensó que tenían pinta de no haber dormido demasiado bien.

Se alinearon a los pies del escenario y esperaron a que el hojalatero oficial acudiera a retirar los grilletes plateados de los niños. El auditorio estaba lleno de espectadores. En la fila delantera, una docena de reporteros tomaban notas para las gacetas del día siguiente.

Mamá le dio una palmadita en el brazo a Goldie.

—No debes tener miedo, cariño.

—No lo tengo —dijo Goldie.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir mamá, dubitativa—. Pero una vez que te hayan separado, tendrás cuidado con los comerciantes de esclavos, ¿verdad?

Frou Berg se inclinó hacia ellas.

—Y con los insectos venenosos.

—Y con los carruajes callejeros desbocados.

—Y con los cuchillos afilados —añadió Frou Oster.

Goldie oyó un ruido sordo que procedía de algún lugar en la distancia. Miró a su alrededor. Nadie más parecía haberlo percibido.

—Y con las aves predatoras —dijo Herro Oster—. Y con los perros furiosos. ¡Con cualquier clase de perro!

—Las a... a... aguas sucias —tartamudeó Herro Berg—. Aguas contaminadas. ¡Corrientes trans... transmisoras de enfermedades donde se ahogan los niños! Eso es lo que me preocupa. Y que se pi... pierdan. Hagáis lo que hagáis, no os pe... perdáis.

Goldie había escuchado esas advertencias cientos, no, miles de veces. Agachó la cabeza y le dirigió una sonrisa a Favor, pero su amiga estaba asintiendo con seriedad ante aquella enumeración que estaba haciendo su familia.

—Ahora que me acuerdo... —dijo mamá, que se sacó un paquetito del bolsillo—. Te hemos comprado una cosita, cariño, para celebrarlo.

Era una brújula, claro. El regalo tradicional para el Día de la Separación era siempre una brújula (para que pudieras encontrar el camino de vuelta a casa si te perdías) o un silbato (para que pudieras pedir ayuda si te atacaban unos esclavistas).

Goldie se hizo la sorprendida y les dio las gracias cuando vio la brújula. Pero en el fondo le habría gustado que le hubieran regalado una navaja plegable, para poder defenderse si se viera en apuros. O un catalejo para otear lugares lejanos y soñar con el día en que tendría la edad suficiente para dejar atrás, muy atrás, la ciudad de Alhaja y sus tutores sagrados.



Veinte minutos más tarde, Goldie y sus amigos se colocaron sobre el inmenso escenario, junto a otro centenar de niños y sus padres. Aquel iba a ser el Día de la Separación más multitudinario que se recordaba. Todos los niños de Alhaja con edades comprendidas entre los doce y los dieciséis años iban a conseguir su libertad.

A Goldie ya le habían quitado los grilletes y la cadena de custodia, el único nexo con su mamá era una cinta de seda blanca. Tenía una sensación cálida y extraña en el brazo. Su cuerpo bullía de impaciencia mientras la Protectora caminaba hacia el estrado.

La Protectora Suprema de Alhaja no tenía en realidad un aspecto tan supremo. Vestía con una toga carmesí y una cadena de oro, pero apenas era un poco más alta que la mamá de Goldie, y tenía el cabello pajizo. Sobre su cabeza, la cúpula de cristal del Gran Auditorio estaba plagada de luces. Pájaros mecánicos avanzaban dando zumbidos de una columna a otra sobre alambres plateados. Mariposas mecánicas abrían y cerraban sus alas.

La Protectora se recolocó los anteojos sobre la nariz y se dirigió a los asistentes.

—Hubo un tiempo —dijo, a viva voz— en que no existía la ciudad de Alhaja. En su lugar había un nauseabundo puertecito de mar llamado Coz, anclado en la costa sureña de la península de Allende como una verruga ulcerosa en la barbilla de un anciano. Y, en efecto, no hay mejor forma para definir aquel lugar que como una verruga ulcerosa, pues estaba repleta de peligros y enfermedades.

Goldie oyó unos susurros entre el público mientras se disponían a escuchar aquella historia que todos conocían bien. Pero, por una vez, la Protectora no les recordó cómo sus ancestros habían llegado desde Merne para establecer un asentamiento. No les habló de las guerras nativas ni de las guerras bárbaras ni de las guerras de independencia, ni del aluvión de asesinatos y hambrunas, ni del Año de la Desesperación, cuando los niños murieron como moscas. No les habló de la heroica lucha de unas pocas personas que salvaron a los niños supervivientes, y cómo esas personas se convirtieron en los primeros tutores sagrados.

En vez de eso, sonrió y dijo:

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Durante más de doscientos años la ciudad se ha ido purificando progresivamente de sus peligros. Se han vallado los canales y se han reconstruido los edificios vacíos. Los animales y los pájaros han sido expulsados. El repugnante puerto de Coz se ha convertido en la hermosa Alhaja. Ya no hace falta que estemos tan alerta.

Muchas personas asentían con la cabeza, pero Goldie se dio cuenta enseguida de que había algunos que no estaban de acuerdo. En la segunda fila del público, la tutora Ilusa tenía el rostro ensombrecido por la ira.

—Estos niños que se encuentran detrás de mí —dijo la Protectora— están a punto de conducirnos hacia un futuro glorioso.

Hizo una pausa. Goldie echó un vistazo a sus compañeros de clase. Favor se estaba mordisqueando las uñas. Brío estaba sonriente, pero parecía una sonrisa un tanto forzada, como si la hubiera esbozado previamente y se hubiera olvidado de ella. Ciruela y Gloria se habían puesto pálidas por los nervios, y Jubi se revolvía en el sitio, alternando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Goldie oyó que Herro Oster le espetaba:

—En nombre de los Siete, Júbilo, ¿es que no puedes quedarte quieto ni cinco minutos?

El público soltó una risita nerviosa. La Protectora volvió a sonreír.

—Su señoría, el Adalid —dijo—, procederá a dar las bendiciones.

El auditorio se quedó en silencio. Nadie se movió.

—¿Dónde está el Adalid? —le susurró Goldie a mamá.

Como a modo de respuesta, se oyó un estrépito de pasos entre la multitud.

—¡Abran paso, abran paso! —exclamó la tutora Ilusa, que subió al escenario y se dedicó a alisarse los pliegues de la toga y a enderezarse el sombrero como si fuera la tarea más importante del mundo.

La Protectora la observó desde lo alto de sus anteojos.

—¿Hay un cambio de planes? —dijo—. Nadie me ha informado de ello. ¿Dónde está vuestro líder?

—Excelencia —dijo la tutora Ilusa—, su señoría ya debería haber llegado, pero parece que algo lo está retrasando. Quizá deberíamos retrasar también la separación.

A Goldie le pegó un vuelco el corazón. Pero la Protectora dijo con suavidad:

—Si el Adalid no ha llegado, tutora, seguro que podrá encargarse usted de administrar las bendiciones.

—Ay, no, eso no sería...

—Adelante, tutora —dijo la Protectora con un tono de voz que ya no era tan suave.

La tutora Ilusa dedicó un ratito más a recolocarse el sombrero; después contempló las largas filas de niños con el ceño fruncido.

—¿Juráis permanecer alerta y no ponerlos en peligro, ni poner en peligro a los demás —murmuró—, aunque ya no estéis al cuidado de los tutores sagrados?

A Goldie se le secó la boca de repente. Respondió al unísono con otro centenar de voces:

—Lo juro.

—¿Juráis hacer honor a los Siete Dioses y a los planes que tienen para vosotros, tal y como son revelados a través de los tutores sagrados?

—Lo juro.

—¿Juráis prevenir la blasfemia y condenar la herejía, dondequiera que las encontréis?

—Lo juro.

La tutora Ilusa titubeó. Goldie apretó los puños con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en las palmas de las manos.

La Protectora carraspeó.

—Continúe, por favor.

—Entonces yo os bendigo —a pesar de su reticencia, la tutora Ilusa alzó la voz al abordar aquellos salmos que conocía tan bien. Nombró a los dioses uno por uno, en orden decreciente de importancia para no ofender a ninguno de ellos—. ¡Que el Gran Fetiche no envíe nunca a su Buey Negro a buscaros por la noche! ¡Que la Dama Llorona culpe a otro por sus lágrimas! ¡Que Atronador, Soñador y el Cerrajero olviden

vuestros nombres! ¡Que el Ayudante nunca decida que necesitáis su ayuda! Y que Zouk el Calvo se vaya con sus bromas a otra parte.

Goldie batió los dedos cada vez que pronunciaba uno de esos nombres.

—Benditos seáis, benditos seáis, y benditos seáis tres veces. ¡Así sea!

En cuanto terminó de decir esas palabras, la tutora Ilusa se marchó rápidamente del escenario, como si no quisiera tener nada más que ver con aquella ceremonia.

—¿Teniente mariscal? —murmuró la Protectora.

El teniente mariscal de la milicia, que había estado a su lado durante el discurso, le entregó a la Protectora unas tijeras. La Protectora sacó un trozo de papel del bolsillo de su toga, lo observó con los ojos entornados y dijo a viva voz:

—Golden Roth.

Goldie sintió un escalofrío. ¡Ella iba a ser la primera! Dio un paso adelante, acompañada de mamá y papá.

La Protectora Suprema sonrió, con una mirada aguda e inteligente al otro lado de sus anteojos.

—Extiende la mano —dijo.

Goldie extendió la mano. La cinta de seda blanca se tensó.

—¡Por la gracia de los Siete Dioses —exclamó la Protectora—, y de acuerdo con el acta de tutelaje, que esta niña sea separada!

Alzó las tijeras. Mamá soltó un gritito ahogado como si fuera a protestar, pero no dijo nada. Papá le dio un apretón a Goldie en el hombro. Entre el público, los reporteros mojaron sus plumas en sus tinteros portátiles y comenzaron a escribir a toda velocidad. Goldie contuvo el aliento...

Entonces se oyó un golpetazo procedente del otro extremo del auditorio, allí donde se habían cerrado las enormes puertas de madera para aislar el recinto del calor veraniego. La Protectora se detuvo.

—¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar! —exclamaba una voz ahogada.

«¡Márchate!», pensó Goldie. «¡No interrumpas!».

Uno de los milicianos que vigilaban la puerta, la entornó y dijo:

—¡Silencio! Su excelencia acaba de empezar con las Separaciones.

Un hombre lo empujó a un lado y avanzó, con la toga negra sucia y desgarrada, y el rostro manchado de sangre.

—¡Desastre! —exclamaba— ¡Asesinato! ¡Los niños...!

Y entonces cayó al suelo con un dramático desmayo.

EL ADALID



Los asistentes se pusieron rápidamente en pie y avanzaron a empujones hacia el hombre desfallecido, gritando todos a la vez.

—¿Qué es?

—¿Quién es?

—¿Qué niños?

—¡Cuidado, no vayáis a pisarlo!

—¿A qué se refería con lo del asesinato?

—¡Traedle una silla! ¡Traedle agua! —gritó la Protectora, que le devolvió las tijeras al teniente mariscal, bajó del escenario de un salto y comenzó a abrirse camino entre la multitud.

Mamá abrazó a Goldie con fuerza. Papá las estrechó a ambas entre sus brazos.

—Los niños —susurró—. ¿Qué les ha ocurrido a los niños?

Goldie sintió como si le ardiera la muñeca izquierda. Se metió la otra mano en el bolsillo y cerró los dedos en torno al pajarillo azul. «Rápido», pensó. «Acabad rápido con esto para que podamos seguir con la separación».

Uno de los milicianos transportó una jarra de agua entre la multitud y vertió parte de su contenido sobre la cabeza del intruso, que emitió un gruñido y se incorporó.

Alguien exclamó:

—¡Es el Adalid!

Goldie se quedó mirando desconcertada hacia aquella silueta desaliñada. Su señoría, el Adalid de Alhaja, líder de los tutores sagrados y portavoz de los Siete Dioses, era un hombre alto y bien parecido que

nunca se dejaba ver en público a no ser que su cabello negro estuviera liso como el ala de un cuervo y el galón plateado de su toga reluciente.

Pero ahora tenía la toga hecha harapos y la frente cubierta de sangre. Y bajo la sangre, tenía el rostro cubierto de ceniza y estaba pálido por el terror.

La multitud se quedó en silencio. El Adalid miró a su alrededor como si no supiera dónde estaba.

—Ha habido... Ha habido una explosión —dijo con voz entrecortada—. Los niños...

Se calló, incapaz de seguir hablando. Goldie recordó el ruido sordo que había escuchado. ¡Una explosión!

—¡Que el Gran Fetiche nos proteja! —susurró mamá, batiendo los dedos y abrazando con más fuerza a Goldie.

—Traedle algo de beber —ordenó la Protectora.

El Adalid engulló el agua hasta que la jarra quedó vacía. Se secó los labios con una mano cubierta de sangre. Entonces, presa de unos espasmos incontrolables y deteniéndose cada pocas palabras para recobrar el aliento, explicó a la horrorizada multitud lo que había ocurrido.

—Una excursión... esta mañana... iban cuatro niños con sus tutores... los había invitado a visitar mi oficina antes de la ceremonia de separación. Que los Siete Dioses me perdonen.

Su voz era poco más que un susurro, pero a Goldie le pareció que resonaba de un extremo a otro del auditorio.

—Estábamos en la... biblioteca... mostrándoles los retratos... de los Adalides que me precedieron en el cargo... grandes hombres todos ellos... sirvieron a los Siete, cuidaron de los niños de la ciudad...

Volvió a quedarse en silencio. Durante un terrible instante, Goldie pensó que el Adalid iba a echarse a llorar. Una única lágrima recorrió su rostro, formando un canal a través de las cenizas. El Adalid se la enjugó y prosiguió.

—Fue como... si nos alcanzara un golpe fortísimo. Mis tutores... se lanzaron sobre los niños para protegerlos. No sabíamos qué estaba ocurriendo. Estábamos ensordecidos... el ruido, el yeso que se venía abajo... los muros que se derrumbaban a nuestro alrededor. Los niños...

Papá dejó escapar un gemido. Mamá estaba sollozando abiertamente, y no era la única. La Protectora alzó una mano para ordenar silencio.

—Cuando recuperamos la visión —dijo el Adalid—, comprobamos que los niños estaban a salvo... conmocionados, pero a salvo. Todos salvo uno... una niñita del...

Inspiró profundamente y se estremeció.

—Una niñita del... canal de Hueso Ferviente. Estaba... muerta.

Aquello provocó una enorme conmoción en el auditorio. Goldie emitió un gemido de terror que se repitió en las gargantas de todos los presentes. Mamá y papá la abrazaron con más fuerza todavía. ¿Muerta? ¿Muerta? ¿Una niña? ¿En Alhaja? Era como si la peor pesadilla imaginable se hubiera hecho realidad.

La Protectora tenía el rostro lívido, pero alzó la mano una vez más para pedir silencio.

—Cuando entró en el auditorio —dijo con un tono de voz lo más firme posible—, dijo algo sobre un asesinato.

—Pensé... Pensamos que podía tratarse de una explosión de acuagás —dijo el Adalid—. Un accidente. Pero un testigo vio... a dos hombres huyendo. Dos desconocidos. Y mis tutores encontraron los restos de... un dispositivo. Por los Siete, excelencia, no fue un accidente. Fue... una bomba.

Los siguientes minutos fueron una amalgama de ruidos y gritos. Goldie sintió que le faltaba el aliento. Vio cómo la Protectora le hacía unos gestos al teniente mariscal, que estaba a su lado. Parecían estar discutiendo. La Protectora le dijo algo con rudeza y el teniente mariscal volvió a subir al escenario y se colocó junto a Goldie, con expresión tensa y airada.

La Protectora salió a toda prisa del auditorio, seguida de cerca por el resto de la milicia. La multitud se echó a un lado para abrirles camino. Todos tenían la misma cara de conmoción. ¿Una bomba? ¿En Alhaja?

—No puede ser —murmuraba papá una y otra vez—. ¡No puede ser!

Mamá había empapado la parte superior del babi de Goldie con sus lágrimas.

Abajo, en la nave del auditorio, había cierto revuelo mientras el Adalid se ponía a duras penas en pie. La gente se apresuró a auxiliarlo, pero él rechazó su ayuda con un ademán y subió a rastras al escenario.

—Amigos —comenzó a decir a viva voz.

Poco a poco, la multitud volvió a quedarse en silencio, aunque muchos de ellos seguían sollozando.

—Amigos, el peligro nos rodea. ¿Quién sabe dónde volverá a atacar? Debemos pedir a los Siete que nos protejan.

Goldie murmuró una breve oración y batió los dedos. *¡No nos protejas, Gran Fetiche! ¡No nos defiendas, Dama Llorona! ¡Ya habéis hecho suficiente! ¡Marchaos a otra parte! ¡Por favor!*

—La Protectora Suprema ha marchado a lidiar con esta tragedia — prosiguió el Adalid—, tal y como dicta su deber. Pero estoy seguro de que si siguiera aquí estaría de acuerdo conmigo. Los deseos de los Siete Dioses están claros. Ahora no es el momento de un cambio. Por tanto, esta separación queda cancelada.

En un principio, Goldie no consiguió dar sentido a las palabras del Adalid. Llevaba esperando ese día toda su vida. No podían cancelarlo. Ni siquiera por una bomba y una niña muerta. No era posible.

¿Verdad?

Tenía la mano, aquella con la que sostenía el pajarillo volador, helada. Al mismo tiempo, sentía un intenso calor en su interior, como si alguien hubiera encendido un fuego en sus entrañas.

—¿Papá? —susurró, tratando de controlar su tono de voz—. ¿El Adalid puede hacer eso?

Al parecer sí podía. Ya estaba haciendo gestos al hojalatero para que regresara al escenario.

Papá suspiró.

—Cariño, es muy peligroso seguir adelante con la ceremonia. Quizá el próximo año la Protectora lo intente de nuevo.

—O al año siguiente —dijo mamá, que trataba de acariciar a Goldie al tiempo que la empujaba hacia el hojalatero.

El calor que sentía Goldie en las entrañas se estaba intensificando. En el fondo de su conciencia, la vocecilla susurró: *No puedes esperar tanto. Tienes que separarte hoy.*

—¡No puedo esperar tanto! —dijo Goldie. Las palabras parecían brotar de su interior como una explosión— ¡Tengo que separarme hoy!

La tutora Ilusa apareció de repente.

—¡Muchacha aberrante! ¡Ha habido un asesinato! ¿Dónde está tu miedo? ¿Dónde tus temblores?

—Está disgustada, nada más —se apresuró a decir mamá. Después le colocó una mano a Goldie en la frente—. Ha sido a causa de la impresión. Pronto se sentirá mejor.

—¡No me sentiré mejor! —dijo Goldie. Era consciente de que estaba empeorando las cosas, pero no podía evitarlo—. ¡Prometieron que hoy podríamos separarnos! ¡Lo prometieron!

Todos los presentes en el auditorio parecían estar mirándola, pero no le importó. Lo único que sabía era que no sería capaz de soportar tener otra vez los grilletes plateados aferrados a la muñeca y la cadena de custodia fija de nuevo en su sitio.

El Adalid la estaba mirando fijamente.

—¿Quién es esta niña que cuestiona la sagrada voluntad de los Siete?

La tutora Ilusa esbozó una sonrisa arrogante.

—Se llama Golden Roth, señoría. Siempre está dando problemas. Acabo de liberarla de sus cadenas de castigo.

—Pues quizá debería volver a ponérselas —dijo el Adalid—. Hasta que aprenda la lección.

—¡Goldie no ha hecho nada malo! —exclamó mamá—. Lo único que pasa es que está un poco disgustada.

—¿Disgustada? —espetó el Adalid—. Su hija no está disgustada, Frou. ¡Su hija es una necia! ¡Es mezquina! Si no obedece a la autoridad, merece llevar las cadenas de castigo.

—¡No! —dijo Goldie, que parecía haber perdido todo control sobre sus palabras.

—A no ser, claro está —dijo el Adalid—, que prefiera que la llevemos a Supervisión.

—No será necesario —dijo papá. Goldie se dio cuenta de que estaba temblando, pero consiguió que no se le notara al hablar—. Mi esposa no tenía intención de replicarle, señoría. Nuestra hija llevará las cadenas de castigo, ¿no es así, cariño? Sí, claro que las llevarás. Ya está arreglado.

La tutora Ilusa subió al escenario con las pesadas cadenas de latón en la mano. El Adalid se dio la vuelta hacia la multitud y se irguió tanto como le fue posible.

—Esta tragedia deja clara una cosa —dijo a voz en grito—. ¡Necesitamos más tutores sagrados en la ciudad!

«¡No!», pensó Goldie.

—¡Debemos tener un tutor residente en cada edificio público! —exclamó el Adalid—. Alguien que pueda proteger nuestras más preciadas posesiones: ¡los niños!

La multitud lo vitoreó.

—No lo olvidéis —prosiguió el Adalid—: cuando nos ponemos en peligro, ponemos en peligro a los demás.

—¡Es nuestro deber mantenernos a salvo! —la tutora Ilusa entonó aquella réplica tradicional, y la multitud se unió a ella en un griterío conjunto.

Un pensamiento descabellado cruzó la mente de Goldie. No quería mantenerse a salvo. ¡Quería ser libre! La cinta de seda pareció aferrarse con más fuerza a su muñeca. Sintió la presión de la elevada cúpula de cristal del Gran Auditorio sobre su cabeza, como si fuera a asfixiarla.

Mira , susurró la vocecilla. Mira al teniente mariscal. Mira detrás de él .

Goldie giró la cabeza. El teniente mariscal de la milicia estaba de pie a su lado. Por detrás de él, al fondo del escenario, había una puertecita.

—El peligro puede llegar desde cualquier parte —exclamó el Adalid—. Acecha entre nosotros y jamás duerme.

—¡Es nuestro deber ser cautelosos!

Goldie tragó saliva. Resonó tan fuerte en sus oídos que estuvo segura de que todos los demás lo habrían oído. El corazón le latía directamente en la garganta. Sintió un hormigueo en las yemas de los dedos.

Apretó con fuerza el pajarillo azul esmaltado. «Puede que a la tía Elogia no se la llevaran los esclavistas», pensó. «Puede que se escapara porque no podía soportar seguir viviendo aquí».

—¡Cuidaos de los osados y los temerarios porque ellos nos traerán la desgracia! —gritó el Adalid.

—¡Es nuestro deber tener miedo!

Cuando se apagó el último eco de aquel salmo, la tutora Ilusa exclamó:

—¡Tres aúpas por el Adalid, sirviente sagrado de los Siete! ¡Aúpa!
¡Aúpa! ¡Aúpa!

Las voces rodearon a Goldie como una marejada. Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, Favor la estaba mirando.

Goldie trató de sonreír, pero no pudo. Sin apartar la mirada de su mejor amiga, soltó el pajarillo azul y metió la mano en el bolsillo del teniente mariscal.

Favor se quedó mirando, desconcertada. La multitud seguía vitoreando al Adalid. Goldie comenzó a tantear entre un pañuelo, un puñado de llaves, con dedos tan ligeros como un soplo de brisa.

Y de repente, encontró las tijeras. Las sacó sigilosamente del bolsillo del teniente mariscal y se las guardó en el suyo.

Quedarse quieta en ese momento fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Estaba temblando de pies a cabeza. Favor tenía los ojos desorbitados por la impresión, pero no dijo nada.

Goldie inclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla sobre el pecho de papá.

—Te quiero, papá —susurró. Había tanto alboroto que lo más probable es que no la oyera. Aun así, levantó una mano para acariciarle la cabeza.

Goldie le dio un beso a mamá en la mejilla.

—A ti también te quiero, mamá. No te preocupes por mí.

—¿Qué? —dijo mamá, llevándose una mano a la oreja—. ¿Puedes repetirlo, cariño?

Goldie sintió que se le empezaban a saltar las lágrimas. Pero las contuvo. Abrió y cerró las tijeras tres veces dentro de su bolsillo para asegurarse de que sabía cómo usarlas.

Echó un vistazo a la multitud. Sus ojos pasaron de largo ante una porción de espacio vacío. Se obligó a volver a mirarlo, y ahí estaba el hombre de la casaca negra, observándola...

Era demasiado tarde para preocuparse. La vocecilla de su conciencia le gritaba: ¡Vamos! ¡Vamos!

Goldie se sacó las tijeras del bolsillo a toda velocidad y cortó la cinta de seda blanca de un solo tijeretazo. Después, antes de que alguien pudiera detenerla, se marchó corriendo del escenario y salió por la puerta trasera del Gran Auditorio.

UNOS DOCUMENTOS SIN IMPORTANCIA



La Protectora cruzó con paso renqueante la rampa de desembarco del acuabús oficial. Le dolían los callos de los pies y se sentía cansada y apesadumbrada. Había sido un día horrible.

Su plan original consistía en salir del Gran Auditorio en cuanto concluyera la ceremonia de separación y hacer una ruta por los diques que protegían Alhaja del mar. Según el maestro de diques, necesitaban una reparación urgente.

Pero en lugar de eso, había convocado a la milicia para buscar a quienquiera que hubiera activado la bomba. Había acudido a la destrozada oficina del Adalid para hablar con los testigos. Había visitado a los padres de la niña fallecida y a los niños que habían sobrevivido a la explosión.

Y ahora se topaba con el desagradable asunto de la niña fugada... y de los tutores residentes.

Se enjugó el sudor de los ojos y negó con la cabeza. ¡Una fuga! ¡Nada más conocer la noticia de la bomba! La ciudad entera se había visto presa de la conmoción.

Ella también se sentía conmocionada, pero por una razón distinta. Lamentaba haberse marchado del auditorio de forma tan apresurada. Debió haber imaginado que el Adalid aprovecharía la oportunidad para sembrar cizaña entre la gente.

¡Más tutores sagrados, decía! La Protectora quería reducir el dominio que tenían sobre la ciudad, no incrementarlo. Tenía planeado reducir su número a la mitad, una vez que se asentara la nueva edad de separación.

Esbozó una mueca. Sí, aquel plan estaba muerto, y pasaría mucho tiempo antes de que pudiera resucitarlo.

Ascendió con paso lento y renqueante por los escalones del muelle que conducían al puente de las Bestias. Era el puente más antiguo de Alhaja, y sus pasarelas metálicas estaban forjadas con la forma de majaretos, gatociosos, tragaldabas, zopenquios, iracanes y aves carniceras.

Mientras pasaba a su lado, tuvo la impresión de que sus músculos se tensaban y se ponían rígidos, como si fueran a cobrar vida de un momento a otro.

A pesar del cansancio, la Protectora se detuvo en mitad del puente. Cuando sus ancestros llegaron a aquel lugar desde Merne, estas extrañas criaturas campaban a sus anchas por la península. Ya no existían, claro, se habían extinguido hacía tanto tiempo que la mayoría de la gente pensaba que nunca habían existido. Pero existieron, allá en los primeros días de Coz. La Protectora no albergaba la menor duda.

De hecho, había unas cuantas cosas para las que la Protectora no albergaba ninguna duda...

Aquello le recordó que debía decirle algo al Adalid. Algo importante.

Apenas había un corto paseo desde el puente de las Bestias hasta el Protectorado. El teniente mariscal de la milicia la estaba esperando en lo alto de los escalones. Se apresuró a abrirle la puerta, con una compungida expresión de remordimiento.

—Excelencia —dijo—. Las tijeras, excelencia. ¿Cómo puedo disculparme?

La Protectora tenía un carácter más aprensivo de lo habitual por culpa de los dolorosos callos.

—Una niña ha desaparecido por culpa de su descuido —le espetó.

—Lo siento, excelencia. Haré lo que sea por enmendarlo. Si pudiera unirme a la partida de búsqueda...

—No cuente con ello.

—Por favor, excelencia...

—¡Silencio! Tiene suerte de seguir en la milicia. Que conserve su puesto durante más tiempo o no es otra cuestión. Y ahora, tengo un mensaje para el Adalid. ¿Puedo confiar en que se lo transmita sin poner en peligro las vidas de más niños?

—¡Pero si el Adalid está aquí, excelencia! La lleva esperando desde hace al menos media hora.

El teniente mariscal se adelantó a la Protectora y se apresuró a abrirle la puerta de su despacho. Efectivamente, allí se encontraba el Adalid, sentado en una de las sillas dispuestas para las visitas. Se había cambiado de ropa y se había limpiado el polvo y las cenizas. Había recobrado su aspecto inmaculado de siempre, aparte del vendaje que le cubría la frente.

—Excelencia —dijo, mientras se ponía en pie con dificultad y le dirigía una reverencia—, que la bendición caiga sobre usted.

La Protectora hizo marchar al teniente mariscal. Después cerró la puerta y se apoyó contra ella. Se forzó a sonreír.

—Hola, hermanito —dijo.



Apenas habría media docena de personas en Alhaja que supieran que su señoría el Adalid y su excelencia la Protectora eran hermanos. A los dos les convenía que siguiera siendo así. Nunca se habían gustado, ni siquiera de niños.

La Protectora rodeó cojeando su escritorio en dirección a su silla.

—¿Alguna noticia de la niña?

—Ninguna

—dijo su hermano, que volvió a sentarse soltando un gruñido—. Pero la encontraremos. Mis tutores están entrenados para situaciones como esta. Al contrario que tu supuesta milicia, que no parece estar entrenada para nada. ¿Sabías que la niña estaba plantada al lado de uno de ellos? ¿Y que le quitó las tijeras del bolsillo? ¡Es inconcebible! Si hubiera sido uno de mis hombres lo habría llevado ante una corte marcial.

El Adalid estaba versado en el ancestral arte del manejo de la espada, y la Protectora tenía a menudo la sensación de que sus conversaciones con él eran como participar en un duelo. Pero hoy estaba decidida a ignorar sus impertinencias.

—¿Por qué diantres se habrá escapado esa niña? —preguntó—. Debe de ser la primera en más de cincuenta años.

Una expresión fugaz recorrió el rostro del Adalid.

—En realidad... la segunda.

—¿Cómo?

—Un niño, el año pasado. Desapareció por la noche. Sus padres pensaron que se lo habrían llevado los esclavistas, pero entonces encontraron una nota. Se había fugado de casa.

La Protectora no se podía creer lo que estaba oyendo. Conocía los casos de varios niños que habían desaparecido después de la separación.
¿Pero antes?

—¿No tenía su cadena de custodia?

—Según sus padres, la tenía. Aseguraron que debió de haber forzado la cerradura de alguna manera. Pero nosotros estamos convencidos de que lo dejaron desencadenado. A veces ocurre, pero normalmente nos percatamos antes de que ocurra una desgracia.

—¿Por qué no se me informó de esto en su momento?

—Nadie fue informado. Imagínate que corriera el rumor de que hay niños desencadenados por la noche. Los esclavistas se lanzarían sobre nosotros como lobos. Por esa razón lo mantuvimos en secreto.

—¡Aun así debería haber sido informada!

—¿Eso piensas, hermana? —el Adalid se pasó una mano por la barbilla—. Fue un caso evidente de herejía. No vi necesidad de informarte. Después de todo, tú no me informarías si las cuentas del tesoro no cuadrasen...

La Protectora trató de ignorar la ira que estaba creciendo en su interior.

—¿Buscasteis al muchacho?

—Por supuesto. Lo buscamos por todas partes, día y noche durante una semana. Pero no había rastro de él. Ya llevará muerto mucho tiempo. Probablemente, ahogado.

—¿Y su familia?

—Tenían otro hijo más pequeño, una niña. La mandamos a Supervisión, y la corte de los Siete Benditos condenó a los padres a tres años en la Casa del Remordimiento y les confiscaron todas sus pertenencias.

—Querrás decir que tú los condenaste.

—Es cierto que la corte me ha elegido como su portavoz —dijo el Adalid, con diplomacia—. Y me siento muy honrado por ello.

—Tres años de encarcelamiento, la confiscación de sus pertenencias, su hija en Supervisión... ¡Me parece un castigo muy severo para unas personas que acaban de perder a su hijo!

—Quebrantaron la ley.

—No creo que... —comenzó a decir la Protectora. Pero se contuvo. Lo cierto es que no le apetecía iniciar una disputa abierta con su hermano, y menos aún ese día—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El Adalid se sacó un puñado de papeles de la chaqueta y los dejó sobre el escritorio.

—He traído unos cuantos documentos sin importancia que necesitan tu firma.

La Protectora se colocó los anteojos, cogió el papel que estaba en la parte superior y frunció el ceño.

—¿Sin importancia? Esto es para aprobar la asignación de los nuevos tutores residentes. ¡Te has dado mucha prisa en sacar a colación el acuerdo!

El Adalid se encogió de hombros.

—La gente ha insistido mucho...

—No me tomes por tonta, hermano. Siempre se te ha dado bien manejar a la gente.

—Me halagas, hermana. Pero no puedes negar que estamos en una situación desesperada. Y la gente tiene miedo.

La Protectora titubeó. Por una vez su hermano tenía razón. Era una situación desesperada. Más desesperada de lo que habría pensado. Y efectivamente, la gente tenía miedo.

Con un suspiro, mojó la pluma en el tintero, firmó el primero de los documentos y pasó al siguiente. Se quedó sorprendida, y lo leyó dos veces por si acaso lo había comprendido mal.

—Según esto —dijo, lentamente—, ¡estos tutores sagrados tuyos estarán en sus puestos esta misma noche! ¡Pensé que llevaría al menos un mes!

—Hay criminales peligrosos sueltos por la ciudad. Ellos no se quedarán esperando un mes —el Adalid se frotó la frente vendada con la mano, como si le doliera la herida—. Además, los nuevos tutores podrán colaborar en la búsqueda de la niña. Lo más probable es que intente esconderse en algún edificio cuando caiga la noche. De este modo, la estaremos esperando.

—¿Pero qué pasa con su adiestramiento?

—Puede que a ti no te importe esperar a una emergencia antes de entrenar a tus nuevos milicianos, hermana. Pero yo no puedo

permitirme ser tan complaciente. Siempre estamos adiestrando nuevos tutores, por si acaso. Y ahora firma el documento, si haces el favor.

La Protectora se dio unos golpecitos con la pluma en la mejilla. Firmaría. Pero antes debía decirle algo a su hermano. ¿Qué era? Ah, sí.

—El Museo de Coz —dijo—. ¿Lo conoces?

El Adalid arrugó su seductora frente.

—He oído hablar de él. Es un pequeño edificio sin demasiada importancia. Creo que está al otro lado de la colina del Viejo Arsenal, según se va desde mi oficina. ¿Qué pasa con él?

—El museo no necesita ningún tutor residente. Queda exento.

—Pero...

—En el Museo de Coz, no.

Al oír eso, algo pareció cambiar en el rostro del Adalid, y por un instante pareció tan punzante y peligroso como una cuchilla afilada. Después, inclinó la cabeza y aquella expresión amenazante desapareció tan por completo que la Protectora pensó que se la había imaginado.

—Estoy seguro de que tendrás excelentes razones para hacer una excepción así, hermana. ¿Puedo preguntarte cuáles son?

La Protectora titubeó. Aparte de ella, los únicos que conocían la verdad sobre el Museo de Coz eran los guardianes del museo. No había ninguna ley que le impidiera contársela al Adalid. Pero no era la clase de información que quería confiarle.

Así que se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Es tradición dejar que el museo se las arregle con sus propios recursos.

—¿Y cuándo comenzó esa tradición?

La Protectora señaló con un gesto hacia sus estanterías, donde había abarrotados documentos desde los primeros tiempos de Coz.

—La verdad es que no me acuerdo. Seguro que habrá una explicación aquí en alguna parte.

Entonces, antes de que su hermano pudiera hacer más preguntas, garabateó su firma en el documento y lo deslizó hacia él.

El Adalid hizo una reverencia.

—Gracias por tu tiempo, excelencia. Siempre es un placer conversar contigo. Que la bendición caiga sobre ti.

Mostró su reluciente dentadura con una sonrisa falsa. Después, se marchó.

SOLA



Goldie se acurrucó en el interior de la cabina de un pequeño carruaje marítimo privado. Temblaba a pesar del calor que hacía. Le dolía la cabeza y tenía las piernas agarrotadas, pero no se atrevió a moverse. El carruaje marítimo estaba amarrado en el muelle de la Bestia, y estaba rodeado de barcazas y acuabuses. Era un milagro que hubiera conseguido llegar tan lejos sin que nadie la viera.

Ahora que podía reflexionar con más calma, se sintió horrorizada por lo que había hecho. Contempló los restos de la cinta blanca de seda que llevaba en la muñeca.

—¡Idiota! —susurró—. ¡Idiota, idiota, idiota!

Escuchó un traqueteo en la barca contigua y se mordió los nudillos. ¿La habría oído alguien? ¿Se estarían acercando? ¿Qué harían si la atrapaban?

Cerró los ojos con fuerza y esperó. El traqueteo cesó. Oyó reír a un hombre. El carruaje marítimo se mecía suavemente de un lado a otro. Lentamente, Goldie abrió los ojos.

Sobre su cabeza estaba el timón de madera que se usaba para dirigir la embarcación. A cada lado del timón había unos asientos estrechos revestidos con piel de oveja. El resto de la cabina estaba vacío. Sin tutores sagrados. Sin papá y mamá.

Por primera vez en su vida, Goldie estaba completamente sola.

Se apresuró a cerrar de nuevo los ojos. Era la primera vez que oía que su corazón latiera tan fuerte. Se preguntó si se estaría contagiando de una fiebre. Le temblaban los brazos y las piernas. Hizo un esfuerzo desesperado por contener las lágrimas.

Pero entonces recordó el grito de consternación que había soltado mamá cuando la Protectora alzó las tijeras. Recordó cómo papá le había acariciado la cabeza. Pensó en lo mucho que los quería.

Las lágrimas corrieron por su rostro. El miedo y la pena se asentaron como dos puños gemelos en su interior.

Perdió la noción del tiempo que pasó allí, llorando en silencio en el interior de aquel bote que se mecía lentamente. Le pareció que habían pasado horas. Cuando se le agotaron las lágrimas, tenía los labios secos y agrietados por la sed. Cambió ligeramente de posición y su estómago soltó un gruñido.

Trató de distraerse pensando en lo que estaría haciendo Favor en ese momento. Pero su mente giró en otra dirección y se descubrió pensando en los artificieros asesinos.

Y en perros furiosos.

Y en comerciantes de esclavos.

Sintió un hormigueo en la piel. Se sentía como una ostra que había cometido la estupidez de escapar de su concha y ahora no tenía nada con lo que protegerse. Se sacó las tijeras del bolsillo y las apretó con tanta fuerza que le dio un calambre en los dedos.

El día avanzó con insoportable lentitud. El agua golpeaba el casco de la embarcación. Los motores zumbaban. Los pasajeros de las embarcaciones vecinas intercambiaban instrucciones a gritos.

—¡Despacio! ¡Despaaaacio! ¡Por ahí no, cegato! ¡Por aquí!

Al fin, la porción de cielo que se atisbaba desde los ojos de buey comenzó a oscurecerse, y se disiparon los ruidos de los trabajadores. En alguna parte, alguien estaba cocinando pescado.

El olor le recordó que estaba muerta de hambre. Tan silenciosamente como pudo, estiró las piernas para desentumecerlas y sintió un aguijonazo de dolor que le hizo torcer el gesto. Después, se arrastró por el suelo de la cabina y se asomó por el ojo de buey más cercano.

Los acuabuses habían desaparecido, así como algunas de las barcas. Aquellas que quedaban tenían las cortinas echadas y las luces atenuadas.

Lentamente, Goldie volvió a gatas hacia la pequeña cubierta, preparada para volver a esconderse si alguien aparecía de improviso. Cuando se aseguró de que no había nadie en las proximidades, descendió por el borde del carruaje marítimo hasta el muelle y subió los escalones que conducían a la calle.

Había una verja en lo alto de los escalones. Goldie no se atrevió a abrirla por si acaso chirriaba. Trepó por encima de ella, o más bien, medio trepó y medio cayó por el otro lado. Después echó a correr por el viejo camino de sirga, con el corazón latiendo y traqueteando como un motor.

La noche era oscura y las calles del barrio antiguo estaban sumidas en el silencio, como si todo el mundo estuviera tan conmocionado por los eventos acaecidos durante el día que se hubieran ido a la cama pronto y hubieran hundido la cabeza en las mantas. Goldie abandonó el camino de sirga y emprendió la ruta hacia la plaza de la Desolación.

Cada vez que escuchaba un ruido extraño, el corazón amenazaba con escapársele del pecho. No dejó de tropezar y trastabillar sobre el camino empedrado, y cuando llegó a una esquina titubeó, preguntándose cuál sería el mejor camino a seguir. Su deseo había sido librarse de la cadena de custodia, pero ahora le parecía extrañísimo no tener a alguien que le dijera qué hacer, que le instara a seguir por un camino u otro, alguien que la apartara del peligro y estuviera allí para recogerla si se caía. Era como volver a ser un bebé que tiene que aprender a caminar.

Su propia calle, cuando llegó hasta ella, estaba tan silenciosa como el resto de la ciudad. Goldie la recorrió sigilosamente, con la mirada fija en el bloque de apartamentos que se encontraba a mitad de la manzana.

Cuidado, susurró la vocecilla de su conciencia. Por una vez, Goldie la ignoró. Estaba pensando en mamá y papá, preguntándose qué habrían tomado para cenar. Se los imaginaba abrazados sobre su cama vacía, llorando. Goldie se enjugó unas lágrimas.

¡CUIDADO!

Al fondo de la calle, las sombras parecían moverse y susurrar. En ese momento, una mano emergió de la nada y se cerró sobre la boca de Goldie. Ella trató de gritar. Forcejeó, arañando el suelo empedrado con sus sandalias. Pero dos nuevas manos la agarraron y tiraron de ella hacia el interior de un portal.

—¡Chsssss! —le susurró alguien al oído.

Una cuarta mano, que de inmediato reconoció como la de Favor, se deslizó entre las suyas. La puerta que estaba frente a ella se entornó, pero sin llegar a cerrarse por completo. La mano que le cubría la boca aflojó un poco la presión.

Ahora Goldie sabía dónde se encontraba; podía oler la loción para el afeitado de Herro Berg y sentir la forma del brazalete de Frou Berg presionada contra su brazo. Se quedó quieta y temblando en aquel vestíbulo oscuro.

Afuera, en la calle, apareció el repentino centelleo de un farol y se oyeron unas pisadas.

—¿Has oído eso? ¡Ya la tenemos! —dijo el tutor Comfort.

—Yo no he oído nada —dijo la tutora Ilusa—. Pero haz el favor de tocar el silbato para alertar a los demás. Si está aquí, sin duda tratará de escapar.

El silbido monótono de los tutores sagrados resonó a lo largo y ancho de la calle. Las pisadas se alejaron un poco; después, giraron sobre sí mismas y regresaron de nuevo.

—¡Golden Roth! —exclamó el tutor Confort—. ¡Sabemos que estás aquí! No nos hagas perder el tiempo, vamos a atraparte de todas maneras.

Herro Berg tensó la mano con la que cubría la boca de Goldie.

—¡Entrégate —exclamó el tutor Confort—, y seremos más benevolentes contigo!

Silencio. Goldie sintió cómo el sudor comenzaba a correrle por la nuca.

La tutora Ilusa emitió un sonoro bufido.

—Me parece que las sombras te han jugado una mala pasada, camarada.

Sus voces desaparecieron en la distancia. Sin hacer ruido, Frou Berg cerró la puerta con cerrojo. Herro Berg apartó la mano con la que cubría la boca de Goldie.

—E... estoy haciendo esto a... aunque atenta contra mi se... sentido común —susurró. Tartamudeaba mucho más que de costumbre—. No... no quiero que se lleven a mi hi... hija a Su... Su... Supervisión. Tampoco qui... quiero que los tu... tu... tutores sagrados centren su atención so... sobre mi familia. Si te a... a... atrapan, no debes de... de... decirles que te hemos ayudado.

—No lo haré —susurró Goldie.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí! —dijo Favor, que lanzó sus brazos alrededor del cuello de Goldie y la abrazó con fuerza—. ¿Dónde has estado?

—Escondida.

—¿Tú sola? ¿Y cómo ha sido?

—¡Horrible! Favor, ¡me muero de sed!

—¡Mamá, tiene sed!

—Y cómo no, pobrecilla —murmuró Frou Berg—. Y supongo que también estará hambrienta. Te he traído un vaso de agua y por aquí tiene que haber un poco de queso y pan.

—¿En q... q... qué esta... ta... tabas pensando, niña? —susurró Herro Berg, mientras Goldie se bebía el agua de un trago— ¿Qué es... es... esperabas conseguir co... co... con eso?

—Chsss —susurró Frou Berg—. Ya está hecho y no se puede hacer nada para cambiarlo —después le agarró la mano a Goldie—. Tus padres nos pidieron que cuidáramos de ti.

—¿Están bien? —susurró Goldie—. ¿Qué dijeron? ¿Están enfadados conmigo?

—Tienen el corazón dividido. Quieren que estés a salvo, pero no quieren que los tutores sagrados te capturen y te lleven a Supervisión. Tu madre dijo que debías intentar salir de la ciudad. ¡Aunque no me imagino cómo podría hacerlo una niña sin ayuda!

Goldie tampoco se lo podía imaginar. El mundo entero se había puesto del revés, y no podía culpar a nadie más que a sí misma.

—¿Y no puedo volver a casa sin más? —dijo, sintiéndose desdichada.

—Me temo que eso ya no es posible, querida. Cuando los tutores sagrados se ven envueltos en un asunto, las cosas cambian —Frou Berg le dejó un trozo de papel en la mano—. Tu madre tiene unos primos lejanos en Dicho que cuidarán de ti si consigues llegar hasta allí. Esta es su dirección. Ah, sí, y también me dio un monedero. ¿Dónde lo habré dejado? ¿Estará con el pan y el queso? Ay, cielos, ¿dónde habré dejado el pan y el queso?

Comenzó a rebuscar en la oscuridad. Goldie miró a Favor, desalentada.

—¿Cómo se supone que voy a llegar hasta Dicho?

—No lo sé, pero tienes que intentarlo —dijo Favor—. No debes permitir que los tutores te atrapen.

—¡Pero es que ni siquiera sé por dónde empezar!

—Goldie —susurró Favor, muy seria—, si tuviera que encontrar la forma de llegar a Dicho por mí misma, probablemente me quedaría paralizada y muerta de miedo. Pero tú eres más valiente que yo. Siempre lo has sido. Eres más valiente que cualquiera de nosotros. Y haces cosas que a nadie se le pasarían siquiera por la cabeza. Como hoy.

—¡Ojalá no lo hubiera hecho!

Sintió el cálido aliento de Favor sobre su mejilla.

—Yo también, porque ahora pasará una eternidad hasta que vuelva a verte. Pero si alguien puede llegar hasta Dicho, esa eres tú.

Goldie negó con la cabeza.

—Tengo tanta hambre que no puedo pensar con claridad.

—¡Mamá! —dijo Favor—. ¿Dónde está la comida?

—La estoy buscando —dijo Frou Berg—. Supongo que no podemos arriesgarnos a encender una luz, ¿verdad?

—¡De... de... desde luego que no!

—Ojalá pudiéramos esconderte —susurró Favor—. Pero papá está seguro de que los tutores buscarán en...

Como si aquellas palabras los hubieran convocado, se escucharon unas pisadas repentinas y un sonoro golpe en la puerta principal.

—¡Abrid! —gritó la tutora Ilusa—. ¡Abrid en nombre de los Siete!

—¡Deprisa! —susurró Herro Berg—. Sa... sal por la puerta tra... trasera! ¡Favor, tú vete a tu ca... cama. Y encadénate. Se... seguro que lo comprobarán.

—Que la bendición caiga sobre ti, Goldie —susurró Favor—. ¡Que caiga cientos y miles de veces!

Entonces desapareció, mientras Frou Berg conducía a Goldie a toda prisa a través de la casa a oscuras. Por detrás de ellas, los golpes en la puerta principal se intensificaron.

—Ya voy, ya voy. Voy tan de... deprisa como pu... puedo —dijo Herro Berg con una voz de fingida somnolencia.

—Ay, no sé dónde he dejado el monedero —susurró Frou Berg, frenética—. Y no hay tiempo de buscarlo. Perdóname, querida. Ten, al menos he encontrado un panecillo.

Le dejó algo a Goldie en la mano. Después entornó la puerta trasera con la apertura justa para que pudiera deslizarse a través de ella.

—Date prisa —susurró—. ¡Que la bendición caiga sobre ti!

Con el más ligero de los chasquidos, la puerta se cerró ante sus narices. Y una vez más, Goldie se quedó sola.

EL AVE CARNICERA



El panecillo de Frou Berg le supo a gloria. Se lo acabó en media docena de bocados y se chupó los dedos hasta que desapareció la última miga. Después, volvió a acurrucarse entre las sombras del puente del Poeta Cojo.

«Sal de la ciudad», le había dicho Frou Berg. Pero ¿cómo se suponía que iba a hacerlo? Aun cuando consiguiera salir de Alhaja y llegar a la carretera de Dicho, no tenía dinero ni comida. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Hacer todo el camino andando? ¿Y sola?

Volvieron a flaquearle las piernas. La noche era cada vez más oscura. Por un instante se sintió sobrecogida por el pánico. Entonces recordó las palabras de Favor.

«Eres más valiente que cualquiera de nosotros. Si alguien puede hacerlo, esa eres tú».

Sabía que Favor se equivocaba. Goldie no se consideraba valiente. Pero la fe que su amiga tenía en ella era como un pequeño oasis de tranquilidad en medio del pánico.

Rebuscó en su bolsillo y sacó la brújula. La aguja emitía una luz brillante y verdosa, y señalaba hacia el camino por el que había venido. Aquel debía de ser el norte. Así que la carretera de Dicho debía de estar en esa otra dirección. Hacia el este.

Goldie se puso en pie. Podría haberse comido cinco panecillos más. También seguía sedienta, y el murmullo del agua que corría por debajo del puente no hacía sino empeorar la sensación. Pero sabía que el agua de los canales estaba salada y transmitía enfermedades, así que se forzó a ignorar aquel sonido y seguir adelante.

Las calles de Alhaja tenían un aspecto muy distinto por la noche que por el día. Las casas parecían acercarse sobre Goldie como criaturas vivientes. Tenía la impresión constante de oír unas pisadas, o una siniestra respiración a su espalda, muy cerca. Se le puso la piel de gallina. Volvió a sacar las tijeras y se giró a un lado y al otro, tratando de detectar cualquier posible movimiento. Pero no vio más que sombras.

Se estaba aproximando a uno de los puentes sobre el canal del Caballo Muerto cuando oyó que alguien silbaba una tonada. Se quedó inmóvil. En el extremo opuesto del puente, semioculto por el parapeto, se encontraba un hombre que estaba de espaldas a ella.

Tan sigilosamente como pudo, Goldie se alejó de puntillas. Siguiendo el canal había otro puente. Cruzaría por allí.

Pero cuando llegó al segundo puente, vio una silueta oscura apoyada sobre el arco de piedra. Un silbido tenue llegó a sus oídos. ¡Era el mismo hombre!

Goldie volvió a sumergirse entre las sombras, empuñando las tijeras como si se tratara de un puñal. ¿Quién sería? No podía verlo con claridad, pero le pareció que vestía con una casaca negra, igual que el hombre que la había estado observando en la calle y durante la ceremonia de separación. ¿Sería él? ¿La estaría siguiendo? ¿Qué querría de ella?

Recordó las historias que había escuchado sobre un esclavista conocido como el Capitán Roop. Sobre la astucia con la que atraía a los niños Separados hacia sus trampas. Sobre lo inofensivo que parecía... hasta el último momento.

Aquel hombre parecía bastante inofensivo. Le daba la espalda, como si no supiera que Goldie estaba allí. Pero lo sabía. Goldie estaba convencida. Aquel hombre estaba escuchando sus pisadas, incluso mientras silbaba, y la respiración que emergía de sus pulmones, y los atemorizados latidos de su corazón...

Goldie se alejó silenciosamente, tratando de contener el aliento. Cuando miró hacia atrás, comprobó que el hombre no se había movido. El corazón se le relajó un poco.

Pero cuando llegó al siguiente puente, el desconocido ya estaba allí.

La noche adoptó de pronto un tono más siniestro. Cada sombra parecía ocultar a uno de los hombres del Capitán Roop. Cada sonido era el traqueteo de los remos de La Gaviota Descarriada. El silbido de aquel hombre... ¿había cambiado? ¿Sería una señal? ¿Estaría La vieja bruja acercándose a ella en ese preciso momento?

Goldie retrocedió sigilosamente por donde había venido. Ya no se dirigía hacia el este, pero le daba igual. Lo único que quería era escapar del hombre de la casaca negra.

Pero cada vez que pensaba que lo había despistado, volvía a aparecer.

Al otro lado de una plaza.

En un portal.

O en mitad de una calle.

En ningún momento se dio la vuelta para mirarla. En ningún momento vio Goldie que se moviera. Pero poco a poco la fue guiando a través de la oscura ciudad.

Goldie se apoyó sobre una pared en un callejón sin salida. Llevaba una eternidad caminando y estaba demasiado cansada como para sentir miedo. Lo cual estaba bien, porque no había forma de salir de ese pequeño callejón salvo por donde había entrado. Y aquel hombre seguramente la estaría esperando si intentara volver por allí.

Dejó escapar un gemido y se fue deslizando por la pared hasta quedarse sentada en el suelo. No tenía ni idea de dónde estaba. Recordaba haber ascendido a duras penas por una colina, con casas que parecían de gente adinerada a cada lado de la carretera. Pero había varias colinas en Alhaja, y esta podía ser cualquiera de ellas.

En realidad, a Goldie le daba lo mismo. Lo único que quería era tumbarse y dormir. Si llegaban los esclavistas, tendrían que cargar con ella. No pensaba dar un paso más.

Pero nada más cerrar los ojos, un soplo de brisa nocturna impactó contra su rostro. Traía consigo un inconfundible aroma a pasteles de almendra recién horneados.

Goldie abrió de golpe los ojos.

Al fondo del callejón sin salida había un edificio de piedra, pequeño y nada vistoso. Las mansiones que lo rodeaban se alzaban sobre él como si trataran de engullirlo. Pero aquel edificio pequeño y nada vistoso tenía un carácter obstinado, como un anciano que se niega a moverse de su silla favorita. El aroma a pasteles parecía proceder del portal, que estaba abierto.

Goldie se puso lentamente en pie, recorrió el callejón dando traspiés y ascendió por los escalones de aquel pequeño edificio. El olor de los pasteles la instó a seguir adelante. A cruzar un vestíbulo apenas iluminado. A pasar bajo un arco de piedra. A alcanzar la puerta de lo que parecía un despacho.

Le quedó el suficiente sentido común como para detenerse en el umbral. Los faroles de acuagás estaban encendidos, pero el despacho estaba desierto, igual que el vestíbulo de la entrada. Había un escritorio viejo y desvencijado en mitad de la estancia, y allí, formando una montañita encima de un plato, estaban los pasteles de almendra, con un cuenco de leche a su lado. Goldie avanzó con cautela y cogió el cuenco, con la sensación de que iba a estallar de felicidad.

Se bebió de un trago la mitad de la leche y se comió seis pasteles, uno detrás de otro. Después, se bebió el resto de la leche y devoró tres pasteles más. Mientras lo hacía, echó un vistazo al despacho.

Era pequeño y estaba lleno de trastos. Había hojas de papel desperdigadas por todas partes, sujetas con piedras y coloridos trozos de cristal. Los estantes estaban repletos de libros, monedas antiguas y estatuas de porcelana agrietadas. En un rincón había un pequeño arpa. Y en lo alto de la puerta...

Goldie estuvo a punto de atragantarse con el pastel que se estaba comiendo. Sobre un posadero situado encima de la puerta se asentaba un inmenso pájaro disecado. Era al menos veinte veces más grande que los pájaros mecánicos del Gran Auditorio. Tenía unas plumas negras como el pecado y un pico amenazante. Sus amarillentos ojos de cristal miraban a Goldie como si la culparan de su muerte.

Goldie dejó escapar un gritito.

—¡Es un ave carnícera! ¡Igual que la del puente de las Bestias!

Fascinada, la rodeó desde el suelo. El ave se quedó mirando a la nada. «¡Si me estiro podría tocarle las plumas!».

Se estremeció y retrocedió. Sabía que no debía permanecer mucho tiempo en aquel lugar desconocido. Echó un último vistazo por el despacho y reparó por primera vez en las monedas. Había montones de ellas, y estaban distribuidas en unos montoncitos tan desordenados que seguro que su dueño no echaría en falta unas pocas. Le servirían para que su viaje a Dicho resultara mucho más sencillo.

«Ya soy una ladrona, no pasa nada si robo algo más».

Se acercó rápidamente hacia el estante más cercano. Cerró los dedos en torno a un pequeño montón de monedas. Se las metió en el bolsillo.

Se escuchó un crujido procedente del posadero que había encima de la puerta. Goldie se dio la vuelta al momento, con el corazón golpeándole las costillas con fuerza. El ave carnícera —el ave disecada, el ave muerta— desplegó sus inmensas alas y la miró. Después abrió el pico y comenzó a hablar con una voz chirriante como el hierro oxidado.

—¡Ladroooooón! —chillaba el ave carnícera—. ¡Ladroooooón!
¡Ladroooooón! ¡Ladroooooón!

Se oyeron unas fuertes pisadas por el pasillo que se extendía junto al despacho.

—¡Te tengo! —gritó un hombre. Y la puerta se cerró de golpe, dejando a Goldie atrapada en el interior con el ave carnícera.



Goldie no era la única ladrona que había en la ciudad aquella noche. Mientras el reloj del Gran Auditorio marcaba la una, un hombre ataviado con una capa con capucha descendió a toda prisa por la colina del Viejo Arsenal y se deslizó a través de la verja del canal.

Había un pequeño carruaje marítimo privado amarrado en el muelle del Viejo Arsenal. El encapuchado subió a bordo e hizo girar la llave y los interruptores del gas hasta que arrancó el motor. El carruaje marítimo se alejó del muelle y avanzó entre silenciosos resoplidos por mitad del canal. Cuando llegó al muelle de la Bestia, el hombre apagó el motor y amarró la embarcación a una anilla de hierro. Después, subió corriendo por los escalones y escaló la verja de seguridad.

El Protectorado, cuando llegó hasta él, estaba a oscuras. Rodeó sigilosamente el edificio y se detuvo junto a una ventana. Sacó un puñal con una hoja finísima y lo introdujo en la abertura entre la ventana y el marco. Con la misma suavidad con la que le haría cosquillas a un bebé, movió el filo adelante y atrás. Maldijo en voz baja por la lentitud del proceso, pero su pulso se mantuvo firme.

Se escuchó un suave chasquido y la ventana se giró hacia dentro. El hombre se acuclilló sobre el alféizar y se dejó caer en el almacén que había al otro lado. Avanzó a tientas entre estantes y cajas hasta alcanzar la puerta, después atravesó un corredor sin iluminar y un breve tramo de escaleras. Se golpeó las espinillas una docena de veces antes de encontrar la habitación que estaba buscando.

Cuando finalmente la encontró, cerró las gruesas cortinas y palpó las paredes hasta encontrar un farol de acuagás. Se sacó una yesca del bolsillo, levantó la cubierta del farol, giró la ruedecilla del gas y encendió la mecha. Con un siseo, el farol cobró vida, revelando los destartalados muebles del despacho de la Protectora. El encapuchado se acercó rápidamente a la estantería y comenzó a inspeccionar las filas de documentos que se alineaban en sus estantes.

Lo sorprendió el inicio del amanecer antes de haber encontrado lo que buscaba. Estaba empezando a preocuparse. Los limpiadores no tardarían en salir a la calle, y debía marcharse antes de que lo vieran.

Con un impropio, dejó en su sitio el libro que acababa de inspeccionar y colocó la mano sobre el fino volumen azul que se encontraba a su lado. Se llamaba *La puerta furtiva*, y lo había pasado por alto varias veces a causa de su absurdo título.

Pero ahora se le estaban acabando las opciones. Abrió el libro. Sin esperar ningún resultado, comenzó a leer la primera página...

LA JOVEN DELINCUENTE



Goldie se acurrucó en un rincón del despacho, lo más alejada posible del ave carnícera. Se había protegido detrás de una silla y tenía las tijeras en la mano. Le dolía la cabeza, y estaba exhausta y aterrorizada.

Nadie vino a buscarla. Esperaba que de un momento a otro se abriera de golpe la puerta y aparecieran media docena de esclavistas, o quizá la tutora Ilusa y el tutor Confort. Y para cuando la ventanita que había sobre su cabeza comenzó a iluminarse con la llegada del amanecer, casi los habría recibido con los brazos abiertos.

El ave carnícera se había pasado la mayor parte de la noche durmiendo. Pero ahora estaba despierta de nuevo, emitiendo chasquidos con el pico y observándola con su maligna cabeza ladeada.

—Ladrooooón. Ladrooooón —murmuraba.

Finalmente, Goldie oyó unas pisadas al otro lado del despacho. Alguien silbaba una tonada horriblemente familiar. Goldie se puso en pie a duras penas, agarrando con fuerza las tijeras.

—¡Si son esclavistas, pelearé! —le susurró al ave carnícera, aunque no tenía la menor idea de cómo lo haría.

La puerta se abrió y un hombre alto y espigado con una casaca negra entró en la habitación. Goldie apretó las tijeras con más fuerza todavía. Era el hombre de la ceremonia de separación. El que la había estado observando. El que la había guiado contra su voluntad a través de la ciudad. Y ahora la tenía acorralada.

El rostro del hombre era tan intimidante como una roca.

—Has robado algo —dijo—. ¿El qué?

—Nada —se apresuró a decir Goldie.

Por encima del umbral, el ave carnícera se desplazó sobre su posadero. Goldie se encogió. El hombre levantó la mirada.

—Morg —dijo—. Ven aquí.

El ave carnícera se quedó mirándolo. Después, con un aparatoso brinco, se dejó caer sobre su hombro.

Goldie soltó un gemido. El hombre gritó:

—¡Olga Ciavolga, haz el favor de venir!

Una anciana apareció a su lado. Vestía con un jubón de punto y media docena de faldas, una encima de otra, todas ellas de colores vivos que no combinaban entre sí. Su melena grisácea revoloteaba alrededor de su rostro. Miró con severidad a Goldie y extendió un brazo. El ave carnícera saltó sobre él y la mujer se la llevó.

El hombre se dirigió entonces a Goldie.

—Esta ave tiene un instinto para el robo. Puede percibirlo a mil pasos de distancia o a través de una espesa niebla. Nunca se equivoca. Así que te lo pregunto de nuevo: ¿qué has robado?

Goldie se puso colorada.

—Los pasteles —murmuró—. Tenía hambre.

El hombre enarcó una ceja, como si aquellos pasteles no tuvieran la menor importancia y le sorprendiera que Goldie los mencionara.

—¿Qué más?

—¡Nada más!

El hombre le dirigió una mirada inclemente.

—Vacíate los bolsillos.

Goldie sintió como si la piel de su rostro estuviera hecha de cristal. Lentamente, se metió la mano en un bolsillo y sacó primero su pañuelo, después la brújula y finalmente el broche del pájaro.

—El otro bolsillo —dijo el hombre.

Goldie se quedó mirando al suelo. Se metió la mano en el otro bolsillo... y sacó las monedas.

El hombre chasqueó la lengua, satisfecho.

—Esas monedas —dijo— son soberanos de oro de quinientos años de antigüedad.

Goldie soltó un grito ahogado. El hombre se cruzó de brazos en un gesto inquietante.

—Bien, ahora...

Se oyeron nuevas pisadas por el pasillo. Alguien gritaba:

—¿Hola? ¿Hola?

Y otra persona, con la voz más grave, decía:

—¿Hay alguien en este maldito lugar?

¡Eran la tutora Ilusa y el tutor Confort! Goldie se encogió en el rincón donde se encontraba. Se acabaron las contemplaciones. Aquel desconocido la entregaría a los tutores sagrados y les contaría lo de las monedas. Se echó a temblar solo de pensar en el castigo que le impondrían.

Pero para su sorpresa, el hombre se llevó un dedo a los labios.

—Chsss —susurró.

Señaló hacia el estrecho hueco que había bajo el escritorio y no fue hasta que Goldie ya estaba escondida cuando gritó:

—¡Por aquí!

Goldie contuvo el aliento. Lo único que podía ver eran los pantalones largos del hombre y unas botas marrones plagadas de rasguños. Las pisadas llegaron hasta la puerta y se detuvieron.

—¡Bienvenidos al Museo de Coz! —exclamó el hombre. Ahora su tono de voz era completamente distinto. Había desaparecido todo rastro de dureza, e incluso parecía un poco atolondrado.

—¡Me llamo Sinew! ¿Les apetece una visita guiada? ¡Pues han venido al lugar indicado! Aquí podrán indagar cuanto quieran en la larga y gloriosa historia de la ciudad —carraspeó, como si se sintiera avergonzado—. Bueno, en la mayoría. Nos faltan unos cuantos años por aquí y por allá, y por lo visto algunas de las etiquetas han desaparecido. ¡Tenemos una auténtica plaga de carpas plateadas! Pero nuestros guardianes estarán encantados de...

La tutora Ilusa lo interrumpió.

—¿Quién está al cargo aquí? Me gustaría ver a su tutor residente.

—Ay, me temo que no tenemos ninguno.

—Todos los edificios públicos tienen un tutor residente por orden del Adalid. Desde la noche pasada.

—Oh, criaturas afortunadas —balbuceó Sinew, haciéndose aún más el tonto—. ¡Ojalá nosotros fuéramos tan privilegiados! Pero, ay, me temo que no es así. Órdenes de la Protectora. Quizá seamos demasiado pequeños e insignificantes como para molestarse con esas cosas.

Se quedaron en silencio unos instantes. Después, la tutora Ilusa dijo:

—Estamos buscando a una fugitiva. Una delincuente. Una niña.

Goldie se acurrucó contra la fría superficie de madera del escritorio. Por encima de su cabeza, Sinew dijo:

—¡Por todos los cerdos silbadores! ¿Una delincuente? ¿En nuestra gloriosa ciudad? ¿Quién lo habría dicho? ¿Una asesina, quizá? ¿Una pirómana? ¿Una... ladrona?

—Ser un fugitivo —dijo el tutor Confort con su tono de voz más lúgubre— ya es un acto criminal en sí mismo. Sus padres serán conducidos ante la corte de los Siete Benditos esta misma mañana. Los juzgarán y condenarán por criar a una niña así. No hay duda de su culpabilidad. Les serán confiscadas sus pertenencias y los enviarán a la Casa del Remordimiento.

Por debajo del escritorio, Goldie estuvo a punto de soltar un grito de terror. ¿Mamá y papá a juicio? ¿Mamá y papá en prisión? ¿Por su culpa?

El suelo del despacho pareció derrumbarse bajo su cuerpo. ¿Qué había hecho? ¡Debía volver con ellos! ¡Debía volver y decirle a la corte que no había sido culpa de sus padres, sino suya, solo suya!

Pero antes de que pudiera ponerse de pie, Sinew le pisó con firmeza una de sus piernas.

Goldie se tapó la boca con una mano y contuvo las ganas de gritar.

—¿Entonces no les interesan los ladrones? —dijo Sinew—. ¿No les interesa el inesperado robo de unos pasteles de almendra?

—¿Ha visto a la niña? —dijo la tutora Ilusa, que empezaba a perder la paciencia—. Debe informarnos de inmediato si la ve.

—¿Qué harán si consiguen atraparla? —dijo Sinew—. ¿La azotarán? ¿Le cortarán los dedos? ¿Le marcarán a fuego la frente? Eso es lo que habrían hecho antaño. Ah, ¡esos eran buenos tiempos!

Goldie se quedó patidifusa. «¿Cortarme los DEDOS?».

—No sea ridículo —le replicó la tutora Ilusa—. No le haremos daño. Simplemente... la reeducaremos.

—¡Ajá! ¡Un lavado de cerebro! Me alegra oír que la ciudad está regida por gente tan compasiva.

Sinew apartó sus enormes pies del escritorio. Goldie le oyó decir:

—En fin, hay muchos lugares en la colina del Viejo Arsenal donde podría ocultarse un fugitivo. Algunas de las mansiones cercanas...

—Aún no hemos acabado aquí —lo interrumpió el tutor Confort—. Tenemos órdenes del Adalid de registrar todos los edificios públicos a fondo.

—¡Y para nosotros será un honor! —dijo Sinew. Por su forma de decirlo, daba la impresión de que les estaba haciendo una reverencia—. Permítanme escoltarlos durante su búsqueda.

—No necesitamos ninguna escolta —dijo la tutora Ilusa.

—¿Están seguros? Bueno, ustedes sabrán. Avísenme si necesitan ayuda. Les mostraré por dónde empezar. Veamos, giren a la izquierda, después a la derecha, y llegarán a la primera sala de exposiciones.

El eco de su voz se fue apagando conforme acompañaba a los dos tutores sagrados al exterior del despacho.

Debajo del escritorio, Goldie se quedó mirando los restos de la cinta de seda que tenía en la muñeca. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¡Por supuesto que los tutores sagrados culparían a mamá y a papá de lo que había hecho! ¡Por supuesto que los castigarían! Debería haberse dado cuenta. ¡Debería haberlo pensado!

En un arrebato de repulsión se arrancó los restos de cinta de la muñeca. El Adalid tenía razón. Era necia y mezquina. Se merecía que le pusieran las cadenas de castigo.

—¡Chsss! —era Sinew, que ya estaba de vuelta.

Se agachó de forma que su protuberante nariz quedó confrontada con la de Goldie.

—El museo los mantendrá entretenidos durante un rato —susurró—. ¡Acompáñame!

Goldie salió a rastras de debajo del escritorio y lo siguió al exterior del despacho. A mitad de camino por un pasillo apenas iluminado, Sinew se detuvo y dijo en voz baja:

—¿Herro Dan? La tenemos.

Después, se marchó a grandes zancadas por donde había venido.

—Así que te hemos encontrado, chiquilla —le dijo alguien al oído.

Goldie se dio la vuelta rápidamente. Un anciano con una amplia nariz y con la piel del color de la nuez moscada se encontraba detrás de ella. Vestía con una raída chaqueta azul con botones de latón en la parte frontal, y estaba sonriendo.

—Ven conmigo y te mostraré un lugar donde dormir —dijo—. Acompáñame, ¡y no te alejes!

Goldie estaba demasiado cansada y abatida como para preguntarse por qué esa gente querría correr el riesgo de esconderla. Aturdida, siguió al anciano a través del museo.

No había indicios de la historia gloriosa que Sinew había prometido a los tutores sagrados. En vez de eso, las salas parecían no contener más que un montón de basura. Había cuadros rasgados y sillas rotas. Había relojes a los que les faltaba el péndulo y que tenían las manecillas ancladas en algún pasado remoto. Había botellas rotas, pedruscos y jarras vacías.

Era el lugar menos interesante que Goldie había visto nunca, pero a ella le valía así. No quería que aquel entorno la distrajera. Quería preocuparse por mamá y papá, y culparse por lo que les había ocurrido. Quería sentirse mezquina y desdichada.

Y aun así...

El anciano se detuvo frente a un retrete y esperó a que Goldie hiciera pis y se echara agua fría en la cara. Fue al salir de nuevo cuando ocurrió algo extraño. De repente, el edificio entero pareció... *moverse*. Como si una enorme bestia soñolienta se hubiera despertado, hubiera girado sobre sí misma y hubiera vuelto a dormirse.

Goldie se detuvo en seco. Frente a ella había una vitrina de madera llena de tarros de cristal. Un momento antes, los tarros estaban vacíos. Pero ahora todos contenían los rollizos y escamosos anillos de una serpiente muerta. Se quedó perpleja mirándolos.

Al otro lado del cristal, una de las serpientes alzó un angosto párpado y le devolvió la mirada.

—¡Cáspita! —exclamó Goldie, asustada.

Herro Dan le dio una palmadita en el hombro para reconfortarla. Después, apoyó la mano en el muro más cercano y empezó a cantar. Su

voz retumbaba en tonos graves y agudos que enlazaban una serie de notas que le pusieron a Goldie los pelillos de la nuca de punta.

—Oh, ou, ou, ou —cantaba el anciano—. Mmmm, ou, ouou, ou, ou.

Con curiosidad, Goldie apoyó su propia mano sobre el muro...

En cuanto lo hizo, escuchó —mejor dicho, sintió— la melodía. Una melodía profunda y poderosa. Parecía emerger con violencia del centro de la tierra y fluir por sus entrañas como si fuera agua hirviendo. Apartó de golpe la mano, como si se hubiera quemado.

En el interior de los tarros, las serpientes flotaban en un mar de líquido amarillento. Tenían los ojos cerrados y estaban mudando las escamas. Era evidente que llevaban muertas mucho, mucho tiempo.

«Debo habérmelo imaginado», pensó Goldie. «Pero parecía tan real...».

El anciano dejó de cantar y apartó la mano del muro. Su rostro amigable había adoptado un gesto de gravedad.

—El conflicto ha dado un nuevo paso adelante —murmuró—. ¿Puedes sentirlo, chiquilla?

Sin esperar a que le respondiera, la guio a través de otro par de salas hasta llegar a una puerta cerrada en la que ponía «Solo personal autorizado» con letras medio borradas. Se sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y acompañó a Goldie al interior.

Al otro lado de la puerta había un camastro y una pila de edredones.

—Aquí estarás a salvo, en las dependencias traseras —dijo el anciano—. Esta puerta está siempre cerrada. Los tutores no te encontrarán aquí.

Goldie no estaba segura de que una puerta cerrada fuera suficiente para contener a la tutora Ilusa. Pero estaba demasiado cansada como para discutir. Tras soltar un suspiro se dejó caer sobre el camastro. Después, se cubrió con un edredón finísimo y se quedó dormida de inmediato.

UNA MISIÓN ENCOMENDADA POR SU SEÑORÍA



La tutora Ilusa no comprendía la insistencia del Adalid para que registraran aquel edificio tan feo.

—Decidles que estáis buscando a la niña desaparecida —les había dicho cuando los convocó aquella mañana a su oficina—. Pero mantened los ojos abiertos ante cualquier elemento sospechoso. Ante cualquier cosa extraña o fuera de lugar.

Sin ánimo de ofender a su señoría, la única cosa fuera de lugar en la que Ilusa estaba interesada era la niña fugitiva, y lo más probable es que estuviera escondida en alguna parte del barrio antiguo de la ciudad, cerca de su casa. Lo que significaba que uno de los camaradas de Ilusa podría tener el placer de capturarla, cuando ese honor debería corresponderle a ella.

Pero cuando Sinew confesó que el museo no tenía un tutor residente, el gusanillo de la curiosidad empezó a desenroscarse en su interior. No dejó que su rostro trasluciera su interés. Era demasiado astuta para eso, vaya que sí. En su lugar, siguió interrogando a Sinew acerca de la niña, como si aquella fuera la verdadera razón de su presencia allí y no un simple pretexto.

¡Se había embarcado en una misión encomendada por su señoría! Estaba deseosa de poner en práctica sus instrucciones. Inspeccionó aquellas deprimentes estancias, oteando cada rincón, asomándose detrás de las vitrinas rotas, en busca de algo que fuera extraño o estuviera fuera de lugar.

Al mismo tiempo, permitió que un resquicio de su mente divagara en su ensoñación favorita, aquella en la que formaba parte del círculo más cercano del Adalid, en donde tenía poder, importancia e influencia. Si llevaba aquel encargo a buen puerto, su sueño podría hacerse realidad...

—¿No hemos pasado ya por esta sala? —dijo Confort.

—¿Qué? —dijo Ilusa, sacada de su ensoñación.

—Mira ese aparador con las puertas destrozadas. Hemos estado aquí hace apenas unos minutos.

—Tonterías —dijo Ilusa, contenta de tener una excusa para chingar a su compañero—. No hemos vuelto sobre nuestros pasos, ¿verdad, camarada? No nos hemos desviado en ningún punto. Y tampoco nos ha embrujado ningún demonio para que perdamos el rumbo, ¿verdad?

Soltó una risita por aquel arranque de ingenio, después volvió a ponerse seria.

—No tardarás en descubrir que tengo un excelente sentido de la orientación. Concéntrate en tu trabajo.

Confort contrajo el rostro en un gesto de fastidio mal disimulado y atravesó con grandes pasos el siguiente umbral, sin detenerse a ver si Ilusa lo seguía.



Veinte minutos más tarde, Ilusa se encontró otra vez de frente ante aquel aparador roto.

—¿Lo ves? —dijo Confort con arrogancia— Te lo dije.

—La condescendencia —dijo Ilusa— es pecado. No me gustaría tener que informar sobre tu comportamiento, camarada.

—No estaba siendo condescendiente, camarada —replicó Confort con un gesto de suficiencia—. Me he limitado a remarcar que estábamos caminando en círculos. Eso es un hecho, ¿no es así? A mí me parece bastante claro.

—Lo que está claro para mí, camarada, es que nos has llevado por el camino equivocado. Fuiste tú quien marcó el camino fuera de esta sala, ¿no es así? Debiste de tomar un giro equivocado. Puede que te falte concentración.

El rostro cetrino de Confort se enrojeció.

—Me gustaría ver qué tal se te da a ti, camarada.

—Y lo verás, camarada. Lo verás.

Ilusa puso todo su empeño en llevarlos de vuelta al despacho. A pesar de lo que le había dicho a Confort, el trazado de aquellas salas la tenía

confundida. Si pudiera conseguir un plano, les ayudaría a ser más eficientes en su búsqueda.

Tardó en darse cuenta de que se habían perdido. Guio sus pasos de una sala a otra, rehaciendo el camino por el que habían venido. Pero por alguna razón, en lugar de llegar al despacho, siempre terminaban ante el aparador roto.

Ilusa resopló, sorprendida y molesta. Empezó de nuevo la marcha, de vuelta en aquellas sombrías salas, mientras Confort caminaba a paso ligero detrás de ella. Rodearon vitrinas de cristal. Atravesaron este umbral. Atravesaron este otro. Un giro a la derecha por aquí. Un giro a la izquierda por allá...

¡Y ahí estaba de nuevo el aparador roto! Ilusa le lanzó una mirada furiosa, con la sospecha de que de algún modo se estaba burlando de ella.

Confort carraspeó.

—Quizá sea el momento de pedir ayuda...

—Bobadas —dijo Ilusa—. ¡Bobadas!

Y echó a andar una vez más. De vuelta en las salas sombrías. Rodeando las vitrinas de cristal. Atravesando este umbral. Atravesando este otro. Girando a la derecha por aquí. Girando a la izquierda por allá...

Al final, dejó que Confort gritara para pedir ayuda. Normalmente no se habría rendido de esa manera, pero estaban perdiendo el tiempo, así que no le disgustó ver aparecer a Sinew, que acudía corriendo hacia ellos.

—¡Estas salas parecen todas iguales! —gritó mientras se aproximaba—. No se aflijan, tutores. Incluso los guardianes se pierden casi a diario. A veces pienso que deberíamos pintar unas flechitas en el suelo, todas de diferentes colores, y entonces podríamos seguirlas hasta dondequiera que condujeran. Pero ¿qué pasaría si nos perdiéramos mientras pintáramos las flechitas y comenzaran a avanzar en círculos? ¡Ja, ja, ja!

Aquel tipo era aún más tonto que Confort, pero al menos consiguió llevarlos de vuelta al despacho. Ilusa echó mano de la silla que estaba al otro lado del escritorio y, con Confort a su lado, empezó a hacer preguntas.

Al principio intentó que parecieran triviales. ¿Qué antigüedad tenía el museo? ¿Quién lo inauguró? ¿De dónde procedían las piezas que tenían en exposición?

Pero las respuestas de Sinew eran tan imprecisas que no tardó en perder la paciencia con él y empezó a lanzarle una pregunta tras otra, como si estuviera realizando un examen.

¿Cuántas salas había exactamente? ¿Qué había en ellas? ¿Cuántas estaban cerradas? ¿Quién tenía las llaves? ¿Adónde conducía esta puerta? ¿Adónde conducía esa otra? ¿Cuántos empleados había en el museo? ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Dónde dormían? ¿Dónde comían?

Al fin, exasperada hasta límites insospechados por las inservibles respuestas de Sinew, dijo:

—Quiero inspeccionar sus registros.

—¿Nuestros qué? —dijo Sinew.

—En las últimas dos horas —dijo Ilusa—, he visto cristales rotos. He visto piedras sueltas que cualquiera podría recoger y tirárselas a alguien. He visto sillas que se vendrían abajo en cuanto alguien se sentara encima. Este edificio es una trampa mortal, y existe la posibilidad de que haya una niña sin Separar suelta por las instalaciones. Si quiero encontrarla, necesito sus registros. Sus facturas. Sus planos.

Sinew asintió, indeciso.

—¿Con los registros de los últimos cinco años será suficiente?

—Nos servirá para empezar. Vaya a buscarlos. Y dese prisa.

Sinew salió del despacho, con pinta de haber olvidado ya lo que tenía que hacer. Confort se inclinó hacia Ilusa y le susurró al oído:

—Debajo del escritorio.

Ilusa apartó ligeramente la silla y se asomó por debajo del escritorio. Allí, metido en un rincón, tan ennegrecido que casi (aunque no del todo) resultaba inidentificable, había un trozo de cinta blanca de seda.

—¡Ajá! —dijo Ilusa. Frunció los labios para que Confort no se diera cuenta de lo contenta que estaba.

EL IRACÁN



—¿Por qué están haciendo tantas preguntas? ¿Qué es lo que quieren?
¡Eh, despierta, te estoy hablando! ¿Qué es lo que quieren?

Goldie bostezó y murmuró:

—¡Lárgate, Jubi! ¿Y qué estás haciendo en mi habitación?

Se despezó, esperando sentir el tirón de la cadena de custodia. Pero no se produjo. Se apresuró a abrir los ojos y...

Agachado, a su lado, había un chico. Tenía la cara sucia. El pelo negro y de punta. Y sobre su hombro —tan cerca que Goldie pudo ver su párpado membranoso y percibir el hedor a humedad de sus plumas—, ¡estaba posada el ave carnícera!

Goldie trató de escabullirse por el lado opuesto del camastro, pero el chico le agarró del brazo.

—¿Por qué esos tutores tuyos quieren ver nuestros registros?

—¡Suéltame!

El chico se encogió de hombros y la soltó.

—Haz lo que quieras —le dijo. Pero el ave carnícera que llevaba en el hombro se quedó mirándola con sus ojos malévolos como si Goldie no tuviera derecho a hacer lo que quisiera. Ningún derecho en absoluto.

Goldie se puso en pie con torpeza.

—¿Y bien? —dijo el muchacho—. ¿Por qué tienen tanto interés por nuestros registros?

—Regiiiiistros —chilló el ave carnícera. Su enorme pico estaba a escasos centímetros del rostro del chico, pero este no pareció inmutarse.

Goldie trató de poner en orden sus pensamientos.

—No... ¡no lo sé!

El chico negó con la cabeza, exasperado.

—Nunca antes se habían fijado en nosotros. Pero ahora están aquí y es por tu culpa.

Al escuchar esas palabras, Goldie se desperezó del todo y recordó lo que había hecho...

Por un instante, le pareció tan terrible que se vio incapaz de reaccionar. Mamá y papá iban a ser juzgados y enviados a la Casa del Remordimiento. Y era por su culpa. Goldie tragó saliva.

—Debo volver —susurró, y solo de pensarlo se revolvía por dentro.

—¿Adónde? —dijo el muchacho.

—Adooooónde —chilló el ave carnicera.

—Con... con los tutores. Les... les diré que ha sido culpa mía —Goldie se mordió el labio—. Deberían encarcelarme a mí y dejar libres a papá y a mamá.

Trató de abrir la puerta que conducía a las dependencias delanteras del museo, pero estaba cerrada.

—¿Tienes la llave?

—Quizá —dijo el chico—. Quizá no —y se dio la vuelta y se marchó.

Goldie echó a correr detrás de él, tratando de no acercarse demasiado al ave carnicera.

—¿Es que no me has oído? Voy a entregarme.

—Ya, claro, eso será de gran ayuda —dijo el chico con sarcasmo.

Goldie empezó a ponerse colorada.

—No podéis encerrarme aquí contra mi voluntad.

—Nadie te está encerrando en ninguna parte —dijo el chico.

—Claro que sí. ¡La puerta está cerrada!

—¿Es que no puedes atravesar algo tan simple como una puerta cerrada? —se burló el chico—. No sé por qué piensa Sinew que vas a ser tan útil.

Goldie se paró en seco. Casi había olvidado que no había llegado por casualidad, sino que la habían guiado hasta allí. La habían conducido.

—¿Útil? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

—Olvidalo —dijo el chico, mirándola por encima del hombro.

—¿Por qué me ha traído Sinew aquí? ¿Por qué me ocultó? ¿Qué es lo que quiere?

—Naaaaadaaaaaa —se burló el ave carnicera.

—Pienso volver —gritó Goldie, sin dejar de seguirlos.

El chico dejó escapar un sonoro suspiro; después, se dio la vuelta.

—Mira —le dijo—, puedes hacer lo que te dé la gana, a mí me da igual. Si tanto te gustan tus queridos tutores, puedes ir a pedirles clemencia...

—¡No me gustan! ¡Los odio!

—... pero eso no hará ningún bien a tus padres —su tono de voz se había vuelto más severo—. Los enviarán de todas formas a la Casa del Remordimiento. Y eso solo empeorará su sufrimiento, al saber que acabarás en Supervisión.

—Supervisioooooón.

Goldie no quería creerlo. Pero en el fondo de su corazón sabía que el muchacho tenía razón. Una vez que los tutores sagrados le echaban el guante a alguien, no lo dejaban escapar.

«¡Ay, papá! ¡Ay, mamá! ¡Lo siento tanto!».

Le entraron ganas de llorar, a causa del miedo y la culpa y la rabia, pero el chico y el pájaro la estaban observando. Así que dijo, con toda la calma posible:

—Bien, en ese caso, me... me... me iré a Dicho.

—Eso ayudará muchísimo —se burló el chico, que volvió a darse la vuelta para marcharse—. Al menos, si te quedas, es posible que puedas ayudar —resopló—. Aunque lo dudo.

—¿Ayudar? —dijo Goldie—. ¿Te refieres a ayudar a papá y a mamá? ¿Cómo?

La única respuesta que recibió fue un graznido burlón por parte del ave carnícera, y poco después el muchacho y el pájaro desaparecieron de la vista, ocultos entre filas de expositores y vitrinas.

Goldie probó suerte de nuevo con la puerta, aunque era consciente de que no se abriría. Se sintió como si estuviera haciendo equilibrios sobre el filo de un cuchillo. A un lado del filo se encontraba Dicho y los parientes de mamá; allí estaría a salvo, si es que lograba llegar. Al otro lado estaba el museo con sus preguntas sin responder y sus peligros (*¡un ave carnícera!*), y la posibilidad de poder ayudar en algo...

Cuando alcanzó al chico, este no pareció contento de verla. El pájaro que llevaba en el hombro parecía más grande, negro y aterrador que nunca.

—Esto... ¿cómo se llama él? —dijo Goldie.

—Ella —dijo el muchacho—. Morg es una chica, no un chico.

—Moouououou —el ave carnícera erizó sus plumas y fulminó a Goldie con la mirada.

Goldie retrocedió un paso.

—¿Y mu... muerde?

El chico esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—Sí. Lo que más le gusta son los ojos. Si estuvieras tirada en el suelo con una pierna rota, esperaría a que estuvieras demasiado débil como para poder defenderte, y entonces te sacaría los ojos uno por uno. Plop. Plop.

«Está intentando asustarme», pensó Goldie. «Lo que no sabe es que ya estoy muerta de miedo».

—Esas cosas ya no ocurren —dijo Goldie—. Hoy en día, no. Aquí no.

El chico negó con la cabeza como si no pudiera creer lo estúpida que era aquella niña.

—Te crees que sigues en Alhaja —dijo—, pero no es así. Ahora estás en el museo... y puede ocurrir cualquier cosa.



Las dependencias traseras del museo eran muy diferentes de las delanteras. Los techos eran altos, y las paredes estaban cubiertas por enormes retratos con marcos dorados donde aparecían soldados con largas patillas y reinas con la cara regordeta y vestidos pasados de moda.

Uno de los cuadros parecía destacar entre los demás.

—¿Quién es esa? —preguntó Goldie, señalando hacia una jovencita con una armadura reluciente y una espada y un arco largo en las manos. En el estandarte que había sobre la cabeza de la chica, se mostraba a un lobo negro gruñendo.

—Alguna vieja princesa —dijo el chico.

—No es vieja.

El chico puso cara de fastidio.

—Me refiero a que es de los tiempos antiguos. Fue una especie de guerrera, hace cientos de años.

Goldie lo observó más de cerca. El cuadro estaba agrietado por el paso de los años, pero la chica parecía devolverle la mirada con orgullo.

—¿Será la princesa Frisia?

—¿Quién es esa?

—Ya sabes, la del cuento infantil. La princesa guerrera de Merne.

—¿Y por qué tendría que saberlo? —el chico se encogió de hombros y siguió caminando.

Goldie apretó el paso para ponerse a su altura.

—¿Adónde vamos? —dijo.

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo se supone que puedo ayudar?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo te llamas? —se quedó mirándolo detenidamente—. Te he visto en alguna parte, ¿verdad? ¿No vivías antes en el barrio antiguo? ¿Cerca del canal del Buque? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No es asunto tuyo.

Las vitrinas ante las que pasaron contenían armaduras, esqueletos y látigos de puntas anudadas. Entre ellas había pilas de calderos, bicicletas escacharradas y viejas carretillas de madera. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Había telarañas colgando de las vigas.

Goldie jamás se habría imaginado que pudiera existir un lugar así dentro de las fronteras de Alhaja. Pensó en las advertencias de sus padres y se estremeció. *Insectos venenosos... polvo... la fiebre púrpura...*

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia un objeto de hierro, con unas fauces atroces y puntiagudas.

—Un cepo —dijo el muchacho, que sonrió al ver la cara que ponía Goldie.

Por encima de la cabeza de Goldie, el esqueleto de una ballena rechinaba como si estuviera soñando con el mar. El pelo de una rata de agua disecada se alborotó. Goldie creyó percibir un aleteo. Con cada movimiento, con cada sonido, se le iba poniendo la piel de gallina.

Pero al mismo tiempo la sangre aceleró su paso a través de sus venas y se sintió más viva que nunca.

«¡He estado dormida!», pensó. «¡He estado dormida toda mi vida y ahora estoy empezando a despertar!».

Las salas parecían extenderse hasta el infinito. Goldie sabía que era imposible que el museo fuera tan grande, pero no cesaba de desplegarse ante ella. Las puertas que atravesaban eran tan amplias como bulevares. Las vitrinas de cristal formaban una fila interminable.

Entonces atravesaron una puerta y fue como si hubieran aparecido en mitad de una carretera. Con la salvedad de que el techo seguía allí, a una altura considerable. En Alhaja no había ninguna carretera parecida a esa.

Justo enfrente de ellos había un descampado. Estaba repleto de zarzas y envuelto entre las sombras. En mitad del descampado había un árbol enorme y puesta en equilibrio entre sus ramas había una casita de madera, con una desvencijada escalera que conducía hasta ella.

Goldie nunca había visto nada tan peculiar. Dio un paso hacia el árbol... y se detuvo. A sus pies, tan cerca que a mamá y a papá les habría dado un infarto si la hubieran visto, había una acequia.

Una acequia enorme, con una profundidad que doblaba la altura de Goldie, y una corriente de agua en el fondo.

Agua sucia.

Agua contaminada.

Aguas infectas donde se ahogaban los niños...

Y de repente todo aquello que le había ocurrido a Goldie en el último día y medio se le vino a la mente. Su entusiasmo se disipó y lo único que quedó fue el miedo. Se quedó contemplando la acequia con la boca abierta y la cabeza repleta de advertencias.

—¿Qué pasa? —dijo el muchacho, que había empezado a descender por uno de los costados de la acequia y a subir por el otro—. ¿Tienes miedo?

—Eh... no.

—Sí que lo tienes.

—¡Te digo que no!

—Ya sabía yo que no servirías para nada —dijo el chico. Y, sin mirar atrás, desapareció entre las sombras del descampado, con Morg encaramada a su hombro.

Goldie no sabía qué hacer. Al principio pensó que esperaría hasta que el chico regresara. Entonces oyó un suave chirrido, como si alguien estuviera caminando de puntillas hacia ella, y entonces decidió que sería mejor ir a buscar a Sinew o a Herro Dan.

Pero la idea de caminar sola a través de esas salas mal iluminadas, seguida por el eco de aquel chirrido, le produjo angustia. Así que al final se quedó quieta donde estaba.

El rugido parecía emerger de la nada. Unos faros brillantes aparecieron de entre las sombras en el extremo opuesto de la carretera. Se escuchó un pitido. Goldie se quedó mirando desconcertada. Era un carruaje callejero. Y se estaba dirigiendo directamente hacia ella.

En ese momento fue como si el tiempo se detuviera. Goldie pudo oír que el chico gritaba en la distancia, pero no se movió. Tuvo la impresión de estar soñando... como si aquello le estuviera ocurriendo a otra persona y ella observara la escena desde un punto muy, muy lejano.

El chico volvió a gritar. Y de entre las sombras del descampado emergió... algo. Algo que divisó a Goldie y salió disparado hacia ella. Algo con los ojos rojos y unas fauces cubiertas de espumarajos. ¡Algo que abrió la boca y aulló! Aquel sonido se sumó al gemido del claxon del carruaje callejero, que retumbó por el techo como un trueno.

«Esto es ridículo», pensó Goldie, como si todo aquello formara parte de una ensoñación. «El carruaje va a matarme. Ya solo faltaba que encima aparezca un iracán».

Con esa misma sensación de estar soñando, se preguntó cuál de los dos la alcanzaría antes. Se preguntó cuál de los dos le haría más daño. Se preguntó si sería su castigo por intentar robar los doblones de oro, y si Sinew lo tendría planeado desde el principio.

El carruaje estaba a punto de alcanzarla. Igual que el iracán. El animal cruzó la acequia con un gran salto. Sus ojos centelleaban. Abrió sus terribles fauces y...

En ese momento, Goldie recuperó su sentido común. Con un alarido desesperado, trató de echarse a un lado. Pero era demasiado tarde. El iracán dio un giro brusco para lanzarse contra ella. Sus dientes le desgarraron el babi. La derribó con su peso. Goldie perdió pie y cayó de costado, cayó y cayó hacia el fondo de la acequia.

Lo último que oyó antes de perder la consciencia fue el sonido del carruaje, que pasó traqueteando por encima de ella. Lo último que sintió fue el cálido aliento del iracán en el rostro...

GÉRMENES CANINOS



El Adalid estaba sonriente. Tenía una sonrisa especialmente cautivadora que empleaba cada vez que quería convencer a alguien de que hiciera algo que no debiera.

Ahora la estaba usando con el teniente mariscal de la milicia.

—Permítame felicitarlo, señor —dijo—, por su excelente trabajo en la búsqueda de los artificieros que nos arrebataron la vida de uno de nuestros niños. Los humildes ciudadanos de Alhaja le estamos agradecidos por su compromiso con el deber.

El teniente mariscal se ruborizó y se quedó mirando al suelo de la oficina temporal del Adalid.

—Me... me temo, su señoría, que no he tomado parte en la búsqueda.

—¿Nooo? —el Adalid enarcó las cejas—. ¡Habría jurado que se convocaría a nuestros hombres más valiosos en unas circunstancias tan desesperadas!

—La Protectora... ya no confía en mí, su señoría. A causa de la niña fugada. Y de las tijeras. Al parecer hay muchas probabilidades de que... —se mordió el labio—, de que me juzguen en una corte marcial. Por lo visto mi carrera está... —no fue capaz de concluir la frase.

—No puedo creer que la Protectora le culpe de lo ocurrido...

—Sí me culpa, su señoría. Y hace bien. Fue un fallo por mi parte...

—¿Cómo puede decir eso? —exclamó el Adalid— ¿Acaso está usted a cargo de los niños de la ciudad? ¿Puede esperarse que usted, como miembro del ejército, ejerza como niñoero? ¡Ni hablar! ¡Si hay que culpar a alguien, es a mí! Debí haber previsto que pudiera ocurrir algo así. Debí haber estado más atento.

—Es muy amable por su parte, señoría, pero...

—¡Pero es cierto! ¿Cuándo se celebrará esa corte marcial? Acudiré a declarar a su favor.

El teniente mariscal levantó la mirada, con el rostro inundado por una inesperada esperanza.

—¿Lo haría, su señoría? ¡Eso podría cambiar las cosas!

—Delo por hecho —dijo el Adalid, ondeando una mano—. La ciudad no puede permitirse perder a un hombre tan valioso.

—¡No sé cómo agradecerse, señoría! Si alguna vez hay algo que pueda hacer para compensárselo...

—No hace falta, no hace falta. Para mí será un placer...

El Adalid se interrumpió, como si se le acabara de ocurrir algo.

—Aunque, ahora que lo pienso —dijo, mientras adoptaba una expresión pensativa—, sí que hay algo que puede hacer. Un hombre de mi posición no tiene facilidad para encontrar a alguien con quien hablar. Un hombre inteligente que no vaya transmitiendo mis pensamientos por ahí...

—Puede contarme lo que quiera, señoría —afirmó el teniente mariscal—. Soy una tumba.

—¿De verdad? Bien, en ese caso...

El Adalid deslizó el dedo por el borde de su escritorio, dejando que el momento se alargara.

—Su excelencia, la Protectora —dijo al fin—, está haciendo una labor excelente al frente de la ciudad.

—¡Así es, señoría! Siento mucho respeto hacia ella.

—Pero a veces, me temo que... —el Adalid se interrumpió y negó con la cabeza—. No, no debería decirlo. Seguro que no es nada. Seguro que su juicio sigue siendo tan bueno como siempre...

Volvió a interrumpirse. El teniente mariscal lo miró con curiosidad. El Adalid suspiró para sus adentros. Al parecer iba a tener que explicárselo como si fuera tonto.

—La cuestión es —dijo—, que no creo que la Protectora entienda el peligro en que puede estar inmersa la ciudad. Algunos milicianos han salido en busca de los artificieros, es cierto. Pero ¿qué está haciendo el resto? Abrir puertas. Formar una guardia de honor. Ayudar a las ancianitas a cruzar la calle.

El teniente mariscal asentía, dubitativo.

—Su excelencia piensa que es importante mantener la mayor normalidad posible. Para tranquilizar a la gente...

—¡No es tiempo de normalidad! —exclamó el Adalid, que dio un repentino puñetazo sobre el escritorio—. ¡Olvídese de los guardias de honor! ¡Puede que el día en que los Siete Dioses requieran de verdad nuestros servicios esté más cerca de lo que piensa! ¡La clase de servicio con el que usted y sus hombres regresarán al hogar cubiertos de gloria y riquezas, con las multitudes coreando sus nombres de una punta a otra de la ciudad!

Llegados a ese punto, el teniente mariscal tenía los ojos tan desorbitados como los de un bebé. Se lamió los labios. Abrió la boca para decir algo.

El Adalid alzó una mano. Volvió a esbozar su sonrisa cautivadora, con la sutileza propia de un prestidigitador. Se levantó y rodeó el escritorio.

—Por supuesto, tenemos la esperanza de que ese día no llegue nunca —dijo, colocando una mano sobre el hombro del teniente mariscal—. Después de todo, a pesar de la explosión de ayer, seguimos en paz, ¡y que así sea durante mucho tiempo! Pero si resultara ser una grave amenaza para la ciudad... —forzó su sonrisa un poco más—, entonces necesitaré rodearme de personas en las que pueda confiar.

Dicho esto, acompañó al teniente mariscal hasta la puerta.

—Venga a verme de nuevo cuando haya pensado en todo esto —dijo—. Tómese su tiempo. No hay prisa.

Se dirigió de nuevo hacia su escritorio, tarareando con satisfacción. Aquel miliciano era un necio, como todos los subordinados de su hermana. Pero también tenía ambición. Y no había nada más útil que un necio ambicioso.



Goldie estaba mojada, sentía frío y tenía todo el cuerpo dolorido. Estaba tumbada e inmóvil, tratando de recordar lo que había ocurrido.

Oyó la voz del chico, que hablaba desde algún lugar cercano.

—¡Podrían haberla matado! ¿Por qué no se apartó?

—Tú eras igual cuando llegaste aquí —dijo alguien con una voz grave y cavernosa—. Eras incapaz de cuidar de ti mismo. Esperabas que alguien viniera a rescatarte.

—¡Nunca he sido tan estúpido!

—Recuerdo la época en que tú...

Goldie movió la pierna y sus sandalias chapotearon en el lodo.

—¡Chsss! —dijo el chico—. ¡Creo que se ha despertado!

Oyó ruidos de pisadas y movimientos. Después la voz de Sinew, que dijo:

—¡Por todos los cerdos silbadores! ¿Qué ha ocurrido, Flemo? ¿Está herida?

Lentamente, Goldie abrió los ojos. Estaba tumbada debajo del árbol en mitad del descampado, Sinew y el chico estaban agachados a su lado. No había ni rastro de la persona de la voz cavernosa.

—¿Te encuentras bien? —dijo Sinew, visiblemente preocupado—. ¿Te has roto algo?

Goldie movió los brazos y las piernas cuidadosamente.

—Creo... creo que no —dijo.

Sinew la ayudó a incorporarse; después, se quitó la casaca y se la puso sobre los hombros. Miró con severidad al chico.

—Flemo, pensaba que habíamos dicho que cuidarás de ella.

—Estaba perfectamente cuando la dejé —protestó Flemo—. ¡Después el Tiburón apareció rugiendo de la nada y ella no tuvo el sentido común de apartarse!

A pesar de la casaca de Sinew, Goldie había empezado a temblar con tanta violencia que apenas era capaz de hablar.

—Era un ca... carruaje —dijo—, no un ti... tiburón. ¡Y había un i... i... i... iracán! ¡Un i... iracán vivito y coleando! ¡Y trató de ma... matarme!

—No es un tiburón —dijo Flemo—. Es el Tiburón.

—Así se llama el carruaje de Herro Dan —dijo Sinew—. Pero no es propio de Dan conducir con tanta temeridad.

—Es que no iba conduciendo —dijo Flemo—. No había nadie en el interior.

Sinew enarcó una ceja, sobresaltado.

—¿Estás seguro?

—No estoy ciego, Sinew. ¡El Tiburón salió disparado por su propia voluntad!

Goldie se quedó mirándolos con incredulidad.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Os digo que había un iracán!

Antes de que pudieran responderle, se levantó una ráfaga de aire y Olga Ciavolga y Herro Dan llegaron corriendo a través del descampado. Entre ellos, para el asombro de Goldie, iba trotando un perro. Un perrillo blanco con una oreja negra y una cola rizada que ondeaba sobre sus cuartos traseros como si fuera una bandera.

Era la primera vez que Goldie veía un perro de verdad. Los perros transmitían enfermedades, y a menudo se volvían locos y mordían a la gente. No había vuelto a haber un solo perro en Alhaja desde hacía más de doscientos años.

Flemo debió de darse cuenta de la cara que había puesto, porque frunció el ceño y dijo:

—Ese es Broo. Te salvó la vida. Deberías estarle agradecida.

Goldie se quedó mirándolo desconcertada.

—Fue él quien te lanzó a la acequia —dijo Flemo—. ¡Te habías quedado quieta como un pasmarote! El Tiburón te habría arrollado.

Goldie fue incapaz de comprender lo que decía el muchacho. Negó con la cabeza, confusa y enfadada.

—Fue el iracán el que me lanzó a la acequia. Y no estaba intentando salvarme. ¡Estaba intentando matarme!

Sinew carraspeó.

—Las sombras son densas en esta parte del museo, y la luz es incierta. El ruido y los faros no habrán hecho sino empeorar las cosas. Así, es fácil que un perrillo pudiera parecer monstruoso.

—¡No! —dijo Goldie—. ¡Eso no es lo que ocurrió!

Pero cuando miró a su alrededor, tratando de recordar el momento en que esa... esa cosa había emergido de entre los arbustos, se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en un recuerdo difuso. Las sombras eran densas. La luz era incierta. ¿Podría haberse tratado de un perrillo?

No.

No lo sé.

... Tal vez.

Olga Ciavolga se agachó y le acarició la cabeza a Broo.

—Eres un buen chico —tenía un ligero acento, como si hubiera nacido en algún lugar que no fuera la Península de Allende—. Esta noche tendrás una ración extra de huesos.

El perrillo se revolvió de gusto y meneó la cola.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido con el Tiburón? —Herro Dan estaba preocupado. Se agachó al lado de Goldie—. ¿Es cierto, chiquilla? ¿Mi carruaje ha estado a punto de arrollarte?

Goldie asintió.

—Santo cielo, lo siento —dijo el anciano.

—Bah, ¿de qué serviría sentirlo si la hubiera atropellado? —murmuró Olga Ciavolga.

—No habría permitido que ocurriera por nada del mundo —le dijo Herro Dan a Goldie—. Es la primera vez que el viejo Tiburón se marcha por su cuenta.

—¿Y por qué ahora? —dijo Sinew.

—Supongo que es por el conflicto —dijo Herro Dan, que volvió a ponerse en pie—. Está alterando las cosas. Viejos peligros. Y nuevos también, por lo que parece. Será mejor que estemos en guardia, todos sin excepción.

—¡Deberías haber oído el claxon del Tiburón! —dijo Flemo—. Aullaba como un bebé perdido.

—¡Y perdidos estaremos —dijo Olga Ciavolga, incisiva— si no hacemos otra cosa que estar en guardia!

Herro Dan asintió.

—Sinew, vuelve mañana a la ciudad. Habla con todo aquel que conozcas. Haz preguntas. La bomba; empieza con eso, tiene que ser parte del...

A Goldie empezó a palparle la cabeza y sentía como si el agua de la acequia se le hubiera filtrado hasta los huesos. Se sorbió la nariz,

sintiéndose desdichada. Todo el mundo parecía haberse olvidado de ella. Puede que hubieran decidido que no iba a serles de utilidad después de todo. ¡Ojalá mamá y papá estuvieran allí! Una lágrima le corrió por la mejilla al pensar en ellos.

El perrillo se quedó mirándola con la cabeza ladeada y ondeando su cola rizada. Tenía una expresión compasiva en sus ojillos negros, como si supiera exactamente cómo se sentía Goldie.

Goldie trató de convencerse de que no debía tenerle miedo. Estaba cubierta de barro y agua sucia, y lo más probable es que hubiera contraído el tétanos o la fiebre púrpura. Y mamá y papá iban a acabar en la cárcel por su culpa.

«Unos cuantos gérmenes caninos no pueden empeorar más las cosas».

Alargó la mano y el perrillo se la olisqueó. Con cautela, le acarició la oreja. Era más suave y calentita de lo que esperaba.

—Broo —susurró, probando a decir su nombre en voz alta.

El perrillo meneó la cola con tanta fuerza que todo su cuerpo se bamboleó por efecto de ello. Entonces, antes de que Goldie pudiera detenerlo, saltó sobre su regazo, le colocó las patas sobre los hombros y empezó a lamerle la cara con su lengua, caliente y colorada.

Goldie cerró los ojos y trató de no pensar que había estado a punto de morir, mientras esperaba a que alguien viniera a salvarla.

Se estremeció. «No volveré a hacerlo», pensó. «La próxima vez me salvaré yo solita».



—Entonces, ¿los tutores sagrados encontraron algo en nuestros registros para satisfacer su curiosidad? —dijo Olga Ciavolga.

La noche estaba avanzada y los tres guardianes estaban realizando sus rondas.

—Polvo. Carpas plateadas. Una o dos cucarachas... —dijo Sinew, que llevaba su arpa al hombro—. Nada útil. Ya se han marchado. Dudo que regresen.

Bostezó. Olga Ciavolga lo miró.

—Deberías estar durmiendo —dijo—, como los niños.

—Tiene razón, Sinew —dijo Herro Dan—. Mañana tienes mucho que hacer. No será fácil seguir la pista de esos artificieros.

Sinew esbozó una sonrisa débil, pero no dijo nada. Los tres siguieron caminando, a través de un largo pasillo con estatuas de mármol.

—Tal vez fuera un error —dijo Sinew, cuando iban por la mitad del pasillo— traer a Goldie en unos tiempos como estos.

—Bah, no fue un error —dijo Olga Ciavolga—. ¿Adónde habría ido si no?

—Es muy peligroso para una niña —dijo Sinew—. Ya es bastante malo que Flemo esté aquí. Lo enviaría a su casa si pudiera.

—Sabes tan bien como yo —le dijo Olga Ciavolga con severidad— que si no encontramos la fuente de este conflicto y le ponemos fin, tanto Goldie como Flemo correrán peligro estén donde estén. Ningún habitante de la ciudad estará a salvo.

—Pero no...

Olga Ciavolga le puso una mano en el brazo. Su expresión se suavizó.

—A Broo le gusta, y eso cuenta mucho. Mañana la llevaré a Monte Harry y dejaré que el museo la ponga a prueba.

—Entonces le contaremos por qué la hemos traído aquí —dijo Herro Dan—, y dejaremos el resto en sus manos.

—¡Pues claro! —dijo Olga Ciavolga—. ¿Es que pensabas que iba a obligarla? ¿Es que ahora soy una tutora sagrada?

—¡Ja! —dijo Herro Dan—. ¿Tú, una tutora sagrada? ¡Eso sí que me gustaría verlo!

—¿Crees que no se me daría bien? —Olga Ciavolga lo miró con el ceño fruncido, pero le temblaban los labios como si estuviera tratando de reprimir una sonrisa.

—Debo admitir que sabrías cómo ponerles firmes...

Entonces rompió a reír. Los faroles de acuagás de las paredes titilaron de repente como si necesitaran que les cambiaran las mechas. El museo se movió. Las estatuas desaparecieron; en su lugar aparecieron filas y filas de cañones antiguos, con sus bocas negras echando humo como si acabaran de dispararlos.

Herro Dan y Olga Ciavolga intercambiaron una mirada.

—Esto no me gusta —murmuró Herro Dan—. ¡No me gusta un pelo!

Sinew no dijo nada. Se descolgó el arpa del hombro y comenzó a deslizar los dedos por las cuerdas. Después, se acuclilló entre dos de los cañones y comenzó a tocar con una sombría determinación, como si las vidas de Goldie y Flemo y de todos los demás habitantes de la ciudad dependieran de él.

Y en realidad, así era.

MONTE HARRY



Aquella noche, Goldie durmió con Broo acurrucado junto a su vientre. Se alegraba de tenerlo a su lado. Cuando se despertó llamando entre sollozos a mamá y a papá, Broo le lamió la cara para enjugarle las lágrimas. Y cuando una enorme sombra negra se introdujo furtivamente en sus sueños, adoptando primero el aspecto de un iracón, luego el de la tutora Ilusa, y después el de una horrible combinación de ambos, el perrillo gimió suavemente y se acurrucó aún más contra ella.

No había ventanas en aquella parte del museo, así que Goldie no supo qué hora era cuando finalmente se despertó. Broo había desaparecido, y Goldie estaba hambrienta. Supuso que ya sería por la mañana.

Se quedó un ratito sentada en el camastro esperando a que alguien viniera a buscarla. Al rato se hartó de esperar y salió a buscar la cocina donde había cenado la noche anterior.

No estaba donde ella recordaba.

Al principio pensó que se habría equivocado de camino, así que regresó al lugar donde había dormido y empezó de nuevo. Pero acabó topándose con la misma pared desnuda.

Pasó la mano sobre el yeso descascarillado. «Anoche estaba aquí. Estoy segura».

Giró en círculo sobre sí misma, sintiéndose como una idiota. A su izquierda estaba el camino por el que había venido. A su derecha había un pasillo sombrío que no había visto antes. La vocecilla de su conciencia le susurró: *Ve por ahí*.

La vocecilla solía tener razón, así que, tras un instante de duda, Goldie recorrió de puntillas el pasillo sombrío, con el oído atento ante cualquier indicio de carruajes descarriados o aves carniceras hambrientas. Cuando llegó junto a una puerta, la vocecilla la instó a cruzarla, y accedió a una sala repleta de máscaras de madera con miradas amenazantes. La siguiente sala estaba llena de estatuas, y la siguiente parecía estar compuesta únicamente de huesos gigantescos.

Y entonces, de repente, apareció la cocina, con su olor a bizcochitos y a mermelada y a chocolate caliente. Flemo la miró con el entrecejo fruncido cuando entró por la puerta, como si aquella mañana su presencia le desagradara aún más que el día anterior. Sinew levantó la mirada de su gaceta y la saludó con un gesto de la cabeza. Olga Ciavolga y Herro Dan se quedaron mirándose, y parecieron intercambiar un mensaje sin necesidad de articularlo con palabras.

Goldie se puso a comer en silencio de un plato de bizcochitos y se bebió el chocolate, al tiempo que vigilaba a los guardianes del museo por el rabillo del ojo. Nunca había conocido a nadie como ellos. Personas con el valor suficiente como para desafiar a los tutores sagrados. Personas que no tenían ningún reparo en llevar un ave carnicera sobre el hombro. Personas que pensaban que ella podría ser útil...

Aguardó a que alguien le explicara lo que estaba pasando. Pero nadie dijo nada, así que al final dejó sobre la mesa el bizcocho que estaba a punto de comerse, hizo acopio de coraje y dijo:

—¿Qué puedo hacer para ayudar a mis padres?

Sinew cerró su gaceta.

—Ajá —dijo—, buena pregunta. ¿Qué puedes hacer? —empujó su plato a un lado—. Haré algunas averiguaciones sobre tus padres cuando vaya hoy a la ciudad. Y si puedo hacerles llegar un mensaje, lo haré.

«¡Un mensaje!». Goldie sintió un repentino nudo en la garganta.

—Diles que... diles que...

No consiguió articular las palabras, pero Sinew pareció comprender lo que quería decir. Asintió con la cabeza y dijo:

—Cuando regrese te contaré las novedades.

—Ten cuidado, Sinew —dijo Herro Dan—. Los tutores y los milicianos están por todas partes. No corras riesgos innecesarios.

—¡Bah! ¿Te estás oyendo? —dijo Olga Ciavolga—. ¡Vivir supone un riesgo! ¡Respirar supone un riesgo! ¿Ya te has olvidado de eso? ¿Acaso Sinew necesita que alguien le siga a todas partes para mantenerlo a salvo, como si fuera un niño?

—He dicho riesgos innecesarios. Hay una diferencia, y lo sabes.

Sinew esbozó una media sonrisa. Le hizo una torpe reverencia a Herro Dan.

—Tendré cuidado —dijo. Después, le hizo otra reverencia a Olga Ciavolga—. Pero no demasiado.

No fue hasta que se hubo marchado cuando Goldie se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—Bueno, niña —dijo Olga Ciavolga, mientras se limpiaba las manos con una servilleta—, ya está bien de quedarse sentados. Es hora de que aprendas más cosas sobre el museo. Flemo y yo te llevaremos a Monte Harry.



Monte Harry resultó ser una escalera. Pero no era la clase de escalera que solía encontrarse en Alhaja. Vista desde abajo, parecía adoptar unos giros y quiebros peligrosos, de forma que a veces discurría pegada a la pared y otras veces se extendía, tambaleante, sobre el vacío durante una docena de escalones antes de regresar a su posición normal.

Broo estaba recostado en el primer escalón, mientras que Morg se había posado sobre la barandilla. Cuando el perrillo vio a Goldie se levantó con un brinco y comenzó a corretear a su alrededor, meneando la cola como un loco. Goldie titubeó; después, se agachó y le acarició la cabeza.

—Vamos —dijo Olga Ciavolga—. Monte Harry no se va a quedar esperándonos todo el día.

—¿Adónde vamos? —dijo Goldie.

—Ya lo verás, niña.

Nadie dijo nada mientras ascendían por la extensa escalera. Atravesaron varias puertas que había en las paredes y las galerías de techos altos cubiertas de telarañas. El polvo se levantaba formando nubes a su alrededor con cada paso que daban. Varias veces pareció que estarían cerca de la cumbre, pero entonces doblaban otra curva y Goldie veía que las escaleras seguían subiendo y subiendo, cada vez más empinadas, hasta desaparecer en la penumbra.

Al poco rato empezó a jadear. Cuando se detuvieron en un descansillo, se dejó caer al suelo con un suspiro de alivio y el rostro empapado de sudor. Flemo y Olga Ciavolga tomaron asiento unos cuantos escalones más arriba.

Apenas llevaban un par de minutos allí cuando se produjo uno de esos desconcertantes movimientos. Sin mediar palabra, Olga Ciavolga y

Flemo se pusieron en pie y siguieron subiendo por las escaleras. Goldie se quedó mirándolos con el ceño fruncido —«¿por qué no me cuentan nada?»— antes de echar a correr detrás de ellos.

No había recorrido mucha distancia cuando la vocecilla de su conciencia le susurró: *No te fíes de lo que ves.*

¿Qué?

No te fíes de lo que ves.

¿Qué diantres significaba eso? Goldie se quedó mirando las escaleras. No parecía haber nada raro en ellas. Cerró los ojos...

Se detuvo.

—¿Qué ocurre, niña? —dijo Olga Ciavolga.

Goldie sabía que, si estaba equivocada, Flemo se burlaría de ella. Pero se dio la vuelta para darle la espalda y susurró:

—¿No sentís algo extraño?

—Todo es extraño en el museo —dijo Olga Ciavolga.

Goldie se mordió el labio.

—Pa... parece que estamos subiendo por Monte Harry. Pero cuando cierro los ojos, no siento que estemos subiendo. ¡Siento como si estuviéramos bajando!

La anciana asintió con la cabeza a modo de aprobación y se dio la vuelta hacia Flemo.

—Lo ha percibido.

Flemo pareció molesto, como si estuviera convencido de que Goldie no iba a percibirlo, fuera lo que fuese.

—Esa sensación de movimiento... —dijo Goldie—. ¿Qué es? ¿Qué significa?

En vez de responder a su pregunta, Olga Ciavolga dijo:

—¿Sabes silbar, niña?

Goldie asintió. La anciana se metió la mano en el bolsillo y sacó una pañoleta. Estaba cubierta de lentejuelas y tenía una serie de nudos en las puntas y alrededor de los bordes. Olga Ciavolga deshizo el nudo más pequeño.

De inmediato se levantó una brisa que no parecía proceder de ninguna parte. Alborotó el pelo de Goldie y las plumas de Morg. Olga Ciavolga frunció los labios y silbó tres notas. La brisa desapareció, pero en los escalones superiores el polvo se levantó y comenzó a arremolinarse en el aire antes de volver a posarse.

Goldie se quedó patidifusa.

—¿Cómo has hecho eso?

Olga Ciavolga miró a Flemo.

—Habla con el viento —murmuró el chico—. Las brisas le cuentan cosas.

—No siempre son de fiar —dijo Olga Ciavolga—, y hay ciertos lugares a los que no quieren ir. Pero hasta cierto punto cumplen mi voluntad.

Le tendió la pañoleta.

—Inténtalo.

«¿Por qué», pensó Goldie. «¿Por qué me estás mostrando esto?». Pero a pesar de todo cogió la pañoleta y la examinó con curiosidad.

Los cuatro nudos de las puntas eran grandes, pero el resto eran más pequeños. Goldie tocó uno de ellos. Emitió un zumbido bajo sus dedos — hmmmmmm — y Goldie apartó rápidamente la mano.

—No lo va a hacer —dijo Flemo—. Tiene miedo.

—Todos hemos tenido miedo en algún momento —dijo Olga Ciavolga. Flemo frunció el entrecejo y se quedó callado.

Goldie volvió a tocar el nudo. El zumbido no la asustó tanto ahora que estaba prevenida. Introdujo las uñas en la tela y consiguió deshacer el nudo. Sintió un soplo de brisa en la frente. Goldie silbó las tres notas. La brisa le hizo cosquillas en los oídos, después desapareció. El polvo se alborotó un momento antes de volver a posarse.

—Esas brisas no tardarán en regresar —dijo Olga Ciavolga—, y nos contarán si el camino es seguro.

Goldie sintió un agujoneo de entusiasmo. Apenas dos días antes no había tenido permiso para cruzar la carretera ella sola. Y ahí estaba ahora, ¡dando órdenes al viento!

—Quiero probar otra vez —dijo, y agarró los extremos de uno de los nudos grandes.

—¡No! —gritaron Flemo y Olga Ciavolga al unísono.

¡HMMMMMMMMMMMMMM!, zumbó el nudo bajo los dedos de Goldie.

El sonido fue tan fuerte y feroz que Goldie se asustó y soltó la pañoleta. Olga Ciavolga la cogió antes de que llegara al suelo.

—¡Eso ha sido una estupidez! —dijo Flemo—. ¡Ese es uno de los Grandes Vientos! ¡No tienes permiso para invocarlos!

—Tiene razón —dijo Olga Ciavolga—. No puedes enviar a los Grandes Vientos a cumplir tus mandatos. Van adonde les place y hacen lo que les apetece. Si un Gran Viento se desata, destruirá todo lo que encuentre en su camino. Nunca he desatado uno de ellos, y nunca lo haría a no ser que no hubiera otra solución.

—Lo siento —murmuró Goldie.

—Aprender no debe ser causa de sonrojo —dijo Olga Ciavolga—. Pero es bueno ser precavido cuando te adentras en lo desconocido.

Entonces levantó la cabeza como si estuviera escuchando algo. Su pelo gris se alborotó por efecto de una brisa repentina. Volvió a cerrar los nudos de la pañoleta y la brisa desapareció.

—No me gusta el lugar al que nos dirigimos —dijo—, pero tanto mi viento como el tuyo me han dicho que no hay ningún peligro inminente.

Reemprendió la marcha escaleras arriba, aunque en realidad estaban yendo hacia abajo. Flemo se quedó rezagado y le susurró a Goldie al oído:

—No te creas tan lista. No es tu viento. Es suyo. Todos son suyos. Tú no sabes nada.

Goldie le sacó la lengua y echó a correr por las escaleras, detrás de Olga Ciavolga.

Ahora que Monte Harry había decidido conducirlos hacia abajo en lugar de hacia arriba, parecía tener prisa por librarse de ellos. El camino que discurría entre los muros comenzó a estrecharse. Doblaron una curva más y las escaleras se acabaron de repente.

Goldie se encontró en el umbral de una estancia enorme y mal iluminada. Arcos de ladrillo se alzaban sobre su cabeza, sostenidos por inmensas columnas cuadradas. Había varios faroles de acuagás encendidos dentro de unos pequeños armazones situados en lo alto de cada arco. No había suelo. En vez de eso, lo único que pudo ver Goldie fueron las amplias y oscuras aguas de un lago que bañaba los pilares y el escalón inferior de Monte Harry.

—Esto —susurró Olga Ciavolga— es el Viejo Rasguño. Vamos a atravesarlo rápidamente. No digas nada a no ser que sea indispensable.

Había una angosta repisa de ladrillo que se extendía por el borde del lago. Broo descendió hasta ella y se puso a olfatear las oscuras aguas. Ya no estaba tan juguetón como antes. Meneó la cola brevemente y comenzó a liderar la marcha a través de la cornisa.

Flemo iba en segundo lugar, con Morg encima del hombro. Después iban Goldie y Olga Ciavolga. Goteaba agua del techo que les corría por la parte trasera del cuello. El aire era frío como una noche de invierno.

No habían avanzado mucho cuando Broo se puso tieso y con las orejas de punta. Morg ladeó la cabeza a un lado y al otro como si estuviera tratando de ver a través de la penumbra. Todos se detuvieron a escuchar.

Al principio, Goldie no pudo oír nada salvo el *plic, plic, plic* del agua, y un sonido que recordaba a un arañazo al otro lado de la columna más próxima. Entonces, hacia el fondo de la caverna, se produjo un chapoteo. Un segundo más tarde, el agua se alzó como una lengua negra y le lamió los pies.

—¡Deprisa! —susurró Olga Ciavolga—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Broo no se movió. Se quedó oteando el agua, con el lomo erizado. Flemo pasó por encima de él y Goldie le siguió. Era difícil avanzar deprisa. La cornisa estaba cubierta de un cieno verduzco, y Goldie estaba segura de que si echaba a correr se acabaría resbalando.

Se escuchó un nuevo chapoteo, esta vez más cerca. El agua se alzó en torno a los pies de Goldie, fría y hambrienta.

—¡Flemo, encuentra la puerta! ¡Deprisa! —gritó Olga Ciavolga, que ya no se preocupó por guardar silencio. Su voz resonó por los arcos.
¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Goldie echó a correr. Patinó sobre los traicioneros ladrillos. Una ola se enroscó en torno a sus tobillos y trató de arrastrarla fuera del borde. Goldie se agarró a ciegas a Flemo, y él la cogió del brazo. Había una puertecita en el muro que se erguía ante ellos. Flemo la abrió a tientas. Ambos cayeron a través de ella, seguidos de cerca por Olga Ciavolga.

—¡Broo! —exclamó Goldie—. ¿Dónde está Broo?

Giró la cabeza para mirar por encima de su hombro a tiempo para ver cómo el perrillo se acercaba corriendo a través de la cornisa... la cuestión es que, bajo aquella luz intermitente, ahora parecía más grande. Mucho más grande.

Goldie abrió la boca para gritar...

Entonces todo se volvió confuso, entre gritos y empujones. La puerta se cerró de golpe. Goldie se frotó los ojos y miró al suelo. Y ahí estaba Broo, correteando en torno a sus pies, meneando la cola y sonriendo. Un simple perrillo blanco, contento de ver que todos estaban sanos y salvos.

Las sombras habían vuelto a jugarle una mala pasada.

UN ATISBO DE EXPLICACIÓN



—Pasasteis un mal rato en el Viejo Rasguño, ¿eh? —dijo Sinew cuando se reunieron con él al final de la mañana. Deslizó sus delicados dedos sobre las cuerdas de su arpa—. Entonces Dan tenía razón. Los viejos peligros están despertando. Será mejor que estemos alerta.

En las cuatro horas que habían transcurrido desde que salieron del lago subterráneo, Olga Ciavolga y Flemo habían conducido a Goldie de una sala a otra. Había visto delfines disecados, antiguas casas de muñecas y celdas pequeñas y oscuras con el hedor de la desesperación incrustado en sus muros. Había pasado junto a fosas profundas y ruedas de metal oxidadas tan altas como un edificio de tres plantas. Había contemplado un imponente barco de pesca que yacía de costado como si hubiera encallado en el interior del museo al bajar la marea.

Cada sala tenía un nombre. Intrépida, Niños perdidos, La Tenca. Viejos Pozos Mineros, Tom el Rudo. Y eso era solo el principio. El museo era aún más grande de lo que Goldie habría imaginado. Parecía no tener fin.

Justo ahora se encontraban en lo alto de una colina llamada La Cocina del Infierno. Estaba cubierta de rocas gigantescas y el ambiente estaba plagado de zumbidos de insectos. Por primera vez desde que Goldie había entrado en el museo no había ni rastro del techo, así que le costaba creer que siguieran en el interior de aquel pequeño edificio de piedra. El cielo parecía extenderse en todas direcciones.

—¿Y qué hay de ese otro asunto? —dijo Sinew—. ¿Qué pasó con Monte Harry?

Olga Ciavolga asintió con la cabeza.

—Goldie lo percibió.

Una enorme sonrisa transformó el semblante serio de Sinew. Agarró la mano de Goldie y se la estrechó con ímpetu.

—¡Bien! ¡Excelente! —exclamó. Después, se dio la vuelta de nuevo hacia Olga Ciavolga—. ¿Le has contado el resto?

Goldie aguzó el oído. Las cosas que había visto aquella mañana la habían fascinado, pero no le habían hecho olvidarse de mamá y papá, y de su desesperado deseo por ayudarlos. Desde el desayuno, su impaciencia no había hecho sino aumentar.

«¿Ya está?», pensó. «¿Van a contarme qué es lo que puedo hacer?».

—Estoy esperando a Dan —dijo Olga Ciavolga—. Iba a reunirse con nosotros aquí —miró a su alrededor—. ¿Dónde está Broo? Se marchó corriendo.

—Creo que ha bajado por los túneles —supuso Sinew.

—Bah, Broo es muy rápido. Flemo, llévate a Goldie e id a buscarlo. Me reuniré con vosotros en cuanto llegue Dan.

Goldie no se movió.

—¿Qué hay de mamá y papá?

Sinew titubeó.

—No hay buenas noticias, me temo. Los condenaron ayer. Cuatro años en las mazmorras de la Casa del Remordimiento.

Goldie había contado con ello, pero aun así sintió un escalofrío y le flaquearon las fuerzas, así que tuvo que apoyarse en una de las rocas para no caerse al suelo.

—Creo que podré hacerles llegar un mensaje —prosiguió Sinew—. Lo he hecho otras veces. Pero mis contactos están actuando con cautela. La bomba ha asustado a todo el mundo.

Goldie apenas le estaba prestando atención.

—Tengo que hacer algo —susurró—. Quizá debería regresar.

—No seas tonta, niña —dijo Olga Ciavolga—. No beneficiará a nadie que te apresen a ti también. Debes tener paciencia —se dio la vuelta hacia Sinew—. ¿Qué has descubierto sobre los artificieros?

—Por lo visto han desaparecido. No conseguí encontrar ni rastro de ellos. Pero volveré a intentarlo mañana...

—¿Y bien? —le dijo Flemo a Goldie al oído—. ¿Te vienes?

Apartó a un lado unos arbustos, revelando una angosta fisura en una de las rocas. Flemo agachó la cabeza y se encogió para pasar a través de ella. Goldie oyó el chasquido de una yesca, y un fino resplandor emergió

de entre la oscuridad. Agachó la cabeza ella también y se deslizó a través de la abertura.

Se encontró en una pequeña cueva con un suelo liso de piedra. Había un túnel que se extendía hacia la izquierda, y Flemo había empezado a recorrerlo, con un farol balanceándose en su mano. Por detrás de él, las sombras ya se estaban replegando.

Goldie pensó en mamá y papá. Estarían en un lugar aún más oscuro, en las mazmorras de la Casa del Remordimiento...

Se mordió el labio y apretó el paso para alcanzar a Flemo.

El túnel se extendía a nivel durante un corto trecho; después, hacía una curva y comenzaba a descender. El ambiente era seco y tenía un olor añejo. A la luz del farol, los muros centelleaban como ojos de serpiente.

—¿Dónde estamos? —susurró Goldie.

Flemo no respondió al momento. Pero cuando lo hizo, respondió a una pregunta completamente distinta.

—Es porque eres una ladrona —dijo, girando la cabeza por encima del hombro. Su voz era un poco más amigable de lo habitual, como si la oscuridad también le hubiera afectado.

En ese momento, el suelo del túnel descendió de forma inesperada. Goldie tropezó y extendió la mano para no caerse. El muro de roca le hizo un corte en el dedo.

—¡Ay! —exclamó.

Flemo se detuvo y sostuvo en alto el farol.

—¿Qué ha pasado?

Goldie solo se había hecho un corte una vez antes. Ocurrió cuando tenía seis años, mamá y papá la llevaron corriendo al doctor para que le dieran puntos y la hicieron guardar cama durante un mes. Aquel corte era más grande y más aparatoso, y al ver la sangre que manaba se horrorizó. Pero Flemo soltó un bufido cuando lo vio y siguió descendiendo por el túnel como si no hubiera pasado nada.

—Solo un ladrón puede encontrar su camino a través del museo —dijo, mirando hacia atrás por encima del hombro—. Nadie sabe muy bien por qué. Y solo un ladrón de cada mil se da cuenta cuando Monte Harry cambia de rumbo. Por eso, fuimos allí. Fue una prueba.

Goldie trató de concentrarse en lo que estaba diciendo el muchacho. Pero el dedo había empezado a dolerle y a palparle. Puso todo su empeño en pensar en otra cosa.

—¿Eso significa que tú también eres un ladrón?

—Sí.

—¿Y qué has robado?

Por un instante, Goldie pensó que Flemo no iba a responder. Entonces le dijo:

—A mí mismo.

Aquello no tenía ningún sentido para Goldie. Sentía como si el dedo le ardiera. Por delante de ella, el túnel seguía descendiendo, hundiéndose en la oscuridad. Los muros de roca, cuando pasaba la mano sobre ellos, estaban afilados como dientes.

Y de repente, de un momento para otro, se sintió furiosa. ¿Qué estaba haciendo allí? Debería estar tratando de ayudar a mamá y a papá, no deambulando por un estúpido túnel y escuchando unas historias estúpidas que no conseguía entender. Olga Ciavolga podía decir misa, ¡pero ya estaba harta de ser paciente!

Se detuvo. Flemo alzó el farolillo de forma que la luz le dio directamente a Goldie en los ojos.

—¿Y ahora qué?

—Quiero volver. Quiero sacar a mamá y a papá de la Casa del Remordimiento.

—No seas idiota. No podrás sacarlos.

Goldie se quedó mirándolo.

—¡Dijiste que sí podría! ¡Por eso me quedé aquí en lugar de irme a Dicho!

—Lo que dije es que quizá podrías ayudar. No me refería a ayudarlos a escapar. Nadie escapa de la Casa del Remordimiento, no hasta que termina su sentencia. Deberías saberlo. Sigamos, ¡deja de perder el tiempo!

Goldie negó con la cabeza, exasperada.

—¡Tú no lo entiendes! ¡Ninguno lo entendéis! No son tus padres los que están encerrados. Si fuera así, querrías hacer algo al respecto. ¡No te pasarías el día deambulando por aquí sin hacer nada de provecho!

Flemo se puso tenso.

—¡No sabes nada! —le espetó. Después encorvó los hombros y empezó a descender por el túnel tan deprisa que Goldie tendría que echar a correr para alcanzarlo o arriesgarse a quedarse sola en medio de una oscuridad total.

El suelo se había vuelto todavía más escarpado. El camino se tornó más angosto. De vez en cuando aparecía un agujero oscuro donde un nuevo túnel se desviaba del principal. Flemo seguía caminando por delante de Goldie, con cara de pocos amigos.

«Está enfurruñado», pensó Goldie. «Pero es porque sabe que tengo razón. Tengo razón. ¡Debería estar haciendo algo! ¡Él me dijo que podría! ¡De lo contrario no me habría quedado!».

Al pensar en eso, se puso todavía más furiosa. Porque si no hubiera sido por Flemo, lo más probable es que ahora estuviera en Dicho con los parientes de mamá, y no desangrándose en ese estúpido túnel.

Los muros centelleantes parecían devolverle un reflejo de su ira. Lo único en lo que podía pensar era en que Sinew, Olga Ciavolga y Herro Dan la estaban reteniendo allí contra su voluntad. Estaba furiosa con ellos. Y también estaba furiosa con Flemo, por hacerle creer que podría rescatar a mamá y a papá cuando en realidad no era así.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Flemo se detuvo de repente. Ya no estaba enfurruñado. Estaba sonriente.

—Ahora te toca guiar a ti —dijo.

Goldie estaba tan enfadada que no se paró a pensar en aquella extraña sonrisa. Le arrebató el farolillo de la mano. Frente a ella se elevaba un enorme peñasco. Procedió a rodearlo.

Al otro lado estaba el iracón.

EL LUGAR DE LOS RECUERDOS



Fue como si el peñasco hubiera cobrado vida. El iracán se irguió con gesto amenazante, inmenso, negro y terrible. Sus ojos rojos centelleaban bajo la luz del farolillo.

Durante un instante, Goldie fue incapaz de moverse ni de hablar.

«¡Que alguien me ayude!», pensó, aterrada. «¡Flemo! ¡Socorro!».

Pero no se oía ningún ruido por detrás de ella.

«Se ha marchado. Ha huido y me ha dejado aquí».

Por alguna razón, aquel pensamiento le renovó las fuerzas. Y con ellas llegó la determinación de que no iba a quedarse de brazos cruzados aguardando la muerte. ¡Ni hablar!

Dio un tembloroso paso hacia el frente. Las sombras proyectadas por el farolillo reptaban a su alrededor. El iracán abrió sus temibles fauces... y habló, con una voz que retumbaba como una roca que hubiera caído a lo lejos.

—Te he estado esperando.

Goldie estaba tan asustada que apenas podía respirar. Agarró el farolillo con más fuerza. Si lo lanzaba..., si lo lanzaba contra la boca del iracán..., a esa distancia sería difícil fallar. Así que le lanzaría el farolillo; después, echaría a correr para volver a ascender por aquel túnel oscuro con los brazos extendidos y los oídos atentos a cualquier indicio de que la bestia saliera en su persecución...

¡No, no lo pienses! ¡Hazlo!

Se pasó la lengua por los labios.

—Di algo más —le susurró a la enorme bestia—. Abre la boca.

El iracán ladeó la cabeza.

—No tengas miedo —dijo alguien por detrás de Goldie.

Ella estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. ¡Olga Ciavolga! Si alguien podía salvarla, esa era Olga...

—No es más que Broo.

«¿Qué?». Goldie se dio la vuelta rápidamente y se quedó mirando a la anciana. Después se dio la vuelta de nuevo y miró perpleja al monstruo que se erguía ante ella. «¿Broo?».

—¿No me has reconocido? —dijo el iracán.

—N... no.

El iracán dio una oscilante zancada hacia ella. Era tan grande que sus ojos estaban a la misma altura que los de Goldie, y se movía con una temible elegancia. Tenía todo el cuerpo negro, a excepción de una oreja blanca.

—¿Ahora me reconoces? —dijo con su atronadora voz.

—La... la verdad es que no.

El enorme sabueso pareció tan decepcionado que Goldie pensó que debía añadir algo más.

—Su... supongo que es po... porque no podías hablar cuando eras pequeño.

Broo asintió, pensativo.

—Esa es la naturaleza de los iracanes. A veces somos grandes y a veces somos pequeños. Cuando somos pequeños, nos expresamos a través de la cola, de las orejas, erizando el lomo. Y cuando somos grandes...

No acabó la frase. Goldie se quedó mirándolo, asombrada.

Por detrás de ella, Olga Ciavolga dijo:

—¿Flema? ¿Por qué no le dijiste que era Broo? ¿A qué estás jugando?

—Solo ha sido una broma —murmuró Flema, que no se había marchado después de todo—. Como es la recién llegada...

—Tú también fuiste un recién llegado —le replicó Olga Ciavolga con frialdad—. Y no recuerdo que nadie te gastara ninguna broma. ¡Bah! Ya hay suficientes peligros en el museo como para que tengas que provocar más solo por divertirte. ¡Vete! Me avergüenzas.

Flemo trató de decir algo, pero la anciana no le permitió intervenir.

—¡Vete! —le espetó una vez más.

Las pisadas del muchacho resonaron por el túnel, conforme ascendía de nuevo por él.

Olga Ciavolga se acercó a Goldie, bajo la parpadeante luz del farol.

—¿Lo ves? —dijo—. No hay nada que temer.

—Pe... pensaba que los iracanes eran...

Goldie estuvo a punto de decir «imaginarios», pero le pareció que sería una falta de respeto teniendo en cuenta que había uno delante de ella. Así que lo que dijo en su lugar fue:

—Pensaba que los iracanes habían desaparecido.

—Y así es. Todos los grandes sabuesos han desaparecido, salvo Broo —dijo Olga Ciavolga, que alargó la mano para acariciar su gigantesca cabeza—. Y ahora muéstranos el camino, amigo. Hay cosas que debemos enseñar a esta niña.

El cuerpo del iracán llenaba casi por completo aquel estrecho túnel, pero se dio la vuelta con un único movimiento tan fluido que Goldie se quedó asombrada. Mientras descendían entre aquellos muros rocosos, se acercó a Olga Ciavolga.

—¿De verdad está domesticado? —le susurró.

—¿Domesticado? —dijo Olga Ciavolga— Ningún iracán está domesticado. Es audaz e indomable, y tiene su propia forma de ver el mundo. Pero si lo tratas con respeto no te hará ningún daño.

—¿De dónde llegó?

—Lo robé de un circo.

—¡Pero si no ha habido ningún circo en Alhaja desde hace cientos de años!

Olga Ciavolga esbozó una sonrisa, un gesto poco habitual en ella.

—Algunos somos más viejos de lo que parecemos.

A Goldie le daba vueltas la cabeza. Recordó lo que había dicho Flemo.

—¿Broo también es un ladrón?

—Pues sí. Es un ladrón de vidas. En el circo mató a un hombre que lo atormentaba con crueldad. Iban a pegarle un tiro, pero yo lo robé y lo traje aquí.

A Goldie le costó actuar con normalidad cuando había un ladrón de vidas caminando tan cerca de ella. Pero al cabo de un rato su corazón se relajó hasta adoptar su ritmo normal y dejó de sentir las manos frías y pegajosas. Dejó escapar una risita nerviosa y deseó que Favor pudiera verla, caminando detrás de un iracón de verdad.

Había subido la temperatura en el túnel, pero el ambiente seguía siendo seco. Habían descendido durante tanto tiempo que daba la impresión de que se estuvieran aproximando al centro de la tierra. Y entonces, de repente, el túnel se ensanchó y empezaron a caminar sobre el suelo de una caverna. Olga Ciavolga dirigió la llama del farolillo hacia las alturas.

Goldie soltó un grito de sorpresa. Los muros de aquella caverna estaban cubiertos de huesos humanos. Había fémures apilados desde el suelo hasta el techo, y húmeros entrecruzados para formar complejos diseños. Había huesos de la columna vertebral, costillas y pelvis, y cráneos apilados unos encima de otros como si fueran hogazas de pan, intercalados con huesecillos de los dedos.

—Este —resonó a su espalda la voz de Herro Dan— es el Lugar de los Recuerdos.

—¡Cáspita! —dijo Goldie, dándose la vuelta—. ¡No sabía que estuvieras aquí!

—Bah, está haciendo una entradita —dijo Olga Ciavolga—. ¿Qué crees que estás haciendo, Dan, asustando así a la niña?

—No se ha asustado, ¿verdad, chiquilla?

Goldie se quedó mirando al sonriente anciano.

—Un poquito.

—Ah, bueno, no ha sido para tanto. Ha servido para ponerla en guardia —dijo.

—No hemos venido a hablar de guardias —le reprendió Olga Ciavolga con severidad—. Vamos a hablarle del museo.

Al oír eso, Goldie volvió a sentir una oleada de frustración.

—Pero ¿por qué? —exclamó— ¿Por qué me lo vais a contar? ¿Por qué me habéis traído aquí? Flemo dijo que quizá podría ayudar, ¡pero no sé a qué se refería!

Herro Dan suspiró.

—Tienes razón, chiquilla, ya es hora de que te lo contemos —se aclaró la garganta, como si fuera a empezar a relatar una historia—. Hubo una época, hace mucho tiempo, en que la península de Allende era conocida como Lejanía.

Lejaniaaaaaaaaaa... La palabra resonó por la cueva y el eco se extendió por cada recoveco, como si los huesos la hubieran reconocido y no quisieran dejarla marchar.

—En aquel entonces —dijo Herro Dan—, el Lugar de los Recuerdos era sagrado. Cuando alguien moría, se entregaba su cuerpo a las aves carniceras. Entonces traían aquí sus huesos y los apilaban en filas para que nunca se les olvidara, aun cuando ya hubieran desaparecido todos aquellos que los conocieron.

—La colina los conserva —retumbó la voz del iracán—. La colina lo conserva todo.

—El museo se construyó hace quinientos años —prosiguió Herro Dan—, para ocultar el Lugar de los Recuerdos de aquellos que habrían querido destruirlo. Por aquel entonces solo contaba con unas pocas salas, que no contenían otra cosa que herramientas de bronce y monedas de oro. Pero a medida que pasaron los años, y la gente de la ciudad comenzó a edificar en los descampados y a expulsar a los animales, el museo empezó a crecer.

—Se convirtió en un refugio para las cosas indómitas —dijo Olga Ciavolga—. Para todo aquello que la ciudad no quería.

—La colina las conserva —retumbó de nuevo la voz del iracán—. La colina lo conserva todo.

Herro Dan apoyó la mano sobre uno de los cráneos. Estaba amarilleado por el tiempo y tenía las cuencas de los ojos cubiertas de telarañas.

—Pero no se puede recluir a las cosas indómitas en un único lugar. Y ellas no se dejan someter. Esa es la razón de que las salas se muevan tal y como has podido ver. Y si en algún momento el museo o sus guardianes se encuentran amenazados, se mueven todavía más. Este es su último bastión y no se quedarán de brazos cruzados viendo cómo lo destruyen.

El iracán gruñó de repente... Un sonido tan feroz que a Goldie le dio un vuelco el corazón.

—¡El museo está amenazado AHOOOGRRRRRA! ¡Lo huelo!

Herro Dan asintió.

—Sabemos que algo se acerca... Alguna clase de conflicto. El museo lo percibe. Pero no sabemos qué clase de conflicto es ni de dónde procede. Y eso complica las cosas —miró fijamente a Goldie—. Como ves, chiquilla, hay enormes maravillas ocultas en este lugar, pero también hay cosas horribles, cosas que nadie debería perturbar.

—Como lo que hay en el Viejo Rasguño —susurró Goldie.

—Peor que el Viejo Rasguño —dijo Herro Dan—. Mucho peor. Y si el museo se pone demasiado nervioso, existe el peligro de que algunas de esas cosas irruman en la ciudad...

A ambos lados del anciano, dio la impresión de que los huesos se estremecían bajo la luz del farolillo. Goldie tragó saliva, tratando de no pensar en mamá y papá, atrapados en la Casa del Remordimiento mientras unas cosas horribles acechaban por las calles dirigiéndose hacia ellos.

—Esa es la razón de que hagamos todo lo posible por mantener las salas en calma —dijo Olga Ciavolga—. Sinew toca el arpa. Dan, Flemo y yo cantamos. Protegemos el museo, y así protegemos también a la ciudad. Pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, las cosas están empeorando. El museo sabe que se acerca algo malo.

—¿La bomba? —dijo Goldie.

—Creemos que forma parte del conflicto —dijo Olga Ciavolga—. Pero existe un peligro mayor que aún no hemos logrado identificar. Sinew está haciendo todo lo posible por descubrir qué es.

—Y cuando lo haga —dijo Herro Dan—, en fin, nos tocará luchar. Será entonces cuando puedas ayudarnos, chiquilla.

—¿A luchar? —exclamó Goldie—. ¡No sé cómo hacerlo!

—Hay formas y formas de luchar —dijo Herro Dan—. ¿Cuánta gente conoces que cuestione lo que dicen los tutores sagrados?

—Montones —dijo Goldie—. Todo el mundo se queja de ellos en secreto.

—¡Claro, en secreto! Todos somos muy valientes en secreto. Pero hacerlo abiertamente implica un valor que poca gente posee.

Goldie quería creer lo que decía el anciano, pero era incapaz.

—No fue una cuestión de valor —dijo—. Sencillamente es que no podía soportarlo más. Esa forma que tienen de intentar acallar a la gente para que todos se comporten como ellos quieren. La docilidad con la que todo el mundo se dirige a ellos, sin atreverse a decir lo que piensan. Los odio.

—Y por eso te convertiste en una fugitiva —dijo Olga Ciavolga—. Y en una ladrona.

—Sí —Goldie se ruborizó—. Flemo dijo que solo un... un ladrón puede encontrar el camino a través del museo.

—Eso es cierto —dijo Olga Ciavolga—. Pero no sabemos muy bien por qué. Quizá los ladrones tengan un espíritu indomable que se comunica con todo lo indomable que hay aquí. Quizá un ladrón sea capaz de ver caminos secretos, lugares ocultos.

Se quedó mirando a Goldie con mucha seriedad.

—Escúchame bien, niña. *No es mi intención ensalzar el robo* . Hay gente en este mundo que se cree mejor que los demás, o que merece más que ellos. Gente que sería capaz de robarle a su abuela hasta su última moneda y reírse durante el proceso. No soporto a esa clase de gente. Moverse con sigilo, ser rápido con las manos y con la mirada, es un don. Si lo usas para hacer daño a los demás, aunque sea un poco, te estás traicionando a ti mismo y a todos los que te rodean.

Hizo una pausa.

—Pero hay ciertas cosas... —intervino Herro Dan.

—Ya estaba llegando a eso —dijo Olga Ciavolga—. ¿Es que ahora vas a explicarme lo que tengo que decir?

Sin embargo, estaba sonriente cuando volvió a dirigirse a Goldie.

—Pero hay ciertas cosas, niña, que es necesario robar. Cosas que debes robar, siempre que tu corazón albergue el coraje y el amor suficientes. Debes arrancar la libertad de las manos del tirano. Debes secuestrar vidas inocentes antes de que sean destruidas. Debes ocultar secretos y lugares sagrados.

—Hace falta un ladrón valiente para hacer tales cosas, chiquilla —dijo Herro Dan—. Y tú eres valiente, aunque no lo creas. Si quieres, puedes ayudarnos.

—Pero solo si quieres hacerlo de verdad —añadió Olga Ciavolga—. En caso contrario, nadie te lo reprochará. Te enviaremos de vuelta a la ciudad, a un lugar seguro.

No había pasado mucho tiempo desde que Goldie había deseado haberse ido a Dicho a pesar de todo. Pero ahora, el simple hecho de pensar en marcharse la consternaba.

—¡Me quedaré! —se apresuró a decir— ¡Ayudaré! ¡Incluso aprenderé a luchar si eso es lo que queréis!

Pensó que Olga Ciavolga se pondría contenta. Pero la anciana negó con la cabeza.

—¡Bah! ¿Te has tomado tiempo para pensarlo? No, ¡te has lanzado de cabeza hacia lo desconocido!

Colocó las manos sobre los hombros de Goldie.

—Escúchame, niña. Te han tratado como a un niño durante toda tu vida. Ahora debes crecer a toda prisa. Eres valiente, y eso es bueno, pero también debes ser sabia. Piensa detenidamente antes de tomar decisiones. El museo está lleno de peligros...

—Yo la protegeré —interrumpió Broo.

—Sé que harás cuanto esté en tu mano, querido —dijo Olga Ciavolga—, pero ni siquiera tú puedes garantizar su seguridad en este lugar.

Volvió a dirigirse a Goldie.

—Piénsalo detenidamente. Y después toma una decisión.

Goldie pensó. Pensó en aquella primera noche en la ciudad, en el miedo que había pasado. Pensó en Morg, en el Viejo Rasguño, y en el momento en que había rodeado el peñasco y se había encontrado cara a cara con el iracón. «Y hay cosas peores. MUCHO peores».

¿Se consideraba una persona valiente? No lo creía. ¿Podría soportar quedarse en un lugar tan peligroso?

En su conciencia, la vocecilla repitió las palabras de Olga Ciavolga: *Protegemos el museo, y así protegemos también a la ciudad...*

Goldie se metió la mano en el bolsillo y estrechó al pajarillo azul entre sus dedos. Su mayor deseo seguía siendo rescatar a mamá y a papá de la Casa del Remordimiento. Pero Flemo tenía razón. Nadie escapaba de ese horrible lugar hasta que finalizaba su sentencia.

Al menos, si se quedaba allí podría ayudar a protegerlos de cosas aún peores. También protegería a Favor, y a Frou y Herro Berg, y al resto de sus amigos.

Inspiró profundamente.

—Me quedo —dijo, con una serenidad que a ella misma le sorprendió—. Haré todo lo posible por ayudar.

EL LENGUAJE DACTILAR



—Hay ciertas cosas que debes aprender, niña —dijo Olga Ciavolga a la mañana siguiente, durante el desayuno—. Te iremos enseñando entre todos, cada vez que tengamos un rato libre. Pero Flemo será tu principal maestro.

Flemo gruñó.

—¿Tengo que ser yo?

Sinew alzó la mirada de su gaceta.

—No ha pasado mucho tiempo desde tu propio aprendizaje. Supongo que recuerdas lo duro que puede llegar a ser.

Flemo se ruborizó y apartó la mirada. No había hablado con Goldie aquella mañana, y ella tampoco le había dicho nada. Goldie no confiaba en él, y estaba decidida a no bajar la guardia ni a dejar que volviera a hacerle alguna jugarreta.

Tampoco pensaba bajar la guardia con Broo. Ahora se encontraba allí, en la cocina, blanco y pequeñito, tumbado a los pies de Herro Dan. Pero Goldie no podía olvidar lo que se ocultaba tras las apariencias.

—Cuanto antes empecéis, mejor —dijo Olga Ciavolga—. Flemo, lleva a Goldie a las Penumbras y enséñale a correr.

Flemo no se movió.

—¿Y qué pasa con Sinew? ¿Qué va a hacer él?

—Hoy me toca volver a la ciudad —dijo Sinew—. Hay ciertas...

—Déjame acompañarte —interrumpió Flemo, ilusionado—. ¡Podría disfrazarme y hacer como si llevara una cadena de custodia!

—No —dijo Olga Ciavolga—. Vas a enseñar a Goldie.

—Pero es que yo podría encontrar...

—¡Que no! —el tono de Olga Ciavolga era duro, como si aún no hubiera perdonado a Flemo por la jugarreta que le había hecho a Goldie el día anterior.

«Estupendo», pensó Goldie. «Yo tampoco se lo he perdonado».

—Hay ciertas pistas que me gustaría investigar —dijo Sinew—. Lo haré mejor solo.

—Claro, para ti muy bien —murmuró Flemo.

—¿Qué? —dijo Sinew.

—Nada.

—¿Qué has dicho, Flemo?

Flemo fue incapaz de levantar la mirada de la mesa.

—He dicho que para ti está muy bien. Tienes la oportunidad de hacer algo útil.

—¿Y piensas que enseñar a Goldie no es útil?

—Es un caso perdido —dijo Flemo—. No tiene ni idea de nada.

Sinew dejó la gaceta a un lado y se levantó.

—Vale, ya he oído suficiente —se dirigió entonces a Goldie—. Entiendo que conoces algo de lenguaje dactilar, ¿verdad?

Goldie asintió.

—¿Y tú, Flemo?

—Todo el mundo conoce el lenguaje dactilar —murmuró Flemo.

—Pero ¿es el mismo lenguaje? —dijo Sinew—. Lo dudo. Solo en el barrio antiguo he visto niños que usan cinco o seis versiones diferentes.

—¿Y? —dijo Flemo.

—Y entonces, desde este momento y hasta que os digamos lo contrario, Goldie y tú solo podréis comunicaros por signos.

Goldie observó de reojo a Flemo y rápidamente miró hacia otro lado.

—¿Qué pasa si no conocemos los mismos signos?

—Entonces tendréis que aprender los del otro. No creo que os resulte demasiado complicado acabar creando un lenguaje común. Siempre que cooperéis...

—Pero, Sinew... —dijo Flemo.

—¡No! No quiero oír una sola palabra de tu boca hasta que regrese.

Y dicho esto, cogió su arpa y salió de la cocina dando grandes zancadas.



Las Penumbras era un lugar repleto de barro, musgo y estanques malolientes. El suelo chapoteaba bajo los pies como si estuvieras caminando sobre una esponja. El ambiente también era muy húmedo, y había una serie de pequeños insectos picadores volando en círculos alrededor de la cabeza de Goldie que intentaban posarse en sus brazos.

—Esto... —comenzó a decir Flemo.

Entonces se interrumpió, frunció el ceño y comenzó a hablar por señas:

Esto es una letrina. No te caigas del pescado o lo lamentarás.

Goldie se quedó mirándolo desconcertada.

¿Cómo? , le dijo por señas.

Con una intensa expresión de fastidio, Flemo realizó sus gestos de nuevo, esta vez muy despacio y con mucho tiento.

Esto... es... una... letrina. No.. te... caigas... del.. pescado... o... lo... lamentarás.

No te entiendo , le dijo Goldie por señas.

Flemo se quedó perplejo, como si Goldie hubiera dicho algo raro. Después se encogió de hombros y le dijo por señas: *Golpéame* . Y después se dio la vuelta y empezó a caminar por el estrecho camino que discurría entre los estanques.

Fue imposible resistir la tentación. Goldie se acercó por detrás de él, cerró el puño y le golpeó con fuerza en el hombro.

Flemo soltó un grito y se dio la vuelta.

—¿A qué ha venido eso? —dijo en voz alta.

Me dijiste que te golpeará. Así , le indicó Goldie por señas. Y volvió a darle un puñetazo.

Flemo entornó los ojos.

¡No! , le dijo con gestos. *¡Golpéame! ¡Así!* Y le indicó con un gesto que lo siguiera.

¿Quieres decir...? Goldie hizo el gesto correspondiente a «sígueme».

¡No! Eso significa... Flemo hizo una pausa, se había puesto colorado. Entonces se estrechó entre sus brazos como si estuviera acurrucando a alguien. *¿Lo ves? ¡No quiero decir eso! ¡Lo que quiero decir es golpear!*

Así que Goldie le golpeó de nuevo.

¡Para ya!

Goldie se encogió de hombros.

Si me dices que te golpee, te golpearé .

Flemo frunció el entrecejo, rabioso. Se agachó, cogió una piedra y la lanzó a uno de los estanques. Media docena de burbujas emergieron a la superficie y estallaron con un desagradable gorgoteo. La peste se volvió aún más insoportable.

Flemo dejó escapar un suspiro. Después dijo por señas: *Sígueme* , y echó a correr, girando la cabeza por encima del hombro como si tuviera miedo de que Goldie pudiera acercarse sigilosamente por detrás y abalanzarse contra él.

Llegados a ese punto, Goldie estaba convencida de que había visto antes a Flemo, y de que vivía en el barrio antiguo, en algún punto cercano al canal del Buque. Pero Sinew tenía razón: el muchacho usaba un tipo de lenguaje dactilar muy distinto del que ella conocía. Las palabras básicas como «yo», «tú» y «no» eran las mismas, pero nada más. Y si se avecinaba un peligro, tal y como Olga Ciavolga y Herro Dan habían dicho, necesitaban ser capaces de entenderse entre ellos.

Cuanto más se adentraban en las Penumbras, el ambiente se volvía más cálido. Goldie sintió que el sudor empezaba a correrle por la frente. Fue un alivio cuando Flemo se detuvo de nuevo y suspiró. *Y ahora vamos a bailar . Por el pescado .*

Goldie supuso que Flemo no querría decir ni pez ni bailar. Le hizo el gesto de un signo de interrogación, y consiguieron desentrañar, tras muchos intentos y entrecejos fruncidos, que *bailar* quería decir *correr* ,

y *pescado* significaba *camino* . Tras varios intentos más, y nuevos entrecejos fruncidos, acordaron usar el gesto de Flemo para la primera palabra y el de Goldie para la segunda.

Entonces, sin previo aviso, Flemo salió disparado. Ya casi había desaparecido de la vista cuando Goldie se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y echó a correr detrás de él.

No estaba acostumbrada a correr, y las Penumbras complicaba aún más las cosas. El pegajoso barro se le aferraba a las sandalias y le entorpecía la marcha. El camino giraba a un lado y a otro sin razón aparente. Los estanques burbujeaban y gorgoteaban a su alrededor.

Por delante de ella, Flemo torcía y giraba en cada quiebro del camino. Goldie apretó los dientes y deseó ser capaz de correr así, con tanta soltura y velocidad. Se sentía terriblemente torpe, no dejó de tropezar y de dar traspiés, y a punto estuvo de caerse del camino varias veces. Pero siguió adelante, aunque su respiración se había vuelto tan fuerte que pensó que iban a estallarle los pulmones.

Flema se detuvo al fin y Goldie consiguió alcanzarlo. Se apoyó en el suelo sobre las manos y las rodillas, para recobrar el aliento. Los insectos se lanzaron sobre ella. Por lo visto les resultaba más apetitosa ahora que estaba acalorada y sudorosa.

Cuando se recobró un poco, levantó la mirada. Flema la estaba observando con su típica sonrisa de superioridad.

¿Barro? , le dijo por señas.

Goldie lo fulminó con la mirada. Odiaba esa sonrisa.

¿Barro? , indicó por gestos una vez más.

¿De qué diantres estaba hablando? ¿Qué quería decir barro en su estúpida versión del lenguaje dactilar? Igual le estaba preguntando si quería beber algo. O algo de comer. O descansar un buen rato.

Pero también era posible que lo que quisiera decir fuera simplemente *barro* .

Goldie dejó de mirarlo con el ceño fruncido y en su lugar puso cara de niña buena. *¿Quieres barro?* , le preguntó por señas.

Flema puso cara de fastidio. *Sí* .

¿Ahora?

¡Sí!

Goldie sonrió alegremente. Después se agachó, cogió un puñado de barro y se lo lanzó a Flemo a bocajarro.

Le acertó en plena cara. El barro se extendió por su rostro, y Flemo soltó un grito de sorpresa e incredulidad. Goldie se rio con ganas, pero no por mucho tiempo. Flemo, con los ojos centelleando de ira, cogió su propio puñado de barro y se lo estampó a Goldie en el pelo antes de que pudiera apartarse.

Goldie cogió más barro y se lo lanzó con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, Flemo le lanzó otro puñado. Goldie sintió cómo se deslizaba por su cara, por sus brazos y por su babi, pero no le importó. Lo único que quería era darle su merecido.

Flemo era más certero con sus lanzamientos, y también era más fuerte. Pero la rabia de Goldie sirvió para equilibrar la situación. Cogió nuevos puñados de barro con ambas manos, se los tiró encima al muchacho, y volvió corriendo a por más. Durante todo ese tiempo, Flemo contraatacó con aquella misma sustancia repugnante.

Y entonces, de una forma tan repentina como cuando empezaron la disputa, se pararon. Se quedaron mirándose el uno al otro. Los dos estaban manchados y apestaban, y apenas se les reconocía bajo la capa de barro. Sus ojos eran el único fragmento visible de sus cuerpos.

Haciendo un esfuerzo, Goldie levantó las manos. Señaló hacia la mugre que cubría a Flemo. *Barro*, le dijo con señas.

Por un instante, Flemo no hizo nada. Entonces, muy lentamente, la máscara negruzca que le cubría el rostro se abrió y el muchacho empezó a reírse. Se rio cada vez más, y no tardó en contagiárselo a Goldie, que también empezó a reírse. Se rieron casi con tantas ganas como las que habían puesto en su lucha. De vez en cuando paraban, y entonces uno de ellos hacía la seña correspondiente a *barro* y empezaban a reírse de nuevo.

Así fue como se los encontró Olga Ciavolga. Enarcó las cejas al ver el estado en el que se encontraban y torció ligeramente los labios.

—Ya veo —dijo— que habéis estado practicando vuestros lanzamientos.

Un comentario que, por supuesto, les hizo reír de nuevo.



Las cosas se suavizaron un poco entre Goldie y Flemo a partir de entonces. El muchacho seguía siendo irascible, y a veces miraba a

Goldie con el ceño fruncido sin razón aparente. Pero la mayor parte del tiempo se esforzó por transmitirle sus conocimientos.

Salían a correr todas las mañanas. A veces Broo se unía a ellos, apareciendo de repente ante Goldie, casi siempre con el aspecto del perrillo blanco; pero en una o dos ocasiones apareció con la forma del monstruoso iracón negro, pegándole un susto de muerte a Goldie. La niña aprendió a adelantarse a las circunstancias y a buscar cualquier indicio de la presencia del perro, o de cualquier otra cosa que pudiera estar al acecho. Aprendió a escuchar con más atención a la vocecilla de su conciencia, y a estar siempre alerta ante el peligro.

Cuando no iban a correr, Flemo enseñaba a Goldie a encender fuego. Le enseñó cómo vendar una herida, cómo seguir el rastro de alguien a través de las rocas, la maleza y los suelos de madera, y cómo despistar a un posible perseguidor. Poco a poco fueron desarrollando un lenguaje dactilar común y lo practicaron hasta perfeccionarlo, momento en el que Sinew finalmente les permitió volver a comunicarse en voz alta.

Y en todo ese tiempo, Goldie se preguntó por el conflicto que se avecinaba, cuándo se desataría, y qué haría ella cuando ocurriera...

A medida que se fue haciendo más fuerte y más rápida, comenzó a aprender otras cosas. Fue Sinew quien le enseñó los tres métodos del mimetismo.

El más sencillo era el mimetismo por simulación. Consistía simplemente en simular que eras otra persona, alguien que era un poco tonto o que padecía alguna locura inofensiva. Alguien a quien no había que tomar en serio.

El mimetismo por camuflaje era más complicado. Goldie tuvo que estudiar a las mariposas y a las polillas para ver cómo se fusionaban con el entorno. Aprendió a disimular su silueta con hojas y hierba, y a pintarse la cara y los brazos con franjas irregulares, para así fundirse entre las sombras. Practicó para agazaparse sin moverse, y a respirar con tanta suavidad que ni siquiera Broo era capaz de oírla.

Al principio le pareció imposible. Pero al final le cogió el tranquilo, como si fuera algo que ya tuviera casi dominado desde el principio, y para lo que solo necesitara un pequeño empujón. La primera vez que Sinew pasó a su lado sin percatarse de su presencia, Goldie estuvo a punto de ponerse a dar gritos de alegría.

El más difícil de aprender fue el mimetismo por imitación del vacío. Goldie había perdido la cuenta del tiempo que llevaba ya en el museo, y el mundo exterior le parecía un recuerdo lejano.

Aun así, pensaba en mamá y papá todos los días. Y soñaba con ellos todas las noches. En sus sueños, los amenazaba algo que era mucho peor que la Casa del Remordimiento...

—Goldie, ¿me estás escuchando? —dijo Sinew.

—Disculpa —dijo Goldie.

—Estaba diciendo que no existe mucha gente capaz de imitar el vacío. Herro Dan y Olga Ciavolga, por supuesto. Se les da incluso mejor que a mí. Y Flemo se defiende. Solo me he cruzado con una o dos personas más que pudieran hacerlo. Pero tengo la sensación de que no tardarás en cogerle el truco.

Se alejó unos cuantos pasos, hasta que quedó envuelto en una sombra.

—La forma más sencilla de hacerlo —dijo— es volverte tan poco interesante que hasta la luz pase de largo a través de tu cuerpo. Ayuda que haya un lugar sombrío o alguna otra clase de camuflaje. Pero en realidad es una ilusión de la mente. Tienes que formar parte de lo que quiera que haya a tu alrededor, y al mismo tiempo ser parte del vacío.

Sinew arrugó su protuberante nariz.

—Lo curioso es que tu mente parece expandirse un poco cuando lo haces como es debido. De pronto te ves capaz de oír cosas que no deberías ser capaz de escuchar. De saber cosas que no deberías conocer —de repente esbozó una sonrisa—. Pero de momento no deberías preocuparte por eso. Empecemos por lo básico. Ven, te enseñaré. Date la vuelta un momento.

Goldie se dio la vuelta. Cuando volvió a girarse, Sinew había desaparecido.

No, estaba allí, pero solo a medias. Los ojos de Goldie pasaban de largo ante él y tuvo que esforzarse para volver a dirigirlos hacia Sinew.

—No funciona del todo bien cuando hay mucha luz —dijo Sinew. En cuanto habló, Goldie volvió a verlo perfectamente—. A no ser que haya una multitud. Entonces puedes pasar desapercibido entre ella, siempre que no hagas movimientos bruscos. Los movimientos bruscos llaman la atención y te delatan al momento. Y ahora, ¿por qué no pruebas tú?

Goldie se esforzó por dejar la mente en blanco, tal y como le había enseñado Sinew. No era fácil. Los pensamientos seguían volviendo a su sitio. Goldie empezó a impacientarse y eso empeoró las cosas.

—No te fuerces tanto —dijo Sinew—. ¡No pienses tanto!

Pero aunque Goldie practicó durante días, no consiguió acercarse siquiera a una imitación del vacío.

—No pasa nada —dijo Sinew—. A todos nos llevó un tiempo. Sigue intentándolo.

Y entonces la dejó en manos de Herro Dan. El anciano enseñó a Goldie a caminar con tanta suavidad que podía pasar sobre cáscaras de huevo sin romperlas. Le enseñó a interpretar el sonido de las pisadas de los demás: la fuerza de los pasos, la rapidez, si la persona que los producía estaba sana o enferma, si era hombre o mujer, peligrosa o inofensiva.

Le enseñó cómo esconder cosas en la palma de la mano o en la manga. Le enseñó a lidiar con el miedo.

—No trates de repelerlo —le dijo—. Si lo combates, lo haces más fuerte. Debes saludarlo de forma educada, como a un primo que ha venido a verte sin que lo hayas invitado. No puedes hacer que te deje en paz, pero puedes seguir con lo que tengas que hacer, a pesar de su presencia.

Después la dejó en manos de Olga Ciavolga.

De la anciana, Goldie aprendió a forzar cerraduras y abrir ventanas con una palanca, y a saber si alguien estaba mintiendo, y a hacer que sus propias mentiras parecieran verdades.

Aprendió a robar panales de una colmena y peces de una corriente. Aprendió cuándo debía robar con discreción, cuándo debía hacerlo sin disimulo, y cuándo debía abstenerse de robar.

Aquellas lecciones parecieron tocar algo en el fondo de su ser. Las devoró como si fueran alimentos y ella llevara hambrienta desde el día en que nació. Practicaba a diario. Y cuando se hacía de noche soñaba con mamá y papá. Mientras tanto, el conflicto se iba acercando más y más...

Una tarde, Sinew los reunió a todos en la cocina.

—Como ya sabéis —dijo—, he estado registrando la ciudad. He seguido cada rumor, cada susurro, casi incluso antes de que se produjeran. No he encontrado nada. Los artificieros han salido de Alhaja, de eso no hay duda. Si aún siguieran aquí habría encontrado algún rastro de ellos. Y en cuanto a los tutores sagrados...

Miró a Goldie.

—Según las fuentes oficiales, han suspendido tu búsqueda, pero no termino de creérmelo. No te han tachado del registro de niños, lo cual es raro. Pero todo el mundo tiene la boca cerrada como una ostra y no he podido descubrir nada más —se encogió de hombros—. No sé qué pensar. Los movimientos no han empeorado en las últimas semanas. Puede que el peligro haya pasado de largo.

Herro Dan negó con la cabeza.

—Los movimientos no han empeorado, pero tampoco han mejorado. Sea lo que sea lo que está ahí afuera, no se va a marchar. ¿No has encontrado nada? ¿Nada en absoluto?

—Eh, bueno... —titubeó Sinew—. Por lo visto alguien irrumpió en la oficina de la Protectora hace un tiempo. No echaron nada en falta, pero encontraron unos extraños arañazos en una de las ventanas de la planta baja. Puede que ocurriera la misma noche en que Goldie llegó aquí. Pero también es posible que no fuera así.

—A mí me suena mal —murmuró Herro Dan—, aunque no sé por qué. Lo único que sé es que el peligro no ha desaparecido. Lo siento en el fondo de mi ser. Está ahí afuera, en alguna parte, en este momento. Creo que está esperando algo. Ojalá supiera el qué.



El Adalid estaba practicando con su espada nueva. Era una buena arma, creada especialmente para él, con la empuñadura plateada y la hoja bien recta. Mientras se movía adelante y atrás, bloqueando las estocadas de un enemigo invisible, se puso a repasar sus planes. Las piezas estaban encajando a la perfección. Ahora solo le faltaba contar con el teniente mariscal.

De acuerdo con los espías del Adalid, al final el miliciano no había comparecido ante la corte marcial. Aquello no sorprendió al Adalid; a su hermana siempre le había faltado carácter. En vez de castigar a aquel hombre como se merecía, se había limitado a confinarlo en los barracones. Y aquella misma mañana le habían permitido regresar a sus quehaceres.

Una sonrisa se dibujó en los labios del Adalid. Si había calado bien a ese hombre, no tendría que esperar mucho. De hecho...

Alguien llamó a la puerta de su despacho con un golpe seco. El Adalid sintió una oleada de satisfacción. Con una última estocada, ensartó las cortinas del despacho a la altura del corazón. Después sacó su reloj de bolsillo. Los acontecimientos se estaban desarrollando en el plazo previsto.

—¡Adelante! —dijo.

La puerta se abrió y entró el teniente mariscal de la milicia. Llevaba el uniforme impoluto y planchado, como si fuera a acudir a un desfile. Tenía el rostro perlado de sudor. Avanzó a grandes pasos sobre la alfombra y se puso firme frente al Adalid.

—¡Señoría! Espero que no sea demasiado tarde para presentarme ante usted.

El Adalid deslizó su espada en el interior de la vaina.

—Teniente mariscal, ¡es un placer volver a verlo! ¿Demasiado tarde? ¡Por supuesto que no! El personal ya se ha ido a casa pero yo sigo aquí, trabajando por la noche como de costumbre —le estrechó la mano al miliciano—. Me alivia comprobar que ya no sigue bajo arresto. Lamento que mis ruegos no hayan servido para liberarlo antes. Aunque conseguí persuadir a la Protectora para que no lo llevara ante una corte marcial.

—Gracias, señoría —dijo el teniente mariscal, con gesto de sorpresa—. ¡Estoy en deuda con usted! De no haber sido por su intervención, me...

—No hace falta que me dé las gracias —dijo el Adalid—. Ha sido un placer. No podemos permitirnos perder a un hombre de su talento. Y bien, ¿ha tenido ocasión de pensar en...?

Dejó la frase inacabada. El teniente mariscal asintió con vigor.

—Tal y como me sugirió, señoría, he estado pensando en la seguridad de la ciudad. Confío en que sigamos en paz durante tanto tiempo como sea posible. Pero si se presentara una temible amenaza, sería mi deber servir a los Siete Dioses... —hizo una pausa y lanzó una mirada de complicidad al Adalid—. Servir a los Siete Dioses de cualquier manera que se requiriese de mí.

—Magnífico —dijo el Adalid—. ¡Magnífico! Y dígame, sus compañeros milicianos... ¿son tan leales a los Siete como usted?

—Algunos, señoría. Los he estado tanteando discretamente. Podría darle una lista de nombres.

—¡Magnífico! —repitió el Adalid. Dejó la espada envainada cruzada sobre el escritorio y se sentó en su silla, observando al miliciano con una intensa curiosidad, tal y como un gato observaría a un ratón al que tiene sujeto entre sus zarpas—. Por supuesto, si tal amenaza apareciera, la ciudad requeriría a un líder fuerte...

—Como usted —se apresuró a decir el teniente mariscal.

—Me halaga —dijo el Adalid.

Abrió la puertecita de la vinoteca que se había construido en el escritorio. Paseó la mirada sobre el librito azul que había escondido allí.

—¿Le apetece un vaso del mejor burdeos de Merne para brindar por los Siete? —murmuró.

El teniente mariscal asintió. Sin que se lo pidieran, se sentó en una de las sillas destinadas a los visitantes, se quitó la gorra y se enjugó la frente con la manga.

El Adalid inclinó la botella de vino para ocultar su satisfacción. Desde luego, los miembros de la milicia eran una panda de inútiles. No había un verdadero asesino entre ellos. Pero le servirían hasta que encontrara algo mejor. Algo que no debería tardar mucho en ocurrir..

ESPIAS



A la mañana siguiente, Herro Dan llevó a Goldie a la balconada conocida como La Milla de la Dama. Se extendía desde un lateral de un inmenso salón repleto de estandartes andrajosos y tapices devorados por las polillas. Cuando Goldie se asomó por la balaustrada, vio unas mesas más abajo, y unas sillas que parecían agitarse y suspirar en aquel ambiente nublado, como si una multitud acabara de abandonarlas.

—Ha llegado el momento de que aprendas el canto primigenio, chiquilla —dijo Herro Dan—. Es lo que cantamos para apaciguar al museo cuando está inquieto. No te lo he podido enseñar antes. Tienes que desarrollar tu fortaleza para entonar el canto primigenio, tu fortaleza física y mental...

Se interrumpió con brusquedad e inclinó la cabeza como si hubiera oído algo inesperado.

Goldie aguzó el oído. Desde algún punto lejano se oía un ruido parecido a una detonación. Era tan débil que Goldie pensó que igual se lo había imaginado. Pero cuando miró a Herro Dan, comprobó que el anciano la estaba mirando con inquietud.

—Algo no va bien —murmuró—. ¡Algo no va nada bien! Será mejor que vaya a echar un vistazo.

Goldie no sabía cuánto tiempo estaría ausente el anciano, así que se quedó allí esperando un rato. Pasado un rato comenzó a inquietarse y regresó a la cocina. Para su sorpresa, Flemo la estaba esperando allí, y por la expresión de su rostro parecía bastante agitado.

—¡Tus tutores sagrados han regresado! —dijo en cuanto Goldie entró por la puerta—. ¡Están en las dependencias delanteras! ¡Y se han traído a un par de aprendices!

A Goldie le pegó un vuelco el corazón.

—Pensaba que se habían dado por vencidos. ¿Por qué me siguen buscando?

—Según la tutora Ilusa, no te están buscando —dijo Sinew, que sacó una silla para Goldie—. Dice que están haciendo una inspección. Una inspección histórica. Cuadros antiguos y cosas así.

Olga Ciavolga soltó un bufido.

—¿De verdad esperan que nos creamos esa tontería?

—No creo que les importe lo que creamos o dejemos de creer —dijo Sinew.

—Entonces, ¿cuál es su verdadero propósito? —dijo Olga Ciavolga.

—No lo sé. Quizá estén buscando a Goldie. Quizá sea otra cosa.

—Podríamos ir a echar un vistazo —dijo Flemo, señalando a Goldie con el pulgar—. Ella y yo. Podríamos espiarlos.

Goldie se quedó mirándolo, horrorizada. Le alivió que Sinew negara con la cabeza.

—No.

—Venga, Sinew —le rogó Flemo—. No es la primera vez que espío a alguien en las dependencias delanteras. No nos verán. Y así a lo mejor descubrimos lo que se traen entre manos.

—¡He dicho que no!

Flemo soltó un bufido, disgustado.

—Y tú eres el que siempre habla de adultos sobreprotectores...

Olga Ciavolga pareció pensativa.

—Puede que no sea tan mala idea.

—¡Eso! —dijo Flemo.

«¡No!», pensó Goldie.

—No creo que... —comenzó a decir Sinew.

—Los tutores sagrados están mostrando interés por nosotros por primera vez en muchos años —lo interrumpió Olga Ciavolga—. ¿Y por qué? ¿Tiene que ver con Goldie? ¿O con el conflicto que se avecina? ¿Han descubierto cosas que no deberían saber sobre el museo y lo que contiene? Debemos encontrar las respuestas a estas preguntas.

—Pero...

—Te preocupa la seguridad de los niños, Sinew, igual que a mí. Pero Flemo tiene razón; ha espiado a visitantes otras veces y jamás le han visto.

—Pero Goldie...

—Ha aprendido mucho desde que llegó aquí. Y además no tiene por qué ir. Nadie va a obligarla. Depende completamente de ella.

Pero no era así, claro. No con Flemo allí sentado y sonriendo, como si supiera el pavor que sentía Goldie solo de pensar en volver a ver a la tutora Ilusa. Y con Olga Ciavolga, que esperaba que Goldie tomara una decisión sensata cuando apenas había tenido que tomar ninguna decisión en su vida antes de llegar al museo.

E incluso Sinew, cuyo rostro preocupado le recordó de repente a papá, así que sintió un nudo en el estómago producto de la añoranza, y Goldie supo que si se quedaba allí sentada un minuto más empezaría a llorar como un bebé, y posiblemente no pararía nunca.

Se apresuró a levantarse.

—Iré —dijo, y solo por la cara de sorpresa que puso Flemo ya casi valió la pena.



—Vosotros —dijo la tutora Ilusa— sois tutores en prácticas. Yo soy vuestra superiora.

Los dos aprendices de la Escuela de Tutelaje Sagrado se quedaron mirándola boquiabiertos. Le habían dicho sus nombres, pero Ilusa ya los había olvidado. Sus rostros eran igualmente prescindibles. Lo importante era que estaban a sus órdenes.

Bueno, a las suyas y a las de Confort, oficialmente. Pero en realidad a las suyas.

Parecía haber pasado una eternidad desde que Ilusa entregó su informe al Adalid con una descripción del museo y sus confusas salas. Al final del informe le había mostrado el fragmento de cinta de seda y había pedido permiso para meter a Sinew en la Casa del Remordimiento y, ejem, persuadirlo para que les dijera dónde estaba la niña de los Roth.

Pero en lugar de eso, el Adalid había ordenado a Ilusa y a Confort que se mantuvieran alejados del museo. Ilusa había tenido que reprimir su impaciencia durante semanas. Durante todo ese tiempo, la certeza de que la niña estaba allí, en algún rincón del edificio (riéndose de ella, sin duda, y meneando los dedos sobre la nariz a modo de burla), se había extendido tanto por su ser que apenas podía pensar con claridad.

Pero la reunión de aquella mañana con el Adalid le había devuelto la confianza. No había tantas discrepancias entre los planes de su señoría y los suyos después de todo. Si Ilusa hacía lo que le pedía, no tardaría en encontrar a la niña...

Se obligó a centrar de nuevo sus pensamientos en los tutores en prácticas. Confort les estaba entregando una enorme hoja de papel, un lápiz y una regla.

—Supongo que ya tenéis vuestras instrucciones —dijo Confort.

Los aprendices siguieron mirándolos con cara de idiotas.

—Ay, por el amor del Gran Fetiche —les espetó Ilusa—. ¡Poneos en marcha!

Como cabía esperar, resultaron ser los más incompetentes del mundo. Usaban la regla con tanta torpeza y lentitud que Ilusa se vio obligada a pegarles varios gritos. Pero al final consiguieron medir la anchura de la entrada del museo y la distancia que había desde la puerta principal hasta el arco de piedra. Midieron la altura del arco y su grosor. Anotaron las cifras en la hoja de papel y dibujaron esquemas con finos trazos negros. Después se desplazaron a la primera sala de exposición y repitieron la misma operación.

Fue en la tercera sala donde empezaron los problemas. Uno de ellos se adelantó para hacer una inspección preliminar y acabó perdido durante más de una hora. El otro no paró de cometer errores con las medidas, incapaz de conseguir la misma dos veces. De no haber sido por el Adalid (y por la niña, que estaba escondida en alguna parte, creyéndose a salvo), Ilusa se habría llevado las manos a la cabeza, exasperada, y se habría ido a casa.

Entonces perdieron la hoja de papel...



Flema se quedó tumbado sobre el vientre detrás de la vitrina rota. Goldie se agachó a su lado, con el cuerpo en tensión.

No estaba segura de cómo habían llegado hasta allí. Había seguido a Flemo a ciegas a través de la puerta reservada para el personal hasta llegar a las dependencias delanteras, tratando de no pensar en el lugar al que se dirigían. Tuvo la sensación de haber olvidado todas las lecciones que le habían dado. En una ocasión tropezó con una mesa y Flemo se dio la vuelta y la fulminó con la mirada. Goldie le sacó la lengua, y gracias a ese gesto se sintió un poco mejor.

La vitrina estaba en un rincón, con expositores y mesas a cada lado. Flemo llevó a Goldie hasta la parte posterior de la vitrina y le dijo que se agachara. Después se tumbó a su lado. Y esperaron.

Cuando Goldie oyó la voz de la tutora Ilusa, le entraron ganas de ponerse en pie de un salto y volver corriendo por donde habían venido. Sintió un hormigueo en la muñeca, como si fueran a colocarle unos grilletes plateados de un momento a otro.

—... unos idiotas —iba diciendo la tutora Ilusa cuando entró en la sala—. ¿Me oís? ¡Sois unos completos idiotas, los dos! ¿Es que no podéis hacer un simple encargo sin que os tengan que llevar de la mano como si fuerais niños? ¿Cómo esperáis obtener la escala correcta si ni siquiera sois capaces de tomar bien las medidas?

—El nivel está bajando, camarada —se lamentó el tutor Confort—. No es el mismo que cuando hicimos nuestro aprendizaje.

—Con el debido respeto, camarada —replicó la tutora Ilusa—, esto no tiene nada que ver con el nivel. ¡Es una cuestión de sentido común! Mide esto. Mide aquello. Ve aquí. Ve allá. ¿Acaso hay algo más sencillo? ¿Pero estos dos necios son capaces de hacerlo? ¡Ya has visto que no!

Había una grieta en la parte trasera de la vitrina. Goldie se asomó por ella y alcanzó a ver la sala. ¡Allí estaba el tutor Confort! ¡Y la tutora Ilusa! Y los acompañaban unos aprendices, jóvenes los dos. Las cadenas de castigo de latón que llevaban en torno a la cintura estaban tan impolutas como sus rostros de novicios.

—Lo... lo lamento, honorable camarada —dijo uno de los aprendices, después de tragar saliva—. ¡Lo haremos mejor! ¿No es así, camarada?

—Así es —murmuró su amigo.

La tutora Ilusa refunfuñó.

—Pues adelante entonces. ¡Pero es vuestra última oportunidad! Si volvéis a pifiarla lo lamentaréis.

Goldie observó cómo los dos jóvenes desenrollaban un enorme trozo de papel y lo colocaban cuidadosamente sobre uno de los expositores. Lo sujetaron colocándole unas piedras en los extremos. Después sacaron

un lápiz y una regla de entre los pliegues de sus togas y empezaron a medir la distancia que había entre la entrada de la sala y la primera esquina.

Goldie sintió una oleada de entusiasmo. Estaba empezando a recordar sus lecciones y se dio cuenta de lo que había que hacer. «Si me deslizo sigilosamente por la pared en esa dirección...».

Flemo le dio una palmadita en el brazo.

Voy a ver qué pone en el papel , le indicó por señas. *Espera aquí. No te muevas. No hagas ninguna estupidez* .

Goldie se apresuró a responderle con los dedos.

¡No! ¡Iré yo! ¡Tú te quedas esperando! Y antes de que Flemo pudiera detenerla, se incorporó y comenzó a alejarse.

Pudo sentir la mirada de Flemo fija en ella mientras se deslizaba silenciosamente por la pared que había detrás de las mesas y los expositores, pero no miró atrás. Se puso a pensar en lo que Sinew le había enseñado. *Camuflaje...*

Las patas de una de las mesas estaban quemadas, Goldie pasó los dedos sobre ellas y se untó la piel con el hollín. Su rostro y sus brazos se fundían con las sombras y la madera rota. El corazón le latía con mucha fuerza en el pecho. Le pareció que no había tardado nada en alcanzar el lugar al que se dirigía. El expositor se alzaba por encima de ella. Goldie deslizó la mano a través de él y quitó las piedras. Sin emitir sonido alguno, el papel se deslizó fuera del expositor. Goldie lo cogió antes de que tocara el suelo.

—¿La misma medida dos veces? —dijo la tutora Ilusa con tono sarcástico—. ¡No me lo puedo creer!

—E... eso parece, honorable camarada —dijo uno de los aprendices.

—Pues corre a apuntarla, idiota, antes de que cambie.

—¡Sí, sí, por supuesto!

Goldie se escabulló en el momento justo. Desde la profundidad de las sombras oyó que el tono de voz del joven cambiaba.

—Esto... honorables camaradas, el papel...

—Sí, idiota, apúntalo en el papel, ¿dónde si no?

El aprendiz se agachó para mirar por debajo del expositor.

—¡Ha desaparecido!

La tutora Ilusa dejó escapar un sonoro suspiro.

—¡No seas ridículo! Lo habrás dejado en otro sitio.

Mientras el joven se alejaba del expositor y comenzaba a rebuscarse entre los bolsillos de la toga, Goldie examinó el trozo de papel. Al principio no consiguió dar sentido a aquel amasijo de líneas y cifras. Algunas de ellas estaban tachadas y anotadas de nuevo, y aún se percibían los restos de los trazos eliminados.

Y entonces, de repente, todo encajó en su sitio y se dio cuenta de lo que era.

Oyó cómo la tutora Ilusa se lamentaba de forma melodramática.

—Por el Buey Negro, ¿es que tengo que hacerlo todo yo misma?

A Goldie se le puso la piel de gallina. Mientras las furiosas pisadas de la tutora Ilusa se dirigían hacia ella, se asomó hasta el borde mismo de las sombras y lanzó el papel por los aires. Después se quedó inmóvil y trató de imitar el vacío.

Aún no había terminado de dominar la técnica. Pero no había tiempo de practicar. Ralentizó su respiración. Dejó la mente en blanco... o al menos lo intentó. Pero las pisadas de la tutora Ilusa ya estaban muy cerca. Sintió el hormigueo en la muñeca. Casi podía sentir encima el peso de las cadenas de castigo. No quería tener miedo, no quería....

No intentes repeler el miedo , le susurró la vocecilla. Salúdalo educadamente como si fuera un primo que ha venido a verte sin que lo hayas invitado.

Tragó saliva. «¡Hola, miedo! No tienes intención de marcharte, ¿verdad? Muy bien, pues entonces quédate, ¡pero déjame seguir con lo mío!».

Volvió a ralentizar su respiración. Algo pareció encajar dentro de su cabeza, y de repente las instrucciones de Sinew cobraron sentido.

«No soy nada. Soy una sombra en un rincón de la habitación».

Su mente navegó a la deriva como una mota de polvo. Podía percibir la presencia de Flemo al otro lado de la vitrina, conteniendo la respiración. Podía percibir a los dos aprendices que se rebuscaban frenéticamente en los bolsillos, y la creciente frustración de la tutora Ilusa.

Nada de aquello parecía tener importancia.

La tutora Ilusa se asomó por el borde del expositor.

«No soy nada. Soy una sombra...».

—Lo que pensaba —dijo la tutora Ilusa—. Estaba aquí todo el tiempo. Solo hacía falta que alguien con dos dedos de frente lo buscara.

Su mirada pasó de largo frente a Goldie como si no estuviera allí. Entonces alargó la mano y recogió el trozo de papel.



—Están intentando hacer un plano del museo —dijo Goldie.

Sinew enarcó las cejas.

—¿En serio?

A Goldie le seguía latiendo con fuerza el corazón al recordar lo que había hecho. ¡Había imitado el vacío! ¡Había espiado a los tutores sagrados sin que se dieran cuenta! El Adalid tenía razón, ¡era una chica mala! ¡Y le daba igual!

—¿Os vieron, o sospecharon algo? —dijo Olga Ciavolga.

Flemo resopló.

—Casi.

—¡No, de eso nada! —dijo Goldie.

—Estupendo. Pero eso del mapa no me gusta un pelo. Hay que contárselo a Dan y ver qué opina. ¿Dónde está?

—Se fue a comprobar algo —dijo Goldie—. Cuando estábamos en La Milla de la Dama.

—¿Dijo el qué?

Goldie negó con la cabeza.

—Oyó un ruido. No sé qué sería.

—No importa —dijo Sinew—. Supongo que volverá pronto. Y entonces se lo contaremos y pensaremos qué hacer.

Pero Herro Dan no volvió pronto. Lo esperaron durante todo el día y hasta bien entrada la noche, pero no volvió.

EL CANTO PRIMIGENIO



Se suponía que era el día libre de la tutora Ilusa. Pero no podía descansar. Había hecho más de una docena de intentos con los idiotas de sus ayudantes para que preparasen un plano del museo, y habían fracasado en cada uno de ellos.

Al principio pensó que había sido producto de la estupidez de los aprendices, así que les había golpeado en las costillas con la regla y les había gritado hasta que se le irritó la garganta.

No sirvió de nada. Poco a poco, empezó a tener la sospecha de que quizá no fuera culpa de los tutores en prácticas después de todo. Quizá fuera el edificio en sí mismo. Sin duda, había algo raro en él. Algo que no conseguía identificar...

¡Pero ningún mohoso amasijo de rocaíndigo iba a dejar en ridículo a la tutora sagrada Ilusa! El Adalid le había confiado una misión, y ella estaba decidida a llevarla a cabo... y de paso a encontrar a la mocosa de los Roth.

Subió por los escalones que conducían a la entrada del museo y atravesó a toda prisa el recibidor hacia donde Confort y los dos tutores en prácticas la estaban esperando. Se asomó con cautela por la puerta del despacho. Estaba vacío. Mejor. No quería que los guardianes interfirieran en sus planes.

Se sacó del bolsillo un enorme ovillo de cuerda y le dio un extremo a los jóvenes aprendices.

—Sujetad esto —les ordenó—. ¡Y no lo soltéis!

Después avanzó rápidamente a través de las salas de exposición, desenrollando la cuerda a su paso.

—Cabe preguntarse, camarada —dijo Confort mientras avanzaba a su lado dando zancadas— si un simple ovillo de cuerda facilitará en algo nuestra búsqueda. Al fin y al cabo, no puede guiarnos, ¿verdad? No puede ponerse al frente y guiarnos, como a niños, rumbo hacia la tierra prometida, ¿no?

Se echó a reír, era evidente que se alegraba de haber sido el ingenioso del dúo por una vez. Al mismo tiempo, la cuerda se tensó de repente en la mano de Ilusa, como si alguien hubiera tirado de ella. Maldijo a sus ayudantes en voz baja. Y en voz alta dijo:

—Lo que sí puede hacer, camarada, es asegurar que no estemos caminando en círculos. Como tantas...

Se detuvo ante una puerta. Estaba segurísima de que no se habían desviado de su camino, de que no había dado la vuelta en ningún momento. Pero la cuerda delatora se extendía a lo largo de aquella sala, enfrente de ellos.

—Y ahora —dijo la tutora Ilusa, visiblemente satisfecha— sabemos que debemos ir por otro camino, un camino por el que no hayamos ido antes. Y así, con la ayuda de este simple ovillo de cuerda, exploraremos todos los rincones de este maldito edificio, por muy escondidos que puedan estar.

Aun así no fue tarea fácil, claro está. Las salas eran tan confusas como siempre. Ilusa lideró el camino a través de ellas sin tener ni idea de hacia dónde iba. La cuerda pegó dos tirones más, con tanta fuerza que estuvo a punto de soltarla. Y dos veces más descubrió que, por alguna razón, habían vuelto sobre sus pasos.

Pero se mantuvo en sus trece, y al final obtuvo su recompensa. Doblaron una esquina y se encontraron ante una puerta que no habían visto antes. Sobre ella estaba escrita en letras medio borradas la frase «Solo personal autorizado».

Ilusa se detuvo, sonriendo satisfecha. Confort alargó la mano hacia el picaporte.

—¡No! —le susurró Ilusa. Después se llevó un dedo a los labios y apoyó la oreja contra la puerta. Al otro lado de ella pudo oír el murmullo de dos voces, de un chico y una chica.

—Herro Dan no ha vuelto todavía —dijo el chico.

—¿Crees que le habrá ocurrido algo? —dijo la chica.

Ilusa se puso tensa.

—¡Es la mocosa de los Roth! —susurró—. ¡Escucha!

—Olga Ciavolga ha dicho que Herro Dan no estaría fuera a estas horas —dijo el chico—. No por su propia voluntad. Sinew y ella han salido a buscarlo. Y yo tengo que enseñarte a entonar el canto primigenio. Sea lo que sea que esté causando el conflicto, ha vuelto a empeorar de repente.

—¿Qué conflicto? —susurró Confort—. ¿De qué está hablando?

—Lo sé, yo también lo percibí —dijo la chica—. Las salas se movieron tres veces.

—Y cinco veces anoche. Movimientos grandes.

Ilusa se quedó boquiabierta y le hizo un gesto a Confort para que se apartara de la puerta.

—¿Es posible? —susurró—. ¿Las salas... se mueven?

—Nunca había oído algo así —Confort negó con la cabeza, incapaz de creérselo.

—Eso explicaría por qué nos perdíamos siempre. Y por qué esos dos zoquetes eran incapaces de dibujar el mismo plano. ¡Su señoría estará encantado de oír esto!

Ilusa regresó de puntillas hacia la puerta, silenciosa como una tumba. Pero cuando volvió a apoyar la oreja contra ella, no pudo oír nada salvo unas pisadas que se alejaban.

—¡Deprisa! —le susurró a Confort—. ¡Tenemos que seguirlos!

Trató de accionar el picaporte, pero estaba cerrado. Se encogió de hombros. Quizá fuera lo mejor. El ovillo de cuerda ya casi se había acabado. No serviría de nada continuar si luego no conseguían encontrar el camino de vuelta.

Comenzó a volver sobre sus pasos, enrollando la cuerda mientras lo hacía.

—Era la chica de los Roth —dijo—. La tenemos atrapada, vaya que sí.

—Pero el chico... ¿Quién era el chico? —dijo Confort.

—Lo primero es lo primero, camarada. Debemos descubrir cómo lidiar con estas salas cambiantes para poder llevar a la práctica las instrucciones de su señoría. Ya nos encargaremos después de hacer averiguaciones sobre el muchacho —Ilusa esbozó una sonrisa malévola—. Y después regresaremos, y esos dos mocosos descubrirán lo que les ocurre a los niños malos en la ciudad de Alhaja...



—El museo —dijo Flemo— es como un iracán. A veces gruñe, un gruñido que emite desde el fondo de sus entrañas. Otras veces tiembla de emoción.

Los niños se encontraban a medio camino de La Milla de la Dama. No había rastro de Morg, pero Broo los había estado esperando allí como si supiera que iban a venir. Cuando vio a Goldie, meneó su colita blanca y comenzó a brincar a su alrededor.

—Si apoyas una mano en la pared —dijo Flemo—, podrás percibir cuál es su estado de ánimo. Pero no trates de contenerlo o de mantenerlo fijo en un sitio. No hay nada que el museo odie más.

Goldie titubeó, recordando la primera vez que lo había hecho. Lentamente, colocó una mano sobre la pared.

Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no apartarla de nuevo. Una melodía sobrenatural pareció emerger desde el ardiente centro de la tierra y filtrarse a través de su cuerpo. Le sacudió los huesos y le puso las tripas del revés, y le provocó ganas de gritar y llorar y pelear al mismo tiempo. Cuando al fin apartó la mano, estaba temblando de pies a cabeza.

Flema la estaba observando con cara extraña.

—La primera vez que lo intenté —murmuró— me caí al suelo. Y ahora su estado es mucho peor.

Entonces se dio rápidamente la vuelta hacia la pared, como si hubiera hablado más de la cuenta.

—Tienes que acariciarla —dijo—. Igual que acaricias a Broo —deslizó la mano sobre la superficie de piedra, como si estuviera tranquilizando a un animal—. Después tienes que cantar. Hazlo así. Oh, ou, ou, ou. Mmmm, ou, ouou, ou, ou. Si lo haces bien, conseguirás que el museo cante contigo, y que así se apacigüe durante un rato. Oh, ou, ou, ou. Mmmm, ou, ouou, ou, ou.

Su voz subía y bajaba de tono de tal forma que a Goldie se le erizaban los pelillos de la nunca.

—Esa es la canción de Herro Dan.

Flema asintió.

—Según Herro Dan, es el canto primigenio, que procede del amanecer de los tiempos. De antes incluso de que existieran los humanos. Según él, todas las demás canciones del mundo surgieron a partir de este canto. El museo no responde a ninguno más. Mm mm mm ou ou, ou ou. Mm ou ou ou mm ou ou.

Goldie volvió a apoyar la mano en la pared. Aquella melodía sobrenatural se extendió a través de su ser, pero ahora era ligeramente distinta. Parecía estar recogiendo las notas de la canción de Flemo y jugando con ellas, como un gigante haciendo malabares con cetros de juglar. Y de la misma manera en que el gigante estaría contento con los cetros y querría seguir jugando con ellos una y otra vez, aquella melodía sobrenatural parecía contenta de oír la canción de Flemo. Poco a poco fue cambiando y asentándose, y poco después el museo y el muchacho estaban entonando casi las mismas notas.

«OH OU OU OU, MM MM, OU OU OU-OU OU», cantaba el museo.
«MMM OU OU OU MMM OM OM OU-OU».

La magnitud de aquella melodía resultaba aterradora, y de vez en cuando había alguna nota que parecía estar a punto de estallar. Pero ya no provocó que Goldie sintiera deseos de llorar, ni gritar, ni pelear.

Acarició la pared con suavidad.

—Mmm ou-ou —cantó, esforzándose por imitar aquel extraño y escurridizo sonido.

Su voz parecía débil e insignificante ante la asombrosa melodía que retumbaba desde las profundidades. Se calló, preguntándose dónde estaría Herro Dan, y con la esperanza de que no le hubiera ocurrido nada malo.

Flemo le dio un golpecito en el hombro.

—Sigue.

—Mm mm. Mm mm ou... —probó de nuevo, pero no sonaba bien.

Broo la estaba mirando fijamente, con la cabeza ladeada. «Parece tan pequeño e indefenso», pensó Goldie. «Pero en su interior, es más grande e indomable de lo que nadie podría imaginar. Y al museo le ocurre lo mismo».

Se le vino una imagen a la mente. Por un momento estaba de vuelta en el barrio antiguo, envuelta en cadenas de castigo y anhelando su libertad... Y se dio cuenta de que no eran solo el perro y el museo quienes eran más grandes e indomables por dentro de lo que nadie podría imaginar...

Volvió a colocar la mano sobre el muro. Inspiró profundamente.

—Oh ou ou-ou —canturreó, y dejó que su voz se impregnara de una parte de la curiosidad, los anhelos y la frustración que había sentido a lo largo de su vida—. Mm mm ou ou-ou ou.

Pareció como si el museo se detuviera a escuchar. Entonces, de repente, ¡comenzó a seguir las notas de Goldie! ¡Las lanzó por los aires, incorporándolas a su canción! Flemo sonrió con gesto de aprobación.

—¡Sigue así!

Así que siguió cantando y acariciando la pared, y Broo se puso a brincar alrededor de sus pies, dando unos ladridos que imitaban aquellas notas extrañas, y la melodía se fortaleció en el interior de la niña, de modo que en poco tiempo pudo sentir que cada parte de su cuerpo rebosaba de energía.

Esta vez, cuando apartó la mano de la pared, se sintió inmensa. Tan grande como el museo. Tan grande como el cielo. Todo cuanto aparecía ante sus ojos le resultó nítido y brillante: los tapices, el musgo, las diminutas florecillas blancas. Era imposible creer que se avecinaba un conflicto.

—Ojalá..., ay, ojalá mamá y papá pudieran venir a vivir aquí —dijo Goldie.

Flema mudó toda expresión de su rostro. Se sacó una moneda del bolsillo y comenzó a jugar con ella entre sus dedos, haciéndola desaparecer y reaparecer y desaparecer de nuevo.

—Están encerrados —dijo, con la mirada fija en la moneda.

—No hace falta que me recuerdes que...

—Deberías haber sabido lo que les iba a ocurrir. Deberías haber sabido que acabarían en la Casa del Remordimiento —la voz del muchacho volvió a adoptar un tono amargo—. ¿Cómo pudiste fugarte de esa manera y dejarlos a merced de los tutores sagrados?

Goldie abrió la boca para replicar. Después se mordió el labio. Tenía la extraña sensación de que en realidad Flema no estaba hablando con ella.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —le preguntó Flema, sin dejar de mirar la moneda.

—No —respondió Goldie, y miró al muchacho con curiosidad—. ¿Y tú?

—Si los tuvieras... digamos que si tuvieras una hermana pequeña... ¿te preocuparía lo que le pudiera estar ocurriendo?

—Supongo.

Se quedaron en silencio. Hasta que poco después Goldie añadió:

—Ya nos hemos visto antes, ¿verdad? En el barrio antiguo...

Flemo asintió.

—Me escapé el año pasado.

—¡No es posible! —Goldie se quedó mirándolo fijamente—. ¡Me habría enterado! La gente no habría hablado de otra cosa.

Flemo soltó una carcajada colérica.

—Los tutores sagrados les dijeron a nuestros vecinos que nos habíamos mudado a Edicto. No querían que otros niños pudieran tener ideas parecidas.

—Entonces, ¿dónde están tus padres?

—¿Dónde crees tú?

—¿En la Casa del Remordimiento?

Flemo asintió brevemente con la cabeza.

—Y mi hermana está en Supervisión...

Se calló. Goldie oyó un ruido débil y lejano.

—¿Qué ha sido eso? —dijo.

—¡Disparos! ¡Al otro lado de la Puerta Furtiva! ¡Deprisa!

Flemo se guardó la moneda en el bolsillo, volvió a apoyar la mano en la pared y empezó a cantar. Goldie lo imitó.

La melodía sobrenatural había regresado, palpitaba bajo su mano. Al principio su cántico no pareció surtir ningún efecto. Sus voces subían y bajaban con impotencia entre aquella asombrosa maraña de sonidos. Entonces Goldie oyó que una tercera voz se sumaba a las suyas, desde algún lugar de las profundidades del museo. Esta vez no era una voz humana, sino el canto de un arpa. Era Sinew, que tocaba con todas sus fuerzas.

Al principio, todo siguió igual. Entonces, poco a poco, la melodía sobrenatural comenzó a entrelazarse con sus cánticos, hasta que se acabó acallando.

Goldie apartó la mano de la pared.

—Esa detonación... —dijo.

—¿Los disparos?

—Sí. Creo que eso fue lo que oyó Herro Dan. Antes de desaparecer.

—¿Qué? —Flemo se quedó mirando a Goldie, horrorizado—. ¡Ha debido cruzar la Puerta Furtiva! ¡Vamos!

Y sin esperar a ver si Goldie lo seguía, echó a correr por La Milla de la Dama.

LA PUERTA FURTIVA



La Puerta Furtiva estaba situada en un punto tan adentrado del museo que Goldie nunca se había aventurado por allí. Estaba hecha de hierro, pero no de una única pieza sólida, sino de franjas soldadas entre sí, como si fuera un panal gigante. Tenía un color parduzco a causa del óxido y estaba encajada en la pared con tanta precisión que no había ninguna oquedad ni por arriba ni por abajo. En el lado derecho había una enorme cerradura.

Morg estaba posada sobre una de las franjas de hierro. Comenzó a batir sus alas en cuanto los vio.

—¡Gueeerraaa! —graznaba—. ¡Gueeeeerraaaaa!

Goldie sintió un escalofrío.

—¿A qué se refiere? ¿Por qué dice eso?

—Eso es lo que hay al otro lado de la Puerta Furtiva —dijo Flemo, muy serio—. Las salas de la guerra. Las salas de la peste. Las salas del hambre. Todas las cosas horribles que ocurrieron en los primeros tiempos de Coz. Todo sigue aquí, en el museo. La mayor parte del tiempo está contenido y no causa problemas, pero algo debe de haberlo despertado. Ya has oído los disparos. Ven a mirar.

Goldie avanzó cautelosamente hacia la puerta y se asomó a través de los agujeros del panal, algunos de los cuales tenían el tamaño suficiente como para poder escalar por ellos. Al principio no vio más que una pradera cubierta de maleza, pero entonces Flemo señaló hacia un destello de color blanco que había a lo lejos, en el lado izquierdo.

—¿Ves esas tiendas de campaña? Es un campamento militar —dijo—. Esta es la primera de las salas de la guerra.

—¿Contra quién están luchando?

—Contra nadie. Contra todos. No lo sé. No es más que una... guerra.

A Goldie le pareció percibir movimiento cerca de las tiendas. Retrocedió un paso rápidamente.

—¿No nos verán? ¿No tratarán de echar abajo la puerta? ¿O nos dispararán?

Flemo negó con la cabeza.

—Mientras la puerta permanezca cerrada, ellos no podrán verla ni atravesarla.

Mientras hablaba, se sacó una navaja plegable y un trozo de alambre del bolsillo. Deslizó la punta de la navaja hacia el interior de la cerradura e introdujo el alambre por encima de ella. Entonces empezó a moverlo cuidadosamente adelante y atrás. Broo soltó un gruñido ahogado.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Goldie.

Flemo estaba pálido, pero aun así tenía la mandíbula apretada y una expresión de tenacidad.

—Herro Dan debería haber vuelto anoche —habló despacio, concentrado como estaba en la cerradura—. Supongo que oyó los disparos y vino hasta aquí para ver qué estaba ocurriendo, y los soldados lo capturaron. Seguramente pensaron que era un espía. Voy a ver si lo tienen retenido. Y si es así, lo sacaré de allí.

—¿No deberíamos ir primero a buscar a Olga Ciavolga? ¿O a Sinew?

—No hay tiempo. Podrían pegarle un tiro a Herro Dan en cualquier momento.

—¡Puede que ya lo hayan hecho!

—Si hubiera sido así, lo sabríamos... ¡Lo tengo! —dijo Flemo. Se escuchó un sonoro chasquido y el candado se abrió. Flemo volvió a guardarse la navaja y el alambre en el bolsillo—. ¿Vienes?

Piénsalo bien, susurró la vocecilla de la conciencia de Goldie. *Piénsalo bien antes de lanzarte al peligro.*

Pero Goldie no quería pensárselo bien, no si Herro Dan podía llevarse un tiro en cualquier momento.

—¡Por supuesto que voy! —dijo.

La Puerta Furtiva pesaba tanto que los dos niños apenas pudieron moverla. La abrieron lo suficiente como para poder escurrirse a través de la abertura.

—Vamos, Broo —dijo Flemo—. No podemos dejar abierta la puerta mucho tiempo.

Broo no se movió. Se quedó al otro lado de la puerta, con todo el lomo blanco erizado.

—Iremos sin ti —dijo Flemo.

Aun así el perrillo permaneció inmóvil.

—Pues quédate ahí. Ya ves lo que me importa.

Los niños arrastraron la puerta hasta cerrarla y después se lanzaron cuerpo a tierra sobre la hierba. A Goldie le latía con fuerza el corazón. ¿Cómo era posible que un lugar como ese fuera una sala? ¿Cómo era posible que estuviera en el interior del museo? Tenía la sensación de haber entrado en un país totalmente distinto.

No alcanzaba a ver ningún techo, y el cielo estaba muy alto y tenía un tono pálido.

Por encima de su cabeza, en las alturas, una docena de siluetas negras y premonitorias flotaban por los aires como motas de ceniza.

—¡Mira! —susurró Flemo, señalando hacia el cielo—. ¡Aves carniceras!

Goldie oyó un gemido ahogado y giró la cabeza. La Puerta Furtiva era poco más que un destello en la hierba que se extendía por detrás de ella. Apenas podía identificar uno de los agujeros del panal, y vio que Broo se estaba encogiéndose para pasar a través de él. Confió en que hubiera decidido acompañarlos a pesar de sus reticencias, pero en vez de eso se acurrucó en el interior de la puerta y apoyó la cabeza encima de las patas.

—No avanzará más allá de ese punto —susurró Flemo—. No tiene sentido esperarlo.

Flemo cogió un puñado de barro y se lo extendió por el rostro y los brazos. Con las manos temblorosas, Goldie lo imitó.

Entonces los dos niños comenzaron a arrastrarse hacia aquel remoto campamento militar.



Antes de que estuvieran cerca siquiera de las tiendas de campaña, Goldie percibió un olor a humo, letrinas, cerveza, sangre y estiércol, y un puñado de cosas más que no consiguió identificar. Arrugó la nariz, asqueada. Por el rabillo del ojo vio que Flemo hacía lo mismo. Le entraron ganas de reír. Aquello le insufló nuevas fuerzas, y cuando al fin

llegaron a los límites del campamento se asomó entre la maleza casi con tanta curiosidad como pavor.

Justo delante de ella, el suelo estaba embarrado y pisoteado, como si una bestia enorme y hambrienta lo hubiera atravesado por la noche. Había una serie de tiendas de campaña rudimentarias y unas carretas anticuadas que parecían sacadas de un libro de historia. Había unos desagradables cañones negros asentados sobre ruedas enormes, y bueyes, gallinas, cabras y cerdos que husmeaban entre el lodazal.

Al lado de las tiendas había varias fogatas hechas con rocas. Sobre cada una de ellas, un caldero colgaba de un garfio de hierro. Pero no había ni rastro de soldados. Salvo por el lento devenir de los animales y los picotazos de las gallinas, el campamento estaba sumido en una calma absoluta.

Flemo se llevó un dedo a los labios y reptó un poco hacia atrás. Goldie lo siguió, pensando en los animales y las aves, en el terreno descubierto y en cómo harían para cruzarlo.

—No hay caballos —susurró Flemo—. Deben de haber salido a combatir. Si tenemos suerte, tendremos ocasión de registrar el campamento antes de que regresen.

—Debemos andarnos con cuidado —susurró Goldie—. Puede que hayan dejado unos cuantos...

Se interrumpió. Oyeron unas pisadas que se dirigían hacia ellos.

—... ¡centinelas! —siseó.

Se quedó tumbada sobre la hierba. Flemo hizo lo mismo. Las pisadas retumbaban en dirección a ellos, fuertes y despiadadas sobre el suelo desnudo. Izquierda derecha, izquierda derecha, izquierda derecha. Eran dos hombres. Los dos parecían muy peligrosos. Goldie hundió el rostro en el suelo y trató de contener los temblores que le aquejaban.

Izquierda derecha, izquierda derecha, izquierda derecha. Las pisadas se encaminaban hacia su escondite. La hierba se agitaba. A Goldie le latía el corazón a toda velocidad.

IZQUIERDA DERECHA, IZQUIERDA DERECHA, IZQUIERDA DERECHA. Por un instante, pareció como si los centinelas fueran a pasar caminando por encima de ellos. Pero en vez de eso pasaron de largo, siguiendo el borde de la maleza que marcaba los límites del campamento.

Goldie se quedó inmóvil durante un buen rato después de que se marcharan. Tenía un calambre en una pierna y pensó que jamás volvería a ser capaz de moverse. Pero cuando Flemo se puso en cuclillas

y echó a correr a campo abierto hasta protegerse tras la primera carreta, salió detrás de él.

Fue algo extrañísimo, adentrarse en aquel campamento casi desierto. De las fogatas emergían hilillos de humo, como si acabaran de apagarlas. Había moscas zumbando en torno a los calderos. Los bueyes pegaron un pisotón en el suelo y menearon la cabeza mientras Goldie y Flemo pasaban.

A medida que avanzaban a cubierto, de una carreta a otra, Goldie sintió un cosquilleo en la piel por la certeza de que los centinelas podrían regresar en cualquier momento. Trató de decirse que aquella era una guerra de hacía cientos de años, que ya estaba terminada y superada, que seguramente no podría hacerle daño. Pero el campamento que le rodeaba era tan real como la vida misma. Las moscas se asentaron sobre su rostro y sus brazos. Tropezó al avanzar sobre pequeños montículos de barro. En las alturas, las aves carniceras ejecutaban su fatídica danza.

Muchas de las tiendas estaban abiertas, y los niños pudieron ver a simple vista que no había nadie en su interior. Pero según se fueron acercando al centro del campamento, encontraron cada vez más tiendas cerradas. No se atrevieron a abrirlas por si acaso había alguien dentro, así que en vez de eso acercaron la cabeza a la superficie de lona y aguzaron el oído. No oyeron nada.

Siguieron avanzando en silencio. El sol se proyectaba con fuerza sobre sus cabezas. Una nube de mosquitos se congregó a su alrededor, y tras conseguir espantarlos siguieron adelante.

En un momento dado oyeron las pisadas de los centinelas en la distancia. Se lanzaron detrás de la carreta más cercana hasta que el sonido se desvaneció. Después volvieron a salir a rastras, se sacudieron el polvo de encima y siguieron avanzando.

Goldie tenía apoyada la oreja contra otra tienda cuando lo oyó. Al otro lado de la lona, había un hombre canturreando en voz baja.

—Oh ou ou-ou. Mm mm ou ou ou-ou ou.

—¿Herro Dan? —susurró.

El hombre dejó de cantar.

—¿Goldie? ¿Eres tú?

—Estoy con Flemo.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¡Hemos venido a rescatarte! —susurró Goldie.

Le hizo gestos como loca a Flemo, que se acercó a toda prisa. Cuando el muchacho oyó la voz de Herro Dan, cerró los ojos un instante y tragó saliva, como si tuviera algo atascado en la garganta.

—Me he roto una pierna —susurró Herro Dan—. Ni siquiera se han molestado en ponerme vigilancia. Saben que no puedo ir a ninguna parte.

—Pero...

—Tenéis que regresar. Es demasiado peligroso que os quedéis aquí.

—Regresaremos —dijo Flemo—. Y te llevaremos con nosotros.

El muchacho sacó la navaja y comenzó a cortar las correas que mantenían cerrada la tienda.

—Escúchame bien, muchacho —le instó Herro—. Vais a regresar y a decirle a Olga Ciavolga que las salas de la guerra se están poniendo en marcha.

—Lo sabemos. Oímos los disparos —dijo Goldie.

—Me parece que el conflicto se ha cansado de esperar —dijo Herro Dan—. Ahora está galopando hacia nosotros, a toda velocidad. Debéis descubrir por qué. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué es diferente? ¿Qué está revolviendo al museo de esta manera?

—Podrían ser los tutores sagrados —dijo Goldie.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó el anciano, preocupado.

—Están tratando de diseñar un mapa.

Escucharon un siseo furioso al otro lado de la lona.

—¡No! ¡El museo no lo tolerará! ¡No me extraña que las salas de la guerra se estén moviendo! ¡Hay que detener a los tutores! Decidle a Sinew que vaya a ver a la Protectora y...

Se interrumpió. Goldie oyó unas pisadas propias de un calzado grueso.

—¡Marchaos! —susurró Herro Dan—. ¡Ahora!

Esta vez, los niños le obedecieron. Flemo cerró su navaja, y Goldie y él se pusieron en pie y echaron a correr. Corrieron en silencio, con la

cabeza agachada, zigzagueando entre las tiendas y las carretas, tratando de mantener algún obstáculo entre ellos y las fuertes pisadas.

—¡Eo! ¿Ande os creis que vais?

Goldie se detuvo tan en seco que estuvo a punto de caerse al suelo. Un soldado había aparecido por detrás de una de las carretas, cortándoles el paso. Vestía como alguien surgido de las profundidades de la historia, con unos pantalones bombachos, medias y un chaquetón de manga larga de un color gris tan oscuro que parecía absorber toda la luz del entorno. Estaba apuntando con su anticuado mosquete a la cabeza de Flemo.

Un segundo soldado llegó al trote por detrás del otro. Se quedó mirando a los niños, con una expresión severa en sus ojos azules.

—Unos rapaces soplones, ¿eh? —dijo.

Tenía un acento tan marcado que Goldie tardó un rato en comprender lo que decía. Cuando se dio cuenta de que pensaban que eran espías, sintió como si el corazón se le congelara en el pecho.

—¿Quién sus ha mandao aquí? —dijo el primer soldado, mientras hincaba a Flemo con la punta de su mosquete—. ¿Venís con er otro soplón? ¿Er viejo?

Flemo se encogió, asustado, pero no dijo nada. El soldado se inclinó hacia ellos y guiñó un ojo, como si fuera a revelarles un asombroso secreto. Tenía el rostro cubierto de mugre y la piel enrojecida y pelada. Apestaba a tabaco y el aliento le olía a rancio.

—Le pegaremos un tiro ar viejo a no mucho tardá —dijo—. Pero no vamo a esperá tanto. Yo digo que a vosotros os disparo ya.

No estaba mintiendo. Goldie lo percibió en su voz. Se lo vio en la cara. A aquel tipo le daba igual la vida humana. Iba a pegarles un tiro, aquí y ahora. A no ser que encontrara una forma de detenerlo...

El soldado apuntó el cañón de su mosquete hacia ella.

—¿Quién va prímer? —dijo—. ¿La *chiquiya*? —después dirigió su arma hacia Flemo—. ¿O er niniato?

Goldie sintió unos temblores tan fuertes que pensó que iba a romperse en pedazos. Pero al mismo tiempo, su mente estaba funcionando a toda velocidad. Los soldados tenían pinta de haberse pasado toda la vida combatiendo. ¿Qué sabrían acerca de los niños? Poca cosa, seguramente. Así que si se comportaba como si fuera más pequeña de lo que era, y un poco tonta...

El soldado bajó el arma.

Goldie soltó una risita.

Era un sonido tan inesperado, en vista de las circunstancias, que los dos soldados y Flemo se quedaron mirándola desconcertados. Goldie volvió a reírse, tratando de aparentar que tuviera el cerebro de un mosquito.

—Ay, qué susto me habéis dado —dijo—. ¡Fíjate qué armas tan grandes! ¡Dan mucho miedo! Seguro que sois muy valientes, al ser soldados. Ojalá yo fuera un soldado. ¿A ti no te gustaría ser soldado, Flemo? ¿No te parecen maravillosos? ¿No te parece que dan mucho miedo?

Agarró la mano de Flemo entre las suyas, de una forma que quiso que pareciera infantil. Meneó los dedos sobre su piel. *Mimetismo por simulación*.

Flemo abrió ligeramente los ojos. Después torció el gesto en una sonrisa bobalicona.

—Si fuera soldado —exclamó—, yo también daría miedo. ¡Y desfilaría! —comenzó a balancear los brazos y a caminar en el sitio—. ¡Y pelearía! —apuntó a Goldie con una pistola imaginaria—. ¡Pum! ¡Estás muerta!

Uno de los soldados bajó ligeramente el mosquete y se rio.

—Mu bien, chico. Las disparao a tu hermana. ¡Eres tó un soldao!

El segundo soldado los seguía observando con recelo.

—¿Qu'hacéis aquí? —gruñó— Estosún campamento militá, no'l patio un colegio.

—Nuestro perro se escapó y lo estábamos buscando —dijo Goldie, que se quedó mirando al soldado con cara de niña buena—. ¿Lo han visto? Es blanco y pequeñito. Y es muy gordo. ¿A que sí, Flemo?

—Sí, es un tocinete —dijo Flemo.

—Papá dice que podríamos hacer una barbacoa con él —dijo Goldie—. Pero lo dice en broma. Nadie le haría daño a Broo. Es pequeñito y adorable. Y no mataría ni a una mosca.

Los soldados intercambiaron una mirada. Goldie pudo adivinar lo que estarían pensando. «Un perrillo rollizo. Un perrillo rollizo a la barbacoa. Ñam, ñam».

No tardaron mucho en decidirse.

—Sus ayudaremos a encontrarlo —dijo el primer soldado—. Nos gustan los perros.

—Nos gustan muy mucho —dijo el segundo. Se relamió, y los dos se echaron a reír.

—¡Ay, gracias! —dijo Goldie—. Seguro que no está lejos. Podemos probar a llamarlo a ver si viene.

—Pos vale —dijo el segundo soldado—. Y cuando venga, le daremos una buena bienvenida —se aflojó el cuchillo en el cinto.

Goldie tomó aire.

—¡Broo! —llamó—. ¿Dónde estás?

—¡Broo, gamberrete! —gritó Flemo—. ¡Ven aquí de una vez!

—¡Ven a salvarnos de estos soldados que dan tanto miedo! —rio Goldie.

Los soldados también soltaron una desagradable carcajada. El primero de ellos desenfundó su cuchillo y comenzó a pasar el pulgar por el filo.

—¡Perrico! —gritó—. ¡Ven pacá rápido! ¡Tenemos un regalito pa ti!

Goldie atisbó un movimiento entre la maleza. Sintió que el brazo le pesaba como si estuviera hecho de plomo, pero con un gran esfuerzo lo levantó y señaló en dirección contraria.

—¡Mirad! —dijo— Ahí está.

Los soldados se dieron la vuelta, riendo...

Se oyó un rugido furioso y Broo emergió de entre la maleza, por detrás de los soldados. Era negro como la noche y grande como un león. Tenía los ojos rojos y pegaba dentelladas al aire con sus enormes fauces.

Los soldados se dieron otra vez la vuelta y lo vieron. El primero soltó un grito y trató de encañonarlo con el mosquete, pero Broo ya se había abalanzado sobre él y lo tiró al suelo, con los dientes en su pescuezo.

El segundo soldado estaba pálido como un muerto. Retrocedió, con las manos temblorosas, los dedos tensándose sobre el gatillo...

Se escuchó un batir de alas, y el aire a su alrededor se cubrió de repente con un puñado de plumas negras y un pico curvo y despiadado. El soldado soltó un alarido y dejó caer su mosquete.

Broo levantó la cabeza. Tenía el hocico manchado de sangre.

—¡CORRRRRRED! —gruñó.

Goldie y Flemo echaron a correr.

MARTILLAZOS



—¡No deberíais haber cruzado la Puerta Furtiva!

Sinew se había estado paseando de un lado a otro del despacho, hasta que se detuvo para fulminar con la mirada a Goldie y a Flemo.

—¡Podrían haberos matado! Y no solo a vosotros, también a Broo y a Morg. No son a prueba de balas, ¿sabéis? ¡No deberíais haber ido!

—Desde luego que no —dijo Olga Ciavolga—. Se portaron con valentía, y con mucho ingenio al final. Pero al principio no sumaron ni un ápice de sentido común entre los dos.

Goldie se puso colorada. Era cierto. Flemo y ella tenían suerte de haber escapado con vida. Pero aunque contaba con que Olga Ciavolga iba a echarles la bronca, la anciana se limitó a decir:

—Ya está hecho. Así que ahora nos toca decidir. ¿Qué hacemos ahora?

—Herro Da... Dan dijo que Sinew de... debía ir a ver a la Protectora —dijo Goldie. No había parado de temblar desde que Flemo y ella habían vuelto a cerrar a duras penas la Puerta Furtiva.

—Y la Protectora debe impedir que la tu... tutora Ilusa y el tu... tutor Confort hagan el pla... plano —dijo Flemo, que temblaba con la misma intensidad.

Sinew asintió con la cabeza, impaciente.

—Sí, sí, deberíamos habernos tomado más en serio a los tutores sagrados desde el principio. No están aquí en este momento, pero seguro que no tardarán en volver. Iré a ver a la Protectora. ¿Pero qué hacemos con Dan?

—Y con Broo —dijo Goldie—. Y Morg. ¿Crees que estarán bien?

—Eso espero, desde luego —dijo Sinew, que suavizó su expresión—. Saben cuidar de sí mismos en la mayoría de las circunstancias. Cuento con que pronto los tendremos de vuelta. En cuanto a Dan... —se pasó una mano por el rostro—. Quizá debería ir a intentar rescatarlo.

—Después de lo que ha ocurrido —dijo Olga Ciavolga—, los soldados estarán aún más alerta. Y Dan tiene la pierna rota. Hay muy pocas probabilidades de que consiguieras robarlo sin que te capturasen.

—No estaba pensando en robarlo —dijo Sinew—. Estaba pensando en comprarlo —se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda—. Sangre y oro, eso es lo que esos soldados aman por encima de todo. No les daremos sangre si podemos evitarlo, pero tenemos suficientes soberanos de oro como para que les dé vueltas la cabeza. Podría conseguir traer de vuelta a Dan sano y salvo para cuando cayera la noche.

—No lo creo —dijo Olga Ciavolga—. Lo único que conseguirías sería alterar aún más las cosas.

—Pero...

—¡No! —la anciana estaba tan preocupada que se había puesto pálida, pero alzó una mano para pedir silencio—. Debemos hacer lo que nos ha dicho Dan. Irás a ver a la Protectora para pedirle que detenga a los tutores y los saque del museo. Si lo consigue, creo que las salas de la guerra se apaciguarán un poco y Dan estará a salvo.

—¿Y qué pasa si la Protectora no puede detenerlos? —preguntó Goldie.

—En ese caso —dijo Olga Ciavolga—, tendremos que hacerlo nosotros mismos.



Sinew se puso la casaca y partió hacia el Protectorado. Flemo regresó a las dependencias traseras para esperar a Broo y Morg. Goldie no quiso ir con él.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —le dijo a Olga Ciavolga.

—Está bien —dijo la anciana—. Pero no te alejes. Y si los tutores regresan, escóndete de inmediato.

Se sentó ante un escritorio y comenzó a escribir en un libro inmenso. El sol del mediodía brillaba a través de la ventana del despacho. Goldie se apoyó en una de las estanterías y se metió las manos en los bolsillos de su babi, donde encontró la brújula.

La sacó y pasó los dedos sobre la cubierta metálica. Costaba creer cuánto había cambiado su vida desde que llegó al museo. Había ansiado ser libre y ahora lo era. Y aunque el museo contuviera muchos horrores,

ella prefería enfrentarse a todos ellos, uno tras otro, antes que volver a su situación de antes.

Ahora comprendía que existen distintas formas de miedo. Estaba el terrible miedo de que alguien te apunte a la cabeza con un mosquete, o que una corriente de agua negra y empalagosa trate de sumergirte en sus profundidades. No había nada bueno en ese miedo. Estaba cerca de provocar que el corazón se te rompiera dentro del pecho, y hacía que te flaquearan las piernas de forma que apenas podían sostener tu peso. Te daba ganas de vomitar a causa del miedo.

Pero había otra clase de miedo, el miedo a que nunca te vayan a permitir ser quien eres en realidad. El miedo a tener que acallar tu verdadero yo, como un pájaro enjaulado, durante el resto de tu vida. Ese miedo era peor que cualquier soldado.

Volvió a guardarse la brújula en el bolsillo y sacó el broche azul esmaltado. Acarició las alas del pajarillo. «En realidad no soy libre», pensó, «no mientras mamá y papá estén encerrados en la Casa del Remordimiento...».

No muy lejos, se oyeron unas fuertes pisadas sobre los suelos de madera. Olga Ciavolga soltó su pluma.

—¡Rápido, niña! ¡Escóndete!

Goldie se arremetió en el hueco que había bajo el escritorio y se quedó pegada al suelo. Las pisadas se detuvieron de golpe ante el despacho.

—Los tutores han regresado —murmuró Olga Ciavolga sin separar apenas los labios—. Y han venido acompañados.

—¿Qué están haciendo? —susurró Goldie.

—No lo sé, pero llevan rollos de cuerda y tablones de madera. No me gusta la pinta que tiene esto. Quédate aquí. No hagas ningún ruido.

Olga Ciavolga salió a toda prisa del despacho. Goldie le oyó decir en voz alta:

—¿Qué significa esto? ¿Qué se creen que están haciendo?

—Estamos al servicio de los Siete —dijo otra voz que Goldie reconoció como la de la tutora Ilusa—, así que será mejor que se quite de nuestro camino, anciana.

Después, añadió, en voz aún más alta:

—¡Prestad atención, becarios! Quiero que hagáis esto bien y que lo hagáis rápido. Tú, tú y tú. A darle al martillo.

Se oyó un alboroto de togas y pasos que se arrastraban por el suelo. Goldie se pegó aún más contra el suelo y se asomó por un extremo del escritorio.

No podía ver a Olga Ciavolga, pero el pasillo estaba repleto de tutores jóvenes. Al parecer estaban disponiendo tablones en una línea horizontal a lo largo de la pared y a la altura de la cintura, cada uno pegado al que le precedía.

Goldie oyó un grito de furia y Olga Ciavolga entró en su campo de visión, con los ojos centelleando.

—¡No puedo creerlo! ¡Están intentando impedir que las salas se muevan! ¡Nos matarán a todos, idiotas!

—No hacemos más que seguir las órdenes del Adalid —dijo la tutora Ilusa.

—¡Maldito sea el Adalid! —exclamó Olga Ciavolga. Los tutores soltaron un gemido de horror, pero la anciana no se dio por aludida—. ¡Su maestro no tiene autoridad aquí! ¡El museo solo responde ante la Protectora!

La tutora Ilusa meneó la cabeza con desprecio.

—Mi maestro responde ante los Siete Dioses. Son más importantes que cualquier autoridad terrenal.

Hizo un gesto con el dedo y dos de los jóvenes tutores acudieron corriendo a su lado.

—Libraos de este incordio —les ordenó—. Encerradla en el despacho.

Goldie volvió a acurrucarse bajo el escritorio. Oyó cómo Olga Ciavolga forcejeaba, después cerraron con un portazo e hicieron girar la llave en la cerradura. Un momento después, comenzaron los martillazos.

Goldie tuvo la sensación de que, cuando se produjo el primer golpe, el museo soltó un aullido de rabia, tal y como había hecho Olga Ciavolga, pero un millar de veces más fuerte. Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento, esperando a ver qué ocurría a continuación.

Se oyó un segundo martillazo...; después, un tercero.

El museo entero se estremeció.

—¡Deprisa! —susurró Olga Ciavolga—. ¡Ayúdame, niña!

Goldie salió rápidamente de debajo del escritorio y apoyó una mano en la pared. La melodía sobrenatural explotaba a su alrededor. Intentó

cantar, pero la melodía ahogaba su voz. Cantó con más fuerza, con un tono aún más agudo, hasta que al fin consiguió hacerse oír. Desde algún rincón de las profundidades del museo, Flemo unió su voz a la suya y a la de Olga Ciavolga.

«Me pregunto si Flemo habrá adivinado a qué se deben esos martillazos», pensó. «Me pregunto si Broo y Morg habrán vuelto ya, y si estarán bien...».

Entonces Goldie se vio envuelta en una vorágine, y no hubo tiempo ni espacio para pensar en nada. La melodía sobrenatural la golpeaba en todas direcciones. Su voz se encaramó a ella como si fuera una barquita en mitad de un monstruoso océano. Goldie sintió que se balanceaba, viraba y estaba a punto de hundirse, una y otra vez.

En un momento dado, Olga Ciavolga y Flemo se quedaron sin aliento al mismo tiempo. La melodía se tornó más frenética que nunca. Goldie se aferró a ella a través de un hilillo sonoro. Ya no podía ver el despacho. Ya no podía oír nada salvo esas notas graves y temibles.

Pero justo cuando pensaba que ya no podría aguantar un segundo más, la voz de Olga Ciavolga volvió a sonar. Goldie se aferró a ella como si fuera un salvavidas. Entonces regresó Flemo también, que cantaba con todas sus fuerzas, aunque no pudieran verlo. Poco a poco, aquella desbocada melodía se fue entrelazando con su canción y comenzó a apaciguarse.

Olga Ciavolga apartó la mano de la pared. Tenía la frente perlada de sudor.

—Lo hemos contenido por el momento —dijo—. Pero me temo que no durará mucho.

Al otro lado de la puerta, los martillazos proseguían. El museo se retorció como un gigante atormentado por moscas del pantano.

—¿Es que no se dan cuenta? —dijo Goldie—. ¿No oyen la melodía desbocada?

—Por lo visto, no —dijo Olga Ciavolga—. Pero aunque fuera así, me temo que seguirían adelante. Hay una intención maligna detrás de todo esto.

Se sacó la pañoleta del bolsillo y se la anudó alrededor de la cabeza. Después se acercó corriendo al escritorio y comenzó a abrir los cajones uno por uno.

—Si las salas de la guerra ya se estaban moviendo antes —dijo—, ahora deben de estar echando humo. Sinew tenía razón después de todo. Debemos rescatar a Dan antes de que sea demasiado tarde.

Recogió un puñado de soberanos de oro de cada cajón y se los guardó en los bolsillos. Goldie miró hacia la puerta cerrada.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—¡Bah! —dijo Olga Ciavolga—. ¡Esos idiotas no saben nada sobre este lugar!

Se palmeó los abultados bolsillos, después se dirigió con largos pasos hacia la esquina de la sala y se puso de rodillas con un gruñido. Levantó el borde de la alfombra. Debajo había una trampilla.

—Este túnel nos conducirá a las dependencias traseras —dijo—. Hace muchos años que no lo utilizamos, así que estará lleno de polvo y de arañas —miró fijamente a Goldie—. Pero supongo que unas cuantas arañas no detendrán a una niña que ha atravesado la Puerta Furtiva.

Olga Ciavolga estaba en lo cierto. Había arañas en el túnel, y no solo unas cuantas. Goldie no podía verlas, pero se le pegaban al rostro las hebras de telarañas rotas, y cada vez que los martillazos cesaban le parecía escuchar cómo correteaban por las paredes con sus frágiles patitas.

Sintió un cosquilleo en la piel y apartó las telarañas a un lado, estremeciéndose. Un poco por delante de ella, la voz seca y cascada de Olga Ciavolga era como un ancla en la oscuridad.

—La gente de Alhaja —dijo Olga Ciavolga— trata a sus niños como si fueran florecillas del campo. Se creen que serían incapaces de sobrevivir sin una protección constante. Pero hay lugares en el mundo donde los niños y las niñas se pasan semanas enteras sin más compañía que un rebaño de cabras. Ahuyentan a los lobos. Cuidan de sí mismos, al tiempo que cuidan del rebaño.

Se detuvo. Goldie podía oír los martillazos, que ahora habían quedado atrás, una serie de golpes secos como si alguien estuviera llamando a una puerta lejana.

—¡Necios! —murmuró Olga Ciavolga—. ¡Imbéciles!

Entonces reanudó la marcha, arrastrando los pies.

—Y de ese modo, cuando llegan tiempos difíciles, que siempre acaban por llegar, esos niños son valientes y resolutivos. Si tienen que caminar de un extremo a otro del país, cargando con sus hermanitos, lo hacen. Si tienen que esconderse durante el día y viajar por la noche para sortear a los soldados, lo hacen. No se rinden tan fácilmente.

El túnel hizo un giro brusco hacia la derecha, y por un instante la voz de la anciana se perdió. Algo cayó encima del brazo de Goldie, que abrió la

boca para gritar; entonces pensó en esos niños que cargaban con sus hermanitos durante la noche, cerró la boca y siguió adelante.

Dobló la esquina a tiempo para escuchar a Olga Ciavolga murmurar:

—Por supuesto, no estoy diciendo que esté bien dar una responsabilidad tan grande a los niños. Deben poder disfrutar de su infancia. Pero también se les debe permitir forjar su coraje y su sabiduría, y aprender cuándo hay que plantar cara y cuándo es mejor huir. Después de todo, si no se les permite subir a los árboles, ¿cómo van a ser capaces de ver el vasto y maravilloso mundo que se extiende ante ellos? ¡Ajá, ya hemos llegado!

Se detuvo en seco y comenzó a hurgar en un cerrojo que había en el techo del túnel. Se oyó un grito, y entonces alguien agarró la trampa y la abrió desde el piso superior. Flemo se asomó por la trampa, con Morg posada sobre su hombro.

—¿Qué está pasando? —dijo— ¿Por qué habéis usado el túnel? ¿Qué son esos martillazos? ¿Por qué...?

Una cabeza enorme y oscura lo apartó a un lado.

—Alguien le está haciendo cosas malas al museo —retumbó la cavernosa voz del iracón—. ¿Puedo ir a matarlos?

LA ESPERA



Olga Ciavolga no les permitió acompañarla al otro lado de la Puerta Furtiva. Flemo protestó, pero Goldie se dio cuenta de que en el fondo se sentía tan aliviado como ella.

—Debéis esperar a Sinew —dijo la anciana—. Cuando regrese, decidle adónde he ido. Decidle que regresaré tan pronto como sea posible, y que traeré a Dan conmigo.

—¿Y si...? —Goldie se mordió el labio—. ¿Y si te disparan?

—Sé cómo piensan esos soldados —dijo Olga Ciavolga—. No creo que me hagan daño. Y si la Protectora actúa con rapidez para detener a los tutores sagrados, las salas de la guerra se apaciguarán y los soldados dejarán de ser tan peligrosos.

—¿Por qué no me dejas que detenga a los tutores sagrados? —protestó Broo—. No los mataría, si eso es lo que quieres. Simplemente los cogería y los mordisquearía un poco. Y cuando volviera a dejarlos en el suelo, se marcharían corriendo.

—Y entonces regresarían con armas y redes —dijo Olga Ciavolga—, para capturar al último iracán viviente. No, querido, no están al tanto de tu existencia, y así es como tiene que ser. Dejaremos que sea la Protectora quien libre esta batalla.

Acarició a Broo por detrás de la oreja, e hizo lo propio con las plumas negras de Morg. Después, sonrió a Goldie y a Flemo.

—Sois unos chicos valientes y de buen corazón —dijo—. Pero debéis aprender a pensar antes de actuar. Ocurra lo que ocurra, recordad que siempre hay una alternativa. Pensad en las consecuencias, y después haced lo que debáis hacer.

Se dio la vuelta para marcharse... y al momento se volteó de nuevo.

—Decidle a Sinew que no venga a buscarme, pase lo que pase. Lo necesitamos aquí.

Entonces, con un aleteo de sus coloridas faldas y un tintineo de monedas, se marchó.



Goldie se sentó en el segundo escalón de Monte Harry, tamborileando sobre la superficie de madera con los talones. Tres escalones más arriba, Flemo estaba jugueteando con su navaja plegable, colocándosela en la palma de la mano y haciéndola desaparecer. Broo daba vueltas por el suelo que se extendía al pie de la escalera, con pasos largos y enérgicos.

—¿Me prestas tu alambre? —dijo Goldie, después de haber estado observando a Flemo durante un rato.

Flemo se encogió de hombros y le entregó el alambre que había usado para abrir la Puerta Furtiva. Goldie sacó las tijeras y un pequeño candado del bolsillo.

Le gustaba forzar cerraduras. Olga Ciavolga se había puesto muy contenta al ver lo rápido que aprendía.

—Pero debes practicar siempre que tengas ocasión —le había dicho la anciana—. Hay muchos candados en esta ciudad y algunos me ponen a prueba incluso a mí. Algún día puede que tu vida dependa de tu habilidad para abrirlos.

Goldie introdujo uno de los filos de las tijeras en la cerradura del candado y lo giró ligeramente. Después, metió el alambre en el agujero, por encima del filo de las tijeras. Cuando presionó hacia arriba percibió los cinco pequeños resortes que componían el candado. Presionó el primero de ellos y, al cabo de unos segundos, oyó un suave chasquido.

Desplazó también el segundo resorte, y después el tercero. Pero para entonces el ambiente se estaba volviendo más sofocante, como si el museo entero fuera presa de una fiebre, y resultaba difícil concentrarse.

—Venga —dijo, al tiempo que le devolvía el alambre a Flemo y se ponía en pie con un brinco—. Vamos a ver qué está pasando.

Flemo se levantó despacio, como si hubiera estado reflexionando.

—¿Sabes lo que pienso? Que los tutores están intentando llegar a las dependencias traseras. ¿Por qué si no estarían claveteando todo el museo? Están tratando de encontrar la puerta reservada para el personal.

Goldie asintió. Aquello tenía sentido.

—Pero ¿por qué? —dijo—. ¿Qué es lo que quieren?

—No lo sé.

Broo soltó un gruñido ahogado.

—No llegarán a las dependencias TRRRRRRASERAS. No se lo permitiré. Solo con estar en las dependencias DELANTERRRRRRRAS provocan que el ambiente se vuelva nauseabundo —se le erizó la piel del lomo, de forma que parecía aún más grande de lo habitual—. ¡Y están HIRRRRIENDO al museo!

—No te preocupes, Sinew y la Protectora los detendrán —dijo Goldie, confiando en que así fuera.

Los dos niños deambularon a través de las inestables estancias, con Morg acurrucada sobre el hombro de Flemo y Broo avanzando a cierta distancia por delante de ellos. De vez en cuando el museo se estremecía, y Goldie y Flemo se detenían para cantar. Al cabo de no mucho tiempo se les resintió tanto la garganta como los ánimos.

El único que no parecía afectado por la espera era Broo. Sus fosas nasales se estremecían, y emitía unos gruñidos guturales, pero al mismo tiempo tenía un aspecto tranquilo, como si fuera un muelle enrollado que espera y espera hasta que llega el momento de entrar en acción. Y que los Siete Dioses amparasen a quienquiera que se cruzara entonces en su camino.

—Broo —dijo Goldie, que ya había perdido la paciencia y quería pensar en otra cosa—, ¿cómo decides cuándo ser grande y cuándo ser pequeño?

Broo ladeó la cabeza.

—No lo decido, del mismo modo que los humanos no decidís cuándo estar alegres y cuándo estar enfadados. Lo grande y lo pequeño deciden por mí. A veces resulta una sorpresa, incluso para mí.

—¿Qué tamaño te gusta más? —dijo Goldie.

El iracán pareció pensativo.

—Resulta agradable perseguir ratones y hacer como si no hubiera mayores peligros en el mundo. Pero también resulta agradable abalanzarse sobre un enemigo y roerle los huesos... ¿Tengo que elegir? No creo que pudiera.

Goldie iba a preguntarle más cosas, pero en ese momento el museo se estremeció de nuevo. Para cuando lo apaciguaron con sus cánticos, con la voz cada vez más afónica, se había olvidado de la pregunta.

Estaban pasando frente a uno de los barcos encallados en Tom el Rudo cuando Broo levantó las orejas. Un segundo más tarde, Goldie oyó un sonido en la distancia. Era el claxon de un carruaje, que aullaba como un niño perdido.

—¡Es el Tiburón! —dijo Flemo—. ¿Crees que Herro Dan habrá vuelto?

Broo negó con la cabeza.

—Yo no aullaría con tanta lástima si un amigo acabara de regresar del otro lado de la Puerta Furtiva.

—Pero tú no eres el Tiburón —dijo Flemo—. Puede que Herro Dan haya vuelto. ¡Y Olga Ciavolga también! Vamos a echar un vistazo.

Goldie no se movió.

—Olga Ciavolga nos dijo que esperásemos a Sinew.

—Sí, pero no dijo dónde.

—No se refería a que tuviera que perseguirnos por todo el lugar.

—¿De qué estás hablando? ¡Ya hemos estado por todo el lugar! Sinew nos encontrará dondequiera que estemos.

Goldie sabía que Flemo tenía razón. Pero el calor y la inquietud le habían apagado los ánimos, y de repente se sintió incapaz de dar un solo paso más.

—Pues yo no voy.

—¡Pues yo sí!

—No deberías. Creo que deberíamos permanecer juntos.

Flemo la miró con el ceño fruncido.

—¿Y a quién le importa lo que pienses?

—No discutáis —dijo Broo—. Si tanto te preocupa, iré yo —y se marchó dando zancadas.

Ahora que no estaba el iracán, la espera se hizo aún más dura. Los dos niños se apoyaron sobre el casco del barco, evitando que sus miradas se

cruzarán. Goldie sentía que tenía todos los nervios del cuerpo tan tensos que estaban a punto de romperse.

—Espero que Olga Ciavolga esté bien —dijo.

Flemo soltó un bufido, irritado.

—Por supuesto que estará bien. ¡No seas idiota!

—¿A quién llamas idiota?

—No veo a nadie más por aquí, así que debe de ser a ti.

Goldie se apartó del barco y fulminó a Flemo con la mirada.

—¡Tú sí que eres idiota!

—¡No lo soy!

—¡Sí lo eres!

—Si no hubieras venido aquí —dijo Flemo—, nada de esto habría ocurrido.

—¡Esto no tiene nada que ver conmigo! ¡Si aún no te has dado cuenta de eso, es que eres más tonto de lo que pensaba!

—Debería azuzarte a Morg. Seguro que le apetecen un par de ojos jugosos. Plop. Plop.

—Venga, hombre, ¿te crees que me da miedo Morg? Ven, Morgy, ven aquí y póstrate sobre mi hombro. ¡Yo soy mucho más simpática que él!

—No le gustas. Solo le gustarías si estuvieras muerta, ¿no es así, Mor...?

Flemo se interrumpió, mientras su rostro se iba poniendo lívido. A lo lejos, en las profundidades del museo, Goldie oyó una especie de gemido, como si se estuviera levantando una ventolera.

—¡Aaaaah!

Morg levantó el vuelo desde el hombro de Flemo. Casi al mismo tiempo, el viento los golpeó. No era uno de los Grandes Vientos, pero tenía la fuerza suficiente como para lanzar al ave carnicera por los aires y arrastrarla como si fuera un puñado de harapos de color negro.

Goldie se acercó tambaleándose hasta Flemo y los dos se agarraron con fuerza, tratando de mantenerse en pie. El viento aullaba en sus oídos como una advertencia..., y entonces se disipó.

En mitad del repentino silencio, los dos niños se quedaron mirándose horrorizados, olvidada ya su disputa. Ambos sabían lo que había intentado contarles el viento.

Le había ocurrido algo a Olga Ciavolga.

INSURRECCIÓN



Goldie apenas había tenido tiempo de recomponerse cuando Sinew llegó corriendo hacia ellos. Estaba pálido.

—He sentido el viento —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué están haciendo esos necios en las dependencias delanteras? ¿Dónde está Olga Ciavolga?

—Ha cruzado la Puerta Furtiva —dijo Flemo.

—¡No! —exclamó Sinew. Entonces se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Espera! —gritó Goldie—. Olga Ciavolga dijo que no debías...

Pero Sinew ya había desaparecido.

Los niños salieron detrás de él. Cruzaron las largas salas a todo correr, mientras Morg batía sus pesadas alas por encima de ellos. Cruzaron la sala de la Alimaña, cruzaron la de los Huesos Rotos. Subieron por Monte Harry y después volvieron a bajar. Cruzaron la sala de las Noches Oscuras, la de los Niños Perdidos y la del Corazón de Piedra.

En varias ocasiones atisbaron a Sinew por delante de ellos. Una de las salas se movió cuando estaban a punto de alcanzarlo, y Goldie y Flemo se encontraron en La Milla de la Dama. Al otro lado del vestíbulo, fuera de su alcance, Sinew estaba corriendo a través de una vieja galería hecha de madera que Goldie no había visto antes.

—¡Sinew! —gritó Flemo—. ¡Detente!

Pero Sinew ni siquiera giró la cabeza.

Cuando los niños llegaron al fin, jadeantes, a la Puerta Furtiva, Sinew ya estaba allí. Llevaba el arpa colgada del hombro y estaba arrastrando la puerta para abrirla, centímetro a centímetro. Al otro lado de ella, la maleza se estremeció, como si se avecinara una tormenta. El ambiente estaba marcado por el olor de la pólvora.

—¡Sinew! —gritó Goldie—. ¡Olga Ciavolga dijo que no debías salir en su busca!

Pero en ese momento Morg estaba batiendo sus alas sobre sus cabezas y las cuerdas del arpa de Sinew estaban emitiendo un gemido, y Sinew tenía el rostro tan oscuro como la inminente tormenta. Goldie ni siquiera sabía si Sinew la habría oído.

Los niños se lanzaron contra la puerta y trataron de mantenerla cerrada. Pero Sinew era demasiado fuerte para ellos. Poco a poco, se vieron forzados a retroceder.

De repente, Flemo dejó de empujar y se deslizó a través de la creciente apertura. Desde el otro lado de la Puerta Furtiva, miró a Sinew con dureza.

—¡Si tú vas, yo también voy!

Sinew se quedó inmóvil. Negó con la cabeza, como alguien que estuviera intentando despertar de una pesadilla.

—No seas ridículo, Flemo. Es demasiado peligroso. Además, te necesitamos aquí.

—¡Y a ti también! —dijo Goldie—. ¡Olga Ciavolga dijo que no debías salir en su busca!

El arpa soltó un tañido furioso.

—No pienso dejarla allí. Ella me salvó la vida una vez.

—Entonces deberías hacer caso de lo que te dice —dijo una voz grave— y no salir en desbandada como un cachorrillo desconsiderado.

Era Broo, erguido ante la entrada del otro lado. Goldie nunca lo había visto con un aspecto tan amenazador.

Sinew se ruborizó y abrió la boca para replicar. Después, bajó la mirada hacia sus manos, y la ira pareció disiparse fuera de su cuerpo. Flemo volvió a introducirse por la apertura. En silencio, los tres apoyaron la espalda contra la puerta y la empujaron hasta cerrarla. Sinew se sacó una llave del bolsillo y la giró dentro del candado.

Ninguno parecía saber qué hacer a continuación. Sinew se quedó apoyado sobre la Puerta Furtiva, con el arpa en silencio, los brazos colgando desgarbados a ambos lados del cuerpo. Flemo le pegó una patada a la pared, presa de la ira y el desconcierto.

—Sinew, ¿qué te dijo la Protectora? —preguntó Goldie.

Sinew se quedó inexpresivo durante unos instantes, como si hubiera olvidado de dónde acababa de regresar.

—Ah —dijo—. Va a mandar llamar al Adalid inmediatamente para ordenarle que detenga a los tutores sagrados. Le dije que era urgente.

Se descolgó el arpa del hombro y comenzó a pasearse por el lugar, mientras toqueteaba sus cuerdas.

—Por supuesto, no estaba al tanto de esta última locura de los tablones y los martillos —negó con la cabeza—. Por todos los cerdos silbadores, la situación ya no es urgente, ¡es desesperada! ¿En qué están pensando? ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Han perdido el juicio? ¿Son unos salvajes? ¿Tienen alguna idea de en dónde se están metiendo?

Las notas que arrancó de su arpa resonaron por el aire. La hierba, al otro lado de la Puerta Furtiva, se agitó. El olor a pólvora se intensificó.

—Sinew —dijo Broo con su cavernosa voz—. Estás empeorando las cosas.

Sinew levantó de golpe la cabeza. Escuchó las notas que se desvanecían y se puso pálido. Se apresuró a colocar una mano sobre las cuerdas del arpa para enmudecerlas. Después, dobló sus largas piernas, se deslizó hasta el suelo y se recostó con los hombros apoyados sobre la pared.

Y entonces comenzó a tocar el canto primigenio.

A Goldie le pareció que las notas del arpa flotaban por la sala como los rayos del sol. Poco a poco, la hierba que había al otro lado de la Puerta Furtiva se fue apaciguando. El ambiente se despejó un poco. La sensación de peligro persistía, pero ya no era tan inminente.

—El museo sigue escuchándonos —murmuró Sinew—. Al menos podemos dar gracias por eso.

Flemo resopló.

—Nos escucha de momento. Pero ¿qué ocurrirá si la Protectora no consigue detener a los tutores sagrados?

—Lo conseguirá —dijo Sinew—. Debe hacerlo.

—Pero ¿qué pasa si no es así? —dijo Goldie.

Sinew se mordió el labio.

—Imagínate una tetera que está a punto de entrar en ebullición. Si mantienes apretada la tapa y no dejas que salga el vapor, la presión irá creciendo cada vez más. Hasta que la tetera termine por explotar.

—¿Quieres decir que el museo estallará por los aires?

—No exactamente. Pero si la presión se vuelve demasiado fuerte, todo lo que hay al otro lado de la Puerta Furtiva irrumpirá en la ciudad. Guerra. Hambrunas. Enfermedades. Todos los males ancestrales. No hay nada a este lado que pueda enfrentarse a ellos. Miles de personas morirán. La ciudad caerá.

Goldie sintió como si una mano helada le hubiera tocado la nuca. Pensó en mamá y papá, y en la Casa del Remordimiento, con los soldados del otro lado de la Puerta Furtiva marchando hacia ellos. Se estremeció.

—El museo nunca debería haberse llenado de tantas cosas peligrosas e indómitas —dijo Sinew—. Pero los ciudadanos de Alhaja son como la tutora Ilusa con sus tablones y sus martillos. Trataron de apuntalar la vida. Querían ser felices y sentirse seguros todo el tiempo. El problema es que el mundo no funciona así. No puede haber montañas altas sin valles profundos. No puedes sentir una felicidad intensa sin una tristeza enorme. El mundo nunca se está quieto. Se mueve de una etapa a otra, adelante y atrás, como una mariposa que abre y cierra sus alas.

Mientras hablaba, la música pareció retorcerse y enroscarse en torno a sus palabras, de forma que Goldie no estuvo totalmente segura de quién estaba hablando, si el hombre o el arpa.

—Hace muchos años —dijo Sinew—, Olga Ciavolga, Herro Dan y yo nos hicimos una promesa. Que algún día devolveríamos parte de esas cosas indómitas a la ciudad. No mucho. Nada de guerras, ni hambrunas, ni enfermedades. Solo algunos descampados y perros y gatos y aves. Y lugares secretos donde pudieran esconderse los niños cuando quisieran escapar de la mirada de los adultos.

Broo soltó un gruñido a modo de aprobación. Morg emitió un chasquido con el pico. Sinew apartó las manos de las cuerdas del arpa, y la música se prolongó por su cuenta durante unos pocos compases, enroscándose alrededor de Goldie como si fuera una ensoñación.

—Y lo haremos —dijo Sinew—. Algún día.

—Si sobrevivimos —murmuró Flemo con tono sombrío—. Si sobrevive la ciudad.



El Adalid tardó mucho tiempo en responder a la citación de la Protectora. Tanto que resultaba ofensivo. Cuando llegó al fin, entró por la puerta dando zancadas, se sentó y puso los pies encima del escritorio.

La Protectora enrojeció por la ira. Le entraron ganas de echarlo de su despacho de inmediato. Pero las noticias que le había traído Sinew eran graves, así que se prometió que pasaría por alto el comportamiento de su hermano por el momento. Primero, debía asegurarse de detener a los tutores sagrados. Después, podría encargarse de él.

—Me parece que ya te dije —le dijo con frialdad— que no iba a haber ningún tutor residente en el Museo de Coz.

El Adalid esbozó una sonrisa burlona.

—Y he seguido tus instrucciones al pie de la letra, querida hermana.

—¡Hay tutores allí en este momento! —replicó la Protectora—. ¡Y están provocando problemas inconmensurables!

—Pero llegan por la mañana y se marchan por la noche. No se puede decir que sean *residentes*.

La Protectora pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No me vengas con jueguecitos de palabras, hermano! Quiero a tu gente fuera del museo inmediatamente.

El Adalid se recostó en su asiento y bostezó.

—No —respondió.

—No ha sido una petición. Ha sido una orden. Hay fuerzas en el museo con las que no se debe jugar. ¡Vas a sacar de allí a tus tutores ya!

—No —repitió el Adalid.

La Protectora sintió un hormigueo en la coronilla, y por primera vez en años se encontró recordando su séptimo cumpleaños. Su padre, un hojalatero de gran talento, le había construido un perro mecánico. Cuando la Protectora le dio cuerda con una llave diminuta, el perro comenzó a pasearse a su alrededor, emitiendo zumbidos y meneando la cola.

Aquel perro la había fascinado desde el mismo momento en que lo vio. Y lo mismo ocurrió con su hermano, al que le gustaba incluso más porque era de su hermana. De hecho, le gustaba aún más porque era de su hermana.

El Adalid solo tenía cinco años en aquel entonces, pero para cuando cayó la noche se las había ingeniado para convencer a su padre de que el perro era en realidad para él. Tras una incómoda disculpa con su hija, su padre se lo entregó a él. Al cabo de un día el perro estaba roto, y aquella llavecita tan ingeniosa perdida para siempre.

La Protectora sintió un escalofrío. Se puso en pie, consciente de que debía hacer algo que ningún Protector había hecho nunca antes. Y, por el bien de la ciudad, debía hacerlo cuanto antes.

—¡Guardia! —gritó.

La puerta se abrió y el teniente mariscal de la milicia entró con paso marcial en la habitación. Tenía la espalda erguida. Los ojos en sombras bajo la visera de su gorra.

La Protectora señaló a su hermano con un gesto de la cabeza.

—Arréstelo.

El teniente mariscal se quedó inmóvil.

—¿Está sordo? —dijo la Protectora—. ¡Arréstelo!

El teniente mariscal permaneció inmóvil. A la Protectora le pareció que estaba alternando la mirada entre su hermano y ella. Sintió un aguijonazo de pánico.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo, tratando de mantener la calma.

Lentamente, su hermano se puso en pie. Dejó escapar un suspiro, como si lamentara lo que estaba a punto de hacer. Le puso una mano en el hombro a la Protectora.

—Desde hace un tiempo parece cansada, excelencia —murmuró—. Los Siete Dioses piensan que ha llegado el momento de que se tome un buen descanso...

DESCONOCIDOS EN LAS DEPENDENCIAS TRASERAS



Goldie estaba dormida cuando ocurrió. La música del arpa la había apaciguado tanto y se sentía tan cansada que, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, se acurrucó al lado de Sinew, cerró los ojos y se dejó envolver por el sueño.

Se encontraba en el Gran Auditorio de Alhaja y el cielo estaba repleto de aves mecánicas, cada una de ellas de un color tan azul como el lejano horizonte. Pero en lugar de piar con dulzura, tal y como se suponía que debían hacer, graznaban: «¡La peeeeeeste! ¡La peeeeeeste!». Entonces cayeron del firmamento y yacieron rotos sobre el suelo.

Goldie se agachó y recogió uno de ellos. Le brillaban los ojos a causa de la fiebre. «Hay extraños en las dependencias traseras», gruñó.

La niña se vio envuelta entre aquellos gruñidos, y de repente sintió que alguien la zarandeaba para despertarla.

—¡Goldie! ¡Goldie!

Goldie se incorporó rápidamente. Flemo estaba agachado a su lado. Por encima de él asomaba Broo, grande como un oso y negro como la noche. Era él quien emitía los gruñidos.

—¡HAY EXTRRRRRAÑOS EN LAS DEPENDENCIAS TRRRRRRASERAS! — repitió, con una voz que retumbó como un volcán a punto de entrar en erupción.

Sinew ya estaba en pie con el arpa colgado a la espalda.

—Deben de ser los tutores sagrados. ¡Rápido! Tenemos que...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, se oyó un enorme chirrido y el gemido de unos goznes, y la Puerta Furtiva se abrió de golpe.

Goldie, Sinew y Flemo se lanzaron contra ella. Pero aunque no había nadie al otro lado, no consiguieron volver a cerrarla. La puerta parecía empujar contra ellos, como un animal que ha saboreado la libertad y se niega a regresar a su jaula. Fue solo cuando Broo añadió su enorme peso al de los demás cuando la puerta regresó a su sitio con un chirrido.

Sinew se sacó la llave del bolsillo y la hizo girar dentro de la cerradura.

—He hecho esto antes —murmuró—. Sé que lo he hecho. ¿Cómo es posible...?

—¿Cómo es posible que se haya abierto sola? —susurró Goldie.

Al otro lado de la Puerta Furtiva, la maleza se revolvía y alborotaba. Sinew negó con la cabeza, exasperado.

—¡La Protectora debería haber actuado ya! ¡Le expliqué lo importante que era!

—No podemos seguir esperándola —gruñó Broo.

—No —dijo Sinew—. Debemos detener a los intrusos por nuestra cuenta.

Volvieron corriendo por las polvorientas salas aún más deprisa que cuando habían venido. Morg volaba en cabeza, graznando:

—¡Deteneeeeeedlos! ¡Deteneeeeeedlos! —su voz sonaba como si alguien estuviera arañando unos huesos resacos.

Broo iba en segundo lugar, apenas a unos segundos de distancia del ave carnícora. Podía correr mucho más deprisa que los demás, pero Sinew le gritó:

—¡Broo! ¡Espera!

El iracón redujo el paso lo suficiente como para que lo alcanzaran.

—Quiero que os mantengáis a resguardo —dijo Sinew, jadeante—. Todos. Yo me encargaré de esto.

—¡No! —dijo Goldie.

—¡Iremos todos! —dijo Flemo.

—Los niños tienen RRRAZÓN, Sinew —gruñó Broo—. Los tutores juegan con la vida de todos los habitantes de la ciudad. Los aplastaré como a RRRRATAS. No se merecen otra cosa.

Sinew negó con la cabeza.

—No deben ver a Flemo ni a Goldie. Y preferiría que no supieran que hay un iracón en el museo.

Discutieron con él mientras corrían, pero Sinew se mantuvo en sus trece. Y así, antes de que llegaran a la puerta reservada para el personal, Goldie y Flemo se ocultaron detrás de un expositor. Se

llevaron a Morg y a Broo con ellos, aunque el iracán se estremeció y gruñó en su afán por defender las dependencias traseras de los desconocidos.

Sinew siguió avanzando con grandes zancadas, al tiempo que se descolgaba el arpa. Goldie se asomó por un lateral del expositor. Lo que vio le hizo soltar un gemido de consternación.

A su lado, Flemo murmuró:

—Voy a matarlos.

La puerta reservada para el personal estaba medio colgando de sus goznes. Tenía el marco revestido de tablones, que habían sido clavados para impedir que se moviera. La tutora Ilusa, el tutor Confort y sus jóvenes ayudantes se estaban abriendo paso a la fuerza a través de ella.

Sinew fue corriendo hacia ellos.

—¡Deteneos! —gritó—. ¡No sigáis adelante!

Al mismo tiempo, tocó unas cuantas notas con su arpa. Aquella combinación de sonidos pareció desconcertar a los tutores sagrados, que hicieron un alto en su tarea.

En medio de aquel repentino silencio, Sinew habló (y tocó) de nuevo.

—Hay cosas en este museo —dijo— que son más horribles de lo que podáis imaginar. Si seguís adelante, moriréis todos. Y también morirán vuestros hermanos y hermanas, vuestras madres, vuestros padres y vuestros hijos.

Los tutores más jóvenes se quedaron mirándolo, boquiabiertos. También la tutora Ilusa y el tutor Confort, aunque solo por un instante. Entonces la tutora Ilusa torció el gesto en una mueca desdeñosa.

—¡Mentiras! —exclamó—. Solo está intentando proteger sus secretillos.

—¡Está intentando protegeros! —susurró Goldie—. ¡Está intentando protegernos a todos!

—Voy a matarlos —murmuró de nuevo Flemo.

—¡Actuamos en nombre de los Siete! —gritó el tutor Confort— ¡No nos detendrán estas patéticas amenazas!

—¡Por supuesto que no! —intervino la tutora Ilusa—. ¡Avanzad!

Los tutores jóvenes se miraron entre ellos, desconcertados. Ninguno se movió.

Sinew extrajo con los dedos una nota de las cuerdas de su arpa.

—Es cierto que hay secretos aquí. Pero no os proporcionarán riqueza, ni fama, ni gloria, si eso es lo que os han contado. Solo traerán la muerte, sobre vosotros y todos vuestros seres queridos.

—¡Bobadas! —chilló la tutora Ilusa—. ¡Herejías! ¡No le hagáis caso!

—Marchaos —dijo Sinew—. Marchaos y estaréis a salvo.

—Marchaos —susurró Goldie.

—¡No! —la tutora Ilusa tenía el rostro amoratado por la ira—. ¡Avanzad de una vez! ¡Os lo ordeno! ¡Aquellos que no avancen sufrirán la temible reprimenda de los Siete!

Los tutores jóvenes comenzaron a cuchichear entre ellos. Incluso el tutor Confort parecía inquieto.

—¡Silencio! —gritó la tutora Ilusa.

Los cuchicheos se intensificaron. Los tutores se revolvían incómodos en el sitio. Dirigían la mirada a Sinew; después, a la tutora Ilusa, y luego otra vez hacia Sinew.

—Está funcionando —susurró Goldie. Se dio la vuelta hacia Broo y Flemo—. ¡Están creyendo sus palabras!

Tenía razón. Uno por uno, los tutores jóvenes dejaron en el suelo los martillos y los clavos. Dieron la espalda a la tutora Ilusa y al tutor Confort. Comenzaron a retroceder...

—¡Quietos ahí! —exclamó alguien con una voz grave.

Goldie levantó la cabeza de golpe, sobresaltada. Vio que los tutores jóvenes se echaban a un lado, dejando un camino abierto.

El Adalid se abrió paso a través de él con largas zancadas.

Avanzó hacia la puerta reservada para el personal con el ímpetu de una tormenta de verano. Llevaba una espada en la mano, y golpeó las vitrinas a su paso, como si no tuviera miedo de nada.

Iba seguido por una fila de gacetilleros, cargados con cuadernos y plumas. Cuando vieron el polvo y las telarañas que se extendían al otro lado de la puerta, pusieron cara de consternación y comenzaron a cuchichear entre ellos.

El Adalid no pareció dar importancia a la acumulación de polvo. Se detuvo ante la puerta, con un gesto de gravedad en su atractivo rostro.

—Es mi doloroso deber informarles —dijo a viva voz— que su excelencia la Protectora se encuentra indispuesta.

Un gemido ahogado se extendió entre los presentes. Los gacetilleros desenroscaron las tapas de sus tinteros portátiles y comenzaron a tomar notas en sus cuadernos. Al otro lado de los expositores, Goldie vio que Sinew se había puesto pálido.

—Seguro que hablo en nombre de toda la ciudad —prosiguió el Adalid— cuando digo que espero que se mejore pronto. Que los Siete la amparen entre sus gloriosas manos.

Goldie batió los dedos con tanta fuerza que se hizo daño. Por detrás de ella, Flemo estaba haciendo lo mismo. Uno de los gacetilleros preguntó:

—Señoría, ¿puede decirnos qué le ocurre a la Protectora?

—En estos momentos la está atendiendo mi galeno —dijo—. No tardará en mandarme su informe. Deberíamos tener una respuesta a tiempo para las gacetas de mañana.

Otro gacetillero alzó la mano.

—Señor, ¿quién rige ahora la ciudad?

—Su excelencia me ha concedido ese honor —dijo el Adalid—. Y en el poco tiempo que llevo al mando...

El resto de sus palabras quedaron ahogadas por un rugido de aprobación por parte de los tutores.

Goldie se quedó mirando el atractivo y embustero rostro del Adalid.

¿Qué le habrá hecho a la Protectora? , le preguntó a Flemo con gestos.

¡Presta atención! , le respondió Flemo por señas.

El Adalid siguió hablando.

—En el poco tiempo que llevo al mando —prosiguió—, he descubierto una horrible conspiración. Los canallas que hicieron estallar una bomba en mi oficina, aquellos que con crueldad apagaron la vida de una niña, pertenecían a nuestro círculo más cercano.

Apuntó con su espada hacia los altos techos y las telarañas.

—Como pueden ver, este edificio contiene insectos venenosos. Sospecho que también contiene alguna enfermedad.

Los gacetilleros se estremecieron.

—Pero aún hay algo peor —dijo el Adalid—, algo que desafía toda comprensión. Y aquí tengo las pruebas —se sacó un librito azul del bolsillo y lo ondeó en alto—. Este museo alberga un ejército secreto... ¡un ejército que planea tomar la ciudad!

Esta vez los gritos estuvieron a punto de ensordecer a Goldie. Los gacetilleros y los tutores jóvenes se lanzaron hacia el Adalid, formulando preguntas entre gritos. Incluso la tutora Ilusa y el tutor Confort parecieron sobresaltados.

Solo Sinew y el Adalid mantuvieron la calma. Sinew rasgó su arpa. El sonido atravesó el griterío como si fuera un cuchillo.

—¡Escuchadme! —exclamó Sinew—. El museo no tiene nada que ver con la explosión...

—¿Acaso no es cierto —interrumpió el Adalid— que hay un lugar entre estos muros conocido como la Puerta Furtiva?

—Sí —dijo Sinew—. Pero...

—¿Y acaso no es cierto también que al otro lado de la Puerta Furtiva hay un ejército de asesinos despiadados?

—Bueno, sí. Pero...

—¡Ya lo habéis oído! —exclamó el Adalid—. ¡Sus propias palabras lo han condenado!

—¡No interrumpas! ¡Deja que se explique! —susurró Goldie.

—Está cometiendo un terrible error —dijo Sinew—. ¡Hable con la Protectora! Ella le dirá que...

—¡Ajá! —exclamó el Adalid—. ¡Fue la propia Protectora quien insistió en que me encargara de este temible peligro! «¡Usted es el único que puede salvarnos, Adalid!», me dijo. «¡Debe actuar con premura antes de que nos destruyan a todos!».

—¡La Protectora jamás diría algo así! —exclamó Sinew.

El Adalid lo ignoró. Alzó su espada.

—¡Guardias! —gritó. Se oyó una estampida de pasos y un escuadrón de la milicia se abrió paso entre la multitud. El Adalid apuntó a Sinew con la espada—. ¡Arresten a este hombre!

Los milicianos amartillaron sus rifles. Miraban a Sinew con cautela, como si fuera uno de esos asesinos despiadados. Comenzaron a caminar hacia él.

«¡No!», pensó Goldie.

—¡No! —dijo Flemo.

—¡NNNNNOOOOOOOOOOOOOOOO!

Aquel repentino rugido, emitido junto al oído de Goldie, estuvo a punto de dejarla sorda.

—¡Broo, detente! —exclamó Goldie, pero era demasiado tarde.

El iracón había brincado por encima de su cabeza y se había lanzado contra los milicianos, rugiendo con furia. Abrió sus fauces, con los pelos del cuello erizados como estacas. Morg aleteaba sobre su cabeza, como un heraldo negro de la muerte.

Cuando vieron aquellas horribles criaturas cerniéndose sobre ellos, la mayoría de los milicianos se quedaron quietos como estatuas. Solo el teniente mariscal pareció conservar su sangre fría. Le temblaba la mano, pero consiguió levantar el rifle. Goldie vio cómo tensaba el dedo sobre el gatillo.

—¡No! —gritó Sinew, que se lanzó sobre el teniente mariscal. El rifle disparó. La bala pasó junto a la oreja de Broo sin causarle ningún daño.

El sonido del disparo hizo reaccionar a los demás milicianos, que alzaron sus armas. Pero antes de que pudieran apuntar, Broo ya estaba sobre ellos, lanzando dentelladas con sus inmensas fauces.

Aplastó a los milicianos como si fueran briznas de hierba. Gritaron y se cayeron unos encima de otros mientras intentaban escapar. Pero Morg los estaba esperando, con su pico afilado, sus afiladas garras y la sombra de sus alas proyectándose sobre ellos como una mortaja.

—¡Broo! ¡Morg! ¡No les hagáis daño! —gritó Sinew. Goldie apenas podía oír su voz entre el caos.

Y entonces, de repente, Goldie oyó un nuevo disparo. Provocó un eco extraño, que ahogó todos los gritos y alaridos. El tiempo se ralentizó. La bala pareció flotar por el aire durante muchos segundos antes de alcanzar su blanco.

Sin pensar, Goldie se levantó y salió de detrás de los expositores rotos. Podía ver al Adalid. Estaba completamente inmóvil, en mitad de todo aquel tumulto. Tenía la espada envainada y sostenía un rifle de la milicia presionado contra el hombro. Estaba sonriente.

Goldie echó a correr. Flemo iba corriendo a su lado, pero el ambiente se había vuelto tan denso que no pudieron avanzar con la suficiente rapidez.

Goldie sintió que se le formaba en el pecho un alarido de desesperación. Vio que Sinew tenía la boca abierta en mitad de un grito de horror. Vio que Morg alzaba el vuelo frenéticamente hacia las vigas, dejando a su paso una docena de plumas que revoloteaban por el aire como copos de nieve negra.

Vio que Broo ponía una mueca de dolor... y flaqueaba. Vio cómo lanzaba una última dentellada desesperada hacia el miliciano más cercano.

Entonces lo vio caer.

FUGITIVOS



Goldie se arrodilló en el suelo junto al enorme cuerpo del iracán. Flemo y Sinew se agacharon a su lado. A su alrededor, la gente profería gritos de asombro y de alivio. Los tutores sagrados y los gacetilleros palmearon al Adalid en la espalda. Los milicianos se apresuraron a recuperar sus rifles y su dignidad.

Goldie apenas se fijó en ellos. Las lágrimas fluían por su rostro y se mezclaban con la sangre que se acumulaba en torno a la cabeza del iracán. Acarició la oreja de Broo con una mano temblorosa. Sentía un vacío en el pecho, como si le hubieran arrancado de su interior algo grande e importante. El eco del disparo seguía resonando por todo su ser.

—Solo estaba intentando protegernos —susurró Flemo. Levantó la cabeza para mirar a Sinew, las lágrimas formaban un torrente sobre sus mejillas—. ¿Por qué han tenido que dispararle?

Sinew negó con la cabeza, impotente. Levantó una de las enormes pezuñas y la sostuvo entre sus manos. En el suelo, a su lado, su arpa emitió un sollozo.

Goldie apoyó la mano sobre el cuello de Broo. Ahora le asombraba pensar que había tenido miedo de él cuando lo conoció. Flemo tenía razón. Lo único que siempre había querido era protegerlos.

Una de las personas que estaba de pie, cerca de Goldie, dijo:

—¡Señoría! ¡Mire! ¡Hay niños aquí! ¡Y no están encadenados!

Al principio, Goldie no comprendió de qué estaba hablando. Pero cuando levantó la mirada, había un círculo de rostros que la observaban con gesto de asombro, a ella y a Flemo. El Adalid estaba negando con la cabeza, lamentándose.

—Damas y caballeros —dijo—, esto es lo que pasa cuando no se protege a los niños como es debido. Miren los arañazos que tienen en los brazos y en las piernas. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Cómo es posible que estuvieran aquí, sin cadenas ni vigilancia? —hizo una pausa—. Yo se lo

diré. Esta de aquí —señaló con un dedo inmaculado a Goldie—, ¡esta es la niña que se escapó del Gran Auditorio el día de la explosión!

Un murmullo de asombro se extendió entre los expectantes gacetilleros. Se pusieron a escribir como locos en sus cuadernos. Goldie se quedó mirando sus propias manos. ¿Qué importaba que se hubiera escapado? ¿Qué importaba todo lo demás? ¿Es que no entendían que Broo estaba muerto?

—¡Tutora Ilusa! —exclamó el Adalid—. ¿Está aquí?

Dándose aires de grandeza, la tutora Ilusa se abrió camino entre el círculo de gente, seguida de cerca por otro tutor, un hombre bajo, fornido y con el rostro colorado al que Goldie nunca había visto antes.

—¡Ay, no! —gimió Flemo.

—Tutor Virtud —dijo el Adalid al tipo fornido—. ¿Es este el muchacho?

—Así es, su señoría —dijo el tutor Virtud, que miraba con avidez a Flemo—. También es un fugitivo, su nombre es Precavido Hahn. Sus padres están cumpliendo condena en la Casa del Remordimiento.

«¿Precavido?». Goldie se quedó mirando a Flemo, patidifusa. El muchacho tenía la mirada clavada en el suelo, con una expresión de abatimiento y enfado en el rostro.

—¡Santo cielo! —dijo el tutor Virtud, y la nuez de su cuello se agitó con entusiasmo—. ¡Cuesta mirar al muchacho en este estado! ¡Está hecho un desastre! Está infectado con la fiebre púrpura, no hay duda, y solo el Gran Fetiche sabe con qué más. ¡Es un riesgo para sí mismo y para todos los que lo rodean!

Flemo levantó de golpe la cabeza.

—¡El riesgo no lo suponemos nosotros! —lanzó una mirada furiosa al tutor Virtud y al Adalid—. ¡Sois vosotros! ¡Vosotros sois unos asesinos! ¡Y si no dejáis en paz al museo, habrá cosas peores en Alhaja que la fiebre púrpura!

El Adalid no pareció escucharle.

—Aquí tenemos a estos dos niños —dijo a viva voz—. Ambos criminales. Ambos, obviamente, afectados de un trastorno mental...

—¡No estamos trastornados! —exclamó Goldie—. Estamos intentando advertirles de que...

En ese momento, bajo su mano, algo se movió. Goldie apartó la mano sobresaltada. Broo levantó ligeramente la cabeza del suelo... y después volvió a dejarla caer.

A Goldie le pegó un vuelco el corazón.

—¡Está vivo! —susurró. Al menos, su intención era susurrar, pero a causa de su entusiasmo lo dijo a voz en grito—. ¡Sinew! ¡Flemo! ¡Está vivo!

Siguió un instante de silencio horrorizado... y entonces la estancia se convirtió en un alboroto. Los gacetilleros y los tutores sagrados se pisaron unos a otros en su intento por huir. Los milicianos se dieron instrucciones a voces.

—¡La bestia está viva!

—¡Acabad con ella, deprisa! ¡No corráis ningún riesgo!

—¡Metedle una bala en la cabeza!

Flemo se lanzó sobre el cuerpo de Broo.

—¡Dejadlo en paz! —gritó—. ¡Si le tocáis un pelo os mataré!

—Que alguien aparte de en medio a ese niño —bramó el teniente mariscal.

Flemo se resistió y forcejeó, pero los milicianos lo cogieron en volandas como si fuera un bebé. También cogieron a Goldie y la alejaron del cuerpo del iracán.

No les resultó tan sencillo mover a Sinew, que se había colocado a horcajadas frente a Broo.

—¡Este es el último iracán vivo! —exclamó—. Si lo matáis, desencadenaréis unas fuerzas terribles. Condenaréis a muerte a la ciudad y a todos los que habitan en ella.

El Adalid echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿El último iracán vivo? En ese caso no nos limitaremos a matarlo, ¡lo mandaremos disecar y lo expondremos en el Gran Auditorio!

Goldie sintió una intensa oleada de furia en su interior.

—¡Te odio! —le espetó, apretando los dientes—. ¡Te odio!

El Adalid se rio de nuevo. Los milicianos empuñaron sus rifles y apuntaron a Broo. Goldie cerró los ojos con fuerza, incapaz de seguir mirando.

Pero antes de que los milicianos pudieran disparar, el aire se estremeció. Los tablones del suelo se sacudieron. Goldie abrió los ojos. Los faroles de acuagás titilaban como locos, y por un instante Goldie pensó que iban a apagarse todos de golpe. Pero lenta, muy lentamente, comenzaron a recuperar su resplandor.

«¡Bien!», pensó Goldie. «¡Nadie podría pasar por alto un movimiento como ese!».

Tenía razón. Los milicianos se miraban entre sí, desconcertados. Los gacetilleros y los tutores sagrados comenzaron a murmurar con nerviosismo.

—Señoría —dijo Sinew, con una expresión sombría—, tiene que detener esto ahora. Deben abandonar el museo y permitirme cuidar del iracán, o todos pereceremos.

Por un instante, Goldie pensó que el Adalid iba a hacerle caso. Pero entonces sonrió y se dio la vuelta hacia los gacetilleros.

—Ha sido un ligero temblor de tierra, nada más. No olviden decirles a sus lectores que no hay nada de qué preocuparse.

Después, se dio la vuelta hacia los milicianos.

—En cuanto al iracán, quizá nos resulte más útil vivo, al menos por el momento. Amarradlo antes de que recupere la consciencia y dejadlo atado al enrejado que hay ante mi vieja oficina. Mañana celebraremos una ejecución pública.

Sinew comenzó a protestar de nuevo, pero el Adalid lo interrumpió.

—Lleaos a este hombre —dijo—. Amordazadlo para que no pueda seguir diciendo tonterías, y recluidlo en el nivel más bajo de la Casa del Remordimiento.

Varios milicianos se abalanzaron sobre Sinew y lo sujetaron. Sinew forcejeó, con el rostro desencajado de rabia y desesperación, pero lo ataron, lo amordazaron y se lo llevaron a rastras. Goldie vio que uno de ellos cogía su arpa y cargaba con él a la zaga, como si fuera un aparatoso trofeo.

Los milicianos que se quedaron atrás empuñaron de nuevo sus armas y apuntaron a Broo. Unos cuantos tutores sagrados se adelantaron, cautelosos, para ofrecerles unas cuerdas.

—Atad bien a la bestia —dijo el Adalid—, y amarradle también las fauces para que no pueda morder. Si trata de escapar, pegadle un tiro.

—¡No! —exclamó Goldie—. ¿Cómo os atrevéis?

—¿Qué hacemos con estos niños, señoría? —dijo el teniente mariscal.

Goldie miró a Flemo de reojo. Pudo percibir la rabia que emanaba de él, la misma rabia que a ella le quemaba por dentro, caliente como un horno.

—Ah, sí, los niños —el Adalid alzó la voz para que todos pudieran escucharle—. Damas y caballeros, puede que estos niños sean unos criminales, puede que sufran un trastorno mental, pero seguimos tomándonos nuestra responsabilidad hacia ellos muy en serio. Mis tutores sagrados los cuidarán como si estuvieran a su cargo. Que los Siete Dioses los acompañen y apacigüen sus torturadas almas.

Los tutores que había entre la multitud murmuraron a modo de aprobación. Los gacetilleros y los milicianos batieron los dedos.

«¡Que los Siete Dioses te acompañen a ti!», pensó Goldie, furiosa. Y, por primera vez en su vida, no batió los dedos.

—En cuanto a mí —prosiguió el Adalid—, mi deber me lleva a muchos lugares oscuros, pero quizá este sea el más oscuro de todos. Esta noche acompañaré a la milicia hasta la Puerta Furtiva. Cogemos al ejército secreto por sorpresa. ¡En nombre de los Siete, destruiremos a esos artificieros asesinos que amenazan nuestra hermosa ciudad!

—¡Tres aúpas por el Adalid! —gritó el teniente mariscal—. ¡Aúpa! ¡Aúpa! ¡Aúpa!

Los milicianos y los tutores sagrados se sumaron con entusiasmo. Los gacetilleros dejaron de escribir el tiempo suficiente para marcar el ritmo con pisotones en el suelo y golpeándose en las piernas con sus cuadernos.

Al amparo de aquel alboroto, el Adalid se inclinó hacia la tutora Ilusa y el tutor Virtud. Goldie le oyó susurrar:

—Llevaos a los mocosos a Supervisión. Quiero que los encerréis tan bien que no puedan volver a salir nunca.

La tutora Ilusa desenganchó las cadenas de castigo que llevaba alrededor de la cintura y las cerró en torno a las muñecas de Goldie.

—Vamos —dijo—. Y no me causes ningún problema.

Goldie miró a Flemo. Le mandó un mensaje con los dedos. *¡Hay que detener al Adalid! ¡Hay que salvar a Broo! ¡Hay que escapar como sea!*

Flemo aleteó los dedos para mandar su respuesta. *¡Vale! Quedamos... ¡quedamos en la antigua oficina del Adalid! ¡A medianoche!*

—¡Abrid paso! —exclamó la tutora Ilusa—. ¡Abrid paso a estos niños con trastornos mentales!

Los gacetilleros y los tutores sagrados se echaron a un lado. En el último momento, justo antes de ser engullida por la multitud, Goldie se dio la vuelta hacia Flemo y aleteó los dedos como si le estuviera diciendo adiós. *Vale. En la antigua oficina del Adalid. ¡A medianoche!*



En una pequeña tienda de campaña, al otro lado de la Puerta Furtiva, Olga Ciavolga estaba tumbada de costado, con los brazos y las piernas atados, y los ojos cerrados. Herro Dan estaba sentado a su lado, con los dedos entrelazados con los de la anciana.

—¿Estás despierta? —susurró.

Olga Ciavolga le apretó la mano, pero no abrió los ojos.

—He estado pensando. En cuando éramos críos. En la primera vez que te vi, cuando te apeaste de esa barcaza como si fueras una princesa.

Olga Ciavolga dejó escapar un suave bufido.

—Una princesa harapienta y malnutrida. Cubierta de moscas.

Un momento de silencio. Entonces Herro Dan suspiró.

—Hemos recorrido un largo camino juntos.

Al oír eso, Olga Ciavolga abrió los ojos y lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Es que estás ensayando el discurso de mi funeral? ¿Te piensas que me voy a dejar meter en un ataúd tan fácilmente? ¡Aún no hemos terminado!

A pesar del peligro que los rodeaba, y del dolor que le provocaba la pierna rota, Herro Dan no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué no estamos cantando? —inquirió Olga Ciavolga—. ¿Acaso vamos a dejarle todo el trabajo a Sinew y a los niños?

Herro Dan había estado cantando en voz baja día y noche, y aun así podía sentir que la melodía desbocada se estaba intensificando.

—Oh ou ou-ou. Mm mm ou ou ou-ou ou... —comenzó a cantar.

Olga Ciavolga sumó su voz a la de Dan:

—Mm ou ou ou-ou...

De pronto, el mundo entero pareció... estremecerse.

Herro Dan se quedó boquiabierto. El canto se le quedó atorado en la garganta como una espina de pescado. Miró a Olga Ciavolga y vio su propio miedo reflejado en la mirada de la anciana.

Se oyeron unas fuertes pisadas en el exterior de la tienda y alguien abrió la capota. Un soldado agachó la cabeza y accedió al interior. De su bolsillo colgaba la pañoleta de Olga Ciavolga.

Dirigió una sonrisa sarcástica a Herro Dan.

—¿Qué tar vai? —dijo con su marcado acento—. ¿Táis pasando unas buenas vacaciones? ¿Habéis dormío mucho? ¿Comío bien? —se rio—. Si volvéis pa casa, habladles d'este lugar tan bonito, tós querrán venir pacá, ¿verdá? ¡Ja, ja!

Le pegó un puntapié a Herro Dan. El anciano no reaccionó. Olga Ciavolga y él habían conocido soldados como ese cuando eran niños. Estaban repartidos por todo Furuuna en aquellos tiempos, matando y saqueando sin ningún atisbo de piedad ni de clemencia. Por lo que había podido ver allí, la cosa no había cambiado.

Herro Dan cerró los ojos. Sabía que el canto era inútil, que el museo ya no les estaba escuchando. Pero Olga Ciavolga tenía razón. No debían tirar la toalla. Comenzó a cantar de nuevo, con tanta suavidad que el sonido no atravesó sus labios.

—¿Questás haciendo? —dijo el soldado—. ¿Tas dormío? ¿Tas soñando con tu novia esta daquí? Sueña mientras pueas. Sueña to lo que quieras. Porque mañana...

Se dirigió de nuevo hacia la entrada de la tienda.

—Mañana te pegaremo un tiro. A ti y a la vieja. En cuanto sarga er so sus acribillaremos a tiros.

SUPERVISIÓN



La gigantesca puerta se cerró de golpe detrás de Goldie. La barra de hierro regresó a su posición con un *clanc* que resonó por el patio empedrado. Apenas estaba empezando a anochecer en el mundo exterior, pero allí, entre los elevados muros de Supervisión, el ambiente era oscuro y tenebroso.

—¡No remolonees! —dijo la tutora Ilusa, tirando de las cadenas de castigo—. Tengo cosas más importantes que hacer que quedarme aquí esperando mientras contemplas el paisaje.

Goldie avanzó a trompicones hacia el alto edificio que se erguía en el extremo contrario del patio. A primera vista parecía acogedor. La luz de la entrada era suave y cálida, y el propio edificio tenía unas terrazas ligeramente curvadas y unas ventanas altas y elegantes. Pero en cuanto Goldie se acercó más comprobó que aquellas ventanas estaban reforzadas con barrotes, y que las terrazas estaban cubiertas de cristales rotos.

Una gélida desesperación le encogió el corazón. Se metió la mano en el bolsillo y cerró los dedos en torno al pajarillo azul. «Tengo que escapar. ¡Me escaparé! ¡Lo haré!».

La tutora Ilusa la guio por los escalones y a través de la puerta principal como si fuera un verdugo que lleva a un prisionero hacia el patíbulo. Había otro tutor en el vestíbulo. Era completamente calvo, y estaba acucillado detrás de su escritorio como si fuera un sapo.

—Golden Roth, fugitiva —dijo la tutora Ilusa—. Cadenas en ambas piernas. Sin privilegios.

Le quitó las cadenas de castigo. Después, sin mirar una sola vez más a Goldie, se marchó.

La siguiente media hora fue bastante confusa. Condujeron a Goldie fuera del vestíbulo y la guiaron por un largo pasillo tras otro; a veces la acompañaba un tutor sagrado; a veces dos. Durante el trayecto, dejó de ser Goldie Roth y se convirtió en la Número 67: Fugitiva.

Al final de uno de los pasillos la empujaron al interior de una habitación de hormigón, húmeda y fría, y le dijeron que se desvistiera. Mientras lo hacía, la vocecilla de su conciencia le susurró: *Las tijeras*.

Goldie forcejeó con su babi, como si estuviera teniendo problemas para sacar el brazo por la manga. Uno de los tutores la agarró y comenzó a tirar del babi hacia un lado y hacia el otro, mientras se quejaba de lo torpes que eran los niños. Aprovechando la distracción, Goldie ocultó las tijeras en la mano, tal y como le había enseñado Herro Dan.

La hicieron meterse bajo una ducha helada y frotarse hasta que se le irritó la piel, pero durante todo ese tiempo mantuvo las tijeras escondidas en la mano. Y menos mal que lo hizo. Cuando al fin estuvo seca y limpia, le quitaron su ropa y le dieron un babi gris y unos leotardos que olían como si los hubieran llevado un centenar de niños, y que cada uno de ellos hubiera muerto de tristeza.

—Vaya, mirad qué bonito —dijo una tutora sagrada, sosteniendo en alto el broche azul esmaltado de Goldie.

—¡Eso es mío! —dijo Goldie.

—Corrección —dijo la tutora sagrada—: era tuyo. ¡Vuela, pajarito! —y se metió el broche en el bolsillo de la toga. Después sacó la brújula de Goldie—. Supongo que esto también es tuyo, ¿verdad? Bueno, esto puedes quedártelo. No te servirá de mucho aquí dentro.

Entonces soltó una estridente y desagradable carcajada nasal, y siguió riéndose durante todo el trayecto a través de un nuevo pasillo, hasta que llegaron ante una robusta puerta de madera con un cerrojo inmenso de color negro.

La tutora descorrió el cerrojo y abrió la puerta de un empujón.

—¡Silencio! —gritó, aunque no se escuchaba ningún ruido al otro lado—. ¡Nada de hablar! ¡La vista al suelo si queréis mantener vuestros privilegios!

La habitación era larga y había al menos veinte camas alineadas a lo largo de los bordes. La mayoría de ellas parecían ocupadas. La tutora sagrada condujo a Goldie entre ellas, agarrándola por la nuca para que no pudiera mirar a los lados. A mitad de camino de la habitación, se detuvo y empujó a Goldie hacia una cama vacía con sábanas y mantas grises.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo, y volvió a soltar una carcajada nasal.

Había un enganche de metal en el muro, sobre la cama, del que colgaban unas cadenas y grilletes. La tutora sagrada bajó los grilletes y

los cerró en torno a los dos tobillos de Goldie, de forma que sus piernas quedaron en una postura incómoda que apenas le permitía moverse. La tutora introdujo un candado a través del agujero de los grilletes.

—¡Cadenas dobles! —dijo—. ¡Has sido una niña mala!

Se sacó una placa del bolsillo y la colgó en un gancho que había sobre la cama, junto al enganche de hierro. Después, haciendo aletear su toga, se dio la vuelta y marchó con largas zancadas hacia la puerta.

—Buenas noches, que soñéis con los angelitos —dijo—. ¡Y que las tarántulas no os muerdan ni un poquito! —y con un último bufido que pretendía ser una carcajada, cerró con un portazo, echó el cerrojo y se marchó.

Goldie se sentó en la cama, con la brújula agarrada en una mano y las tijeras en la otra. Sentía todo el cuerpo frío y entumecido. Los grilletes que tenía en los tobillos parecían querer aferrarla al suelo. Al otro lado de la habitación, alguien comenzó a sollozar; era un sonido que evocaba miedo y desesperación.

—Calla, Rosita —murmuró una voz cercana—. En realidad no hay tarántulas. Ya sabes que solo lo dice para asustarnos.

—Ojalá hubiera tarántulas —dijo otra voz diferente—. Podríamos amaestrarlas para que le pegaran un mordisco a la tutora Dicha.

Una risita silenciosa se extendió por la habitación, pero no tardó en apagarse. En algún lugar se oyó el traqueteo de una cadena. Los sollozos se detuvieron.

—¿Cómo te llamas?

Aquella voz pertenecía a la misma persona que quería amaestrar a las tarántulas. Goldie oteó la habitación. La única fuente de luz procedía de un débil farolillo que titilaba y humeaba como si se fuera a apagar de un momento a otro. «Me siento igual que ese farolillo», pensó Goldie.

—¡Es una fugitiva! —susurró otra voz—. ¡Eso es lo que pone en su placa!

—¿Una fugitiva? No me lo creo.

—¡Es es lo que pone, mira!

—Sigo sin poder creerlo.

—¡Es la primera vez que tenemos una fugitiva!

—¿Pensáis que habrá traído comida?

—¡Ojalá! ¡Un pan de plátano caliente!

—¡Natillas de mango con nata!

—¡Pasteles de almendra!

Los cuchicheos correteaban de un extremo a otro de la habitación como si fueran ratones. Goldie empezaba a acostumbrar la vista a la escasez de luz, y contó veintitrés niñas sentadas en sus camas, que la miraban fijamente. La más pequeña no tendría más de tres o cuatro años, y la más mayor aparentaba unos quince. Todas estaban escuchimizadas y tenían un aspecto lastimoso, pero había una expresión de curiosidad en sus miradas y parecían amigables. Todas ellas llevaban cadenas de custodia, y unas cuantas también tenían grilletes en los tobillos.

—¿Cómo te llamas? —la pregunta procedía de una niña pequeña y de cabello oscuro, a cuatro camas de distancia en el lado opuesto de la habitación.

Esta vez Goldie se animó a responder.

—Goldie Roth.

—Se llama Goldie Roth.

—Se llama Goldie Roth.

La información se fue transmitiendo por la estancia, susurrada de una niña a otra hasta que desapareció entre las sombras del extremo contrario de la habitación.

—¿De verdad te fugaste? —la niña del cabello oscuro parecía hacer las preguntas en nombre de las demás.

Le faltaban unos años para ser la mayor, pero incluso bajo aquella luz tenue se podía percibir un cierto brillo y obstinación en su rostro.

—Claro que no, Linda —dijo la niña que estaba en la cama situada a la derecha de Goldie. Era una de las mayores—. Nadie se fuga, es imposible.

—No es imposible —dijo Linda—. Ya te lo he dicho antes, Candor. Y esto lo demuestra.

—¿Qué es lo que demuestra? —dijo Candor—. Los tutores sagrados cometieron un error, eso es todo. O quizá se hayan hartado de escribir «Peligrosa» —señaló con un gesto hacia su propia placa.

Sin muchas ganas, Goldie negó con la cabeza.

—No es un error. Sí que me escapé.

Linda emitió un silbido, satisfecha.

—¡Te lo dije!

—No era mi intención —dijo Goldie—. Es que... me iban a separar aquel día y entonces cambiaron de opinión por lo de la bomba. Así que me escapé.

Entonces comenzó a preguntarse por qué se había molestado. Al final no había cambiado nada. Ahí estaba, aún más encadenada que antes. Broo seguramente se estaría desangrando, Sinew y Flemo habían sido capturados, había muchas posibilidades de que Olga Ciavolga y Herro Dan ya estuvieran muertos..., y si Sinew estaba en lo cierto, los demás no tardarían mucho en correr la misma suerte.

A su alrededor, los cuchicheos comenzaron de nuevo.

—La tutora Dicha nos contó lo de la bomba. ¡Murieron veinte niños!

—¡Y otros veinte perdieron los brazos y las piernas!

—¡Y otros veinte se quedaron ciegos!

—La tutora Dicha dijo que el artificiero no tardaría mucho en regresar...

—... y que vendrá buscando un nuevo objetivo...

—... ¡un lugar con montones de niños a los que poder matar de una tacada!

—¡Un lugar como Supervisión!

Rosita volvió a sollozar, era la niña pequeña que tenía miedo de las tarántulas.

—¿Es cierto? ¿El artificiero va a venir aquí?

Goldie no tenía ganas de seguir hablando.

—No —dijo, tajante—. Y solo murió una persona.

—¿Lo veis? Os lo dije —repitió Linda, mirando en derredor—. Es como lo de las tarántulas, no podemos creernos nada de lo que nos cuentan. No hay nada horrible acercándose a nosotros. O al menos, nada más horrible que la tutora Dicha.

Se escucharon nuevas carcajadas ahogadas.

«¿Cómo es posible que alguien se ría en este lugar?», pensó Goldie. Dejó caer las tijeras y la inservible brújula sobre la mesilla que había junto a la cama y arrastró sus piernas encadenadas para subirlas a la cama. Después se tumbó boca arriba, cerró los ojos y trató de ignorar la oleada de preguntas que le lanzaban las demás.

—Entonces ¿cómo te escapaste?

—¿Adónde fuiste?

—¿Qué se siente al estar solo en la calle?

—¿Qué comiste?

—Eso, ¿qué comiste?

—¿Echaste de menos a tu mamá? ¿Lloraste?

—Yo habría llorado.

—¿Cuánto tiempo estuviste por ahí?

—¡Quiero saber qué es lo que comió!

La niña que se llamaba Candor soltó una risita desdeñosa y dijo:

—No me digáis que os lo creéis. Yo pienso que se lo ha inventado todo.

Goldie sintió una oleada de irritación. Hizo lo posible por ignorarla. ¿De qué serviría enfadarse? No podía hacer nada.

—Nadie se escapa —prosiguió Candor—. En cuanto te viera alguien, te delataría. Sabéis que es así, los tutores tienen aterrorizado a todo el mundo. Yo diría que esta niña es una especie de espía. Creo que los tutores la han metido aquí para descubrir nuestros secretos.

Goldie no tenía intención de reaccionar. Quería quedarse allí tumbada, adormecida, sin pensar en nada importante. Pero la ira volvió a avivarse en su interior, como una chispa que no se hubiera extinguido del todo.

Se incorporó.

—¿Por qué deberían importarme vuestros estúpidos secretos? —le espetó—. ¡Están ocurriendo cosas de las que no tenéis la menor idea! Y sí que se está acercando algo horrible.

Hizo una pausa, recordando las palabras de Sinew. «Todo lo que está al otro lado de la Puerta Furtiva irrumpirá en la ciudad. Guerras.

Hambrunas. Enfermedades. Morirán miles de personas. La ciudad acabará cayendo».

—Al menos —prosiguió—, llegará si nadie lo detiene.

—¿Qué quieres decir con lo de algo horrible? —dijo Linda.

—¿Como el artificiero? —susurró Rosie—. ¡Pero si acabas de decir que el artificiero no iba a venir!

—¿Y quién va a detenerlo, sea lo que sea? —dijo Candor, con tono sarcástico—. ¿Tú?

«Morirán miles de personas. La ciudad acabará cayendo».

Goldie inspiró profundamente.

—Sí, yo —dijo—. Flemo y yo. Tenemos que detenerlo.

En cuanto pronunció aquellas palabras, Goldie supo que tenía razón. No era momento de perder la esperanza. Sinew, Olga Ciavolga y Herro Dan esperarían algo más de ella. Debía ser como esos niños que cargaban con sus hermanitos a través de la noche...

—¿Flemo? —dijo Linda, con gesto de extrañeza—. ¿Quién es Flemo?

—Un chico —dijo Goldie—. Otro fugitivo.

—¿Cómo es?

—Bueno, un poco bajito. Y moreno. De la misma edad que yo, creo. Y tiene un pronto terrible, pero también es leal y valiente, lo cual es bueno si está de tu lado. En realidad se llama Precavido, pero la verdad es que no le pega nada.

Al escuchar esas palabras, a Linda se le iluminó el rostro como el más brillante de los soles.

—¡Os lo dije! —exclamó, dirigiendo una sonrisa a las demás niñas—. ¡Mi hermano sigue vivo!

EL CANDADO



—La tutora Dicha me dijo que lo más seguro es que estuviera muerto —dijo Linda—. O que lo capturasen La Gaviota Descarriada o el Capitán Roop, lo cual viene a ser lo mismo. Pero yo siempre he sabido que estaría bien —se rio—. ¡Y se cambió el nombre, como dijo que haría! Esa es la clase de nombre que elegiría. ¿Dónde está? ¡Ay, ojalá pudiera verlo!

—Está por aquí en alguna parte, en Supervisión —dijo Goldie—. Lo capturaron a la vez que a mí. ¿Dónde meten a los chicos?

—Al otro lado del edificio —dijo la niña de la cama que quedaba a su izquierda—. Mi hermano está allí. A veces nos vemos a través del patio, pero nada más. No nos permiten hablar con ellos, ni saludarnos ni nada.

—Pues yo voy a saludarlo —dijo Linda—. Me da igual lo que me haga la tutora Dicha. Voy a saludarlo y a gritar y a llamarle Flemo. Voy a practicar a decirlo para que no se me olvide. ¡Flemo, Flemo, Flemo! Y apuesto a que él me devolverá el saludo.

Entonces Goldie percibió el parecido que unía a ambos niños. Le sorprendió no haberse dado cuenta antes.

—Todo eso está muy bien —dijo Candor—, pero yo quiero saber más cosas sobre ese peligro. Y sobre lo que ella —añadió, señalando a Goldie— piensa hacer al respecto cuando la tienen amarrada con cadenas dobles.

—Pues... —dijo Goldie—. Tendré que escaparme...

—¿En serio? ¿Cómo? —dijo Candor, que se acomodó en su cama con cara de incredulidad.

Goldie miró los grilletes, la robusta puerta con el cerrojo y las oscuras ventanas reforzadas con barrotes. Se le encogió el corazón. No sabía por dónde empezar. ¿Qué diría Olga Ciavolga en estas circunstancias? Seguramente, algo sensato como: «Lo primero es lo primero, niña. Líbrate de los grilletes y ya te preocuparás luego del resto».

Goldie balanceó los pies. Los grilletes tenían un candado enorme, y parecía muy distinto de aquellos que había intentando forzar. Ni siquiera estaba segura de si tendría el mismo mecanismo.

En algún lugar, en el exterior del edificio, comenzó a repicar una campana. El sonido quedó amortiguado por el grosor de los muros, pero aun así seguía siendo reconocible: era el reloj del Gran Auditorio. *Tilín, tilín, tilín, tilín. Tilín, tilín, tilín, tilín*. El sonido subía y bajaba de tono alternativamente.

Se produjo un instante de silencio, después los pesados carillones comenzaron a marcar la hora. *Tolón. Tolón. Tolón*. Goldie las contó. «Cuatro, cinco, seis. Siete, ocho, nueve. Diez...».

Esperó a la siguiente, pero no llegó. Eran las diez en punto. Si quería reunirse con Flemo, le quedaban exactamente dos horas para escapar de Supervisión y llegar hasta la oficina del Adalid.

Inspiró profundamente e hizo lo posible por despejar su mente de cualquier duda.

—Voy a forzar el candado de mis grilletes —dijo—. Tengo unas tijeras...

Unos gemidos ahogados llegaron desde las camas que la rodeaban.

—¡Tiene unas tijeras!

—Pero necesitaré algo más. Algo fino y resistente, algo que pueda doblar, como un trocito de alambre.

Todas se quedaron mirándola sin comprender. Candor murmuró:

—Y yo quiero una pierna de majareto asada en una fuente de plata.

—No, espera —dijo Linda, que miró hacia el extremo más alejado de la habitación—. Cordera, ¿qué ha pasado con tus horquillas?

Cordera era una niña con la piel pálida y una larga melena rubia.

—La tutora Dicha me las quitó hace una eternidad. Las contó para asegurarse de que las tenía todas.

Linda se quedó apesadumbrada.

—Pero —añadió Cordera, metiendo la mano bajo su colchón— se equivocó un poco al contar.

Sacó algo y lo sostuvo en alto, con una sonrisa radiante.

—¡Pásasela! —susurró Linda, y la horquilla fue pasando cuidadosamente de una cama a otra hasta que le llegó a Goldie.

No era lo que quería, pero tendría que apañarse con ello. Enderezó la horquilla, después presionó uno de los extremos contra el lateral de la cama para doblarla. Le llevó un rato darle la forma correcta, pero al fin lo consiguió.

Introdujo uno de los filos de las tijeras en la cerradura del candado. Lo giró un poquito y sintió que la parte interior del candado giraba al mismo tiempo. Después introdujo el extremo doblado de la horquilla en el agujero, por encima de las tijeras, y se puso manos a la obra.

Las niñas se quedaron en silencio mientras Goldie trataba de forzar el cerrojo. La niña percibía como a lo lejos la respiración de las demás, pero toda su atención estaba centrada en un pequeño ángulo de visión en torno a la horquilla.

La empujó hasta el fondo de la cerradura y la movió hacia delante, tal y como Olga Ciavolga le había enseñado. Hizo un primer intento, tratando de conseguir desplazar al menos uno de los resortes. Los empujó y los golpeó, con la sensación de que estuviera tratando de abrirse camino a través de un túnel oscuro repleto de trampas y agujeros, mientras el reloj del Gran Auditorio seguía descontando minutos hasta la medianoche.

Al cabo de un rato, cerró los ojos. De algún modo, aquello le permitió percibir mejor lo que estaba ocurriendo en el interior del candado. Dejó de hacer presión sobre todos los resortes a la vez y decidió ir presionándolos uno por uno. Al fin percibió que el primero de ellos se deslizaba hacia arriba... y escuchó un ligero chasquido.

Soltó un gruñido de satisfacción.

—¿Lo ha conseguido? —susurró alguien.

—¡Chsss! —le chistó otra niña.

El segundo y el tercer resorte no ofrecieron tanta resistencia. *Clic. Clic.* Pero el cuarto y el quinto se negaban a moverse, por mucha presión que ejerciera sobre ellos.

Llegados a ese punto, la mano izquierda, con la que sostenía las tijeras, comenzó a temblarle. Goldie abrió los ojos... y se dio cuenta de que llevaba al menos medio minuto conteniendo la respiración. Introdujo el aire en sus pulmones y volvió a expulsarlo. Casi todas las niñas de la habitación la estaban observando con expresión de asombro y esperanza, como si fueran sus propios grilletes los que estuviera forzando.

—Necesito un poco de ayuda —le susurró Goldie a Candor.

Candor titubeó. No parecía tan ilusionada como las demás, pero al cabo de unos instantes balanceó las piernas hasta tocar el suelo y recorrió arrastrando los pies el espacio que separaba las dos camas. A mitad de camino, la cadena que llevaba prendida del tobillo se tensó. Candor se dio la vuelta cuidadosamente y, sin dejar de estirar la pierna encadenada, se sentó aparatosamente en el borde de la cama de Goldie.

—¿Qué quieres que haga? —susurró.

—Sostén las tijeras —susurró Goldie—. Y mantenlas giradas. Si las sueltas tendré que empezar otra vez de cero.

Con todo el cuidado posible, Goldie deslizó los dedos por las tijeras para dejar espacio libre a Candor, para que pudiera agarrarlas.

—Las tengo —susurró la muchacha. Esta vez le dirigió a Goldie una sonrisa alentadora—. ¡Adelante! Quiero ver la cara que pone la tutora Dicha cuando descubra que alguien se ha escapado.

Una vez más, Goldie se puso manos a la obra. Ahora resultaba un poco más sencillo, dado que no tenía que preocuparse también de las tijeras, pero los últimos dos resortes del candado permanecían firmes y obstinados. Los hincó y los sacudió, mordiéndose el labio, mientras la punta de la horquilla se le clavaba en la palma de su mano. Pero aun así, los resortes permanecieron inmóviles.

Estuvo a punto de tirar la toalla, desesperada. ¡Solo faltaban dos! ¿Cómo podía estar ocurriendo eso? Entonces recordó un truco que le había enseñado Olga Ciavolga.

—Tienes que girar hacia atrás las tijeras un poquito —le susurró a Candor—. ¡Muy poquito!

Candor deslizó los dedos. Goldie hizo presión con la horquilla. ¡Algo se movió! Presionó con más fuerza. Sintió una punzada en la palma de la mano. Comenzó a correrle un hilillo por la palma, era una sustancia húmeda. Se limpió los dedos en el babi y lo intentó de nuevo. El resorte se desplazó. Escuchó un chasquido.

—Solo falta uno —susurró, y el mensaje se transmitió por toda la habitación.

—¡Solo falta uno!

—¡Solo falta uno!

—¡Solo falta uno!

Ahora que el cuarto resorte se había rendido, el último pareció perder sus fuerzas. Se mantuvo firme durante apenas un par de minutos y entonces, también, se desplazó con un chasquido.

Goldie tuvo que recordarse de nuevo que debía tomar aliento. Se limpió la mano otra vez —estaba sangrando por los arañazos que le había causado la horquilla— y trató de recordar qué se suponía que debía hacer a continuación. Durante un instante, su mente se quedó en blanco. Entonces lo recordó.

—Ahora tienes que girar las tijeras —le susurró a Candor.

—¿En qué sentido?

—¡En el de las agujas del reloj! ¡Espera, tal vez este candado sea diferente! No, ¡en el sentido de las agujas! Creo que... ¡sí, en el sentido de las agujas!

A Candor se le habían blanqueado los nudillos por la tensión. Giró las tijeras en el sentido de las agujas del reloj y...

Con un sonoro ruido metálico, el candado de los grilletes de Goldie se abrió. Una de las niñas más pequeñas pegó un grito, y todas las demás la chistaron de inmediato.

Goldie no se podía creer que lo hubiera conseguido. A su alrededor, prácticamente todos los rostros de la habitación resplandecían de alegría.

Pero Candor estaba negando con la cabeza, dubitativa.

—Aún tiene que abrir la puerta. Y eso no lo conseguirá con una horquilla.

—Por supuesto que no —dijo Linda, sonriendo a Goldie—. ¡Así que tendremos que hacer que la tutora Dicha la abra por ella!

UN TRATO CON ZOUK EL CALVO



Goldie se agachó bajo la cama más próxima a la puerta, con todo el cuerpo en tensión. En su cama, habían colocado varias sábanas y almohadas para adoptar la apariencia de una silueta infantil bajo la manta gris. No estaba segura de que el plan de Linda fuera a funcionar, pero no había tenido ocasión de pensar ninguno mejor. Y el tiempo se agotaba.

Se mordió la uña del dedo gordo y se preguntó si Flemo habría conseguido escapar ya. Tocó la brújula que llevaba en el bolsillo y pensó en papá y mamá. Sentía un dolor en el corazón por aquella mezcla de amor e inquietud.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay!

El alarido resonó por todo el dormitorio. Le siguió otro, y otro, y al poco tiempo casi todas las niñas de la habitación estaban gritando con todas sus fuerzas. Goldie se tapó los oídos con las manos y confió en que alguien viniera pronto.

Y así fue.

—¡A callar! ¡A CALLAR!

La tutora Dicha se plantó ante la puerta, con el rostro contraído de furia. Goldie no se había enterado de que descorriera el cerrojo. Apenas podía oír a la tutora Dicha entre tantos gritos, que ahora estaban intercalados con palabras aterrorizadas.

—¡Era el artificiero! ¡Le he oído en la ventana!

—¡Ha venido a llevarnos!

—¡Nos matará a todas!

—¡Aaaaaaaaaay!

—¡Aaaaaaaaaaaaaay!

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay!

—¡A CALLAR O PERDERÉIS VUESTROS PRIVILEGIOS!

Los gritos se detuvieron de inmediato, pero los cuchicheos continuaron, todos ellos frenéticos, todos ellos en el extremo contrario de la habitación al lugar donde estaba escondida Goldie.

—Llamad su atención hacia ese lado —había dicho Linda—. No queremos que se fije demasiado en la cama de Goldie ni en la puerta.

La voz de Rosita era la más estridente.

—¡Lo he oído! —aullaba—. ¡Justo encima de mi cabeza! ¡Dijo que había venido a matarnos!

La tutora Dicha atravesó furiosa la habitación.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Qué has oído?

Goldie salió a gatas de debajo de la cama y comenzó a acercarse hacia la puerta, silenciosa como una sombra.

En el extremo contrario de la habitación, Cordera gritó:

—¡Yo también lo he oído! ¡Estaba junto a la ventana, tenía una voz que sonaba como un gruñido y dijo que iba a devorarnos! ¡Bocado a bocado! ¡Como un gatocioso!

—¡A mí me dijo que como un zopenquío! —exclamó otra niña—. ¡Como el que hay en el puente de las Bestias!

El griterío comenzó de nuevo.

—¡A callar! —gritó la tutora Dicha—. ¡O habrá cadenas dobles para todas! A ver, ¿alguien me va a explicar qué está pasando aquí?

Goldie atravesó la puerta y se pegó contra el muro que había al otro lado. Por detrás, dentro de la habitación, oyó que Linda decía:

—Ay, por amor del cielo, ¡estaba soñando! Así es, Rosita, te estuviste revolviendo mientras dormías, y de repente te incorporaste, empezaste a gritar y le contagiaste el miedo a las demás. ¿Por qué no te callas y te vuelves a dormir?

Goldie se alejó sigilosamente por el pasillo. A pesar del peligro en el que se encontraba, no pudo evitar sonreír por la ocurrencia de Linda.

—No queremos que piensen que realmente hay alguien ahí afuera —había dicho la niña—. De lo contrario, estarán alerta y Goldie no conseguirá salir del patio.

Goldie sospechaba que Linda había planificado esa ruta de escape mucho antes, pero nunca había tenido ocasión de llevarla a la práctica. Flemo habría estado orgulloso de su hermana pequeña.

Cuando se encontró a cierta distancia del dormitorio, se detuvo para tratar de orientarse. No fue fácil. Supervisión era un lugar casi tan confuso como el museo, salvo que el museo cobraba vida movido por aquella especie de curiosidad indómita, mientras que aquel lugar transmitía una sensación sombría y sofocante, como si sus muros estuvieran diseñados para acallar no solo las voces, sino también los pensamientos.

Aun así, la vocecilla de su conciencia no decepcionó a Goldie. La guio a través de aquellos siniestros pasillos sin apenas un atisbo de duda.

Por aquí.

Ahora por allá.

No, por ahí no, es peligroso. Mejor ve por aquí.

Goldie estaba buscando una puerta trasera, y finalmente la encontró. Pero había dos tutores sagrados plantados frente a ella, despiertos y en guardia. Goldie se alejó sin emitir un solo ruido.

Probó entonces con las ventanas. Pero aunque muchas de ellas estaban agrietadas, los barrotes eran nuevos y resistentes, y estaban demasiado juntos como para que ni siquiera un niño pequeño pudiera pasar entre ellos. Goldie no tardó en desechar la idea y se dirigió silenciosamente hacia la parte delantera del edificio.

Allí las alfombras eran gruesas y lujosas, y el lugar estaba mejor iluminado. Goldie avanzó con más cautela que antes. Las habitaciones ante las que pasó estaban llenas de butacas y sillones que parecían cómodos, y muchas de ellas contenían santuarios dedicados a los Siete Dioses. Pero allí las ventanas también tenían barrotes y resultaban infranqueables.

Cuando estuvo cerca del vestíbulo, se acercó sigilosamente y se asomó desde una esquina. Allí estaba la puerta principal, apenas a unos pasos de distancia. Pero el tutor que parecía un sapo seguía anclado detrás de su escritorio, y tenía pinta de que no habría nada capaz de moverlo de allí; además, el vestíbulo estaba tan iluminado que frustraría cualquier intento de mimetismo.

Con el corazón encogido, Goldie retrocedió sigilosamente por el pasillo, se metió en una de las habitaciones abiertas y cerró la puerta.

—Solo porque aún no haya encontrado una forma de salir —se dijo para convencerse a sí misma— no significa que sea imposible. ¿Qué haría Sinew? ¿Qué haría Olga Ciavolga? ¿Qué estará haciendo Flemo en este momento?

Los sillones de aquella habitación eran inmensos y estaban cubiertos de cojines. Los barrotes de la ventana eran firmes. Al fondo de la habitación había un santuario dedicado a Zouk el Calvo, con velas encendidas a su alrededor y una pequeña pila de papeles con chistes escritos y otras ofrendas.

Goldie avanzó pensativa hacia el santuario. Por lo visto, Zouk el Calvo era el más fiable de los Siete Dioses. Pedirle algo seguía suponiendo un riesgo, por supuesto, pero...

—Honorable y glorioso Zouk, el más calvo de los calvos —susurró, consciente de que a los Dioses les gustaba que los adulasen—. No te he traído ningún presente...

Hizo una pausa. En realidad, sí tenía un presente. De hecho, tenía dos. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la brújula y las tijeras. Las miró alternativamente, preguntándose de cuál de las dos podría permitirse prescindir. La brújula había sido un regalo de mamá y papá, y no le gustaba la idea de deshacerse de ella. Pero lo más seguro es que las tijeras le resultaran más útiles.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, alargó la mano para colocar la brújula sobre la pila de ofrendas. Rozó con la mano uno de los trocitos de papel, que se cayó de la pila. Debajo estaba su broche en forma de pájaro.

Goldie retiró la mano, sin soltar la brújula.

—No... no tengo ningún presente —repitió—. Pero me gustaría hacer un intercambio.

Contuvo el aliento, confiando en que Zouk el Calvo no descargara de inmediato su ira sobre ella. «Pero él es el dios del descarar», pensó. «¡Debería sentirse orgulloso!».

—Un intercambio —susurró Goldie, con todo el temple que consiguió reunir—. Tú te quedas la brújula y yo me llevo el broche. ¿De acuerdo? Una brújula es mucho más útil que un broche, por lo que saldrás ganando con el trato. Así que te estaría agradecida si me mostraras cómo puedo salir de aquí sin que me capturen.

Se sintió muy rara, tratando de regatear con uno de los Siete Dioses. Volvió a inclinarse hacia el santuario, esta vez con las dos manos extendidas, dejó la brújula... y cogió el broche.

Entonces contuvo el aliento.

Oyó el eco de unos pasos en la distancia. Después, un grito y el repicar metálico de unas cadenas de castigo. Las pisadas se acercaron. Un chico comenzó a cantar con una voz ronca y adolescente.

—Leeeijos, al otro lado del océano. Leeeeijos, al otro lado del maaaar...

Se escuchó un golpe y un alarido. El cántico se detuvo, pero solo por un instante. Cuando empezó de nuevo, había más de una docena de voces, todas berreando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Ireeeeeé adonde me lleve el corazón, adooooonde me espere mi amooooor.

Una pausa. Un adulto enfurecido dijo:

—No es el amor lo que os aguarda, pequeños bribonzuelos, ¡es la Casa del Remordimiento! Destrucción deliberada de la propiedad, poner en riesgo la vida de los demás... ¡Vaya si os merecéis entrar allí!

Clanc, clanc, clanc, resonaron las cadenas de castigo.

—Lleeeevo mucho tiempo fuera, mi amor, he viajaaaaaado sin parar — canturreaban las voces.

Goldie avanzó pegada a la pared y entreabrió la puerta. Le llegaron los ecos de pasos arrastrados, empujones y chasquidos metálicos, y de repente el pasillo que se extendía ante ella se llenó de muchachos, que se movían adelante y atrás, haciendo repiquetear sus cadenas y cantando a viva voz. Todos eran mayores que Goldie, pero llevaban el mismo babi harapiiento de color gris y los mismos leotardos. En algún punto entre todos ellos había dos tutores sagrados. Por encima de ellos flotaba un olor a quemado.

No había tiempo de pensar. Goldie no podía ver a Flemo, pero estaba segura de que estaría por allí, en alguna parte. Le susurró un rápido agradecimiento a Zouk el Calvo; después, salió al pasillo y se arremetió entre dos de los chicos.

Durante un escalofriante segundo, el cántico flaqueó. Los muchachos que estaban a cada lado de Goldie la miraban desconcertados...

Después se estrecharon suavemente a su alrededor y comenzaron a cantar con más fuerza todavía, haciendo resonar sus voces por el techo.

—Tres aaaaaaños remando en las galeras, tres aaaaaaños de esclavituuuud...

Salieron en manada al vestíbulo, una muchedumbre de chicos que reían, gritaban y cantaban. Los tutores que los conducían también estaban gritando. Goldie era la única que guardaba silencio. Se agachó entre aquellos chicos altos y estridentes, hasta que su babi se confundió con el de los demás, y sintió el palpar de su corazón en los oídos.

—¿Qué ocurre? —gritó el tutor que parecía un sapo—. ¿Adónde los lleváis a estas horas de la noche?

—¡Le han prendido fuego a sus camas! —gritó uno de los tutores—. ¡No sé en qué estarían pensando! ¡Me los llevo a Remordimiento!

—¡Necesitaré sus nombres!

—Si pudieeeeera volver atrás en el tiempo, mi amor, si pudieeeeera volver a empezaaaaaar...

—Por amor del Gran Fetiche, ya te los daremos cuando regresemos. ¡No puedo soportar este horrible escándalo un momento más!

Y así, los chicos, Goldie y los dos tutores salieron por la puerta principal de Supervisión, cruzaron el patio y atravesaron la verja.

En cuanto alcanzaron la calle, Goldie se deslizó entre las sombras. Los chicos habían dejado de cantar y trataban de tumbarse en el suelo, subirse a los hombros de los demás, y una docena de cosas más que era imposible realizar con las cadenas de castigo encima. Goldie trató de localizar a Flemo, pero no había ni rastro de él.

Al fin los tutores consiguieron imponer cierto orden entre los muchachos y prosiguieron su marcha hacia la Casa del Remordimiento. Goldie sintió tal alivio que le flaquearon las piernas. ¡Había escapado!

Pero al mismo tiempo estaba preocupadísima por Flemo. Estaba segura de que aquellos muchachos estridentes debían de haber prendido fuego a sus camas a modo de distracción, para que pudiera escabullirse sin ser visto. ¿Pero dónde estaba? Quizá hubiera salido ya. Quizá estuviera ante la oficina del Adalid, ¡esperándola!

En el cielo, la luna estaba llena. Los faroles de acuagás resplandecían sobre sus postes. Las campanas del Gran Auditorio empezaron a repicar. ¡Las once y media!

Goldie apretó los dientes.

—¡Ya voy, Broo! —susurró—. ¡Ya voy, Flemo!

Después, se dio la vuelta hacia la colina del Viejo Arsenal y empezó a correr.

MEDIANOCHE



La ruिनosa oficina del Adalid se encontraba a mitad de camino por la colina del Viejo Arsenal. Estaba situada frente a un plaza, que tenía una estatua del Adalid en el medio. Goldie se agachó detrás de la estatua para otear el edificio destruido.

Alguien había instalado unas farolas de gas provisionales, cuya luz le permitió ver las puertas destrozadas y los enrejados retorcidos. Había seis milicianos repartidos por la amplia escalinata, con los rifles amartillados y una expresión vigilante. A sus pies se encontraba Broo, amarrado con tantas cuerdas que parecía como si tuviera el pelaje atigrado. Una correa de piel le mantenía cerrada la mandíbula. Otras tres o cuatro lo mantenían atado al enrejado.

A pesar de eso, los milicianos parecían nerviosos. Pegaban pisotones en el suelo como si tuvieran frío, y cuchicheaban entre ellos sin apenas separar los labios. El blanco de sus ojos centelleaba bajo la luz de gas.

Durante toda la subida por la colina, Goldie había estado convencida de que Flemo estaría allí, esperándola. Pero más allá de la escalinata, todo estaba en calma. Los únicos sonidos que se escuchaban eran los inquietos pisotones de las botas de los milicianos. Goldie oteó las sombras hasta que le dolieron los ojos, pero no había ni rastro de Flemo.

Tolón. Tolón. Tolón. El suave eco de los carillones del Gran Auditorio flotaba sobre la colina. Era medianoche. A través de la plaza, los milicianos intercambiaron sus puestos. Goldie se mordió el labio.

—¡Vamos, Flemo! —susurró—. ¡Vamos!

Empezó a sentir un calambre en la pierna derecha. La estiró con cuidado y, después, se obligó a quedarse inmóvil de nuevo. Sintió como el corazón le retumbaba en el pecho. *Pun-pun. Pun-pun*.

Uno de los milicianos estornudó, y sus compañeros se pusieron hechos una furia ante aquel inesperado ruido. Broo yacía inmóvil como un muerto.

Pun-pun. Pun-pun.

Goldie se dijo que Flemo aparecería antes de que su corazón latiera sesenta veces. «Una, dos, tres...».

Justo antes de que la cuenta llegara hasta sesenta, la cambió por cien. Después, quinientos. Después, mil...

Pero Flemo siguió sin aparecer.

Cuando Goldie se dio cuenta de que iba a tener que rescatar a Broo ella sola, estuvo a punto de venirse abajo. Los milicianos no eran tan amenazadores como los soldados que había al otro lado de la Puerta Furtiva, pero eran grandes y fuertes, y además eran seis contra una. ¿Cómo conseguiría alejarlos de Broo el tiempo suficiente como para cortar todas esas cuerdas?

Apoyó la frente sobre el pedestal de piedra y se puso a repasar mentalmente todo lo que había aprendido. Mimetismo, caminar sobre cáscaras de huevo, interpretar las pisadas. Hacer que una mentira parezca verdad. Robar con discreción y robar con audacia.

Tenía la sensación de que su cometido requería una mezcla de todo aquello. Una mentira que pareciera verdad. Un mimetismo. Un robo audaz...

Pensó en Cordera y en Rosita, cuando gritaban con todas sus fuerzas. «¡Dijo que iba a devorarnos! ¡Como un gatocioso!». «¡Como un zopenquio!».

Antes de que pudiera acobardarse, se puso en pie. Silenciosa como una columna de humo, avanzó por el borde de la plaza hasta que regresó a la calle que descendía por la colina. Allí había un muro de ladrillo, con unos recovecos que había atisbado durante la ascensión. No eran lo suficientemente profundos como para que pudiera esconderse bien, pero tendría que apañarse con ellos.

Con cuidado, se adentró en uno de ellos cuanto le fue posible. Después pensó en las niñas de Supervisión... y comenzó a gritar.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay! ¡El zopenquio me ha cogido! ¡El zopenquio me ha cogido! ¡Se me lleva! ¡Va a aplastarme! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay!

Sabía que si lo hubiera hecho la noche anterior, no habría funcionado. En aquellos tiempos, casi nadie, salvo los niños, creía en los zopenquios, con sus corpachones gigantescos y su costumbre de echarse a rodar sobre sus víctimas para ablandarlas antes de comérselas. Pero casi nadie creía tampoco en los iracanes, ni en las aves carniceras, y aquellos milicianos los habían visto, habían luchado con ellos apenas unas horas antes.

«Y si un iracán y un ave carnícera pueden salir del museo», pensó Goldie, «¿por qué no un zopenquio?».

Los milicianos coincidieron con aquel razonamiento. Se oyó un grito que procedía de la plaza. Ecos de pasos sobre el suelo empedrado.

—¡Era una niña!

—¿De dónde venía su voz?

—¡De ahí al fondo!

—¡Aquí no está!

—¡Tiene que estar en alguna parte!

—Vosotros id por allí, nosotros iremos por aquí.

—¿Y qué pasa con el iracán? ¡El Adalid nos matará si se escapa!

—¡El iracán no se irá a ninguna parte! Si veis al maldito zopenquio, no os la juguéis. ¡Pegadle un tiro! ¡Pero no disparéis a la niña!

Cuando los pasos se aproximaron hacia ella, Goldie cerró los ojos y se obligó a ralentizar su respiración.

«Soy un muro de ladrillo. Soy una sombra. Soy insignificante».



Los milicianos pasaron corriendo frente a ella, colina abajo.

Goldie emergió del recoveco y echó a correr calle arriba antes de que se apagara el eco de las botas de los milicianos. Atravesó la plaza a toda prisa hacia el enrejado de hierro, con las tijeras listas en la mano.

—¡Broo!

El iracán tenía los ojos abiertos. Tenía un arañazo sanguinolento en un lateral de la cabeza, allí donde la bala le había pasado rozando, y tenía el hocico cubierto de sangre reseca. Alzó la mirada para ver a Goldie.

—¡Tienes que ayudarme! —susurró Goldie—. ¡No tardarán mucho en volver!

Las tijeras estaban afiladas, y solo le llevó un momento cortar la correa que le aferraba las mandíbulas. Mientras empezaba a cortar las correas

que lo mantenían atado al enrejado, Broo desgarró el resto de sus ataduras con los dientes. Cedieron como si fueran hilos.

Goldie oyó un grito procedente de algún lugar de la colina.

—¡Deprisa! —susurró—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Broo tenía las patas agarrotadas y los músculos contraídos. Se puso en pie a duras penas y volvió a caer al suelo. Goldie trató de levantarlo, pero pesaba demasiado.

—¿No puedes hacerte pequeño? —le susurró—. Entonces podría llevarte en brazos.

Broo negó con la cabeza.

—No es... algo que pueda elegir —dijo, resollando—. Si mi cuerpo pequeño no aparece..., no puedo obligarlo.

Otro grito, esta vez más cercano.

—¡Vamos, Broo!

El iracán hizo un esfuerzo tremendo y consiguió llegar a rastras hasta el pie de las escaleras. Allí se detuvo para tratar de recuperar el aliento. La herida que tenía en la cabeza comenzó a sangrar.

Goldie pudo oír que los milicianos regresaban por la colina, llamándose a voces mientras corrían. Rodeó con los brazos el cuello del iracán.

—Por favor, Broo, inténtalo otra vez. ¡Por favor!

Broo emitió un sonoro suspiro. Trató de ponerse en pie, una vez, dos veces, y entonces negó con la cabeza. Apoyó las patas sobre los adoquines y se estiró hasta que le crujieron las articulaciones. La herida seguía sangrando, pero Broo pareció recuperar una parte de su fortaleza habitual.

Se dio la vuelta hacia Goldie, con los ojos centelleando como rubíes. La oscuridad pareció estremecerse a su alrededor.

—Si queremos salvar la ciudad —dijo con su cavernosa voz—, ¡debemos irnos ya!

TRAICIÓN



El Adalid se sentía satisfecho. Pese a lo que había descubierto la noche que irrumpió en la oficina de su hermana, no tenía pruebas irrefutables de la existencia de la Puerta Furtiva. Pero ahí estaba, ¡justo delante de sus narices! Y aún más: ¡estaba abierta de par en par!

Por detrás de él, Ilusa y Confort metían prisa a los milicianos para que clavarán los pocos clavos que quedaban en los pocos tablones restantes.

«Tus milicianos me han resultado muy útiles, hermana», pensó el Adalid. «Pero dentro de poco dejaré de necesitarlos...».

Alzó la mano e hizo un gesto al teniente mariscal para que se acercara.

—Aún estamos a cierta distancia del peligro —dijo—. Quiero que usted y sus hombres se adelanten unos doscientos pasos y establezcan un puesto de observación. Yo daré a mis tutores las últimas instrucciones; después, me reuniré con ustedes. Bastará con que nos dejen uno de sus faroles, si hace el favor.

—¡Sí, señoría! —el teniente mariscal le dirigió un entusiasta saludo militar y comenzó a reunir a sus hombres. Lo hizo con bastante eficiencia, así que el Adalid supuso que haber participado en tantos desfiles le había servido de algo. Aunque él no habría marchado hacia territorio hostil con una formación tan cerrada.

Mientras los milicianos pasaban a través de la Puerta Furtiva, los fue saludando. Pero en cuanto se marcharon, el Adalid se echó a un lado con tres apresurados pasos, de forma que quedó oculto a la vista de cualquiera que estuviese al otro lado de la puerta. Ilusa lo imitó.

Confort, que siempre había sido el más lento de los dos, se quedó quieto. Incluso cuando sonó el primer disparo, y el segundo, y el tercero, y tras una enorme descarga de ellos, se quedó allí plantado bajo la luz del farol, asombrado y boquiabierto.

Una bala perdida lo derribó al suelo. Soltó un gemido ahogado y murió al instante. Entonces cesó el tiroteo.

Silencio.

El Adalid se metió la mano en el bolsillo de la toga y sacó un pañuelo grande de color blanco y un lingote de plata. Le sorprendió comprobar que le temblaban las manos. Se obligó a mantener la calma. Se inclinó hacia adelante y ondeó el pañuelo desde el borde de la puerta.

Silencio.

Con la otra mano sostuvo en alto el lingote de plata, lo giró a un lado y a otro para que brillara bajo la luz del farol.

Una voz gutural gritó:

—¡Ven p'acá!

El Adalid aguardó uno o dos segundos más, para demostrar que a una persona de su posición no se le podía meter prisa. Después atravesó cautelosamente la Puerta Furtiva, seguido de cerca por Ilusa.

Apenas había avanzado unos pocos pasos cuando tropezó con algo. Miró al suelo. A sus pies yacía el teniente mariscal. Tenía el uniforme cubierto de sangre, y tenía una expresión de asombro en el rostro. Repartidos a su alrededor estaban los cuerpos de sus hombres.

Al Adalid volvieron a temblarle las manos, y sintió una necesidad repentina de soltar una risita nerviosa.

—Parece que estaba equivocado sobre el peligro —le murmuró al cadáver del teniente mariscal—. Confío en que sepa perdonarme.

Oyó un ruido y alzó la mirada a tiempo para ver a una tropa de soldados que avanzaban rápidamente hacia él con antorchas llameantes en la mano. Eran los mismos soldados que describía el libro azul.

Eran una tropa bastante desagradable. Bárbaros sedientos de sangre, todos y cada uno. ¡Mirad esos rostros brutales y sus trajes ancestrales! ¡Sus espadas, picas y mosquetes! Debieron de haber muerto cientos de años atrás. Hasta donde sabía el Adalid estaban muertos... aunque nunca había oído hablar de un fantasma que oliera tan mal como esa panda.

La cuestión más importante era que sus primitivas balas eran de verdad. El Adalid sonrió para sí mismo. Todo estaba saliendo tal y como lo había planeado. Era hora de dar el siguiente paso, antes de que Ilusa cometiera alguna estupidez. El Adalid no quería perderla, aún no. Siempre resultaba útil tener un subordinado prescindible a mano.

Con la mirada fija en los soldados, se restregó una mancha de sangre de Confort de la parte delantera de la toga. Después se irguió tanto como le fue posible y dijo:

—Soy el Adalid de la ciudad de Alhaja. ¡Llebadme ante vuestro oficial al mando!



El museo era presa de un estado de agitación. Goldie pudo sentir que las paredes ejercían una presión furiosa sobre los tablones que les habían clavado, de igual forma que Broo había forcejeado con sus cuerdas. El suelo se agitaba bajo sus pies. Había pilas de cristales rotos por todas partes.

La puerta reservada para el personal se había salido completamente de sus goznes. Goldie pasó por encima de ella y corrió hacia las dependencias traseras. Lo que vio allí la hizo pararse en seco.

La mayoría de las vitrinas de cristal estaban rotas y abiertas de par en par. Aquellas que no estaban rotas parecían a punto de estallar, como un globo hinchado en exceso. En su interior, todo estaba desordenado. Vestidos, esqueletos y armaduras se agitaban y retorcían como si tuvieran vida. Antiguos instrumentos quirúrgicos arañaban el cristal con un sonido que puso a Goldie los pelos de punta.

Broo alzó su inmensa cabeza y comenzó a olfatear. Se le erizó el lomo.

—¡Han traspasado la Puerta Furtiva! —gruñó—. ¡Cómo se ATRRRREVEN!

Se marchó dando un brinco y Goldie salió corriendo detrás de él. Sobre su cabeza, las luces parpadearon. Oyó un estallido que no auguraba nada bueno, procedente de algún punto situado por debajo de ella. A su alrededor, las paredes empujaban y forcejeaban contra los tablones claveteados.

Broo la estaba esperando junto a los límites del descampado. La última vez que Goldie había visto la acequia, apenas tenía uno o dos centímetros de agua pantanosa en el fondo. Pero ahora la corriente discurría por ella a toda velocidad, negra y maloliente, arrasando los bordes y desbordándose en forma de furiosas riadas.

Alguien había improvisado un puente con mesas y expositores rotos. Broo lo atravesó dando zancadas y Goldie lo siguió, tratando de impedir que aquella nauseabunda agua la rozara. Atravesó corriendo el descampado, siguiendo el camino de tablones claveteados. El lodo le impregnaba los pies y unas zarzas se le engancharon a la ropa. Se las quitó de encima desgarrándose el vestido y siguió corriendo.

Los tablones conducían directamente al primer escalón de Monte Harry. Goldie puso la mano sobre la barandilla y...

—¡Detente! —gruñó Broo, que seguía olfateando—. ¡Algo no va bien!

A Goldie se le escapó una risita nerviosa.

—¡Es que nada va bien! —replicó, pero se detuvo de todas maneras y se quedó mirando desconcertada al iracán.

El gruñido de Broo se fue incrementando. Goldie escuchó un ruido que sonaba como un rasguño. Se le erizaron los pelillos de la nuca...

Una rata enorme se arrastraba escaleras abajo hacia ella. Tenía el pelaje sucio y enmarañado, y giraba la cabeza a un lado y a otro como si no pudiera ver bien. Mientras Goldie retrocedía horrorizada, la rata se apeó tambaleándose del primer escalón, se arrastró un poco por el suelo... y cayó.

—¿Qué le ocurre? —dijo Goldie con un hilo de voz.

Broo tenía todo el cuerpo en tensión, producto de la ira.

—La peste. Las salas de la peste se están moviendo.

Tras oír eso, a Goldie se le quitaron las ganas de subir por Monte Harry. Pero no había alternativa. Así pues, lenta y cuidadosamente, con la cabeza gacha y atenta a cualquier peligro, comenzó a ascender por las escaleras.

No había más ratas. Pero Monte Harry estaba más escarpado de lo habitual. Se había convertido en una escalera altísima y estrecha, como si estuviera sacada de una pesadilla. No pasó mucho tiempo antes de que la barandilla desapareciera, y en su lugar quedó una tremenda caída que parecía no tener fin. Goldie comenzó a ascender a gatas, manteniéndose tan cerca del iracán como le fue posible y tratando de no asomarse por el borde.

En una ocasión le pareció escuchar un disparo, así que se detuvo y se encogió contra la pared. Los tablones y los clavos se le clavaron en la espalda. Broo se colocó sobre ella, temblando de rabia.

Ya casi habían llegado a la cumbre cuando Monte Harry comenzó a estremecerse de igual forma que el iracán.

—¡Está intentando moverse! —exclamó Goldie.

Tenía razón. El escalón sobre el que se encontraba se mecía arriba y abajo, como un barco en una tormenta. Los tablones crujían y gemían,

pero no se rompieron. Los clavos chirriaron, pero sin llegar a desprenderse.

—¡Deprisa! —gruñó Broo. Subió brincando los últimos escalones y atravesó una puerta de una zancada. Goldie lo siguió.

—¡Mira! —exclamó Goldie, señalando hacia arriba.

Estaban en La Milla de la Dama. Pero los estandartes que solían colgar del techo habían desaparecido. En su lugar había largas cuerdas de cáñamo, y al final de cada cuerda había un nudo corredizo como los que se usan en una horca.

—¡Deprisa! —gruñó Broo—. ¡DEPRRRRISA!

Goldie echó a correr por La Milla de la Dama, agachando la cabeza para esquivar los nudos colgantes, hasta que atravesó la puerta que había al otro lado. Y entonces, a mucha menos distancia de la parte delantera del museo de lo que debía haber estado, se encontraba la Puerta Furtiva. Estaba abierta de par en par, y Morg estaba posada en lo alto. En el suelo, a los pies de la puerta, se encontraba el tutor Confort. Un poco más adelante, apilados como troncos de madera bajo la luz de la luna, estaban los milicianos.

Todos estaban muertos.

Goldie se quedó mirando, afligida, aquellos cuerpos desplomados. Nada la había preparado para eso.

—Espero que no sufrieran —susurró.

Broo gruñó.

—Chsss —susurró Goldie, como si los muertos solo estuvieran dormidos y no quisiera despertarlos.

Broo volvió a gruñir. Morg emitió un chasquido con el pico. Contemplaba el rostro del tutor Confort con ojos hambrientos.

—Sal de ahí, Morg —dijo Goldie—. Déjalo en paz.

El ave carnicera soltó un graznido de decepción y echó a volar hacia la oscuridad. Broo se revolvió, impaciente.

—Estos hombres están muertos —gruñó—, y no podemos devolverlos a la vida. ¡Si queremos salvar a los vivos debemos seguir adelante!

—¡Pero hemos llegado demasiado tarde! —dijo Goldie—. Los soldados ya deben de haber escapado.

—Si hubieran atravesado la Puerta Furtiva —gruñó Broo—, ¿crees que no habría percibido su olor? —negó con su enorme cabeza—. No. Esto no ha sido más que una escaramuza. Aún no se han puesto en marcha. Pero —olfateó el ambiente— está ocurriendo algo en el campamento militar. El Adalid está allí.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé —gruñó Broo—. ¡Pero no me quedaré aquí acobardado como un cachorrito lactante mientras haya una oportunidad de detenerlo!



La llegada del Adalid y la tutora Ilusa al campamento militar provocó cierto revuelo. Uno de los bárbaros desapareció en el interior de una enorme tienda de campaña con aproximadamente una docena de hombres. El Adalid pudo ver sus sombras a través de la lona.

Un momento después, se escucharon unos gritos que parecían corresponder al dialecto antiguo de Merne. Un oficial (a juzgar por la calidad de su casaca) asomó la cabeza a través de la puerta de la tienda y los miró con el ceño fruncido. Después volvió a meterse.

Más gritos. El primer bárbaro volvió a salir a toda prisa.

El Adalid se adelantó, con gesto de suficiencia. Pensó en usar su sonrisa encantadora, pero optó por no hacerlo. Entre gente como esa, una sonrisa podría interpretarse como un signo de debilidad.

—Buen hombre —le dijo al bárbaro. Habló en voz alta para que los ocupantes de la tienda pudieran oírle—. Buen hombre, he venido en una misión. Dígame a su oficial al mando que tengo una propuesta para él. Una propuesta que lo convertirá en un hombre extremadamente rico.

El bárbaro se quedó mirando al Adalid, pero no se movió. Se oyó un murmullo de voces en el interior de la tienda, entonces se abrió la puerta y apareció otro oficial.

No hizo falta que nadie le dijera al Adalid que aquel era el comandante supremo. Bastaba con ver su rostro feroz y perspicaz, su expresión inquebrantable, la posición de firmes que adoptó el soldado bárbaro en cuanto lo vio aparecer.

Ilusa se estaba mordiendo el labio, nerviosa. El Adalid también tenía miedo, pero no era tan tonto como para dejarlo entrever. Por un instante deseó haber traído su espada nueva, en lugar de dejarla escondida en la Casa del Remordimiento. Pero no tardó en

recomponerse. Aquel era el momento que había estado esperando, el momento al que le habían estado conduciendo todos sus planes.

Hizo una breve pausa para saborear el gusto del éxito. Después, dio un paso adelante y le tendió la mano al comandante.

—Soy el Adalid de Alhaja —dijo—. Y quiero que usted invada mi ciudad.

SOMBRAS



Goldie se tendió sobre la hierba y oteó el campamento militar. Tenía la cara y los brazos impregnados de barro, el vientre pegado al suelo. Broo no era más que una sombra a su lado.

Aún quedaban al menos cinco horas hasta el amanecer, pero el campamento bullía de actividad como si fuera un avispero. A la luz de decenas de hogueras, había hombres calzándose los zapatos, enganchándose cantimploras de cuero a la cintura y metiéndose comida en la boca. En algún lugar, un caballo relinchó. El ambiente olía a guerra por todas partes.

Justo enfrente de Goldie, al otro lado de un tramo de barro pisoteado, había una piedra de afilar. Un hombre gigantesco con el pecho descubierto la hacía girar una y otra vez, sus músculos relucían a la luz de la hoguera. Uno de los soldados sostuvo una espada contra la piedra, haciendo saltar chispas, hasta que la hoja de acero quedó afilada e impecable. Sus compañeros esperaban su turno, empujándose unos a otros y soltando sonoras carcajadas rebosantes de violencia.

De pronto un animal batió sus alas desde las alturas. Goldie se encogió. La áspera voz de Morg llegó flotando desde el cielo nocturno.

—¡Traicioooooón! ¡Traicioooooón!

Los soldados murmuraron inquietos. En la oscuridad, junto a Goldie, Broo se estremeció en sus cuartos traseros.

—Morg tiene RRRAZÓN —gruñó—. Yo también percibo el olor a TRRRRAICIÓN. El olor al ansia de RRRRIQUEZAS y SANGRRRRRE!

Se incorporó ligeramente del suelo, la voz le temblaba a causa de la ira.

—¡Yo les daré SANGRRRRRE! ¡ARRRRRASARÉ su pestilente campamento! ¡Le RRRROMPERÉ el cuello al Adalid antes de que nos destruya a todos!

Goldie sintió que en su interior se desataba una furia similar..., la imperiosa necesidad de hacer algo, de hacerlo antes de que el mundo se

hiciera añicos a su alrededor. El aliento se le quedó atascado en la garganta. Sus músculos estaban en tensión.

Desde el fondo de su conciencia, la vocecilla susurró: *¡Piénsalo bien antes de lanzarte al peligro!*

Goldie meneó la cabeza con frustración. ¿Cómo podía pensárselo bien en un momento como ese? Era como tratar de nadar contra una corriente fortísima, salvo que esa corriente estaba en su interior, arrastrándola.

¡Piensa! ¡Piénsalo bien!

Goldie se mordió el labio hasta que se hizo daño y se obligó a quedarse quieta.

—¡Broo, espera!

—Debemos actuar antes de que sea demasiado TARRRDE —gruñó Broo.

—¡Te dispararán! —susurró Goldie—. No conseguirás acercarte siquiera al Adalid.

—CORRRRRERÉ como una sombra. ¡No me verán hasta que la MUERRRRTE caiga sobre ellos!

—Pero hay cientos y cientos de ellos. Y son soldados de verdad, no como nuestros milicianos. ¡Te matarán! Tenemos que pensar en otra forma de detenerlos.

El iracán giró la cabeza y se quedó mirando a Goldie. Sus ojos centelleaban con tanta fuerza que la niña tuvo que apartar la mirada.

—Vale, piensa en algo —dijo con su cavernosa voz—. Pero no tardes demasiado. ¡El fin de todo lo que conocemos está muy cerca!

Se sentó sobre sus cuartos traseros, pero el gruñido que retumbaba en su pecho no amainó.

—Sinew dijo que el museo es como una tetera repleta de vapor —susurró Goldie, dirigiéndose tanto a Broo como a sí misma—. Los tutores han atrancado las salas para que no se puedan mover, de modo que la presión se está incrementando. Así que lo que necesitamos... —titubeó, tratando de pensar un plan mientras hablaba—. Lo que necesitamos es algo que reduzca la presión. Como cuando levantas la tapa de la tetera y dejas salir parte del vapor. Y creo... creo que eso significa que debemos liberar una parte de las cosas indómitas. Dejar que salgan a la ciudad.

—Pero no los soldados —gruñó Broo—. Ni la peste. Ni la criatura que yace en el Viejo RRRRRASGUÑO.

—No. Otra cosa. Algo que no sea tan peligroso. Pero... pero tiene que ser algo grande o puede que no funcione.

Un grito procedente del campamento la distrajo. Uno de los soldados había estado bebiendo de una cantimplora de cuero, y alguien había chocado con él y le había derramado el líquido por la manga. Sus compañeros empezaron a carcajearse. El soldado soltó un improperio y levantó un puño, que solo sirvió para fortalecer las risas. Uno de sus amigos sacó un pañuelo y empezó a restregárselo por la manga, con gesto burlón. Las lentejuelas del pañuelo centelleaban a la luz de la hoguera.

—¡Mira! —susurró Goldie—. ¡Es la pañoleta de Olga Ciavolga!

Durante un instante, Goldie se sintió incapaz de reaccionar. Olga Ciavolga nunca se habría desprendido de su pañoleta por propia voluntad. ¿Dónde estaría? ¿Qué le habrían hecho los soldados? ¿Seguiría con vida, o acaso estaría...?

A Goldie se le empañaron los ojos de lágrimas. Se las enjugó con rabia —aquel no era momento de llorar— y obligó a su mente a volver a centrarse en el problema. ¿Cómo podría liberar una parte de la barbarie del museo? ¿Dónde encontraría algo que fuera lo suficientemente grande como para reducir la presión, pero que no fuera tan peligroso como esos soldados?

Se escuchó una nueva oleada de carcajadas procedentes del campamento. Goldie sintió un hormigueo en la espalda. «La pañoleta. Los nudos. Los grandes nudos...».

Se dio rápidamente la vuelta hacia Broo.

—¿Y si robase la pañoleta y liberase uno de los Grandes Vientos? ¿Saldría soplando hacia la ciudad? ¿Bastaría para reducir la presión?

—No lo sé —respondió Broo—. Ni siquiera Olga Ciavolga ha liberado nunca uno de los Grandes Vientos.

Goldie se quedó mirando fijamente a Broo, mientras su corazón latía desbocado. Era imposible predecir si aquello funcionaría. Quizá empeorase las cosas. Y la sola idea de intentar acercarse lo suficiente a los soldados como para robar la pañoleta le revolvía el estómago. ¿Y si la capturaban? ¿Qué le harían entonces?

No intentes repeler el miedo...

Se pasó la lengua sobre los labios resecaos.

—No se me ocurre otra cosa que podamos hacer, Broo. Voy a intentarlo. Será mejor que tú te quedes aquí.

A Broo se le erizó el pelaje del cuello.

—¡Soy un IRRRRRRACÁN! ¡No nos quedamos a un lado mientras nuestros amigos se lanzan al PELIGRRRRRO!

—Debes quedarte aquí —susurró Goldie—. De esa forma, si... eh... fracaso, aún podrás hacer tú un intento por alcanzar al Adalid.

—No me gusta tu plan. Esos hombres son como gatociosos. Si te atrapan te arrancarán una extremidad tras otra.

—Puede que no —dijo Goldie, aunque tenía un miedo terrible de que el iracán estuviera en lo cierto—. Por favor, quédate aquí.

Broo emitió un gruñido para mostrar su desaprobación. Pero entonces agachó la cabeza y le lamió la cara con su inmensa lengua.

—Eres valiente como un IRRRRRRACÁN. Ve. Yo te estaré observando.

Goldie se dio la vuelta hacia el campamento militar. Aquello iba a ser lo más difícil que había hecho en su vida. Pero las sombras, los ruidos y el bullicio le ayudarían a esconderse. Se tendió entre la maleza. Ralentizó su respiración. Se convirtió en una parte del lodo y la luz de la hoguera. «No soy nada. Soy una sombra...».

Su mente se expandía como las chispas de un fuego. A su lado, podía percibir los lentos y atronadores latidos de Broo. Podía percibir la presencia de una familia de ratones en un punto cercano, que correteaban por aquí y por allá. Podía percibir la codicia, ardiente y aterradora, que emanaba del campamento militar.

«No soy nada. Soy una sombra...».

Silenciosa como una voluta de humo, emergió de entre la maleza y avanzó sobre la tierra desnuda. Había una carreta un poco más adelante. Se escondió detrás de ella y se vio envuelta en el ajetreo del campamento. El roce de las espadas. El murmullo de la piedra de afilar. Las fieras carcajadas de los soldados. Se encogió junto a la rueda de la carreta, deseando poder meterse en un agujero y desaparecer.

Necesitó hacer acopio de todo su coraje para salir a gatas de su escondite tras la carreta. Tenía el estómago revuelto, pero ello no le impidió avanzar con cautela sobre el barro, y la vocecilla de su conciencia le susurró sus consejos. *Mantente entre las sombras. No hagas movimientos bruscos... Los movimientos bruscos llaman la atención. Avanza a través de esa pequeña senda entre las tiendas. ¡Cuidado! ¡Alguien se acerca!*

Un hombre se acercaba tambaleándose por el callejón, apestando a cerveza. Goldie se quedó completamente inmóvil.

«No soy nada. Soy el olor del humo entre la brisa nocturna...».

El soldado gritó algo que Goldie no consiguió entender. Del interior de una de las tiendas emergió un nuevo grito a modo de respuesta. El soldado se rio y se palmeó el pecho con un sonido que recordaba a la detonación de una pistola. Entonces, sin mirar atrás una sola vez, pasó frente a Goldie y salió hacia una zona iluminada por una hoguera.

Los hombres que estaban en torno a la piedra de afilar hacían cada vez más ruido. Dos de ellos habían empezado a pelearse y los demás los jaleaban a gritos. Goldie se agachó entre las sombras de la tienda más cercana a observarlos. Uno de los tipos que formaban parte de esa furibunda muchedumbre era el hombre que tenía la pañoleta de Olga Ciavolga. ¿Pero cuál?

¿Ese?

No.

¡Aquel!

Tampoco. Había demasiados. ¿Cómo iba a encontrarlo?

Un susurro de la vocecilla. *Deja que tu mente busque la pañoleta.*

Goldie dejó que sus pensamientos se proyectaran hacia los soldados. Era difícil ignorar el temible e impetuoso fragor que emanaba de ellos, pero se obligó a pensar en otras cosas.

«Vientos, grandes y pequeños. Una brisa fresca en mitad del verano. Una pañoleta anudada».

¡Y ahí estaba, como una chispa brillante en mitad de la oscuridad! Ahora podía ver al soldado, que merodeaba en torno a la muchedumbre, palmeando a sus compañeros en la espalda y riéndose a carcajadas. Llevaba la pañoleta en el bolsillo derecho.

Goldie emergió de la sombra de la tienda, con la mirada fija en el soldado. El miedo y la turbación se desplegaron en su interior, pero Goldie dejó que se disiparan. «No pienso. No tengo nada. Soy una sombra...».

La muchedumbre se revolvía hacia adelante y hacia atrás. Los gritos eran tan fuertes que resultaban casi ensordecedores. El soldado, su soldado, había salido con grandes pasos del círculo formado por sus compañeros, y Goldie pensó que lo había perdido. Pero no, ahí estaba de

nuevo, plantado con las manos en las caderas y negando con la cabeza como si lamentara el rumbo que estaba tomando la pelea.

Goldie estaba ya muy cerca. Solo un poco más. Despacio. Despacio. «Ajá...».

Mientras los hombres seguían peleando y gritando, la sombra en que se había convertido Goldie alargó la mano. La deslizó hacia el interior del bolsillo. Cerró los dedos sobre la pañoleta...

Entonces se oyó de repente un alarido y la multitud se apartó a un lado. El soldado que estaba delante de Goldie salió disparado hacia atrás, justo contra ella. Goldie soltó la pañoleta y sacó rápidamente la mano del bolsillo del soldado. Perdió pie y cayó al suelo.

Volvió a ponerse en pie casi de inmediato. «¡No soy nada!». «¡Soy una sombra!».

Pero era demasiado tarde. Ya la habían visto.

Antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, se vio rodeada por una multitud de hombres inmensos y vociferantes. Retrocedió unos pasos, las piernas le temblaban tanto que apenas podía mantenerse en pie. Uno de los hombres la agarró del pelo con su enorme puño y tiró hacia arriba, hasta obligar a Goldie a ponerse de puntillas. Le miró a la cara, después se dio la vuelta y gritó a sus compañeros:

—¡Es una chiquilla!

Los hombres discutieron brevemente sobre lo que debían hacer con ella. Entonces dos de ellos la apartaron del resto y se la llevaron más allá de la piedra de afilar, hasta un espacio abierto entre dos carretas.

—¡Por aquí! —gritaron, mientras empujaban a Goldie hacia una hoguera donde una docena de hombres se servían comida de un caldero.

—¿Quesesto? —gruñó el encargado del caldero— ¿Nos habéis traído algo pa cenar? —agarró a Goldie del brazo y le pegó un fuerte pellizco—. ¡Ja! Esta no tié pellejo ni pa empezar. ¡Habrà qu'hacé una sopa con ella!

Los soldados soltaron una risotada estridente y siguieron empujando a Goldie. Más allá de una fila de caballos, más allá de un amasijo de tiendas y carretas, y de una parcela de terreno ensangrentado donde dos hombres estaban descuartizando a una cabra. Goldie empezó a sentirse mareada. Su corazón era apenas un pequeño bulto endurecido en su interior. Había fracasado. Broo no tardaría en lanzar su ataque contra el Adalid y lo matarían en el intento. Mamá y papá estaban condenados. La ciudad estaba condenada. Todo estaba condenado.

¡Mira! , susurró la vocecilla de su conciencia. *Allí, al lado de la carreta .*

«¿El qué?», pensó Goldie, desesperada. «¿Qué es lo que tengo que mirar? ¡Todo se ha echado a perder!». Pero miró a pesar de todo y vio una sombra por la que sus ojos parecían pasar de largo...

El corazón le dio un vuelco. ¡Flema! ¡Debió de haber llegado apenas unos minutos después que ella! ¡Y ahora estaba allí! Quizá, solo quizá, aún no estuviera todo perdido.

Los soldados la siguieron empujando frente a unas cuantas carretas más y otro puñado de tiendas apretujadas. Y de repente apareció el Adalid, en mitad de un círculo de antorchas llameantes, con la tutora Ilusa a su lado. Estaba enfrascado en una conversación con otro hombre, que tenía pinta de oficial.

Uno de los soldados gritó. Tres cabezas se giraron. Goldie vio cómo la sorpresa se dibujaba en el rostro del Adalid.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

Los soldados empujaron a Goldie hacia el círculo de antorchas.

—¡Ahí quietica! —gritaron—. ¡Quietica o te pegamo un tiro!

El oficial, que llevaba una casaca de terciopelo con alamares plateados, se quedó mirando a Goldie con curiosidad. Tenía los ojos azules y una mirada helada. Goldie vio que la tutora Ilusa susurraba algo al oído del Adalid. El Adalid enarcó una ceja y se dio la vuelta hacia el oficial.

—Lamento la interrupción —dijo—. Esta niña es de la ciudad. Por favor, acéptela como un presente. Mi ayudante asegura que será una esclava excelente.

Goldie se quedó con los ojos desorbitados por el terror. ¿Una esclava? El oficial murmuró algo. Uno de los soldados la agarró por el codo y le abrió la boca con las manos como si quisiera comprobar el estado de su dentadura. Goldie le mordió. Sorprendido, el soldado soltó un alarido y le pegó un tortazo.

—¡Ay! —gimió Goldie.

—Puede ser un poco problemática —se apresuró a decir el Adalid—, pero seguro que podrá amansarla con unos cuantos golpes. Y ahora, volvamos a los negocios. Hemos acordado, si no me equivoco, que tras la invasión yo seré el Protector Supremo de toda la península.

El oficial asintió.

—T'amos d'acuerdo —tenía la voz grave y hablaba con lentitud, como si midiera cada palabra antes de dejar que escapara de su boca.

—Por supuesto, el nuevo Protectorado no será como el actual —dijo el Adalid—. Creo que una dictadura me encajaría mejor.

A Goldie le seguía doliendo la cara por el tortazo, pero se quedó mirando al líder de los tutores sagrados con incredulidad.

—Tan pronto como me haya asentado en el puesto —prosiguió el Adalid—, permitiré que usted y sus hombres saqueen las ciudades de Dicho y Edicto, que están al sur de la península. Son ciudades tan ricas como Alhaja, así que se verán bien recompensados por las molestias. Y si quieren tomar esclavos, se puede arreglar. Conozco... eh... unos cuantos niños especialmente apropiados para ello.

El oficial volvió a asentir, como si aquella propuesta le pareciera perfectamente razonable.

Era un hombre terrorífico, aquel oficial. Era más bajo que el Adalid, y no tan atractivo, pero Goldie tenía la sensación de que una vez que él y sus hombres se pusieran en acción, serían imparables.

Goldie volvió a mirar al Adalid. Comparado con los soldados, todos esos aires de grandeza y elegancia que se daba parecían de repente una farsa. Era como un perrillo mecánico que creía ser capaz de controlar a una manada de iracanes.

Al pensar en eso, Goldie sintió cómo una intensa furia crecía en su interior. El Adalid, el hombre que estaba encargado de proteger a los niños de la ciudad, estaba dispuesto a venderlos como esclavos, ¡solo para proclamarse dictador! ¡E Ilusa, una tutora sagrada, le estaba ayudando!

Miró al soldado que estaba a su derecha. Era el hombre que tenía la pañoleta, pero no había forma de poder robársela, no mientras le mantuviera agarrado el brazo con tanta fuerza. Goldie miró fijamente más allá de la luz de la hoguera, hacia las sombras, tratando de localizar a Flemo.

—¡Entonces está decidido! —exclamó el Adalid—. ¿Cuánto tiempo tardará en tener listos a sus hombres? ¿Un semana?

—Si se trata d'una guerra, ellos 'tán siempre listos —dijo el oficial—. Saldremos ya.

—¿Ya? —dijo el Adalid. Aquello pareció cogerlo desprevenido, como si no hubiera esperado que las piezas fueran a encajar tan fácilmente.

—Es buen momento —dijo el oficial—. Sorprenderemos a la ciudad mientras duermen. La sorpresa 'tá bien —entonces alzó una mano. Por detrás de él, sonó una corneta.

Si el campamento era como un avispero, las cuatro notas de la corneta produjeron el mismo efecto que si alguien lo hubiera golpeado con un palo. Goldie tuvo la impresión de que, por un instante, todo el mundo dejó de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron en silencio. Entonces el ajetreo comenzó de nuevo, con más estridencia que antes. Los soldados pisotearon las hogueras para reducirlas a ascuas, y se pusieron yelmos o sombreros de ala ancha. Comenzaron a rugir órdenes. Los escuadrones formaron en columnas con los mosquetes colgados al hombro. Otros llevaban espadas, y algunos unas picas largas y aterradoramente afiladas.

Goldie miró desesperada a su alrededor, tratando de localizar a Flemo. Y entonces, pegada al borde de aquel círculo iluminado, atisbó una sombra. Se fijó mejor y vio unos dedos pálidos que se agitaban a toda velocidad. *¡Debemos detenerlos! ¡YA!*

La corneta sonó de nuevo. Se sumaron una serie de tambores. Los soldados comenzaron a desfilar.

Era como ver ponerse en marcha el mecanismo de una gigantesca maquinaria. Brazos y piernas que se movían al unísono. Rostros sombríos con la mirada fija en el horizonte como si estuvieran tallados en rocaíndigo. *Purrum, purrum, purrum*, resonaban los tambores. Izquierda derecha, izquierda derecha, avanzaban los soldados en dirección a la Puerta Furtiva.

Era un conjunto tan inmenso, ruidoso y terrorífico que Goldie sintió que le faltaba el aliento. Los latidos de su corazón le retumbaban en los oídos. Su mente funcionaba a toda velocidad. Miró desesperada a los soldados, y los tambores, y las picas, y el barro...

¡El barro! , gritó la vocecilla de su conciencia. ¡El BARRO!

Y de repente, Goldie supo lo que debía hacer. Con la mano libre, hizo señas hacia las sombras. *¡Barro!* Después, señaló al oficial.

Pasó un buen rato sin que ocurriera nada. Goldie contuvo el aliento. Entonces las sombras se movieron y Flemo se adelantó hacia la luz. Ondeó el brazo. Una enorme bola de barro salió volando de su mano y se estampó directamente sobre la casaca de terciopelo del oficial.

El oficial soltó un grito, sorprendido y furioso. El hombre que estaba a la izquierda de Goldie salió disparado hacia Flemo, pero el muchacho ya había echado a correr entre las tiendas y las carretas. Los demás soldados siguieron avanzando, izquierda derecha, izquierda derecha, como si no hubiera ocurrido nada.

El oficial se quedó mirando su estropeada casaca y rugió una orden. El tipo que estaba a la derecha de Goldie le soltó el brazo, se metió la mano en el bolsillo... y sacó la pañoleta de Olga Ciavolga.

Goldie se la arrebató de la mano y echó a correr.

RESCATE



Goldie corrió entre las tiendas mientras oía las fuertes pisadas de sus perseguidores. Comenzó a hurgar en el nudo más grande de la pañoleta de Olga Ciavolga. *BRRRRRRMMMMMM* , vibraba. *BRRRRRRMMMM* .

Por detrás de ella, las pisadas estaban ganando terreno. Se oyó de nuevo el sonido de la corneta. Esta vez las notas parecían formar una frase. *¡No tengáis piedad! ¡No tengáis piedad! ¡NO TENGÁIS PIEDAD!*

BRRRRRRMMMMMMMMMMMMMM, retumbaba el nudo de la pañoleta. Izquierda derecha, izquierda derecha, marchaban los soldados hacia la Puerta Furtiva.

Se oyó un grito justo por detrás de Goldie, y alguien alargó la mano y le agarró del brazo. Goldie se agachó y se revolvió para liberarse, mientras seguía forcejeando con el nudo, pero no había manera de deshacerlo.

Otro grito. La mano volvió a agarrarle el brazo, esta vez con más fuerza. Goldie trató de soltarse, pero el soldado la tenía bien aferrada. La levantó del suelo de forma que Goldie se quedó indefensa, dando patadas al aire.

El soldado alargó la mano para coger la pañoleta.

Y de repente apareció Flemo, emergiendo del otro lado de una carreta. Fue corriendo directo hacia el soldado y le pegó un patadón en la espinilla. El soldado dejó caer a Goldie y agarró a Flemo. Zarandeó al muchacho, furioso, sin parar de gritarle. Otro soldado llegó corriendo, con una expresión sanguinaria en el rostro, la espada desenvainada. El filo centelleaba a la luz de las hogueras. El soldado tomó impulso y dirigió la espada hacia el estómago de Flemo...

Desesperada, Goldie siguió tratando de deshacer el nudo. Tenía la impresión de que sus manos se habían vuelto torpes y adoptado un tamaño desmesurado. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Vio el rostro de Flemo, pálido por el terror. Vio la espada que se balanceaba hacia él...

Y, justo a tiempo, sus dedos desentrañaron el secreto del nudo. Lo deshizo. Las vibraciones se detuvieron. El soldado de la espada vaciló.

Se produjo un momento de silencio... y entonces el estruendo comenzó de nuevo. Pero ya no estaba aprisionado dentro de la pañoleta. Ahora se desplegaba a su alrededor.

A partir de ese momento todo cambió muy deprisa. Las tiendas, que estaban bien sujetas, comenzaron a agitarse y a desgarrarse. Una de ellas perdió sus sujeciones y salió volando como un inmenso pájaro blanco. Al mismo tiempo, la corneta y los tambores enmudecieron. El sonido de las pisadas se apagó. El soldado que estaba sujetando a Flemo lo soltó. El hombre de la espada se dio la vuelta como si no hubiera tenido un pensamiento asesino en su vida.

Goldie agarró a Flemo del brazo y lo arrastró hacia el otro lado de la carreta más próxima. El muchacho estaba temblando de pies a cabeza. A su alrededor, las tiendas aleteaban cada vez con más fuerza. Los soldados echaron a correr por el campamento, amarrando las tiendas y tranquilizando a los caballos. No se fijaron en los dos niños, y parecían haberse olvidado de la invasión de Alhaja.

«Ha funcionado», pensó Goldie. «La presión se ha reducido. Las salas de la guerra se están apaciguando».

Todo lo contrario que el Gran Viento, que se extendía por el campamento como un río desbordado. Dejó a los soldados en paz, como si supiera que aquel era el lugar al que pertenecían, en las entrañas del museo, y que no debían ser liberados al mundo exterior. Pero envolvió a Goldie y a Flemo como si fuera una mano gigantesca y comenzó a empujarlos hacia la Puerta Furtiva.

Era imposible resistirse ante él. Los niños avanzaron, medio corriendo y medio tambaleándose, a través del campamento, dejaron atrás las carretas, dejaron atrás a Broo, que avanzaba en dirección contraria como si el Gran Viento no fuera más que una brisa.

—¡Broo! —exclamó Goldie—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ven con nosotros!

—¡Voy a encontrar a Herro Dan y a Olga Ciavolga! —rugió Broo. Alzó la cabeza. Sus fosas nasales se ensancharon—. ¡Ajá, ya tengo su olor! —y entonces él también desapareció.

Goldie y Flemo cruzaron a trompicones la pradera y atravesaron la Puerta Furtiva. Por delante de ellos, Goldie pudo ver al Adalid y a la tutora Ilusa. El viento también los había agarrado, mientras ellos intentaban retroceder en vano.

El viento cerró la Puerta Furtiva con un portazo y empujó a los niños hacia Monte Harry. A su alrededor, los clavos comenzaban a salirse de

los tablones, produciendo unos sonidos que parecían disparos. Las salas se movían cuando entraban corriendo en ellas y volvían a moverse cuando salían, también corriendo, de ellas, como si el museo se estuviera estremeciendo, aliviado. Por delante de ellos, la tutora Ilusa y el Adalid protestaban a gritos mientras el viento seguía empujándolos, hostigándolos.

Los niños corrieron a través del descampado. La acequia ya no tenía agua, a su paso había quedado una ciénaga de lodo maloliente. Goldie y Flemo descendieron por un lado y ascendieron por el otro. Corrieron a través de amplios pasillos, dejando atrás los expositores destrozados, y cruzaron la derruida puerta reservada para el personal. Atravesaron las dependencias delanteras y pasaron bajo el arco de piedra hasta llegar al vestíbulo de la entrada.

Y allí estaban la tutora Ilusa y el Adalid, aún por delante de ellos, agarrándose a la puerta abierta mientras el viento trataba de expulsarlos para siempre del museo.

—¡En nombre de los Siete, os ordeno que os detengáis! —gritó el Adalid

Pero Goldie y Flemo ni siquiera redujeron el paso. Salieron corriendo por la puerta y atravesaron el callejón, seguidos por el aullido del viento. Entonces llegaron a trompicones a campo abierto... y se detuvieron.

La ciudad estaba casi irreconocible. Unas nubes negras se extendían a toda velocidad por el cielo como si fueran una interminable bandada de aves carniceras que ocultaba la luna. Estaba lloviendo a mares. Los árboles, arbustos y faroles de acuagás se agitaban como si estuvieran intentando arrancarse de raíz.

—¡Atrapadlos! —gritaba el Adalid, que los seguía de cerca—. ¡No dejéis que se escapen!

Los niños siguieron avanzando por la calle, con la cabeza agachada para protegerse de la furia de la tormenta. Doblaron una esquina tras otra, hasta que consiguieron despistar a sus perseguidores. Treparon una verja y atravesaron un jardín privado dando traspiés. La lluvia les azotaba la cara. En algún lugar cercano, las tejas de un edificio se estrellaron contra el suelo.

«Si se desata un Gran Viento, destruirá todo lo que encuentre a su paso».

Goldie agarró a Flemo del brazo y tiró de él para llevarlo al abrigo de un muro.

—¡Esto va a ir a peor! —el viento era tan fuerte que tuvo que gritar—. ¡Debemos alertar a la gente!

Flemo tenía la mirada oscurecida por el terror, como si la sombra de la espada siguiera colgando sobre él. Goldie no estaba segura de que la hubiera escuchado. Lo intentó de nuevo.

—¡Deberíamos ir a buscar a Sinew! —gritó—. Está encerrado en la Casa del Remordimiento. También mamá y papá. Y tus padres —se forzó a sonreír—. Ay, cielos, ¿qué vamos a hacer?

Algo cambió en la mirada de Flemo. La sombra se disipó un poco. Seguía estando muy pálido, pero consiguió devolverle la sonrisa a Goldie.

—Supongo que tendremos que sacarlos a la fuerza...



El Adalid descendió a trompicones por la colina, siguiendo a Ilusa y maldiciendo en voz alta. Sus maravillosos planes se habían ido al traste. ¡Y ahora hasta el clima se había vuelto contra él! Nunca había experimentado una tormenta como esa, y parecía estar empeorando.

Tropezó con una rama y volvió a maldecir. Las luces de la ciudad se habían apagado, todo había quedado sumido en la oscuridad salvo por una parcela iluminada en el barrio antiguo, allí donde el Gran Auditorio brillaba como un sol remoto.

Oyó un nuevo sonido, un gemido distante. Ilusa le agarró del brazo.

—¡Señoría! ¡Son los diques!

El Adalid se puso a escuchar. ¡Así era! Se quedó oteando la oscuridad, meditabundo. Si los diques se rompían, el barrio antiguo quedaría inundado, provocando cientos de muertes (qué lástima, ¡sobre todo si su hermana se encontrase entre los muertos!). Los supervivientes recibirían con los brazos abiertos una mano firme, alguien que tomara el control, que devolviera el orden a sus vidas.

Y por lo que sabía, ¡aquella tormenta podría estar desatándose por toda la península! En cuyo caso, Dicho y Edicto también estarían receptivas para una toma de poder.

Una oleada de entusiasmo recorrió su interior. Las cosas no estaban tan mal como había pensado. ¡No necesitaba a esos bárbaros del otro lado de la Puerta Furtiva! ¡Lo único que tenía que hacer era asegurarse de sobrevivir a la tormenta!

Se enjugó la lluvia de los ojos. ¿Debería tratar de llegar a su oficina temporal? No, era posible que el tejado no resistiera, y no tenía intención de quedarse encogido en la oscuridad como un animal mientras el caos se desataba a su alrededor.

Pero el Gran Auditorio tenía sus propias reservas de acuagás. ¡Míralo, brillando como un faro! Si los diques se derrumbaban, las partes más bajas del auditorio quedarían inundadas, pero en el piso superior, bajo la cúpula, estaría completamente a salvo.

Agarró a Ilusa de la manga y alargó un dedo para señalar.

—¿Ves eso? —gritó—. ¡Es allí adonde vamos!

—¿Pero qué pasa con los niños? ¿Y si se escapan y le cuentan a la gente lo que ha ocurrido?

—Estarán de camino a sus casas. ¿Dónde viven?

—En el barrio antiguo.

—En ese caso —gritó el Adalid—, no hace falta que nos preocupemos por ellos. ¡Si no han muerto ya, no tardarán en hacerlo!



La Casa del Remordimiento era un edificio que recordaba a un búnker achaparrado con unas ventanas diminutas. Desde fuera parecía tener un solo piso, pero todo el mundo en Alhaja sabía que había al menos tres niveles de celdas, todos ellos contruidos bajo tierra.

Lo normal es que hubiera varios tutores sagrados patrullando ante el edificio, observando a los transeúntes en busca de cualquier indicio de Herejía. Pero cuando Goldie y Flemo se abrieron camino a través del viento y de la lluvia hasta los escalones de la entrada, no había ni rastro de aquellas togas negras que conocían tan bien.

Los niños subieron a duras penas por los escalones y cruzaron la puerta. Fue un alivio poder resguardarse de la tormenta, aunque todo a su alrededor estuviera negro como el alquitrán y el ruido siguiera siendo tremendo. Las ventanas se agitaban en sus marcos. El tejado de hierro chirriaba y pegaba golpetazos como si estuviera a punto de desprenderse y salir volando. Desde algún lugar distante llegó un sonido que era como un lamento que le produjo dentera a Goldie.

Flemo y ella atravesaron varios vestíbulos oscuros cogidos de la mano, en busca de una escalera que bajara hasta las celdas. La encontraron

de casualidad. Iban avanzando a tientas, siguiendo el trazado de una pared, cuando de repente Flemo perdió pie y se cayó por los primeros escalones, arrastrando consigo a Goldie.

Recuperaron el equilibrio y siguieron descendiendo con cuidado. Bajaron por un largo tramo de escaleras, después por otro, hasta que el ambiente se volvió más frío y el sonido de la tormenta quedó amortiguado. Después de tanto estruendo, Goldie se sintió rara en medio de tanto silencio.

—Vi a tu hermana —susurró.

A pesar de la oscuridad, Goldie supo que Flemo se había quedado mirándola, sorprendido.

—¿Está bien?

—Es igualita que tú. ¡Por supuesto que está bien!

Siguieron descendiendo por otro tramo de escaleras.

—Ya debemos de estar a mucha profundidad —susurró Flemo—. No puede faltar mu...

Se quedó inmóvil. Goldie oyó un ruido que emergía del suelo que se extendía bajo sus pies. Flemo le agarró la mano con tanta fuerza que le hizo daño. El sonido se repitió. Era el tenue rasgueo de las cuerdas de un arpa.

Flemo soltó de golpe la mano de Goldie.

—¿Sinew? —gritó.

—¡Por todos los cerdos silbadores! —exclamó alguien, asombrado—. ¿Eres Flemo?

Se oyó el chasquido de una yesca. Un fósforo resplandeció. Y allí, apenas unos escalones más abajo, había media docena de oficiales de la milicia. Tenían una expresión sombría y estaban pegados hombro con hombro, como si tuvieran intención de proteger a quien estuviera detrás de ellos con sus vidas.

—¡Eh, abrid paso! —dijo Sinew—. No es el Adalid y sus compinches. ¡Es Flemo!

Alguien asomó un brazo para abrirse camino entre los oficiales, seguido de un hombro que se contoneaba en una postura incómoda. Y ahí estaba Sinew, con el arpa en la mano, mirando asombrado a Goldie y a Flemo. Detrás de él estaba la Protectora.

Goldie dobló ligeramente las rodillas, aliviada. Flemo bajó de un salto las escaleras y corrió a abrazar a Sinew.

—¡Pensamos que tendríamos que rescatarte! —dijo.

—Bueno, como puedes ver, ya nos hemos rescatado solitos —dijo Sinew—. Los tutores sagrados se marcharon hace un rato, cuando se apagaron las luces. En cuanto dejaron de vigilarnos, me ocupé de los candados.

Levantó la cabeza para mirar a Goldie.

—¿Estáis bien los dos?

Goldie asintió.

—Nos llevaron a Supervisión, pero nos escapamos.

—Supuse que lo haríais —Sinew sonrió un instante, antes de ponerse serio otra vez—. No podemos quedarnos mucho más aquí. Los tutores sagrados podrían regresar. Y tenemos que rescatar a Broo.

—Goldie ya se ha encargado de eso —dijo Flemo.

Sinew se quedó patidifuso.

—Ah, bien. Entonces iremos directamente al museo. No hay tiempo que perder. Hay que detener al Adalid.

—También nos hemos encargado de eso —dijo Goldie.

Sinew volvió a quedarse estupefacto. Después, lentamente, empezó a reír.

Durante todo ese tiempo los oficiales habían estado encendiendo un fósforo tras otro, y cuchicheando entre ellos y con la Protectora. Ahora la Protectora se dirigió a Sinew y le preguntó en voz baja:

—¿Son estos los niños de los que nos hablaste?

Sinew asintió. Se escuchó un estrépito de cristales rotos que procedía de algún punto por encima de ellos. La Protectora levantó la cabeza alarmada.

—¿Qué ha sido eso?

—Es la tormenta —dijo Goldie—. ¿Conoce a los soldados que hay al otro lado de la Puerta Furtiva? El Adalid les prometió plata y esclavos si invadían Alhaja y lo convertían en dictador...

—¿Qué?

—Debería haberlos visto —dijo Flemo—. ¡Había cientos de ellos, con mosquetes, picas y tambores! ¡Y todos marchaban hacia la Puerta Furtiva!

—Tenían la pañoleta de Olga Ciavolga, así que la robamos...

—Tú la robaste —dijo Flemo.

—Y tú le tiraste el barro al oficial.

—Sí, pero fue idea tuya. Y funcionó de maravilla, Sinew. ¡Plas! Directo sobre su casaca de gala.

—Por eso, estuvieron a punto de matar a Flemo —dijo Goldie.

Sinew pareció horrorizado.

—¿Estuvieron a punto de matarte, Flemo?

—¡Me iban a clavar una espada en las entrañas! Pero Goldie me salvó. Deshizo uno de los nudos de la pañoleta justo a tiempo...

—... y liberé el Gran Viento —dijo Goldie.

Sinew asintió lentamente.

—Eso serviría para reducir notablemente la presión. Y entonces, ¿las salas del otro lado de la Puerta Furtiva se apaciguaron?

—Al momento —dijo Goldie—. En cuanto deshice el nudo.

—Estupendo —dijo Sinew, muy satisfecho—. Confiemos en que sigan tranquilas...

Goldie lo interrumpió.

—¡Pero ahora el Gran Viento está suelto por la ciudad!

Hizo una pausa, buscando en el rostro de Sinew cualquier indicio que le dijera que había tomado una decisión errónea. Pero Sinew se limitó a decir:

—Podemos lidiar con el Gran Viento mucho mejor que con un ejército invasor o con el estallido de una plaga. Habéis hecho un buen trabajo, los dos. Nadie podría haberlo hecho mejor.

La Protectora y los oficiales comenzaron a subir corriendo por las escaleras. Goldie y Flemo se quedaron quietos.

—Mamá y papá están aquí, en alguna parte —dijo Goldie—. También los padres de Flemo y algunos chicos de Supervisión. Tenemos que encontrarlos.

—Que me aspen —dijo Sinew—, ¿cómo he podido olvidarme? Yo iré a buscarlos. Vosotros salid con la Protectora. Seguramente querrá haceros algunas preguntas más.

Goldie titubeó.

—No te preocupes —dijo Sinew—. Los sacaré de sus celdas en un periquete —meneó los dedos y sonrió—. No hay candado que se me resista. Pero necesitaré algo de luz.

—Tenga —dijo uno de los oficiales, que comenzó a patear la barandilla de madera hasta que se soltaron varios listones. Después, desgarró unos jirones de su camisa, envolvió con ellos los listones y les prendió fuego. De ese modo, Sinew marchó con una antorcha improvisada en la mano.

A Goldie le habría gustado ir con él, pero la Protectora y los oficiales ya la estaban atosigando a preguntas, así que se mordió el labio y se dijo que debía conservar la paciencia un poco más. Cuando los oficiales se enteraron de que tantos compañeros suyos de la milicia habían muerto, negaron con la cabeza apesadumbrados.

—¿Y el Adalid? —dijo la Protectora—. ¿Dónde está?

—En algún rincón de la ciudad —dijo Goldie—. La tutora Ilusa y él nos estuvieron persiguiendo, pero los despistamos.

La Protectora miró rápidamente a sus oficiales.

—Deben arrestarlos en cuanto los vean. Sobre todo al Adalid. De esta no se escapa.

Ya casi habían llegado a lo alto de las escaleras y el estruendo de la tormenta volvió a desplegarse con toda su fuerza. El ruido que recordaba a un lamento se había vuelto más intenso.

—¡Son los diques! —gritó la Protectora—. No resistirán una tormenta como esta. Y si se vienen abajo, el barrio antiguo se inundará por completo. Debemos llevar a la gente a terreno elevado.

—No se olvide de Supervisión —gritó Flemo—. Mi hermana está allí.

—Supervisión está al principio de mi lista —dijo la Protectora, muy seria.

—Tendremos que despejar este lugar antes de marcharnos —gritó uno de los oficiales—. No podemos dejar que la gente se ahogue en sus celdas. Veré si consigo encontrar algunas llaves para echarle una mano a Sinew —entonces cogió una antorcha y se marchó a toda prisa.

Los siguientes minutos los dedicaron a hacer planes. Goldie y Flemo se encontraron apartados del grupo mientras los adultos restantes discutían sobre cuál sería el lugar más seguro para llevar a la gente.

—Llévenlos al museo —gritó Goldie—. Ahora debería estar tranquilo.

Nadie le hizo caso. Así que se abrió paso entre dos de los oficiales y volvió a gritar:

—¡El museo! ¡Allí estarán a salvo!

La Protectora y los oficiales se quedaron mirándola durante un instante; después, asintieron con la cabeza y volvieron a apartarla de en medio.

—Tendremos que dividirnos y repartirnos el barrio antiguo —gritó la Protectora—. De lo contrario, no podremos rescatar a todo el mundo a tiempo.

—Idiotas —le susurró Flemo a Goldie al oído—. No lo conseguirán si no cuentan con nosotros.

Goldie oyó un gemido ahogado procedente de las escaleras y se dio la vuelta para mirar. Un pequeño grupo de gente se dirigía hacia ella con paso tambaleante, apoyándose los unos sobre los otros para no perder pie. La antorcha de Sinew les iluminaba la cara.

El corazón de Goldie estuvo a punto de saltarle del pecho.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Papá!

A su lado, Flemo repitió aquellas mismas palabras:

—¡Mamá! ¡Papá!

EL GRAN VIENTO



Pasó un rato antes de serenarse el ambiente. Goldie corrió a abrazar a mamá y a papá y rompió a llorar.

—Lo siento, lo siento —dijo—. ¡No quería que os encerrasen!

A su lado, oyó que Flemo les decía a sus padres más o menos lo mismo.

—Estamos perfectamente —dijo papá mientras la abrazaba con fuerza—. Un poco hambrientos, eso es todo.

—Pero cariño, ¡mira tus pobres bracitos! —dijo mamá—. ¿Eso es un arañazo? ¿Te has hecho daño? ¡Ay, déjame ver!

Soltó un grito por cada uno de los cardenales y heridas de Goldie, y la inspeccionó en busca de cualquier indicio de fiebre. A su alrededor, seguían subiendo nuevos prisioneros por las escaleras, con gritos de agradecimiento y un sonoro cántico:

—Paseeeeeé tres años en galeraaaaaaas...

Llegados a ese punto, Sinew se estaba paseando de un lado a otro de la estancia, con gesto de ansiedad.

—¡No podemos quedarnos aquí! —gritó—. Debemos llevar a los prisioneros más débiles directamente al museo. Y vosotros, chicos, tenéis que ayudarme.

La Protectora se apresuró a intervenir.

—Varios oficiales van a ir a Supervisión. Uno de los chicos deberá acompañarlos, para mostrarles dónde están los dormitorios.

Goldie se recostó entre los brazos de papá. Parecía como si llevara una eternidad sin dormir, y le dolía el cuerpo entero por el cansancio. «Pero aún queda mucho por hacer».

El papá de Flemo alzó una mano temblorosa. Estaba escuálido y tuvo que apoyarse en el hombro de su hijo para no perder pie.

—¡Yo iré con ellos! Nuestra hija está en Supervisión.

La Protectora negó con la cabeza.

—Lo siento, Herro...

—Hahn. Esmerado Hahn. Y esta es mi esposa, Blandita.

—Lo siento, Herro Hahn, pero usted los ralentizaría demasiado. Será mejor que vaya con su esposa directamente al museo. No se preocupen, los oficiales encontrarán a su hija y se la devolverán —entonces se dirigió a Sinew—. Nos hemos repartido el barrio antiguo. Debemos ponernos manos a la obra de inmediato. El gemido de los diques está empeorando y no sé si seremos suficientes como para llegar a todas las casas a tiempo.

—¡Yo ayudaré! —gritó Flemo.

—¡No! —exclamó su mamá—. Tú te vienes con nosotros. Te mantendremos a salvo.

—¡Pero me necesitan!

Uno de los oficiales negó con la cabeza.

—No podemos mandar a unos niños solos ahí afuera.

Flemo frunció el ceño.

—¿Y cómo se piensa que hemos estado todo este tiempo? ¡No somos unos bebés!

En lo alto, el tejado traqueteaba como loco.

—¡Yo también ayudaré! —gritó Goldie.

—¡No! —dijo mamá—. ¡Es demasiado peligroso!

—Tiene razón. ¡Lo prohíbo! —gritó la Protectora.

Sinew se rio y le dio una palmadita amistosa a la Protectora en la espalda.

—Prohíba todo lo que quiera, le aseguro que irán de todas formas, en cuanto les quite los ojos de encima. Además, los necesitamos. Son rápidos e inteligentes. No conseguiremos despejar la zona sin ellos.

—Pero... ¿pero quién les hará caso? —tartamudeó uno de los oficiales—. ¿Quién va a hacer caso de un niño cuando les diga que deben abandonar sus casas?

Sinew le guiñó un ojo a Goldie.

—Se sorprenderían. El mundo que conocíamos ha cambiado esta noche. ¡La barbarie ha vuelto en todo su esplendor a la ciudad!



En cuanto Goldie salió de la Casa del Remordimiento, el viento la golpeó, la lluvia le azotó el rostro y la oscuridad se volvió tan cerrada que enseguida perdió de vista a los demás. El único punto de referencia que le quedaba era el Gran Auditorio, el tenue resplandor de su cúpula entre la tormenta.

Atravesó a duras penas el camino, cada paso era una pelea contra el viento. El gemido de los diques se tornaba cada vez más intenso. Cruzó el puente de Troncobarca y caminó con paso tambaleante por el canal del Templo hacia la zona que los oficiales le habían asignado.

En la primera casa, un hombre acudió a la puerta con un farolillo, en respuesta a sus insistentes llamadas. Observó a Goldie a través de una estrecha apertura en la puerta, con el rostro pálido y asustado.

—¡Los diques se van a derrumbar, Herro! —gritó Goldie—. ¡Tiene que venir conmigo!

El hombre la miró con los ojos desorbitados.

—¿Goldie Roth? ¿Eres tú?

—¡Herro Oster!

Era el padre de Jubi. La tormenta había desorientado tanto a Goldie que no había reconocido la casa.

Frou Oster echó a un lado a su esposo, llorando.

—¿Goldie Roth? ¡No puede ser! ¡Ay, mi niña, tus pobres padres! Intentamos ayudarlos, pero los tutores sagrados...

—No puedes entrar —interrumpió Herro Oster con brusquedad—. No podemos correr el riesgo.

—¿Pero dónde has estado? —exclamó Frou Oster—. ¡Pensábamos que habías muerto!

—¡No hay tiempo para explicaciones! —gritó Goldie—. ¡Tienen que venir conmigo! ¡Los llevaré a un lugar seguro!

Herro Oster se puso todavía más pálido.

—¿Marcharnos con una fugitiva? Los tutores sagrados se nos comerían para desayunar.

—Además, es demasiado peligroso —gritó Frou Oster—. Aquí estaremos más seguros.

—¡No, no es así! ¡El barrio antiguo se va a inundar! ¡Tienen que venir conmigo! ¡Son órdenes de la Protectora!

Herro Oster negó con la cabeza y empezó a cerrar la puerta. Por detrás de él, alguien dijo:

—¿Qué está pasando, papá?

—Vuelve a entrar en casa, Júbilo —le ordenó Herro Oster. Pero fue demasiado tarde.

—¿Goldie? —dijo Júbilo, asomando por debajo del brazo de su padre—. ¿Dónde has estado? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has venido sola?

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Herro Oster, enfurecido.

—Escuche, Herro —dijo Goldie—. Escuche la tormenta. Si se quedan aquí, se ahogarán.

Se oyó el estallido de unas ventanas rotas. La furia de Herro Oster pareció disiparse y comenzó a temblar. Al igual que el resto de habitantes de Alhaja, lo habían protegido de todo riesgo y peligro cuando era un niño. Jamás hubo nada que pusiera a prueba su coraje, nada que le enseñara cuándo mantenerse en pie y cuándo echar a correr. Ahora estaba paralizado por el miedo y la indecisión, al igual que Frou Oster. Tenían tanto miedo de quedarse donde estaban como de marcharse.

Pero Sinew tenía razón. Parte de la barbarie había regresado a la ciudad. Cuando Herro Dan trató de cerrar la puerta, Júbilo se coló a través del resquicio que había quedado abierto. Goldie le agarró la mano y los dos echaron a correr hacia la calle.

Para cuando sus padres salieron corriendo detrás de él, Júbilo se encontraba, asombrado, en mitad de aquel caos ensordecedor.

—¡Mira, papá! —gritó—. ¡Mira nuestra casa!

Herro y Frou Oster se quedaron mirando. Las paredes de su casa se hinchaban y contraían como un animal jadeante. Era evidente que debían buscar refugio en otra parte o estarían perdidos.

Frou Oster señaló hacia el Gran Auditorio.

—¡Las luces siguen encendidas! ¡Allí estaremos a salvo!

Goldie negó con la cabeza.

—No. Tenemos que llegar a terreno elevado.

Júbilo estaba tiritando, pero asintió con la cabeza. Sus padres lo miraron asombrados, y al final, lentamente, acabaron por asentir ellos también.

Goldie los arrastró hasta la siguiente casa, después hasta un apartamento, y luego hasta otra casa.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritaba a los rostros asustados que la miraban—. ¡Los diques se van a derrumbar!

Todas las veces, los niños fueron los primeros en salir a aquella profunda oscuridad. Sus padres los seguían de cerca, tratando de enganchar las cadenas de custodia a las muñecas de sus hijos. Pero haría falta algo más que una cadenita de plata para mantenerlos a salvo en una noche como esa.

Goldie encontró a Ciruela, a Gloria y a sus familias, que se quedaron mirándola boquiabiertos, hasta que se decidieron a acompañarla. Encontró a Brío y a unos cuantos niños más, que se sumaron a su grupo, al igual que sus padres, abuelos y tíos.

Goldie ya no era la única que llamaba a las puertas. Los niños que conseguían librarse de sus cadenas de custodia corrían, pese a que no lo hacían muy bien, de una casa a otra, gritando: «¡Deprisa, deprisa, no tenemos mucho tiempo, deprisa!», hasta que sus asustados moradores salían tambaleándose al exterior.

Al fin llegaron a la propia calle de Goldie. Mientras el viento y la lluvia se desataban con furia a su alrededor, y los cubos de basura y las empalizadas y las ramas volaban por la calle, amenazando con golpearle la cabeza, Goldie llamó a la puerta de Favor.

—¡Favor! —gritó, tratando de hacerse oír entre la tormenta—. ¡Herro Berg! ¡Frou Berg! ¡Soy yo!

Cuando Herro Berg abrió al fin la puerta, se quedó mirando a Goldie como si fuera un fantasma.

—¡Go... Go... Goldie!

Se oyó un grito procedente del interior de la casa, y Favor y Frou Berg llegaron corriendo. Favor estrechó a Goldie entre sus brazos y le dio un beso. Pero no había tiempo para hablar. Todos se gritaban entre sí para meterse prisa, y era imposible resistirse a esa sensación de apremio.

Llegados a ese punto, Goldie estaba tan agotada que apenas podía mantenerse en pie. Siguió avanzando a duras penas, arrastrando consigo una fila de niños y adultos como si fuera una enorme oruga asustada. Quería descansar, pero el gemido de los diques la instaba a seguir adelante. «¡Deprisa! ¡Deprisa!».

Entonces dobló una esquina y se dio de bruces con Flemo. Estaba empapado y tenía un corte en la frente. A su espalda se extendía una larga fila de gente en la oscuridad.

Cuando vio a Goldie, le puso una mano en el oído y gritó:

—¡Acabo de hablar con uno de los oficiales! ¡Han sacado a todos los que estaban en Supervisión, y el resto del barrio antiguo también está despejado! ¡Nos vamos al museo! ¡Venga!

Parecía imposible que la tormenta pudiera seguir arreciando. Pero mientras Goldie, Flemo y la gente que los seguía avanzaban a duras penas hacia la colina del Viejo Arsenal, el viento comenzó a aullar todavía con más fuerza. La lluvia caía a plomo, como si los soldados del otro lado de la Puerta Furtiva los hubieran invadido después de todo y hubieran lanzado contra ellos un ataque frontal. Goldie avanzó en medio de aquella pesadilla. Atravesó el puente de la Pestilencia. Dejó atrás el cuartel general de la milicia. En dirección a la seguridad del museo.

Estaban a punto de pasar por el puente del Viejo Arsenal cuando una pequeña silueta emergió de la oscuridad y se abalanzó contra Flemo. El muchacho se encogió, pero entonces su rostro se iluminó como un centenar de soles y extendió los brazos.

—¡Linda!

—¡Flemo! —gritó Linda—. ¡Flemo, Flemo, Flemo!

Se lanzó entre los brazos de su hermano, riendo y llorando a la vez. La lluvia y las lágrimas fluyeron por el rostro de Flemo. Ignorando la tormenta y el sonido de los diques, estrechó a su hermanita entre sus brazos y la apretó con fuerza. Los demás niños liberados de Supervisión los adelantaron, urgidos por los nerviosos milicianos.

—¡Linda! ¡Flemo! —gritó Goldie—. ¡Tenemos que irnos!

Cruzaron corriendo el puente, seguidos por la larga fila de rezagados, y comenzaron a subir por la colina. No habían llegado muy lejos cuando Goldie oyó un sonido que la hizo detenerse en seco. Era un ruido provocado por dos objetos metálicos que chocaban entre sí. El lamento de los diques se estaba convirtiendo en un chillido.

Flemo agarró a Linda.

—¡Corre! —gritó, y la empujó colina arriba.

Goldie y él se dieron la vuelta hacia la gente que iba a la zaga y les gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Son los diques! ¡Corred! ¡Corred por vuestras vidas!

Sus palabras se las llevó el viento. Pero no importó. Todo el mundo sabía lo que significaba ese sonido. Sin embargo, eran incapaces de reaccionar. Se quedaron quietos, indefensos, abrazados a sus familias. Aquella terrible noche se había cobrado finalmente su precio.

Goldie y Flemo corrieron entre las filas de gente, tirándoles de la ropa y gritando:

—¡Corred! ¡Corred!

Linda salió detrás de ellos.

—¡Corred! —gritaba ella también.

—¡Linda, sal de aquí! —gritó Flemo.

Pero Linda lo ignoró.

—¡Corred! ¡Corred todos!

La gente seguía sin reaccionar. Goldie agarró a Favor y le gritó:

—¡Favor, tienes que irte! ¡Los diques se están rompiendo!

Favor tenía los ojos desorbitados por el miedo, pero se aferró a sus padres y siguió inmóvil. Goldie tenía tanto miedo que estaba a punto de llorar. Tenía los nervios desquiciados. *¡Sálvate tú! ¡Sálvate tú!* Pero no podía dejar morir a su mejor amiga. A la desesperada, siguió tirando de su amiga y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Por favor, Favor! ¡Por favor, Herro Berg! ¡Haced que corra!

Mientras tanto, Flemo y Linda seguían gritando por los alrededores:

—¡Corred por vuestras vidas!

Pero Favor no se movió. Igual que todos los demás.

Y entonces, cuando Goldie pensaba que no había ninguna esperanza, que todos iban a morir, un tremendo rugido se oyó por encima del viento y de la lluvia y de los diques en derrumbe. Y de la oscuridad, como una estatua inmensa que hubiera cobrado vida, emergió Broo.

Tenía las fauces abiertas. Sus ojos rojos centelleaban como el fuego. Alguien gritó:

—¡Un iracán!

Y la muchedumbre al completo, incluidos Favor y sus padres, reaccionó y echó a correr como pudo colina arriba.

La riada los alcanzó a medio camino de la siguiente parcela. Se alzó por detrás de ellos como una ola hambrienta, que trataba de agarrarles las piernas. Ya nadie podía correr; la calle era un río. Madres y padres cogieron a sus hijos en brazos. Cada vez que alguien tropezaba, emergían varias manos para ayudarles a levantarse. Un pájaro mecánico pasó flotando frente a Goldie como si fuera un diminuto cadáver metálico.

Estaban a suficiente altura como para que solo les llegara la punta de la riada, y al cabo de poco tiempo el nivel del agua dejó de crecer. En cuanto Goldie llegó a un terreno seco y firme, Broo apareció a su lado el tiempo justo para decir:

—Herro Dan y Olga Ciavolga están a salvo.

Después, se desvaneció como un mal sueño.

El viento y la lluvia parecieron apaciguarse durante unos minutos. Las nubes negras se separaron y la luna llena brilló a través de ellas. En aquel instante de quietud, Goldie, Flemo y Linda se dieron la vuelta para contemplar lo que habían dejado atrás.

El barrio antiguo estaba oculto bajo la crecida. Apenas asomaban unos cuantos edificios, como si fueran islas de siluetas extrañas. En mitad de todo aquello se erguía el Gran Auditorio. Estaba sumergido hasta la mitad y se inclinaba peligrosamente hacia un lado, pero seguía teniendo las luces encendidas. A Goldie le pareció ver, aunque estaba demasiado lejos como para estar segura, dos siluetas diminutas en la cúpula de cristal. Parecían hacer señas para pedir ayuda.

Mientras observaba, las luces parpadearon y se apagaron. Se oyó un temible chirrido. Entonces el edificio entero se separó de sus cimientos y se alejó flotando en la noche.

TRES DÍAS DESPUÉS



Goldie, Flemo y Linda se asomaron al balcón de La Milla de la Dama. En el salón que había por debajo, cientos de personas del barrio antiguo se amontonaban en torno a unas largas mesas, bebiendo té y chocolate de unas tazas y vasijas descascarilladas. Otros estaban recostados sobre montoncitos de ropa vieja o reunidos en grupos. Les habían vendado las heridas y entablillado los huesos rotos, pero todavía estaban doloridos y todos guardaban silencio. Ni una sola sonrisa. Ni una sola carcajada. Aún no se habían recobrado de la impresión de la tormenta.

La Protectora estaba haciendo su informe diario. Su voz resonaba por la balconada.

—Como algunos de vosotros sabéis, las casas de buena parte de la ciudad no quedaron excesivamente dañadas y algunos de sus propietarios han podido permanecer en ellas. Pero el barrio antiguo sigue inundado y las aguas están repletas de ratas y culebras. Llevará un tiempo poder drenar del todo la zona. Aquellos de vosotros que os habéis refugiado aquí en el museo deberéis permanecer un poco más, si los guardianes lo permiten.

Goldie miró a Flemo con las cejas enarcadas. Una semana antes, cualquier mención sobre ratas y culebras habría provocado un ataque de histeria entre los ciudadanos de Alhaja. Pero ahora la gente se limitó a asentir con la cabeza, como si dieran gracias por seguir vivos y lo demás careciera de importancia.

La mamá y el papá de Goldie estaban sentados a la misma mesa que la Protectora, junto con los padres de Flemo. Olga Ciavolga, Herro Dan (que tenía la pierna escayolada) y Sinew también estaban allí. En el extremo contrario del salón, un grupo de tutores sagrados cuchicheaban entre ellos y miraban con el ceño fruncido a los milicianos que los custodiaban.

Herro Dan dejó caer una de sus muletas al suelo.

—Por supuesto, podéis quedaros todo el tiempo que necesitéis. Los guardianes están encantados de contar con vuestra compañía. El museo está encantado de contar con vuestra compañía.

—Tiene razón —le susurró Goldie a Flemo al oído—. ¿Has visto la sala de los Primeros colonos? Está repleta de huertas y árboles frutales. Y las zarzas del descampado están dando frutos.

Flema asintió.

—Y Monte Harry se está comportando como una vieja escalera normal y corriente. Subí y bajé por ella tres veces esta mañana y siempre me llevó al mismo lugar.

Linda arrugó la nariz.

—¿Cómo podría haberte llevado a un sitio distinto? ¿De qué estás hablando?

—No es asunto tuyo —dijo Flema, que había dejado de ser amable con su hermana ahora que estaba a salvo.

—Si no me lo cuentas —dijo Linda—, se lo preguntaré a Olga Ciavolga.

Goldie oteó entre los rostros de la gente que había en el salón. Flema y ella habían tenido tanto trabajo durante los últimos tres días que apenas había tenido ocasión de ver a Favor. Al fin consiguió localizar a su amiga, que le estaba sonriendo. Goldie la saludó con la mano.

Favor le devolvió el saludo y le dijo con gestos: *Baja* .

En breve , le respondió Goldie por señas.

¡Quiero saber qué ocurrió! ¡Después de tu huida!

Goldie se asomó un poco más desde la barandilla, hasta casi quedar colgando de ella.

¡Y yo quiero contártelo!

Mamá debía de estar observándola por el rabillo del ojo, porque levantó la cabeza hacia donde se encontraba Goldie. Se llevó una mano a la boca. Parecía como si estuviera a punto de saltar de su asiento y pegar un grito de alerta...

Pero Olga Ciavolga le tocó el brazo y le susurró algo, y mamá se enderezó, como si se hubiera acordado de la noche de la tormenta, y de la forma en que su hija había conducido a la gente hacia un lugar seguro, cuando casi todos estaban demasiado asustados como para reaccionar. Entonces le dio un codazo a la mamá de Flema y las dos se quedaron mirando hacia arriba. Estaban pálidas, pero tras titubear un instante las dos se pusieron a saludar con la mano.

—Aún no han conocido a Morg —dijo Flemo—. Habrá que ver cómo reaccionan.

—¿Quién es Morg? —dijo Linda.

—No es asunto tuyo.

—Si no me lo dices, se lo...

—¡Sí, ya, se lo preguntará a Olga Ciavolga! —dijo Flemo con tono burlón. Los dos hermanos se quedaron mirándose muy serios durante un instante y, después, se echaron a reír.

—Tus padres lo están llevando bien —dijo Goldie—. Tu papá te llamó «Precavido... quiero decir... eh... Flemo», esta mañana.

Linda volvió a reírse.

—¿Y visteis la cara que puso mamá cuando lo dijo?

—Tendrá que acostumbrarse —dijo Flemo, que sonreía, como si se sintiera orgulloso del esfuerzo que estaban haciendo sus padres.

Abajo, en el salón, la Protectora prosiguió su discurso.

—Han ocurrido muchas calamidades en fechas recientes. La tormenta, la inundación. La bomba. Ay, sí, no nos hemos olvidado de los artificieros. Sean quienes sean, estén donde estén, no descansaremos hasta encontrarlos.

Hizo una pausa. Su rostro adoptó una expresión más seria.

—Pero no son los únicos que debemos llevar ante la justicia. La gente que se supone que debía proteger a nuestros hijos...

Goldie vio que los tutores sagrados levantaban la cabeza.

—¡Nos han traicionado! —prosiguió la Protectora—. Por tanto, anuncio la disolución del grupo de los tutores sagrados y los declaro ilegales...

Su voz quedó ahogada entre el griterío cuando los tutores sagrados trataron de lanzarse contra ella, gritando. Los milicianos les bloquearon el paso y los obligaron a replegarse en una esquina. Aquellos que se resistieron fueron reducidos en el suelo.

—¿Dónde está el Adalid? —gritó uno de los tutores, al que estaban agarrando con los brazos por detrás de la espalda—. ¡Él pondrá fin a este despropósito!

Herro Dan golpeó una muleta en el suelo para pedir silencio.

—Eso —dijo la Protectora—, ¿dónde está el Adalid? ¿Dónde está el mayor traidor de todos? ¡Traedlo aquí para que responda por sus crímenes!

Hizo una pausa dramática. Goldie miró en torno al salón, con la remota esperanza de que alguien sacara a empujones al Adalid de entre la multitud.

—Os diré dónde está —dijo la Protectora—. Se ha ido, probablemente se ahogó en la tormenta, como la rata que era. No tiene sentido acudir a él en busca de apoyo. Vuestra única esperanza es acogeros a la misericordia de la ciudad.

Los tutores empezaron a gritar de nuevo. La Protectora le hizo un gesto con la cabeza al capitán de la milicia.

—Lleváoslos. Serán juzgados por traición y por el trato que daban a los niños en Supervisión.

Mientras los milicianos sacaban por la fuerza a los tutores de la sala, la Protectora se dirigió al resto de ciudadanos. Pero antes de que pudiera hablar, se produjo un destello blanco y algo recorrió a toda prisa el salón y saltó sobre su mesa.

—¡Es Broo! —dijo Goldie.

Abajo, en el salón, casi todo el mundo se puso en pie sobresaltado.

—¡Un perro! —gritaron—. ¡Cuidado! ¡Es un perro!

Los padres agarraron a sus bebés, preparados para huir corriendo. Incluso desde lo alto del balcón, Goldie pudo ver el terror reflejado en sus rostros. Oír hablar de ratas y culebras en el barrio antiguo era una cosa, pero ese perro estaba vivito y coleando, algo que no se había visto en Alhaja desde hacía cientos de años. ¡Y allí estaba, delante de sus narices!

Solo los guardianes se quedaron en su sitio. Los guardianes... y la Protectora.

Broo no pareció darse cuenta de la alarma que había provocado. Echó a correr por la mesa y se detuvo ante la Protectora, meneando su colita blanca y rizada. La Protectora lo miró desconcertada. Sinew se acercó a ella y le susurró algo. La Protectora se dio la vuelta y volvió a dirigirse a la multitud:

—Nuestra... nuestra ciudad está cambiando —dijo a viva voz, aunque con un ligero tartamudeo—. Tengo constancia de que los seres humanos

y los perros vivieron juntos... vivieron bien juntos... en un pasado lejano —tragó saliva—. Así pu... pues, no veo razón para que no puedan vivir bien juntos en el futuro.

Y para el asombro de Goldie, la Protectora alargó la mano y, cautelosa, le acarició la cabeza a Broo.

Los presentes soltaron al unísono un suspiro. Uno por uno, regresaron a las mesas, aunque con cierta inquietud. Los bebés fueron los únicos que no mostraron miedo. Extendieron sus brazos hacia Broo y soltaron un gritito. El perrillo meneó la cola y empezó a corretear por la mesa.

Estaba tan gracioso que los bebés se rieron con más ganas aún. Goldie vio que Favor comenzaba a sonreír. Broo correteaba en círculos, persiguiéndose la cola, con un brillo de deleite en los ojos.

La Protectora se rio.

Eso era lo único que hacía falta. Fue como si los diques se hubieran derrumbado de nuevo. Una riada de carcajadas inundó el salón, extendiéndose en todas direcciones y llevándose consigo el horror de la tormenta.

Broo siguió correteando por la mesa. Después, comenzó a saltar por los regazos y a lamer caras y manos. Nadie pudo escapar de él. En poco tiempo, la mitad de los niños del salón estaban congregados a su alrededor, discutiendo quién debía acariciarlo a continuación. E incluso los adultos más nerviosos se recostaron en sus asientos y sonrieron con ganas, como si un hermano perdido mucho tiempo atrás hubiera aparecido ante su puerta y de repente hubieran recordado lo mucho que lo querían.

Linda estaba asomada al balcón, mirando fijamente a Broo.

—Flemo, ¿crees que mamá y papá nos dejarían tener un perro?

Flemo no le respondió. Tenía el gesto ensombrecido.

—En fin, ya se ha echado todo a perder —murmuró.

—¿Qué es lo que te pasa? —dijo Goldie.

—Deberías estar contento —dijo Linda, que se dio la vuelta para mirar fijamente a su hermano—. ¡Todo está cambiando! Hace tres días que no llevo mi cadena de custodia. ¡Y ahora hay un perro!

—Esa es la cuestión. Ya no queda ninguna excusa para huir —gruñó Flemo—. Querrán que nos demos por satisfechos. ¡Querrán que seamos buenos! —miró a Goldie con el ceño fruncido—. Supongo que ahora te irás a tu casa a volver a ser una niña buena.

Goldie bajó la mirada hacia el abarrotado salón. Broo estaba sentado ahora sobre el regazo de Favor, rodeado por un círculo de niños admirados. Meneaba la cola suavemente. Miró hacia Goldie y sus ojos negros centellearon en un gesto de complicidad.

Y de repente, Goldie pudo sentir la presencia del museo a su alrededor. Sus misterios y su barbarie, su belleza y sus peligros, la Cocina del Diablo, la sala Intrépida y la del Corazón Rocososo, y un centenar de salas más que aún no había visto pero que estaban allí, esperando a que las descubriera.

Goldie tocó el pajarillo azul que llegaba prendido de su babi, y pensó en su tía Elogia. En la osada tía Elogia.

—¿Írme a casa y ser buena? —le dijo a Flemo, sonriendo, y luego negó con la cabeza—. Pero si apenas hemos empezado.



Mientras tanto, a trescientos kilómetros hacia el sur... En mitad del océano, un hombre y una mujer estaban aferrados a unos escombros. Estaban vivos, pero por poco. Tenían las ropas hechas jirones y el rostro tan magullado que costaba reconocerlos. La tormenta había pasado, pero los dos estaban muy débiles y sabían que no podrían aguantar mucho tiempo más. Las profundas aguas no tardarían en reclamarlos.

Al principio, pensaron que la barca de pesca era un espejismo. Los gritos de asombro, las fuertes manos que los sacaron del agua y los dejaron sobre la cubierta..., sin duda, no eran más que una broma cruel de sus mentes febriles.

No fue hasta media hora más tarde, envueltos en cálidas mantas con un círculo de pescadores curiosos a su alrededor, cuando comenzaron a creer que de verdad estaban a salvo.

—Tenéis suerte de que os viéramos —dijo el pescador más alto, que parecía estar al mando—. Estamos muy lejos de nuestras aguas. Nos arrastró ese viento tan fuerte. Estábamos volviendo a virar en dirección sur cuando os avistamos.

—¡Aferraos a'r tablón como un par de ratas ahogás! —dijo otro marinero.

—¡Para mí aún tienen pinta de ratas ahogadas! —dijo un tercero, y todos se rieron, con una estridente carcajada.

La mujer hizo un esfuerzo para incorporarse, apoyándose en un codo.

—Mostrad un poco de respeto —graznó, con la voz quebrada por la fiebre y el agua salada. Señaló a su acompañante—. ¿Es que no sabéis quién es? Este es...

—¡Nadie! —se apresuró a decir su acompañante. Ondeó una mano hacia los marineros, expectantes, a modo de disculpa—. Perdonad a mi amiga, está confusa. No soy nadie importante.

Entonces sonrió al pescador. A pesar de las magulladuras, era una sonrisa particularmente cautivadora...

UNA LECCIÓN DE SINEW SOBRE CAMUFLAJE



El camuflaje **es el arte de ocultarse**. De fundirse con el entorno para que nadie pueda verte. Echa un vistazo a esta polilla, por ejemplo...



¡Por todos los cerdos silbadores, ten cuidado de no pisar a esa pobre criatura!

¡Está ahí, delante de tus narices!

¿Te has fijado en cómo se confunde entre las hojas que la rodean? Si fueras un pájaro hambriento de polillas que volara por allí, pasarías de largo ante ella.

Eso es un buen camuflaje.

Por supuesto, si cogiéramos esa polilla y la colocáramos sobre un muro de ladrillo, el pájaro podría verla con claridad.

Lo cual nos lleva a la regla más importante del camuflaje. **¡Analiza tu entorno!**

Imagina que estás en el campo, rodeado de rocas, arbustos y hierba. La forma más sencilla de camuflarte es usar lo que te rodea.

Primero, piensa en el color. ¿Con qué vas vestido? Si son prendas en colores verdes, grises o marrones, habrás empezado con buen pie. Pero si vistes con colores llamativos tendrás que disimularlos de alguna manera.



Venga, revuélcate en ese charco de barro.

¿No? ¡Ja, apuesto a que lo harías si fuera una cuestión de vida o muerte!

Ahora restriégate el barro por la cara y por los brazos en franjas irregulares. Y haz lo mismo con las piernas. Si no te gusta el barro, utiliza el hollín de ese árbol quemado.

Eso está mejor. Y ya que te pones, embadúrnate también las hebillas de las sandalias. Y guárdate el broche en el bolsillo. Cualquier objeto brillante podría delatarte.

¿Qué dices? ¿Que por qué usamos franjas irregulares en lugar de cubrirnos toda la piel por igual?



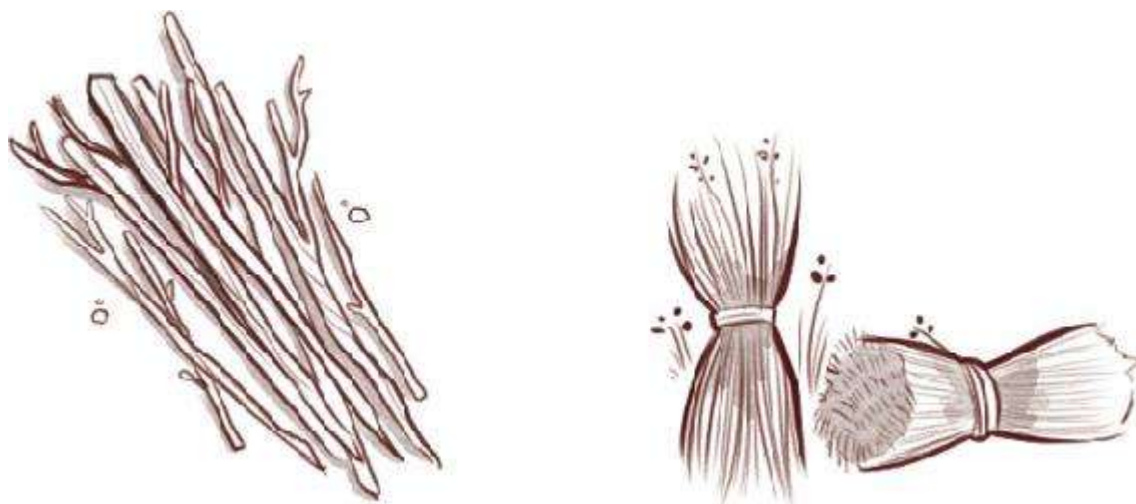
Echa un vistazo a Morg.

Pongamos que la estuvieras observando desde cierta distancia.

¿Cómo sabrías que es un ave? Por su silueta, ¿verdad? Por el contorno de su cuerpo.



Lo mismo ocurre con los humanos. Así que **debemos cambiar el contorno de nuestro cuerpo** para resultar menos visibles. Las franjas irregulares en la piel te ayudan a conseguir el efecto. Pero también vamos a coger un puñado de estas ramitas y unas briznas de hierba, y a pegárnoslas a la ropa y al pelo. ¡Cuanto más, mejor!



Muy bien. Ahora alguien podría pasar por delante de nosotros sin vernos..., a no ser que nos movamos. Un movimiento brusco puede echar a perder el mejor de los camuflajes.

Fíjate en lo que está ocurriendo a tu alrededor. ¿Está soplando el viento? ¿Se mueven los arbustos? Si es así, tú también podrás moverte.

Despacio. Con cuidado. En silencio. **¡No hagas ruido!**

Y de vez en cuando, párate y escucha. ¡Usa todos tus sentidos para descubrir qué está ocurriendo a tu alrededor!

Bien. Ya le estás pillando el tranquillo.

Ahora, ponte a practicar. Y no regreses hasta no estar seguro de que podrás despistarme tres veces seguidas.



UNA LECCIÓN DE GOLDIE SOBRE LENGUAJE DACTILAR



Recuerda que los tutores sagrados te están observando todo el tiempo.

No te conviene que sepan lo que le estás diciendo a tus amigos. ¡Ni siquiera te conviene que sepan que estás hablando!

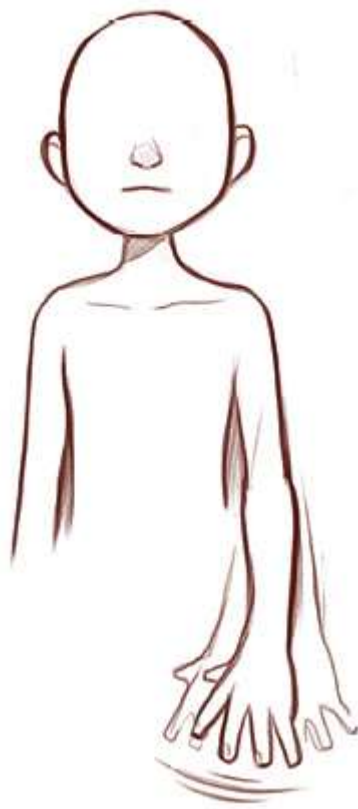


Por eso, el lenguaje dactilar **es el más secreto de los idiomas secretos.**

Quien no lo conozca pensará que simplemente estás toqueteando algo o jugueteando con tu pelo. Pero en realidad, estás manteniendo una conversación ante las mismas narices de los tutores.

Aquí tienes un ejemplo:

Primero, meneas los dedos de la mano izquierda, como si se te hubieran quedado un poco dormidos y quisieras desentumecerlos.



Eso significa que lo que quiera que venga a continuación es lenguaje dactilar. Es un gesto que no hacemos siempre, solo si necesitamos llamar la atención de alguien.

Ahora súbete la nariz. Luego ráscate la oreja derecha, y al mismo tiempo gira un poco la cabeza hacia la izquierda y vuelve a dejarla en su posición inicial.



Hazlo de la forma más espontánea posible.

¿Ya? Perfecto.

Esto es lo que has dicho:

¡Cuidado! ¡La tutora Ilusa se acerca!

Sorberse la nariz significa *Ten cuidado* . Rascarse la oreja derecha significa *Tutora Ilusa* . Girar la cabeza hacia la izquierda y volver a dejarla en su sitio significa *Alguien se acerca* . Por lo general, alguien a quien preferirías no ver.

Lo importante es la combinación de estos elementos.

Brío se pasa el día sorbiéndose la nariz. Eso no significa que esté diciendo «¡Ten cuidado!» a todas horas. Simplemente se está sorbiendo la nariz. Pero si menea primero los dedos, sabremos que se trata de un mensaje.



Cualquier gesto puede formar parte del lenguaje dactilar. Puedes estornudar o toser o brincar sobre una pierna. Puedes limpiarte una mota de polvo de la manga o toquetearte el pelo. Lo importante es **que el gesto parezca natural.**

También puedes deletrear cosas.

«G» es un puño cerrado.



«R» es el dedo índice doblado.



Hay una seña para cada letra del alfabeto. Deberás practicar y practicar para poder hacerlo sin que los tutores se den cuenta.

¿Quieres hacer otra prueba? Imaginemos que estás en mitad de una conversación, por lo que no hace falta que menees los dedos. Primero, ráscate la oreja derecha —¿recuerdas lo que significa eso?— y, después, frótate el reverso de la mano derecha por la barbilla.

¿Quieres saber lo que has dicho?

¡La tutora Ilusa es una rata de la peste!

Título original: *The Keepers. Museum of Thieves*

Edición en formato digital: 2015

© Del texto: Lian Tanner, 2010

Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2010

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2015

© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-678-7252-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: calmagráfica

www.anayainfantilyjuvenil.com

